PÍO MOA

ESPAÑA CONTRA ESPAÑA

Claves y mitos de su Historia

Lectulandia

Toda historia está sujeta a interpretaciones y por tanto es controvertible... lo cual no significa que todas las interpretaciones valgan lo mismo. Muchas de ellas provocan fuertes distorsiones, con efectos sociales y políticos al chocar con el sentido común, la lógica o hechos bien constatados.

Esto ocurre en todos los países, pero quizá sea España el que viene sufriendo una distorsión más extrema y en muchos aspectos autodestructiva.

Este libro explica el origen de esa tendencia que se denomina hispanófoba, y las principales versiones y épocas históricas en las que se manifiesta, enfocándolas desde una perspectiva europea. Viajando del hoy al ayer, Moa encuentra así una razón de ser colectiva para una España ya formada como unidad nacional y cultural al concluir la Segunda Guerra Púnica y con el reino visigodo.

Lectulandia

Pío Moa

España contra España

Claves y mitos de su historia

ePub r1.0
Titivillus 09.06.18

Título original: *España contra España*
Pío Moa, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

LA HISPANOFOBIA

Este libro aspira a resumir para el gran público numerosas cuestiones básicas de nuestra historia, al modo como *Los mitos de la Guerra Civil* lo hizo con ésta y con la República. Así, *Los mitos…* fue más que una versión popular (no vulgarización) de mi trilogía sobre el mismo tema (*Los personajes de la República vistos por ellos mismos, Los orígenes de la Guerra Civil y El derrumbe de la República y la Guerra Civil*). Pues al cambiar el enfoque y la estructura, cambian algo también los contenidos y se afinan las conclusiones. *Los mitos de la Guerra Civil* soportó mil ataques —difícilmente cabría llamarlos críticas—, pero el lector interesado puede constatar que las tesis allí expuestas siguen en pie. Tengo la esperanza de que este nuevo libro, concebido como de alta divulgación y crítica histórica, y aun con sus fallos inevitables, también resista a críticas que espero más racionales que en el caso de *Los mitos…*

España contra España se inscribe entre los estudios que, sin el volumen y detallismo de clásicos como los de Sánchez Albornoz y Castro, aspiran de forma sintética a hacer España inteligible, según el título clásico de Julián Marías. Entre esas síntesis citaríamos la breve *Historia de España* (marxista) de Pierre Vilar, la ecléctica *Aproximación a la historia de España* de Jaime Vicens Vives, los más recientes *España, tres milenios de historia*, enjundioso compendio de Antonio Domínguez Ortiz o *De Hispania a España*, coordinado por Vicente Palacio Atard. Los últimos por ahora serían *Entender la historia de España* de Joseph Pérez, galocentrista y no desfavorable a la ruptura de la nación, y *España, una historia única* de Stanley Payne, más analítico e ilustrativo. Tema inagotable.

Un defecto de la mayor parte de las historias corrientes de España consiste, a mi juicio, en abordar esta con cierto aislacionismo, como ausente o en conflicto con la historia de Europa occidental. De ahí una visión unilateral y estrecha, que dificulta entender la evolución del país y genera mitos simples. En *Nueva historia* he intentado corregir ese desenfoque, exponiendo el desarrollo histórico hispano en estrecha relación con el del resto del continente y América, así como, de modo mucho más somero, con el del Islam o de culturas tan alejadas como las de China o India, esto último debido a un dato general: España puso en comunicación, por primera vez en la historia humana, a todos los continentes y sus mayores culturas, aunque permaneciera muy alejada de las asiáticas y enfrentada radicalmente a la islámica; o haya tenido muy pocas relaciones antiguas con Rusia, país y cultura muy influyentes, no obstante, sobre el resto de Europa en los siglos XIX y XX.

En *Nueva historia* hice también algunas observaciones a la habitual división en edades Antigua, Media, Moderna y Contemporánea, nomenclatura cuyo absurdo no precisa ponderación. A cambio he propuesto una terminología revisable, quizá menos ágil pero creo que más adecuada para Europa: Edad de Formación, desde la II Guerra Púnica hasta la caída de Roma, en la que toman entidad el cristianismo y la herencia grecorromana, cimientos de la cultura europea; Edad de Supervivencia, equiparable a la Alta Edad Media, cuando la nueva cultura se extiende por el continente bajo ataques e invasiones que amenazaron destruirla en embrión; Edad de Asentamiento, o de afianzamiento frente a sus adversarios, con los movimientos Románico, Gótico y primer Renacimiento; Edad de Expansión, marcada por los descubrimientos, conquistas y colonizaciones europeos por América, África y Asia, desde finales del siglo XV hasta finales del XVIII; y Edad de Apogeo, en que, gracias a una decisiva superioridad técnica e industrial —y no solo a ella—, los países punteros europeos puede decirse que dominaron el mundo, directa o indirectamente. Después de la II Guerra Mundial, Europa ha decaído: aunque próspera en lo económico su parte occidental, quedó dividida en áreas de influencia de las superpotencias useña y soviética, perdió sus colonias y las guerras derivadas, y culturalmente ha cedido su hegemonía a Usa. El plan de unificación europea trata de enmendar ese declive pero, como veremos, no es fácil decir si lo profundizará o bien dará lugar a algún *renacimiento*.

Dentro de Europa, España tiene características muy peculiares (en rigor, todas las naciones europeas las tienen), que examinaremos. Y hoy sufre una crisis profunda, y no solo económica, sino de la conciencia, la integridad y los intereses nacionales, con riesgo de disgregación o de disolución. Las actuales generaciones deben afrontar un desafío cierto, de cuya respuesta va a depender la superación de la crisis o un fracaso histórico de consecuencias impredecibles.

* * *

Para saber lo esencial de nuestra historia solo tenemos que mirar nuestro presente: el pueblo español es muy mayoritariamente de cultura latina y cristiana, concretamente católica. Son latinos su idioma, su derecho, gran parte de sus costumbres, y a través de Roma le llegó el catolicismo, que constituye la base del concepto moral común, pese a su corrosión en los últimos tiempos. Su aspecto físico es muy homogéneo en todas sus regiones: mediterráneo con aportes menores germánicos y célticos, siendo los apellidos más comunes los mismos en todas las provincias: García y los acabados en -ez. Esta realidad es el efecto obvio de muchos siglos de historia. Importa también la posición geográfica: una península en el extremo suroeste de Europa, entre dos mares de tanta densidad histórica como el Mediterráneo y el Atlántico y separada de África por un estrecho de pocos kilómetros. Necesariamente tenía que ser, como lo fue, escenario de dramáticos enfrentamientos de civilizaciones. Y justamente en dos

ocasiones cruciales su destino estuvo a punto de cambiar drásticamente, convirtiéndose en un país de cultura africano-oriental y no europea. De haber triunfado Cartago sobre Roma en el siglo III antes de Cristo, la historia de España —que ni siquiera se llamaría así— habría sido enormemente distinta, aunque no podamos especular cómo. Y si la invasión árabe-beréber del año 711 hubiera logrado permanentemente su objetivo de dominar la península como dominó el norte de África, hoy el pueblo asentado en nuestro país no se llamaría español, sino andalusí, y su religión, costumbres, moral, derecho, etc., lo distanciarían radicalmente de los europeos y lo entroncarían con el mundo islámico, lo cual habría tenido también importantes repercusiones sobre la Europa occidental.

Pues bien, por pasmoso que suene, esta realidad evidente y su poso histórico son negados por numerosos historiadores y políticos: la Hispania romana, menos aún la visigótica, tendrían pocos lazos relevantes con la España histórica, la cual se habría forjado tras la invasión árabe, mediante una esencial convivencia que suponen fructífera entre «las tres culturas, cristiana, árabe y judía». Este es un mito muy divulgado. No habría existido Reconquista, sino una serie de reinos «cristianos» nacidos no se sabe muy bien de dónde que, al imponerse finalmente sobre las otras dos culturas, habrían alumbrado un país atrasado, fanático y oscurantista. Hasta que hoy determinados *progresismos* estarían en vías de erradicar felizmente la herencia hispanocatólica, que a veces se ha comparado con una enfermedad. Claro está, todos son muy libres de detestar la España histórica, esto es, cristiana, europea y latina; pero no tan libres, si la verdad ha de tener algún valor, de inventar una historia acorde con su fobia e imponerla, como hacen, en universidades, medios de masas e instituciones políticas. Pues a ello han dedicado y dedican grandes esfuerzos, prueba de que «dominar el presente exige dominar el pasado», según frase conocida. Y prueba igualmente de que la defensa de la verdad histórica es una exigencia de la razón y del interés de un país por subsistir, evolucionando sobre sus propias raíces sin dejar de ser él mismo.

Aquí trataremos el modo como se ha generado y desarrollado esa actitud, que cabría definir como *hispanofobia*, y sus concepciones básicas, concebidas en gran medida sobre el citado concepto aislacionista, que obstaculiza la comprensión de la propia historia y más todavía la de Europa, propiamente del occidente europeo. Claro que la verdad histórica es siempre interpretable y nunca del todo alcanzable, pero hay grados muy diversos de aproximación y la atención a los datos y al análisis permite descartar gran número de errores, intencionados o no, y limpiar así el terreno para nuevas investigaciones en un esfuerzo sin fin. El apasionamiento que suele surgir en torno a estos asuntos (vuelvo al suscitado por *Los mitos de la Guerra Civil*) demuestra que en ellos están envueltos profundos intereses y aspiraciones, individuales y colectivos.

Aunque una visión algo escéptica, crítica y no patriotera, es esencial para hacerse una imagen algo clara de cualquier país, y en todos hallamos puntos de vista variados

según las ideologías, creo que en España se ha llegado a extremos nada frecuentes, en los que la crítica se transforma en denigración sistemática y en pronósticos, ya sombríos, ya alegres, de abolición nacional, esperada en unos casos a través de la disgregación en pequeños estados, y en otros por medio de la disolución en la Unión Europea. Doble tendencia que puede combinarse perfectamente y que se asienta sobre las limitaciones señaladas del aislacionismo y la hispanofobia, con una especie de aversión profunda a la nación real, un deseo intenso de que su historia no sea como fue, y en todo caso de transformarla desde la raíz o, más propiamente, cortando sus raíces.

El sentimiento autodenigratorio existe desde hace siglos, pero solo en el XX ha adquirido una fuerza capaz de condicionar profundamente la historia política. Su penúltima consecuencia trágica ha sido la crisis de la II República. Al terminar 1935, el periódico *El Sol* denunciaba la situación a que se había llegado al terminar el cuarto año de aquel régimen: «Los españoles vamos camino de que nada nos sea común, ni la idea de patria, ni el régimen ni las inquietudes de fuera y de dentro y mucho menos los postulados de convivencia nacional». El diagnóstico era exacto, y la guerra civil fue su amargo fruto. Hoy nos encontramos en una situación no del todo disímil, y el resultado solo puede ser una creciente inestabilidad e inseguridad en el futuro, una dispersión de energías y la dificultad para hacer frente a los retos y a los intereses de otros países. Suena muy improbable una nueva guerra civil, pero no otros muchos fenómenos que ninguna persona sensata consideraría deseables.

* * *

En este estudio parto de la convicción de que la historia real es discernible y de que, por encima de ideologías, la investigación, el análisis y la crítica pueden aproximarnos a una visión razonablemente próxima a la verdad. Lo señalo porque en círculos académicos y populares se ha extendido el supuesto de que, finalmente «todo es según el color del cristal con que se mira», sin que nada pueda calificarse de verdadero al margen de ideologías y puntos de vista particulares. Tales enfoques se destruyen a sí mismos y no solo harían fútil el enorme esfuerzo de bucear en el pasado, sino el propio conocimiento y las lecciones a extraer de él, con lo que nos moveríamos en un mundo sin experiencia alguna aprovechable. Esta idea, o más bien impresión oscura, se percibe fácilmente en las políticas actuales sin distinción de mano.

Paradójicamente, tales relativismos han propulsado auténticos fanatismos a favor de unas u otras concepciones de la historia. Caso clásico, el marxismo: la historia reflejaría la lucha de clases y sus ideologías, no habría verdad objetiva al margen de los intereses de clase y en nuestra época debían prevalecer los del «proletariado»… que nunca tuvieron los proletarios auténticos. Lo recuerdo por el peso desmesurado del marxismo en el siglo XX y porque, pese a su fracaso político, persiste en los

ámbitos universitarios y académicos, españoles y de muchos otros países, como ideología más o menos transformada en diversos *progresismos*.

Queda del marxismo el énfasis en la economía. Pero queda como material de derribo parcialmente útil. La atención a la economía ha ocasionado tanto investigaciones valiosas e ilustrativas como visiones *garbanceras* de la historia. No es fácil explicar en qué consiste la economía más allá de los índices de producción y comercio de bienes materiales; pero sobre sus mecanismos abundan las discrepancias, y lo que entendía Marx difiere mucho de lo que entienden las escuelas liberales u otras. La discrepancia aumenta a la hora de definir la influencia de la economía en el conjunto de la sociedad. Por mi parte, creo que el hombre es un ser moral en primera instancia, y la economía no «lo es todo», como pretenden no pocos estudiosos y políticos. Por tanto procuraré enmarcar esa faceta dentro de un concepto más amplio de la cultura.

Finalmente creo necesario partir de un principio: lo relevante es lo ocurrido, no lo que «pudo» haber ocurrido y menos aún lo que «debió» ocurrir según el criterio o el deseo del historiador. La tarea de este no consiste en juzgar, emitir condenas, lamentaciones o absoluciones, sino en tratar de entender los hechos, sabiendo que solo nos aproximaremos mejor o peor a la verdad. Por supuesto, lo ocurrido pudo haber sido de otro modo y el carácter moral del ser humano le inclina a apreciar las cosas dentro de una idea del bien y el mal, pero el bien y el mal en la historia son un tanto misteriosos y los hechos se producen de forma complicada, a menudo inesperable. Tratar de entender exige un esfuerzo mucho mayor que juzgar, y no siempre termina en un juicio claro. Me he permitido ser un poco reiterativo en algunos asertos, dada la increíble confusión que reina en torno a puntos muy elementales.

PRIMERA PARTE

1

¿A QUÉ LLAMAMOS ESPAÑA?

Con este mismo epígrafe dediqué un capítulo en *Nueva historia de España*, y a él remito al lector. Aquí interesa más bien tratar cómo y por qué algo evidente se ha convertido en un problema harto embrollado. Por España entendemos una entidad político-cultural de origen fundamentalmente, aunque no en exclusiva, latino, asentada en la Península Ibérica: una de las más antiguas formaciones políticas de Europa o América hoy subsistentes y que en ciertos aspectos y épocas ha contribuido de modo importante a conformar el mundo desde finales del siglo XV. Sobre ello debería haber acuerdo generalizado, porque todos los datos y relatos coinciden, y por tanto sería sorprendente que tal evidencia se planteara como una cuestión. Y sin embargo ningún otro país europeo viene sufriendo un autocuestionamiento tan pertinaz y hasta tan feroz.

Muchos debates han girado en torno a si España define a una entidad político-cultural básicamente homogénea o no. Oímos decir que solo nombra un ámbito geográfico, cual podría ser el desierto del Gobi, la cuenca del Danubio o los Balcanes. En el territorio peninsular se asentarían pueblos diferentes u opuestos entre sí, oprimidos —excepto Portugal— por el más fuerte e imperialista de ellos —acaso Castilla—, llamado comúnmente «Estado español». Así suelen afirmarlo los partidarios de la secesión de diversas regiones y también, con matizaciones y contradicciones, los partidos marxistas (tradicionalmente, el comunista y el socialista) u otros internacionalistas. No faltan quienes admiten su carácter de comunidad político-cultural (o nación), pero no antes de 1812, por la Constitución de aquel año; o desde el siglo XVIII, por la centralización borbónica; o, si acaso, desde los Reyes Católicos. Y bastantes se desentienden de la cuestión, considerando sin mayor trascendencia actual tanto la existencia anterior del país como su posible disolución.

En la nuez de tales posturas está la desvalorización de la cultura e historia hispanas, originada en la propaganda francesa y protestante desde el siglo XVI. Propaganda comprensible por la larga confrontación entre el poder español y sus oponentes, de la cual ha nacido la llamada Leyenda Negra. Esta, con variantes, achaca a España una serie de genocidios, crímenes, oscurantismo, atraso y persecuciones religiosas, con solo unas pocas chispas de genio más aceptable.

Existía una corriente autodenigratoria, contra la que ya clamaba Quevedo en el siglo XVII, pero es a principios del XX cuando la Leyenda Negra adquiere nivel oficioso, muy extendido y casi teorético, gravitando sobre los acontecimientos políticos. Ello sucede concretamente a partir del «desastre» de 1898: la derrota ante

Usa y la pérdida de las últimas colonias de América y el Pacífico. Desastre ante todo moral, que trataré aparte. La hispanofobia interna desde el 98 inspiró tres tipos de movimientos: los separatismos, en especial el vasco y el catalán; los radicalismos republicanos y obreristas, ante todo el anarquismo y el PSOE; y el regeneracionismo, más bien de derecha. Cada uno con sus presupuestos, coincidían en una visión pesimista del pasado. Unos proponían regenerar o reinventar España, otros romperla definitivamente en estados diversos o confederar a las regiones y hasta a los «cantones» (comarcas o municipios); se hablaba de transformarla de arriba abajo por una revolución que demoliera sus fundamentos culturales y políticos, empezando por el cristianismo, resabios de un pasado de opresión y explotación del pueblo.

Tales interpretaciones y tendencias moldean la gran crisis del siglo XX, con la II República y la guerra civil, y han recobrado ímpetu en nuestros días. Pero el hecho de que esa vasta conjunción de fuerzas políticas, físicas, morales e intelectuales haya sido incapaz de cumplir sus propósitos indica a su vez que España retiene entidad lo bastante sólida para resistir sus embates, al menos hasta hoy.

* * *

La palabra España deriva de Hispania, un término difundido por Roma para designar la Península Ibérica (de Iberia, otro nombre, este de origen griego, para gran parte del mismo territorio y finalmente para todo él). A fin de diferenciar entre el aspecto geográfico y el cultural, hablaré por tanto de Iberia o Península Ibérica en el sentido geográfico, y de España o Hispania en el cultural.

Todas las sociedades humanas sufren tendencias centrípetas o unificadoras y centrífugas o disgregadoras. Cuando predominan estas últimas, la sociedad tiende a romperse, y lo contrario si dominan las opuestas. Los empujes centrífugos podrían nacer de la geografía, y un tópico muy extendido sostiene que la variada y a menudo abrupta geografía ibérica ha propiciado desde siempre impulsos disgregadores más fuertes que en otros ámbitos europeos. Es fácil notar que la península, situada al extremo suroeste de Europa, constituye en sí misma un mundo muy variado en climas, orografía e hidrografía, muy diferenciado con respecto a la gran llanura europea extendida desde los Pirineos a los Urales. En cambio Iberia se asemeja, en lo abrupto, a las otras tres grandes penínsulas del continente (itálica, balcánica y escandinava), surcadas por cadenas montañosas y con climas más variados. Suena plausible la idea de que las peculiaridades físicas ibéricas guarden relación íntima con las peculiaridades de la historia hispana en relación con las de los demás países europeos. Se asume que sus cordilleras, sus ríos largos (aunque no muy caudalosos) y los consiguientes obstáculos a la comunicación «deben» haber causado profundas variedades culturales, solo de modo superficial unificables en un estado. No obstante, analizado de cerca, este tópico pierde consistencia. Las divisiones político-culturales peninsulares no han seguido en ningún caso las líneas orográficas o fluviales, sino

que, desde antes de Roma, los diversos pueblos se asentaban en regiones en las que estaban presentes, a su vez, sierras, llanos y ríos. Las divisiones, por tanto, tienen poca relación con divisorias geográficas.

La inanidad del tópico geográfico queda más de relieve si comparamos el pasado español con el de los pueblos asentados en las otras tres grandes penínsulas europeas, las mediterráneas y la escandinava: en todas ellas las presiones disgregadoras han sido mucho más intensas que en Iberia. Los Balcanes nunca conformaron una entidad política o cultural, salvo la somera impuesta por imperios exteriores, y Escandinavia tampoco logró una unidad política algo duradera; e Italia, pese a un fundamento cultural común bastante sólido, no alcanzó la unidad política hasta avanzado el siglo XIX. En la Península Ibérica, por contraste, surgió una entidad política llamada Hispania o Spania ya en época visigoda y, rota por la invasión islámica, se recuperó, en lo esencial, tras una larga reconquista, única en Europa y hasta en el mundo.

Por lo demás, la región centroeuropea y las Islas Británicas, mucho más llanas y de comunicación mucho más cómoda, no han originado un gran y único país, sino muchos en muy frecuentes guerras hasta ayer mismo. Y la formación de países ha sido allí más lenta que en Iberia: Inglaterra tardó mucho más en unirse que la España visigoda, y su relación con Escocia, Gales e Irlanda fue en general de enfrentamiento y conquista. En Francia, considerada a menudo la nación más antigua de Europa, las tensiones centrífugas, las guerras civiles y la variación de fronteras han sido más frecuentes que en España (excepto, para esta, durante la lucha contra el Islam). Y Alemania tiene la historia de enfrentamientos civiles más sangrientos de la llamada Edad de Expansión (o Moderna), constituyéndose en estado nacional (parcial, pues deja fuera a Austria) solo en tiempos recientes. Contra todos los tópicos, España conserva apenas alteradas las fronteras más antiguas de Europa, con alguna excepción, y, aparte del siglo XIX, ha padecido menos contiendas civiles que casi cualquier otro país. Así, pese a su complicada geografía interna, España ha sido excepción más que regla en un continente caracterizado por la inestabilidad interna y externa de sus comunidades o naciones.

Pero sin duda la geografía influye poderosamente en la vida de los pueblos. ¿En qué sentido lo ha hecho en este caso? El factor histórico-geográfico crucial de Iberia no ha sido el interno, sino su configuración de conjunto y su posición. De las cuatro grandes penínsulas europeas es la más definida, casi una enorme isla que invita en cierto modo a una unidad política. Y su posición entre mares y continentes de máxima proyección histórica le da un carácter único también desde el punto de vista estratégico y cultural. Iberia fue clave en el choque entre la civilización latina —europea— y la cartaginesa —semítica-africana—, choque que definiría el destino no solo de España, sino de Europa; luego, durante siglos fue escenario de la dramática confrontación entre el Islam y la España cristiano-latina, o entre la cultura europea y la afro-oriental. Su posición geográfica de frontera ha definido en gran medida la trayectoria de España.

Así pues, ha sido la situación geoestratégica de España, y no sus condicionantes internos, lo que ha contado realmente. En el siglo VIII, la península fue dominada por el Islam, convirtiéndose en cabeza de puente para la expansión musulmana por el resto de Europa. Ese designio fracasó en la batalla de Poitiers, pero no menos por la resistencia hispana, que obligó a los islámicos a refluir para concentrarse en ella. Entonces comenzó el retroceso del Islam en el occidente europeo, hasta su desaparición de la península. Y no acabó ahí la confrontación, pues continuó con el Imperio otomano, que avanzó por los Balcanes hacia el centro de Europa y por el Mediterráneo hacia España. La cual volvió a desempeñar el papel principal en su contención.

También Italia, Grecia y los Balcanes fueron tierras de frontera, pero no del mismo modo. Grecia cayó bajo dominio turco entre el siglo XV y entrado el XIX. Italia sufrió correrías y estragos, pero su desunión política le impidió actuar como un todo. Fue España, muy en primer lugar, quien sostuvo la lucha en el Mediterráneo y contribuyó de modo significativo, también en Centroeuropa, a frenar las conquistas turcas. Con el declive otomano, fueron los europeos quienes tomaron la ofensiva. En nuestros días parece resurgir, con nuevas trazas, una confrontación secular.

La posición geoestratégica y las dilatadas costas incidieron asimismo en su espectacular expansión ultramarina, que hizo de ella, durante un siglo, la primera potencia naval del mundo, y una de las tres o cuatro principales durante dos siglos más, descubriendo no solo América sino el mundo propiamente dicho, como conjunto.

* * *

La constatación del papel hispano en relación con el Islam, y su capacidad para descubrir, conquistar y colonizar vastas regiones del mundo, intercomunicando a este, nos lleva a un punto clave: el país no habría podido cumplir nada de ello si hubiera sido, como se afirma, un conglomerado de culturas muy diferenciadas u opuestas y resistentes a un estado imperialista castellano o «español» sobre la península. Por el contrario, tales hechos implican una robusta unidad interior.

España dispuso de un estado ya en tiempos del reino visigodo, lo perdió luego y pasó por una larga temporada de disgregación hasta reconstruir en el siglo XV un estado unificado —excepto Portugal— y permanecer así desde entonces, con un breve período de unificación política peninsular. En la Europa central, por el contrario, han predominado las comunidades culturales divididas entre varios estados o incluidas en otro imperial hasta los siglos XIX-XX. Sería absurdo, por otra parte, descalificar la historia de esas comunidades como la frustración inmemorial de un anhelo por dotarse de estado propio, anhelo débil en la mayoría de ellas antes del siglo XIX. Otras comunidades consiguieron un estado, a veces en circunstancias muy adversas. En suma, al lado de una Europa centro-oriental en la que la norma han sido

estados imperiales (romano-germánico, bizantino, otomano, ruso, austrohúngaro), encontramos en el extremo occidental comunidades bastante homogéneas con estado propio: Francia, España, Inglaterra, Portugal, Dinamarca o Suecia. Y hacia el centro, Suiza.

Según las teorías marxistas y los separatismos regionales, el estado español no se habría asentado sobre una comunidad cultural homogénea, sino sobre comunidades con muy poco en común entre ellas aparte de la sumisión a una misma autoridad política. Por lo tanto, se trataría de un estado imperial, aunque se le suela llamar, con reveladora contradicción, «Estado español», que designaría al conjunto del país, en lugar de definirlo según la comunidad cultural a la que se adjudicase la hegemonía: «Estado castellano», por ejemplo. Tampoco se habla de Imperio español, ya que el término se aplica solo a sus antiguas posesiones en América y el Pacífico.

Teniendo esto en cuenta, la observación más elemental nos muestra lo que ya hemos indicado: a) las distintas partes de la península —salvo Portugal a partir de determinada época— se unieron políticamente en tiempos muy antiguos; b) dicha unión no se reconstruyó mediante conquista —como ocurrió con el Reino Unido con respecto a Gales, Escocia e Irlanda—, sino por acuerdo entre los reinos hispanos; c) sus presiones centrífugas o disgregadoras a lo largo de siglos han sido menores que en la mayoría de los demás países europeos. Todo lo cual no habría sido posible si en lugar de España como comunidad cultural existiera meramente un ámbito geográfico o Iberia poblado por culturas muy distintas y enfrentadas, como ocurría antes de Roma.

Así, las diferencias regionales en la península, por mucho énfasis que se ponga hoy en ellas, resultan muy secundarias al lado de los rasgos comunes: en todo el país se habla de modo predominante el castellano o español común, y en él se ha escrito lo más y mejor de la literatura de cualquier región; el catolicismo sigue siendo la religión muy mayoritaria en todas las regiones; los conceptos legales parten asimismo del derecho romano; las costumbres, cocina, etc., son también muy compartidas, así como las características étnicas y las influencias externas (francesa tradicionalmente, anglosajona en la actualidad). Encontramos, y habrá que reiterarlo frente a la obsesiva negación de la realidad, una homogeneidad cultural y genética profundas, creadas a través de siglos de intensa interrelación y migraciones internas y algunas del exterior, con mucho más peso en cualquier sentido que las diferenciaciones regionales, las cuales, por lo demás, se dan en todas las naciones. Colocar en primer plano tales diferencias, poco o nada decisivas históricamente, choca con la realidad… aunque si el reto que plantean no fuera respondido adecuadamente, podrían originar una realidad nueva y distinta.

Trataré brevemente el idioma y la religión. En todo el país el español común es la lengua conocida generalmente y hablada corrientemente por la mayoría, y también la principal lengua culta y literaria. Aunque nacida en una pequeña zona de la actual Castilla la Vieja con influjo vasco, todas las regiones, y desde hace siglos otros

muchos países, han contribuido y contribuyen a desarrollar el idioma llamado castellano o español común, haciéndolo uno de los más hablados del mundo.

El idioma común, la historia común y muchas costumbres nos diferencian claramente del resto de Europa sin oponernos a ella; pero no así la religión, pues si un rasgo cultural puede definirse históricamente como propiamente europeo es el cristianismo, aun si este se halla quizá en crisis en Europa desde el siglo XIX y sobre todo desde la II Guerra Mundial (crisis no significa derrumbe, por otra parte). Desde su nacimiento tras la caída del Imperio romano de Occidente, Europa fue por excelencia el continente de la Cristiandad, y llegaría a difundir su religión por gran parte del mundo. Con todo, el cristianismo católico ha tenido en España unas características particulares con respecto al resto del continente, pues, en primer lugar, España fue el principal valladar ante al expansionismo árabe y turco, y en segundo lugar ante el protestante. En ambos frentes, a veces de forma simultánea, ha desempeñado en la historia un papel denigrado por unos y ensalzado por otros, pero en cualquier caso muy destacado y decisivo para la conformación histórica europea. El catolicismo español desempeñó asimismo un papel crucial en el siglo XIX frente al poder napoleónico, y en el XX, durante la Guerra Civil, frente a otros movimientos revolucionarios europeos.

Me parece indiscutible, insisto, que cuando hablamos de España no nos referimos a un mero ámbito geográfico, sino a una entidad histórica cultural fácilmente determinable. Ello no debiera ofrecer la menor duda, a pesar de las ideologías y políticas contrarias, que en su intento de romper con la evolución nacional hasta la fecha, tratan también de inventar un pasado acorde con sus aspiraciones.

2

¿E S ESPAÑA UNA NACIÓN?

Con toda su diversidad interna, no mayor que la de tantos países, España ha sido una de las entidades políticas más estables y antiguas del continente. Pero, ¿constituye por ello una nación? Las discusiones en torno a ese concepto han hecho correr ríos de tinta, aflorados a menudo en Bizancio. Para evitar debates vanos, expondré una definición simple, con la que creo podrá estar de acuerdo la mayoría: nación es una comunidad cultural aceptablemente homogénea (lengua, tradiciones, costumbres, derecho, religión, etc., generadoras de sentimientos de unidad e identificación entre sus individuos), discernible de las vecinas, y dotada de un estado. Según este concepto, España es sin duda una nación. A veces se mencionan «nacionalidades» o «naciones culturales», yo mismo lo he hecho en *Nueva historia*, pero creo que ello solo embrolla el problema, ya que el estado es elemento imprescindible de la configuración nacional. Si no hay estado, no hay nación, y si una nación expande su estado sobre otras comunidades culturales, se convierte, por lo común, en imperio. Más raramente, varias comunidades se organizan en confederación, pero en esta siempre alguna de aquellas predomina. Y una misma comunidad puede estar repartida entre varias naciones o imperios.

La cuestión tiene enjundia más allá de las connotaciones emocionales, porque desde el siglo XIX las doctrinas nacionalistas atribuyen a la nación una dignidad especial, por residir en ella la soberanía; de ahí la llamada autodeterminación, según la cual toda comunidad cultural tendría derecho a convertirse en nación dotándose de un estado propio. Pero conviene distinguir entre nación y nacionalismo, pues la primera es muy anterior al segundo. Este nace con la Revolución francesa y extiende como un derecho universal lo que en la historia se ha desarrollado espontáneamente y como particularidad en algunas comunidades. De la confusión entre nación y nacionalismo surge, por ejemplo, el equívoco de que la nación española es fundada en 1812 por la Constitución de Cádiz (España sería así una creación indirecta de Francia): lo que se funda en 1812 es el nacionalismo (doctrina de la soberanía nacional) sobre una nación preexistente.

Ahora bien, establecida la doctrina, el nacionalismo ha funcionado como instrumento para crear nuevas naciones, es decir, para dotar de estado a comunidades antes inmersas en un estado imperial o partidas entre varios estados. La palanca del nacionalismo ha desarticulado en los siglos XIX y XX a los antiguos imperios europeos, engendrando naciones nuevas. A su vez, los nuevos estados han reaccionado sobre su base democultural, «nacionalizándola» al máximo, es decir,

reforzando aquellos rasgos que consideran distintivos e inventando o añadiendo tradiciones a las más antiguas. Por otra parte, las comunidades culturales nunca se diferencian radicalmente de las vecinas: así, las europeas tienen en común un vínculo tan poderoso como el cristianismo, que corrientes contrarias, en especial el marxismo, no han logrado erradicar; o considérense las interinfluencias de todo tipo entre España y Francia o entre Francia y Alemania, etc.

Ante el doble fenómeno de las interinfluencias y de la capacidad «nacionalizadora» de los estados, se ha concluido a veces que las naciones son en realidad creaciones del estado y no a la inversa. Ello ocurre quizá en las naciones procedentes de la descolonización sobre territorios sin estado previo ni comunidades culturales muy definidas; pero es obvio que el proceso histórico ha sido el inverso. Los estados no nacen de la nada para inventar naciones, idea poco razonable. La historia indica que los estados surgen y se apoyan en comunidades culturales y a menudo genéticas. Así, a lo largo de la llamada Edad Media (Edades de Supervivencia y Asentamiento) surgieron dos Europas, la de las naciones en el extremo oeste y la de los imperios en el centro y este del continente, hasta la descomposición de estos últimos en los siglos XIX y XX.

* * *

La nación española no ha brotado de un nacionalismo previo ni de un «derecho de autodeterminación», sino que se ha ido configurando de forma espontánea en un proceso de siglos y venciendo obstáculos enormes que pudieron causar su desaparición. Por tanto, tiene un origen claramente delimitado en el tiempo (no la «España eterna» a veces mentada): como comunidad cultural se forjó a partir de la invasión romana en la II Guerra Púnica, hacia el siglo III antes de Cristo y en un largo proceso de seis siglos, que extendió el latín, el derecho, numerosas actitudes, costumbres y técnicas, así como, a partir de una época, la religión cristiana. Antes, Hispania existía solo como ámbito geográfico donde vivían poblaciones muy diversas, agrupadas convencionalmente como íberos y celtas. No había un país como entidad cultural y menos aún política, ya que sus numerosos pueblos, con frecuencia enfrentados entre sí, tenían lenguas, costumbres y religiones muy diversas y de orígenes distintos, y se habrían sentido tan sorprendidos de ser llamados españoles como los germanos o los celtas de llamarse «europeos». Cuando se habla, como Sánchez Albornoz, de la gran dificultad que tuvieron los romanos para dominar España, debe entenderse el aserto desde el punto de vista geográfico. Desde el punto de vista cultural-político no existía tal España.

La colonización latina tuvo efectos decisivos en todos los aspectos: cuando cayó el Imperio romano, no solo la cultura sino la genética de la población había cambiado profundamente por las mezclas derivadas de las migraciones internas, la milicia o el comercio. Los distintos pueblos agrupados en íberos y celtas eran cosa del pasado, y

seguramente solo en las agrestes montañas del norte subsistían núcleos de población más o menos aislados y poco latinizados. Esta transformación ha sido la más crucial para la historia posterior del país, pues sus efectos perviven plenamente en la actualidad. La impronta latina en España demostró su profundidad al ser capaz de revertir las consecuencias de la invasión árabe-bereber en el siglo VIII, al contrario de lo ocurrido en el norte de África, donde una floreciente cultura latinocristiana quedó definitivamente arruinada hasta nuestros días. Creo que este punto no admite discusión en sus líneas generales; sí matizaciones, como es natural.

España no era entonces una nación, por carecer de estado, pero sí ya una comunidad cultural bastante homogénea, integrada en el Imperio romano aunque con rasgos particulares. Por ello debemos diferenciar la historia de España propiamente dicha, que empezaría con la II Guerra Púnica (y lo mismo la historia de Europa, como he sostenido en *Nueva historia de España* e insistiremos más tarde), de la de los pueblos asentados en Iberia, sean los prerromanos o los posteriores ajenos a dicha herencia cultural, como los árabes y magrebíes. Historias interesantes pero, en rigor, no historia de España.

No solo ha pervivido la transformación cultural, sino también la genética (o racial, en un sentido no ideológico) legada por Roma sobre la base de las poblaciones anteriores: ninguna de las inmigraciones posteriores (germanos, árabes y bereberes, sobre todo, y también de otros orígenes, en especial franceses) debió de superar el 5%, como mucho el 10% de la población conformada bajo el Imperio romano. Dejo de lado lo que Sánchez Albornoz llama herencia temperamental —que se habría mantenido desde antes de Roma— porque, si bien debe de tener algo de cierto, resulta un tanto evanescente y especulativa frente a los datos culturales y políticos, más precisables, implicados normalmente cuando hablamos de historia.

Y fue esta base la que permitió configurar, en el último tercio del siglo VI después de Cristo, el primer estado, es decir, la nación española. Fue una creación de los visigodos y de las autoridades hispanorromanas, pero no un estado germánico, sino esencialmente latino y con ambición definida de incluir en él a toda Hispania. De algo antes suele datarse la nación francesa, pero tiene interés señalar la dinámica contraria de esta y de la española: en Francia los impulsos dispersivos prevalecieron largo tiempo, con constantes divisiones y guerras entre reinos, mientras que la dinámica española fue la contraria, de una tenaz y en general exitosa unificación.

La cuestión de si puede ser llamado «español» el reino visigodo ha originado controversias no muy fundadas. Podría considerársele una superestructura foránea si no fuera porque solo tuvo tal carácter en su primera etapa, cuando los godos eran uno de tantos pueblos errantes que se imponían sobre un territorio durante un tiempo para emigrar de él por presiones exteriores u otras causas, sin apenas ligarse con las poblaciones autóctonas. Dejó de ser así a partir de Leovigildo: su estado se concibió como hispanogodo, y el afincamiento y progresiva disolución de los godos en España fueron definitivos. España era ya una nación —no una mera comunidad cultural—,

con sentimientos nacionales explícitos y voluntad de asentamiento definitivo en la península. Es más, sin esa nación resulta inexplicable la posterior dinámica de reconstrucción de España después de la conquista árabe.

Vale la pena constatar cómo la invasión islámica pudo causar una definitiva división del país en varias naciones, pues, por imperativo de las circunstancias, los núcleos de resistencia al Islam se desarrollaron en considerable aislamiento entre sí, creando toda suerte de particularidades e intereses que podrían haber concluido en un mosaico parecido al de los Balcanes. Esas tendencias tenían las de ganar en principio, porque materialmente eran las más fuertes. Sin embargo, a su lado permaneció todo el tiempo una tensión unitaria en pro de la «recuperación de España», que poco a poco fue imponiéndose hasta rehacer la unidad de la nación, salvo Portugal. De entonces acá, las fuerzas unificadoras han prevalecido siempre sobre las disgregadoras, de modo que España ha continuado básicamente igual a la de los Reyes Católicos.

Naturalmente, la antigüedad de una institución histórica, aunque prueba de solidez, no garantiza su pervivencia, y hoy el país sufre tiranteces extremas. No es el único. En un pasado aún reciente hemos presenciado la descomposición de Yugoslavia pese a que las semejanzas entre sus actuales estados son mayores que sus diferencias; y observamos en Bélgica e Italia algunas tendencias semejantes, aunque menos violentas. Por su parte, la Unión Europea socava, lenta pero sistemáticamente, la soberanía de numerosas naciones. ¿Podrá resistir España la doble tensión?

Opino que no son descartables la disgregación o la disolución, o ambas juntas, porque un imprescindible factor de nacionalidad, además de la comunidad cultural y el estado, es la voluntad de permanencia. Y desde hace tres decenios se percibe un reforzamiento de la voluntad desintegradora y un desfallecimiento de la contraria, la cual opta, en huida hacia delante, por la disolución en la Unión Europea. Una clave de la prolongada y compleja crisis actual, una de cuyas más agudas manifestaciones es la negación del carácter nacional de España, la encontramos siempre, como quedó indicado, en la hispanofobia. Graves desafíos que afectan a la supervivencia de España.

Hallamos el origen inmediato del trance en el modo deficiente como se hizo la necesaria transición democrática a partir de Suárez, y que he procurado explicar en *La Transición de cristal*. El país emergió del franquismo con buena salud social, la mayor y más sostenida prosperidad de su historia, libre de los odios que habían desgarrado la república y causado la guerra civil. Pero a partir de la reforma de Suárez, las tensiones disgregadoras y disolutorias no han cesado de reforzarse, a menudo en alianza abierta o implícita con el terrorismo. En algunas regiones, especialmente en Vascongadas y Cataluña, han ido cobrando fuerza separatismos que exaltan las diferencias regionales por encima de los rasgos comunes y de la unidad histórica de siglos, y cultivan una hispanofobia obsesiva tratando de convertir a las regiones en nuevas naciones; mientras, el país ha ido perdiendo soberanía en un

proceso continuo.

Pero el problema tiene un pasado muy anterior a la Transición y perfectamente datable: el llamado «Desastre del 98», a finales del siglo XIX, que examinaré luego. De aquel trauma moral e ideológico parten los violentos empujes secesionistas y totalitarios marxistas y anarquistas, que convulsionaron al país, arruinando el régimen liberal de la Restauración. Resuelta pasajeramente la crisis con la dictadura de Primo de Rivera, vino luego una república epiléptica, hundida a su vez por el proceso revolucionario del Frente Popular y por la Guerra Civil. La era de Franco permitió calmar los odios y trajo el mayor progreso material vivido nunca por España, lo que facilitó una transición democrática en la que los viejos fantasmas parecían idos. No obstante, han ido resurgiendo, unidos a la desvalorización del pasado y la cultura hispanos, sin encontrar la oposición debida, hasta la ardua situación actual. Pues si no se conforma una fuerte voluntad nacional, puede llegar el fin de una nación que durante siglos ha resistido las más difíciles pruebas.

3

EL «DESASTRE DEL 98» Y SUS CONSECUENCIAS

Hacia finales del siglo XIX, España pugnaba contra movimientos independentistas en Cuba y, más llevaderos, en Filipinas. Cuba suponía gastos desmedidos, mantenimiento de 200.000 soldados en la isla y una brutal sangría. En tres años murieron allí 55.000 soldados españoles, todos por enfermedades tropicales menos 2.000 por combates, lo que indica que la acción rebelde era más violenta que extensa. Madrid no consideraba a Cuba como colonia, sino como una región, por cierto próspera. El descontento cubano, sin estar generalizado, provocaba una tensión permanente, alentada desde la vecina Usa. Una causa del malestar eran los aranceles protectores de los textiles de la metrópoli, mayoritariamente radicados en torno a Barcelona, frente a la competencia de los géneros useños, en general más baratos y de mejor calidad (Usa, a su vez, había construido su industria con fuerte proteccionismo). Por otra parte, la administración española tenía allí fama de corrupta, y la propia guerra era saboteada desde Madrid por sectores *progresistas*. El líder conservador, Cánovas, cayó asesinado en un complot de implicaciones masónico-independentistas. Los políticos más avisados pensaban en una autonomía como paso a una separación amistosa de la isla.

El conflicto se complicaba porque Usa, en virtud de la doctrina del *Destino Manifiesto*, quería apoderarse de las posesiones españolas, en particular Cuba y Puerto Rico, o someterlas a su área de influencia. Según las doctrinas racistas entonces en boga, Usa representaba el progreso frente a una España condenada a extinguirse o ser liquidada en la darwinista «lucha por la vida». El grueso de la prensa useña, en particular la más sensacionalista de Pulitzer y Hearst, sacudía los sentimientos populares con relatos, en su mayor parte inventados, de atrocidades (es famosa la frase de Hearst, magnate de la prensa amarilla, a un reportero que no encontraba crueldades españolas ni luchas insurgentes que fotografiar: «Usted proporcione las fotos y yo aportaré la guerra»). El protestantismo dominante en los medios describía a la católica España como un modelo de ignominias. El Partido Demócrata fue el más belicista, el Republicano más prudente.

Buscando un pretexto para intervenir, el gobierno useño lo encontró acusando a España de haber volado con una mina el acorazado *Maine* en el puerto de La Habana. La prensa useña ocultó la investigación española que excluía tal posibilidad. Otros estudios hablan de un accidente, que parece lo más probable, quedando siempre la sospecha de una provocación de falsa bandera por parte de Usa para justificar la agresión. Enseguida cundieron por Usa movilizaciones populares bajo el lema

«*¡Recordad el Maine! ¡Al infierno con España!*».

El choque se hizo así inevitable. Usa, con 74 millones de habitantes, era ya la primera potencia industrial del mundo, mientras que España, con 18 millones, se encontraba en torno al décimo lugar, posición no despreciable pero muy inferior. A esa desventaja se añadía la estratégica: las Antillas estaban a un paso de Usa y a enorme distancia de España. En cuanto a Filipinas, la desventaja empeoraba por la colaboración inglesa con Washington desde Hong Kong y Suez. De ahí cabría deducir que España no tenía opción de vencer, pero ello no estaba tan claro en una guerra corta y de carácter naval. La flota española era considerable, con menos tonelaje y potencia de fuego que la useña, pero más rápida y con tipos de barcos nuevos, como los destructores. A pesar de ello fue desastrosa y rápidamente vencida en Filipinas y en Cuba. El pésimo mando de los almirantes Montojo y Cervera desaprovechó sus propias ventajas y facilitó las de sus contrarios. Probablemente en un país menos permisivo y desmoralizado que el posterior a la derrota, Montojo y Cervera habrían sido juzgados y condenados con la mayor severidad. Cervera podría alegar que el gobierno conocía perfectamente su derrotismo y no obstante le impuso la misión.

Usa libró una «espléndida guerrita» sumamente provechosa: obtuvo Puerto Rico, Filipinas y Guam, y el control de Cuba; otras islas del Pacífico pasaron a Alemania. Para someter a Filipinas, los useños debieron hacer una guerra que algunos han calificado de genocida, por las atrocidades cometidas.

La derrota a manos de un enemigo tan superior material y estratégicamente no debiera haber producido un trauma demasiado grave, y sin embargo causó un verdadero hundimiento moral. Useños e ingleses entendieron su victoria como certificado de la pujanza de la raza anglosajona sobre la decaída latina y augurio de un muy posible y próximo derrumbe definitivo de la nación perdedora. Y una idea similar se extendió por esta, tachada en todos los tonos de país moribundo. El político conservador Francisco Silvela diagnosticó una «España sin pulso», el líder separatista Sabino Arana se congratulaba de que «solo un milagro puede salvar a España», el periódico separatista catalán *La Veu de Catalunya* afirmaba: «De un extremo a otro [del país] se siente un vaho de muerte», el intelectual republicano Macías Picavea se preguntaba: «¿No estamos en frente de la muerte que amenaza?». Desde el influyente *Heraldo de Madrid*, el periodista y político Julio Burell creía constatar la «extinción de toda energía y de todo aliento» y anunciaba «la fe destruida; el espíritu nacional sin bríos […] los particularismos, los egoísmos, los escepticismos de toda especie desperezándose al sol». El mismo Silvela advertía del «quebranto de los vínculos nacionales y la condenación, por nosotros mismos, de nuestro destino como pueblo europeo». Algunos esperaban una insurrección popular al estilo de la *Commune* de París cuando la derrota francesa ante Prusia. Unos con alegría y otros con pesar, pronosticaban la definitiva quiebra nacional.

Mas, por el contrario, el país se recobró. La repatriación de capitales y el fin de la

sangría cubana mejoraron la situación: en los diez años siguientes se multiplicaron las obras hidráulicas y la construcción de barcos mercantes, mientras que la Armada se modernizaba, más poderosa que la derrotada; también hubo mejoras significativas en la enseñanza superior y el porcentaje de analfabetos bajó del 50%, un logro pequeño, pero indicativo (por comparación, Italia tenía entonces un 38% de analfabetos y Francia un 13%). La renta por habitante estaba en un 54% de la media de Francia y Gran Bretaña, frente a un 58% Italia y un 75% Alemania. Dentro del semicírculo de países menos ricos que el núcleo centrooccidental de Europa, extendido desde Irlanda a Finlandia, pasando por el Mediterráneo y el este del continente, España mantenía una posición bastante favorable. Se desarrolló además cierto esplendor literario con la llamada «generación del 98», pues bajo el régimen liberal de la Restauración España venía rehaciéndose de su profundo declive del siglo XIX. Lo hacía con lentitud, pero de modo continuado y acumulativo, continuado después del 98.

Ahora bien, esta recuperación, que debía haber generado optimismo, apenas fue apreciada por la mayoría de los políticos, periodistas e intelectuales, obstinados en desconocer los hechos y acentuar los tonos trágicos y denigratorios hacia el régimen liberal que, aparte de facilitar el crecimiento del país, les permitía expresarse sin trabas. La deserción y animosidad de los intelectuales dejó a la Restauración sin cobertura moral, socavando sus cimientos hasta hundirla finalmente veintitrés años más tarde. Y los desprecios e hipercríticas se ampliaron a la historia entera: la nación habría ido por mal camino desde mucho antes, durante siglos, prácticamente desde sus orígenes. La Leyenda Negra cundió en formas variadas y altisonantes.

El ataque motivó las célebres frases de Menéndez Pelayo, el ensayista más destacado de la época: «Presenciamos el lento suicidio de un pueblo que, engañado mil veces por gárrulos sofistas, […] emplea en destrozarse las últimas fuerzas que le restan y corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu […] hace espantable liquidación de su pasado, escarnece a cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la Historia los hizo grandes, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía. […] Un pueblo viejo no puede renunciar a su cultura intelectual sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil».

Había, por tanto, un desfase entre la realidad del país y las declamaciones derrotistas, cuando no fúnebres. Pero estas pueden deformar las mentalidades y, desde ellas, la realidad, como había de ocurrir. Así, frente a una sociedad bastante vital y vitalista, un sector amplio e influyente, quizá mayoritario, de la intelectualidad y la política, no solo detestaba la realidad presente, sino que proyectaba su inquina sobre la pasada. Latía en esa actitud un peculiar patriotismo, pues algunos aspiraban a elevar rápidamente a la nación al nivel de Francia o Inglaterra, sin reparar en la

dificultad de la tarea, aumentada por la arbitrariedad y el talento discutible de tales críticos. Simplemente buscaban culpables de que España no estuviera todo lo avanzada que a ellos les gustaría. Con lo que un impulso en principio constructivo se volvía autodestructivo, concretado en lo que Azaña iba a denominar «programa de demoliciones».

Y en tal clima, como pronosticaron Burell o Silvela, pulularon los particularismos e ideologías, unos apostando por desarticular de una vez a un país tan lamentable, otros por «regenerarlo» negando valor a su pasado, y otros más por difuminarlo o hacerlo desaparecer en nombre de los internacionalismos obreristas. Se abrieron paso fuerzas ya antes existentes, pero hasta entonces tomadas por inocuos pintoresquismos: los separatismos vasco y catalán, otros menores como el gallego o el andaluz, junto con los internacionalismos anarquistas y marxistas, los regeneracionismos y el europeísmo, iban a marcar a fuego la España del siglo XX y aún la de hoy. Los separatismos son la corriente más decididamente hispanófoba desde un principio, y parte de las otras han coincidido de modo directo o indirecto con ellos en su afán antiespañol. Dado su peso en la situación actual, importa explicar sus razones y dinámica histórica.

4

LAS RAZONES DE LOS SEPARATISMOS [1]

Nacionalismo implica separatismo, pues considera nación soberana lo que hasta entonces se había entendido como región. Otra cosa es que el separatismo admita etapas, como autonomías previas. Antes del 98 predominaban regionalismos no antiespañoles, de limitada incidencia popular, o círculos nacionalistas mirados más bien como algo parecido a chifladuras. Pero después del *Desastre* cobraron fuerza —con largas épocas de retroceso—, hasta alcanzar hoy su máxima peligrosidad para España, designada como el enemigo a abatir.

¿Por qué los nacionalismos enraizaron en Vascongadas y Cataluña y no en Galicia, y menos aún en Valencia, Baleares, Andalucía, Canarias, etc., donde pudieron haber explotado motivos lingüísticos u otros? Suele explicarse por el empuje industrial de Bilbao y Barcelona, pero las fábricas se construyeron sin nacionalismo, y este las habría arruinado al romper el mercado español, del que dependían. La burguesía catalana mostraba un lógico celo españolista (era la más opuesta a la independencia de Cuba), y el nacionalismo vasco (PNV) exaltó una sociedad rural y bucólica. Pero ambos nacionalismos terminaron por ver en las industrias una prueba de superioridad «racial». Muchos capitales españoles en Cuba eran catalanes, su repatriación animó la economía regional y, observa en sus *Memorias* Cambó, propulsor del nacionalismo, «El rápido enriquecimiento de Cataluña […] dio a los catalanes el orgullo de las riquezas improvisadas, cosa que les hizo propicios a la acción de nuestras propagandas». Los nacionalismos mezclaron ese orgullo con el victimismo, pero no crearon, desde luego, aquella riqueza, solo posible por la relación con el resto de España y muy favorecida desde Madrid con un proteccionismo excesivo.

Una explicación esgrimida a veces y contraria a la de la industria estaría en la memoria de los fueros feudales. Pero su abolición en Cataluña había cimentado la riqueza catalana, al abrirle de lleno los mercados del resto de España y de América; y de ellos quedaba en el siglo XIX poco más que un rescoldo sentimental. En Vascongadas, la abolición de los fueros (distintos para cada provincia) después de la última guerra carlista, en 1876, también benefició a la industria vasca, y, como muestra Juaristi en *El bucle melancólico*, su reivindicación tuvo escaso eco. No obstante, constituiría un motivo también invocado posteriormente por el separatismo.

Suelen mencionarse asimismo los «hechos diferenciales» culturales e históricos. Pero ellos preexistían de largo tiempo atrás y también en otras regiones, eran muy secundarios con respecto a los factores unitarios y no habían causado separatismos,

pues vascos y catalanes se habían sentido de siempre españoles (incluso castellanos en el caso de los vascos). Todavía en 1898, recuerda Cambó: «Cuando salíamos del Círculo de la *Lliga* de Catalunya encendidos de patriotismo catalán, nos sentíamos en la calle como extranjeros, porque nadie compartía nuestras aspiraciones». Más violento, Sabino Arana amenazaba a los *malos bizkaínos*: «El yerro de los bizkaínos de fines del siglo pasado y del presente […] es el españolismo». «Nuestros padres vertieron su sangre en Padura [una batalla, probablemente inventada, de once siglos atrás] para salvar a Bizkaya de la dominación española, por la libertad de la raza, por la independencia nacional […] ¡No sabían los bizkaínos del siglo noveno que con la sangre que derramaban por la Patria, engendraban hijos que habían de hacerle traición!». «¡Cuándo llegarán los bizkaínos a mirar como a enemigos a todos los que les hermanan con los que son extranjeros y enemigos naturales suyos!». Etc.

El ancestral sentimiento español de vascos y catalanes constituye una diferencia clave con nacionalismos como los de Europa central, donde las minorías integradas en los imperios austríaco, turco o ruso, como los checos, los serbios, los búlgaros o los polacos, nunca se sintieron austríacos, turcos o rusos. La integración del País Vasco o de Cataluña en España tampoco procede de invasiones o conquistas, como las de aquellos pueblos centroeuropeos, o la de Irlanda, Gales, Quebec, etc.

Por tanto, los «hechos diferenciales» explican poco. Los nacionalistas trataron de exacerbarlos, pero no producían por sí mentalidad secesionista. No existía un buen caldo de cultivo para los nacionalismos en Cataluña y Vizcaya, y cocinarlo requirió un esfuerzo muy arduo y una astucia muy notable. El programa lo exponen a su modo Arana y Prat de la Riba. El primero constata: «Euskerianos y maketos ¿forman dos bandos contrarios? ¡Ca! Amigos son, se aman como hermanos, sin que haya quien pueda explicar esta unión de dos caracteres tan opuestos, de dos razas tan antagónicas». Por tanto, era preciso transformar aquel sentimiento de fraternidad e identidad en otro de odio y distanciamiento. Prat de la Riba, fundador del nacionalismo catalán después de algunos tanteos anteriores, asegura: «Son grandes, totales, irreductibles, las diferencias que separan a Castilla y Cataluña, Cataluña y Galicia, Andalucía y Vasconia. Las separa, por no buscar nada más, lo que más separa, lo que hace a los hombres extranjeros unos de otros, lo que según decía San Agustín, nos hace preferir a la compañía de un extranjero la de nuestro perro: les separa la lengua». De creerle, nadie entendía el español común fuera de Castilla, si acaso Andalucía o Canarias, y no se explicarían los siglos de unidad en España. Pero, según la nueva doctrina, un catalán debía llegar a preferir la compañía de su perro a la de un castellano, un gallego o un vasco.

La tarea de transformar el sentimiento nacional español en su contrario exigía líderes entregados, y creo que el impulso separatista se debe ante todo a ellos: unos profetas fervorosos e iluminados, consagrados en cuerpo y alma a una misión a su juicio redentora. No hallamos en el nacionalismo gallego u otros a personajes tan enérgicos y tenaces como Arana, Prat de la Riba o Cambó. Una ya larga tradición

explica la historia por causas materiales cuantificables, pero en la realidad topamos con imponderables como el carácter de los dirigentes. Así, sin Lenin resulta inimaginable la revolución rusa, socialista en un país agrario, con la mayoría de los propios jefes bolcheviques vacilantes u opuestos al golpe revolucionario. Caso ilustrativo, porque son precisamente los marxistas quienes más han insistido en la primacía de las llamadas «condiciones materiales» u «objetivas». También pudo haber fracasado el golpe de Lenin de tener enfrente a algún dirigente de mayor envergadura personal que Kérenski. En España, los líderes nacionalistas no encontraron opositores que entendiesen bien su peligro y les afrontasen con inteligencia (he tratado con detenimiento estos problemas en *Una historia chocante*).

Arana y Prat de la Riba, escriben con la convicción de haber descubierto una nueva luz destinada a alumbrar a vascos y catalanes. El joven Cambó decidió hasta renunciar al matrimonio por consagrarse a su causa. Tal exaltación rezuma la frase de Prat de la Riba: «La religión catalanista tiene por Dios a la Patria». Arana, deplorando «cuán difícil y penosa es la labor […] de soltar la venda que ciega los ojos de los bizkaínos!», amenazó en un célebre discurso con que, si fracasara, «juro dejaros también un recuerdo que jamás se borre de la memoria de los hombres». No especificó el recuerdo, aunque debía de ser espantoso, al menos en su intención.

Los métodos para desespañolizar a catalanes y vascos se parecieron: una mezcla de narcisismo y victimismo, un ataque inclemente a España o a Castilla, un memorial de agravios exagerados o inventados junto con un halago desmedido a lo autóctono: «Había que saber que éramos catalanes y que no éramos más que catalanes», dice Prat, y erradicar «la monstruosa bifurcación de la conciencia» que hacía sentirse español al catalán. Para ello combinaría «los transportes de adoración» a Cataluña con el odio a sus pretendidos enemigos, los castellanos, pese a que Castilla había dejado mucho tiempo atrás de representar un poder hegemónico o director. «La fuerza del amor a Cataluña […] se transformó en odio, y dejándose de odas y elegías a las cosas de la tierra, la musa catalana, con trágico vuelo, maldijo, imprecó, amenazó». Para «resarcirse» de una supuesta «esclavitud pasada», «tanto como exageramos la apología de lo nuestro, rebajamos y menospreciamos todo lo castellano, a tuertas y a derechas, sin medida». Más sobrio, Cambó señala: «El progreso del catalanismo fue debido a una propaganda a base de algunas exageraciones y de algunas injusticias».

A su vez opone Prat «el gótico y el románico de nuestros monumentos» a «la Alhambra o la Giralda», como si a Cataluña la caracterizasen el gótico y el románico, y al resto de España las reliquias árabes: «Bien mirados los hechos, no hay pueblos emigrados, ni bárbaros conquistadores, ni unidad católica, ni España, ni nada». Prat y Arana se tenían por católicos fervientes, pero el segundo, superando a Prat, declama: «¡Católica España! No es posible, en breve espacio, mencionar siquiera concisamente los hechos pasados y presentes que prueban que España, como pueblo o nación, no ha sido antes jamás ni es hoy católica».

El racismo, de moda en Europa, cimentó el argumentario separatista: contra toda evidencia, vascos y catalanes constituirían razas distintas y contrarias a la española, llamada despectivamente *maketa* o *charnega*. En el separatismo vasco, el racismo se hizo obsesivo. La raza *bizkaina*, instruye Arana, era «singular por sus bellas cualidades, pero más singular aún por no tener ningún punto de contacto o fraternidad ni con la raza española, ni con la francesa […] ni con raza alguna del mundo»; de modo que siendo «la más noble y más libre del mundo», sufría «humillada, pisoteada y escarnecida por España, esa nación enteca y miserable». Y fulminaba a sus paisanos: «Habéis mezclado vuestra sangre con la española o maketa […] con la raza más vil y despreciable de Europa». Tan despreciable que era «el testimonio irrecusable de la teoría de Darwin, pues más que hombres semejan simios poco menos bestias que el gorila: no busquéis en sus rostros la expresión de la inteligencia humana ni de virtud alguna; su mirada solo revela idiotismo y brutalidad».

No extrañará que Arana despreciara los primeros tanteos catalanistas de acción común: «Cataluña es española por su origen, por su naturaleza política, por su raza, por su lengua, por su carácter y por sus costumbres». «Los catalanes saben perfectamente que Cataluña ha sido y es una región de España». Por tanto, señala sin piedad: «Maketania comprende a Cataluña», y «Maketo es el mote con que aquí se conoce a todo español, sea catalán, castellano, gallego o andaluz». No excluía «entendernos en la acción definitiva» contra España, pero aun así, «jamás confundiremos nuestros derechos con los de región extranjera alguna».

Con intensidad un poco menor, indica el intelectual Francisco Caja, el racismo también teñía al separatismo catalán. Según su ideólogo Pompeu Gener, los catalanes pertenecerían a «la raza aria», frente al resto de España donde «predomina demasiado el elemento semítico, y más aún el presemítico o berber. Lo que ahí priva son las degeneraciones de esos elementos inferiores importados de Asia y del África. Nosotros, indogermánicos de origen y corazón, no podemos sufrir la preponderancia de tales razas inferiores». «Los catalanes valemos más como hombres en camino al Superhombre». España no pasaría de ser un oprimente corsé político.

Así pues, si España no existía, según Prat, o era tan irrisoriamente inepta y ruin como decía creer Arana, la misión que ambos se atribuían debía haber resultado muy fácil. Y difícil, en cambio, explicar dónde habían estado durante siglos las dos regiones o cómo se había producido su «esclavización». Estas dificultades nunca les preocuparon. Como fuere, el tenaz halago exaltado a un grupo social, combinado con el señalamiento de un enemigo culpable de todos los males, puede sugestionar a mucha gente (el nazismo es un ejemplo muy claro). Y así fue.

A pesar de todo, debe insistirse, posiblemente hubieran avanzado poco sin el «Desastre» del 98, como indicaba Cambó. Así pudo exagerar Prat: «Hoy ya, para muchos, España es sólo un nombre indicativo de una división geográfica».

Aun con estas semejanzas y nivel intelectual poco notable en ambos secesionismos, hay diferencias entre el programa de Prat y el de Arana. El primero

anhelaba «más que la libertad para mi patria. Yo quisiera que Cataluña comprendiera la gloria eterna que conquistará la nacionalidad que se ponga a la vanguardia del ejército de los pueblos oprimidos. Decidle que las naciones esclavas esperan, como la humanidad en otro tiempo, que venga el redentor que rompa sus cadenas. Haced que sea el genio de Cataluña el Mesías esperado de las naciones». Y al mismo tiempo proclamaba una vocación de imperio, pues este «es el período triunfal de un nacionalismo: del nacionalismo de un gran pueblo». Cataluña debía convertirse en el poder hegemónico de un imperio ibérico extendido desde Lisboa al Ródano, para luego «expandirse sobre las tierras bárbaras». Un plan anacrónico y acaso infantil que solo podría causar la mayor hostilidad de Portugal y de Francia. Además, ¿con qué autoridad moral dirigirían los nacionalistas catalanes al resto de los españoles tras proclamarse tan ofensivamente distintos de ellos? Prat invoca «sentimientos de hermandad», volviendo por otro camino a la «monstruosa bifurcación» de la conciencia catalana que él quería eliminar. En fin, ¿y si el resto de España rehusaba el liderazgo del nacionalismo catalán? Porque Cataluña no dejaba de ser una parte menor del país, y si excluía al idioma común como extranjero, renunciaba a su principal cauce de influencia. Sólo quedaba, en última instancia, intentar liderar y *liberar* a los llamados «países catalanes», Valencia y Baleares, también mal dispuestos a dejarse.

Y a Arana, desde luego, ni se le ocurría pensar en Prat y los suyos como vanguardia de los «pueblos oprimidos» o de cualquier otra cosa. Su plan, por el contrario, propugnaba un feliz aislamiento para el «pueblo más noble y más libre del mundo». La mayor distinción de los vascos, sería, después de la raza, el vascuence, «broquel de nuestra raza y contrafuerte de la religiosidad y moralidad de nuestro pueblo», pues «donde se pierde el uso del Euzkera, se gana en inmoralidad». Por eso, «tanto están obligados los bizkaínos a hablar su lengua nacional como a no enseñársela a los maketos». Nada, pues, de moralizar por vía lingüística a los maketos. «Muchos son los euzkerianos que no saben euzkera. Malo es esto. Son varios los maketos que lo hablan. Esto es peor». Hasta el idioma habría que dejar de lado: «Si nuestros invasores aprendieran el euzkera, tendríamos que abandonar éste, archivando cuidadosamente su gramática y su diccionario, y dedicarnos a hablar el ruso, el noruego». Etc.

La lengua materna de Arana era el castellano. De ella renegó, aunque la escribiera con no mal estilo, pero no debió de llegar a dominar el vascuence, como indica su creación de la palabra *Euzkadi* para nombrar el espacio vasco. Según sus adeptos, «el anhelo de la raza más vieja de la tierra se condensa maravillosamente en una sola palabra, la que no acertó a sacar durante cuarenta siglos nuestra raza del fondo de su alma, palabra mágica creada también por el genio inmortal de nuestro Maestro: ¡Euzkadi!». El filólogo vasco Jon Juaristi califica el término de dislate, compuesto de «una absurda raíz *euzko*, extraída de *euskera*, *euskal*, etc., a la que Arana hace significar “vasco”, y del sufijo colectivizador *-ti*/*-di*, usado sólo para vegetales.

Euzkadi se traduciría literalmente por algo parecido a *bosque de euzkos*, cualquier cosa que ello sea». Ya Unamuno criticó la «grotesca y miserable ocurrencia» de un «menor de edad mental», que equivaldría a cambiar la palabra España por «*Españoleda*, al modo de pereda, robleda…».

Y lejos del imperio ibérico soñado por Prat, enseñaba Arana: «Aborrecemos a España no solo por liberal, sino por cualquier lado que la miremos», y por ello, «si la viésemos despedazada por una conflagración intestina o una guerra internacional, nosotros lo celebraríamos con fruición y verdadero júbilo».

Otra diferencia es que el nacionalismo vasco será siempre muy derechista, salvo pequeñas variedades, hasta que en los años 70 del siglo XX gane fuerza la socialista ETA. Al nacionalismo catalán, también de derechas al comienzo, le nacería pronto un sector más izquierdista, violento y radical. El catalanismo de derecha terminaría por encontrar «en el patriotismo español la ampliación natural y complemento necesario del patriotismo catalán». El de izquierda, en cambio, acentuaría el talante separatista o al menos exclusivista.

También difería el estilo de las propagandas: bronco el de Arana, más solapado el de Prat, como él mismo advierte: «Evitábamos todavía usar abiertamente la nomenclatura propia, pero íbamos destruyendo las preocupaciones, los prejuicios y, con calculado oportunismo, insinuábamos en sueltos y artículos las nuevas doctrinas». Prat y sus seguidores cultivaron un victimismo algo quejumbroso, con sentimientos de superioridad ultrajada y conmemoración sentimental de imaginarias derrotas históricas. Los sabinianos, algo menos victimistas, hablaban de nebulosas victorias bélicas o «glorias patrias» contra «el invasor español» y llamaban a renovar aquellas hazañas, aunque al mismo tiempo privaban a los vascos de otras glorias más tangibles, alcanzadas por ellos en calidad de españoles.

Las ideas de Prat y las de Arana sobre España y sobre sus respectivas regiones son el sustrato permanente de ambos nacionalismos, aunque los años les hayan traído matices o aditamentos. Así, el racismo se volvió tan impopular después de la II Guerra Mundial, que ambos separatismos evitan hacer bandera de él, por más que siga muy vivo bajo apariencias externas.

Estos nacionalistas odiaban el liberalismo. «Antiespañol y antiliberal es lo que todo bizkaíno debe ser», predicaba Arana; y el catalanismo fraguó en círculos eclesiales opuestos al liberalismo, al que detestaba también su anticlerical sector izquierdista. Algunos carlistas en Cataluña y en Vascongadas derivaron hacia el nacionalismo por salvar lo salvable ante el triunfo liberal en el resto de la nación. Pero la mayoría carlista permaneció muy afecta a España, al paso que defendía los fueros feudales. Y no hubo evolución nacionalista en Navarra, Álava y otras regiones y provincias donde el carlismo tenía profundas raíces.

Las circunstancias propulsaron separatismos menores en Galicia y Andalucía, menores aún en Canarias y otros puntos. Un converso al Islam, Blas Infante, afirmó que los árabes habían regalado a la *nación* andaluza una edad de oro, propugnó

sustituir el alfabeto por el alifato o un «alfabeto andaluz»; inventó, como Arana, una bandera, que si en el vasco imitaba a la inglesa, en el andaluz a la omeya y almohade: «Sentimos llegar la hora suprema en que habrá de consumarse definitivamente el acabamiento de la vieja España. Declarémonos separatistas de este Estado que conculca los sagrados fueros de la Libertad. Avergoncémonos de haberlo sufrido». Los políticos andaluces de la Transición post Franco, haciendo gala de su nivel intelectual y moral, nombraron a Infante «padre de la patria andaluza».

Vicente Risco, un orientador del nacionalismo gallego, propugnaba volver a las «raíces célticas» víctimas de la romanización, tomar a la Atlántida por «símbolo de nuestra nacionalidad», y «oponer al mediterraneísmo el atlantismo, fórmula de la Era futura». «Nuestro destino futuro es crear e imponer esta civilización nuestra que ha de ser la civilización atlántica» frente a las «razas ya sin fuerza creadora».

Si hubiéramos de resumir brevemente la naturaleza de estos movimientos diríamos que trataban de transformar el ancestral sentimiento español en aversión u odio abierto a España, o a Castilla o a otras regiones, exaltando diferencias secundarias y victimismos, invocando unas razas imaginarias o descalificando toda la historia anterior a ellos. Encontraron un terreno relativamente abonado en el «Desastre», sobre todo moral, del 98, pero a pesar de que España solo existía como término geográfico, según Prat, o era un país «enteco y miserable», según Arana, nunca lograron sus objetivos en los 120 años transcurridos, aunque sí provocar serias crisis políticas.

Queda por ver cómo unas especulaciones tan ajenas a la realidad y a menudo risibles o absurdas en su formulación, pudieron ir calando lentamente entre bastantes personas. Una causa la exponía el 13 de septiembre de 1923 *La Voz de Guipúzcoa* ante la virulenta agitación del PNV: «¿Qué otra cosa sino sonreír puede hacerse ante quienes se proclaman víctimas de la tiranía de un Estado que les consiente vejar el nombre de la patria o subvertir sus más fundamentales instituciones? Pensamos en los payeses y en los caseros, en los hombres del agro y del taller a quienes se capta con apóstrofes, con sentimentalismos, con imprecaciones, con todo menos con argumentos. Y en este aspecto nos parece reprobable la pasividad gubernamental ante los energúmenos que dan mueras a España». La pasividad oficial descansaba en la impresión de que aquellos energumenismos nada podrían finalmente contra la inercia de la historia real. Y en un vacío de ideas, asomó por entonces, como veremos, un «regeneracionismo españolista» poco menos disparatado que los separatismos. Al margen quedaba un tradicionalismo anacrónico que, si defendía lo mucho valioso que España había realizado en el pasado y criticaba, a veces agudamente, los nuevos movimientos, estaba un tanto momificado en esquemas más o menos integristas, incapaz de presentar alternativas adecuadas a los nuevos tiempos.

5

EL REGENERACIONISMO Y ESPAÑA [2]

Si la crisis del 98 dio impulso a los separatismos, no lo dio menos a un peculiar nacionalismo español, el llamado «regeneracionismo», también con precedentes. Descubrían los regeneracionistas que el pasado español fue deplorable porque en algún momento nefasto se había «desviado», en lugar de haber seguido los rumbos que cada opinador creía más acertados. Unos denunciaban la orientación europea tomada a finales del siglo XV, en lugar de haberse volcado en África, campo de expansión «natural». O situaban el origen de los males en la guerra comunera a principios del XVI. No faltaba quien llevaba el origen de la desviación hasta el siglo VI, con la conversión del rey godo Recaredo al catolicismo, engendrador de la nefasta alianza entre la oligarquía y el clero. Dentro del racismo de los tiempos —harto desleído en España, excepto en los nacionalismos catalán y vasco—, se oían avisos deprimentes sobre la escasez del elemento «ario» en el país, con lo que los males patrios tendrían difícil remedio. *Regeneración* de un país estropeado desde siglos atrás era el lema.

El regeneracionismo afectó a un amplio sector de la intelectualidad, incluidos muchos de los más renombrados escritores, hasta convertirse en lugar común. Sin conformar una doctrina precisa, funcionó como un conjunto nebuloso de tópicos a menudo incoherentes, pero pesantes hasta hoy mismo. Podría condensarse en tres puntos esenciales: modernización del país, rechazo del pasado español y condena del régimen liberal de la Restauración, considerados, este y la historia anterior, como rémoras que mantenían a España en la impotencia. No faltaba una inclinación hacia medidas drásticas, aplicables por un dictador («cirujano de hierro») imbuido de esos ideales.

Expondré brevemente opiniones de varios de los principales representantes o teorizadores. Joaquín Costa, perturbado por el *Desastre*, proponía solucionar los atrasos del país aplicando la consigna «Escuela y despensa». Lema razonable y a la vez algo simple, por cuanto no definía bien cómo se llenaría la despensa ni qué se enseñaría en la escuela. Por lo pronto, se enseñaría una historia que, si bien exaltaba algunos rasgos del pasado hispano, lo presentaba como un extravío hasta desembocar en «una nación frustrada», hecho deplorable que le inducía a «fundar España otra vez, como si no hubiera existido». Imaginaba al país en un pasado guerrero e improductivo, y llamaba a echar «doble llave al sepulcro del Cid, para que no vuelva a cabalgar». Al margen del acierto o error de sus recetas —fundamentalmente agrarias en un país que iba industrializándose—, Costa caricaturizaba sin

contemplaciones el ayer y el hoy hispanos. Fracasó en su intento de encabezar un partido regeneracionista, pero sus ideas, o lo más vagoroso de ellas, hallarían eco entre políticos e intelectuales.

Azaña, que iniciaba su carrera, descalificaba con énfasis aún mayor a la España histórica, aspirando a sustituirla por unos esquemas un tanto nebulosos y retóricos. Esa descalificación constituye la base de su pensamiento político. En *El jardín de los frailes* se mofaba: «España era la monarquía católica del siglo XVI. […] Ganar batallas y con las batallas el cielo; echar una argolla al mundo y traer contento a Dios», creando un prototipo humano con el «intelecto ergotista y alma fanática de un vate hebreo». La época de mayor poder e influencia de España se reduciría, según afirmaba en su errático discurso *Los motivos de la germanofilia*, a un imperio donde «no hubo más que mendigos y frailes, aliñado con miseria y superstición». La historia de España se habría torcido definitivamente con la derrota de los Comuneros de Castilla en el siglo XVI (tópico muy extendido por los republicanos y la masonería desde el siglo XIX). Por suerte, y gracias a tales aclaraciones, «los españoles están vomitando las ruedas de molino que durante siglos estuvieron tragando».

Todavía más claro y de mayores consecuencias reales fue su discurso programático *Tres generaciones del Ateneo*, de 1930, cuando pasó a intervenir de lleno en la política (y lo hizo promoviendo un golpe militar). Comparó el pasado español con una sífilis hereditaria, por lo que «nada puede hacerse de útil y valedero sin emanciparse de la historia», «ninguna obra podemos fundar en las tradiciones españolas». Así, aquella enfermiza herencia histórica requería «una empresa de demoliciones» dirigida por «la inteligencia republicana», que buscaría el apoyo y el impulso en los sindicatos revolucionarios, en «el hombre natural en la bárbara robustez de su instinto». Advirtió que «si agitan el fantasma del caos social, me río», y que «no seré yo quien siembre desde esta tribuna la moderación». En suma, aspiraba a que «el presente y su módulo podrido se destruyan» mediante una alianza entre la inteligencia y lo que él mismo reconocía como barbarie. Este discurso condensa una estrategia y pensamiento político, y expone también una gran causa de la historia espasmódica del país en los años 30. En *Los personajes de la República vistos por ellos mismos* expuse con cierto detenimiento la evolución de las actitudes e ideas de Azaña, a menudo tan malinterpretado por sus admiradores como por sus denostadores.

No menos rotundo se manifestaba Ortega y Gasset, que despuntaría como el intelectual español más prestigioso, con densa influencia sobre otros como Américo Castro, Pérez de Ayala, Marañón, etc. De la *Semana Trágica* de 1909 en Barcelona, concluyó que «España no existe como nación». El país llevaba al menos tres siglos y medio de «descarriado vagar» bajo los efectos de una «enfermedad» que afectaba tanto a las clases gobernantes como al pueblo, por lo cual «¿no es cruel sarcasmo que se nos proponga seguir la tradición nacional?». Y propugnaba algo tan extraordinario como «quemar en un grande, doloroso incendio la España que ha sido, y luego, entre

las cenizas bien cribadas, hallaremos como una gema iridiscente la España que pudo ser». Retórica tan grandilocuente como fútil, cuyo sentido es imposible vislumbrar, fuera de algún programa como el de Azaña. Ortega desarrolló sus ocurrencias en su *España invertebrada*, colección de dislates no muy disímil de los de Arana o Prat de la Riba, si bien con tono bastante más moderado.

En fin, las antaño consideradas hazañas y glorias hispanas, como el descubrimiento de medio mundo, las conquistas y colonización de América, la evangelización, la fundación de ciudades y universidades, el establecimiento de relaciones entre todos los continentes habitados, la Reforma católica, la contención de los expansionismos turco, protestante y francés, etc., pasaban a ser objeto de desprecio o burla, o simplemente ignoradas. Con divergencias de matiz, todos coincidían en identificar a su patria como el país de la Inquisición y de los genocidios, de la miseria, el oscurantismo y la superstición; las supuestas glorias «debieran más bien avergonzarnos», como había dicho un dirigente de la I República. Los «buenos» habían sido, precisamente, los enemigos, empezando por los cultos y refinados musulmanes y siguiendo por los franceses y los protestantes (no incluían a los otomanos). La cultura del Siglo de Oro suscitaba despego, excepto algunos autores prestigiosos, en particular Cervantes, a quienes se pretendía convertir en precursores de las actitudes regeneracionistas. A tales tiradas no replicaba casi nadie, como hubo de lamentar Menéndez Pelayo con su acerba crítica a los «gárrulos sofistas».

Salta a la vista la semejanza de este peculiar nacionalismo español con el vasco y el catalán. El motivo común a todos era el desprecio o el odio hacia la España histórica. De tal enfoque derivaban Arana y Prat el desprecio y odio implícitos hacia la Cataluña o las Vascongadas reales, que no solo habrían soportado una interminable y horrible opresión, sino que se habrían identificado abyectamente con sus *opresores*, al sentirse españoles los vascos y los catalanes. También se asemejaban los estilos de todos ellos, entre plañideros y amenazantes, y sus tonos exagerados y un tanto megalómanos, de leve sustancia intelectual. Pero de las mismas premisas (la inexistencia de España como nación o, en cualquier caso, su existencia como una nación «anormal», «enferma», «desviada»), los separatistas sacaban una conclusión contraria, y quizá más lógica, que los regeneracionistas: había que acabar cuanto antes con la pesadilla, es decir, con un país que seguramente no habría modo de regenerar, dada la experiencia.

Los regeneracionistas tenían harto mayor talla intelectual que los separatistas, aunque esa talla menguaba cuando bajaban al terreno político e histórico. También eran menos absorbentes y exaltados que los Arana, Prat o Cambó. Y resultaban chocantes, como cuando Costa repudia al Cid: el espíritu de este les habría venido muy bien para llevar a cabo la inmensa tarea que al parecer se proponían, nada menos que fundar o refundar una nación que tan honda huella había dejado en la historia humana. Comparadas con ese objetivo, las pretensiones de Prat o de Arana sonaban a

modestas y llevaderas empresas provinciales. Claro está que la pasión retórica de los regeneracionistas no iba en serio: se limitaban a juguetear imaginativamente con ella, autoerigi-dos en jueces del pasado y del porvenir, o adoptaban poses de desengaño y pesimismo; y se preocupaban más de «arreglarse la vida» como funcionarios que en consagrarse a su imaginaria misión. Al contrario que Prat o Arana, respondían al tipo clásico del «señorito», un tanto frívolo, más bien que al de hombre inspirado o al de hombre de acción.

Frente a las construcciones imaginarias ya examinadas, la nación española no precisaba invenciones, porque la huella de su pasado estaba presente en medio mundo, en los numerosos países hispanohablantes, en los nombres hispanos extendidos por el Pacífico y por América, en la expansión católica, etc. Y hechos como la eclosión cultural del Siglo de Oro o la defensa de Europa frente al expansionismo otomano, de la Europa católica frente a la expansión protestante o la recuperación posterior, no eran mitos, sustentaban un sentimiento nacional que pocos creían necesario sistematizar en doctrina. Y sin embargo quedó claro que la inercia histórica no bastaría frente al enconado ataque de los movimientos que tomaron cuerpo tras el 98. Hacía falta una alternativa apoyada en el pasado y respetuosa con él, y al mismo tiempo adecuada a los nuevos tiempos. La cual no se produjo, en gran medida por aquella especie de traición de los intelectuales.

Por supuesto, la primera fase de la regeneración —como de los separatismos— consistiría en demoler aquel régimen liberal, definido por Costa con dos rasgos negativos: oligarquía y caciquismo. Estaría gobernando el país una «minoría absoluta, que atiende exclusivamente a su interés personal, sacrificándole el bien de la comunidad». Costa calificó a esa minoría como «necrocracia», poder de lo muerto, de lo inútil, losa aplanadora de las energías populares. Y las habría aplanado hasta el punto de que el pueblo había perdido la voluntad, era incapaz hasta de «leer periódicos», y carecía de «ciudadanos conscientes». Por tanto, cumplía «declarar ilegítima la Restauración» y encontrar un dictador ilustrado, enérgico y altruista, el *cirujano de hierro* que sacase al país del marasmo. Azaña no le iba a la zaga en sus invectivas, que sintetizaba en la frase: «He soñado destruir todo ese mundo». Ortega fulmina «estos años oscuros y terribles» de una «España oficial» empeñada en asfixiar a «la España vital». Define como «gran corruptor» o «maestro de corrupción» a Cánovas, fundador de aquel régimen y político respetado en toda Europa. Por contraste, el epiléptico período anterior a la Restauración solía ser mirado con simpatía, como una edad «vitalista». Escritores y artistas como Valle-Inclán embellecían incluso el terrorismo o aplaudían a un socialismo que realmente no entendían, como ocurrió con Ortega o Unamuno.

Ciertamente las críticas de unos y otros a la Restauración, centradas en la corrupción electoral y municipal, la escasa atención a la enseñanza, la desprotección de los trabajadores manuales, etc., tenían fundamento. Pero exageraban, faltos de verdadero análisis y propensos a fáciles utopismos que ignoraban la evolución del

país, las dificultades reales y la necesidad de tiempo para mejorar. Tales impaciencias gratuitas entrañaban un riesgo de guerra civil en pro de soluciones vagas o estériles.

Pues, con todos sus defectos, la Restauración, conciliando a conservadores y liberales, había superado la inestabilidad política de los constantes pronunciamientos, golpes de estado y guerras civiles, la debilidad cultural y el estancamiento o escasa prosperidad económica del periodo anterior. Por primera vez desde el siglo XVIII fue posible un crecimiento sostenido con industrialización parcial, pero en aumento; reducción del analfabetismo, aunque más lenta de lo posible y necesario; renacimiento cultural con desarrollo científico por primera vez en largo tiempo. El régimen había sido uno de los primeros en Europa en establecer el sufragio universal, el cual, aunque bastardeado por el caciquismo, permitía a diversos partidos ganar elecciones; proporcionaba también libertades cívicas, facilitaba la fundación y desarrollo de las más diversas tendencias políticas. El achacado caciquismo era normal en los países agrarios y sin experiencia democrática (fenómenos semejantes se daban o se habían dado en Inglaterra, Francia o Usa); y era fácil de superar, como demostraron bien pronto los partidos republicanos y nacionalistas regionales. Al no tener en cuenta estos datos cruciales y confundirse sobre la evolución anterior, animadas por un radicalismo intelectualmente endeble, las propuestas regeneracionistas se volvían destructivas.

Y traerían serias consecuencias. Aquellos intelectuales habían sido mimados por el régimen, habían gozado de una educación privilegiada, viajes de estudio al extranjero, etc., y en pago se rebelaban bajo consignas irrelevantes, dejando a la Restauración sin respaldo intelectual y moral frente a las corrientes ácratas, marxistas, separatistas y republicanas exaltadas. Con ellas se alineaba, de hecho, aquella intelectualidad. Y un régimen privado de respaldo intelectual está condenado al naufragio.

De modo que la Restauración se hundió en 1923. Pero debe admitirse que su resistencia desde el 98 fue notable, pese a tan adversas circunstancias, y ello indica que fue mucho más que un montaje «artificioso», «corrupto», «irreal», «podrido», «inane» «muerto», como se lo calificó. Por lo demás, su caída iba a demostrar que las alternativas propuestas solo empeorarían la crisis del país.

Otra faceta del problema es la suposición, expuesta a menudo, de que el mero surgimiento de estos movimientos y su persistencia demostrarían que, en definitiva, España era una «nación fallida». El liberalismo habría intentado a lo largo del siglo XIX *construir* una nación, y fracasado en el empeño. Claro que, a su vez, el empeño por destruir la nación española lleva más de un siglo fracasando, de modo que la cuestión puede plantearse también al revés. No demostró ser débil la nación, sino esos nacionalismos disgregadores y regeneracionistas, como también el liberalismo, que a partir del *Desastre* ya no supo afrontar debidamente las nuevas fuerzas perturbadoras que conducirían al país a otro desastre harto peor.

6

EUROPEÍSMO E INTERNACIONALISMO

Los enemigos para el regeneracionismo eran, pues, el pasado español en general, y el liberalismo de la Restauración en particular. Su objetivo, como remedio a los males que a su entender arrastraba España desde tres, cuatro y hasta trece siglos atrás, se cifraba en un lema: «Europeización». Remedio por el que clamaban desde los republicanos exaltados de Lerroux hasta muchos políticos de la propia Restauración. Ortega y Gasset lo expresó de forma contundente: «España es el problema y Europa la solución». Frase sin sentido lógico, pero interpretable como que, siendo España una especie de enfermedad o desvarío histórico, necesitaba esa cura. Él mismo hablaba de moverse por Europa «sin sentir vergüenza de ser español».

Claro que España siempre había sido parte de Europa, pero Ortega decidió que se había «tibetanizado», esto es, separado del resto, ya a fines del siglo XVI mediante una «radical hermetización hacia el exterior»… si bien lo habría hecho por obra de los europeos Austrias, dinastía «extranjera», según él. La ocurrencia rebota contra cualquier prueba histórica. Los influjos externos crecieron desde finales del siglo XVI, lo que descendió fue la influencia recíproca española, debido a su decadencia. Y así hasta hoy, pero sin aislarse del tronco europeo. Todas las corrientes posteriores, la Ilustración, el Romanticismo, el Liberalismo o los utopismos, arraigaron aquí mejor o peor, con peculiaridades como en las demás naciones continentales.

Lo que cabría decir es que, a partir de mediados del XVII, España había perdido originalidad e impulso, habiéndose distanciado en economía y cultura respecto de los países punteros de Europa —aunque sin perder un puesto de cierta relevancia en el conjunto continental—, llegando en el XIX a un retraso profundo. Pero ese retraso y las estridencias decimonónicas, muy desusadas en los siglos anteriores, nacieron precisamente de la intervención «europea», esto, es francesa e inglesa en la Guerra de Independencia. Desde cualquier punto de vista, la frase de Ortega, aparte de su ilogismo, carecía de cualquier rigor histórico, por lo que poco de constructivo aportaba. Y sin embargo las élites intelectuales, gran parte de ellas, la aceptaron como un programa concentrado. No daría, desde luego, frutos especialmente jugosos.

Y si la noción orteguiana del pasado hispano pecaba en exceso de arbitraria —y asombrosamente distorsionada para provenir de personas cultas—, su concepto de Europa no demostraba mucha más agudeza. La mayoría de los intelectuales de entonces tenía ideas poco matizadas sobre el pasado y la actualidad de los países —Francia en primer lugar, más Inglaterra y Alemania— a los que, para ellos, se reducía «Europa». Por extraño (y revelador) que suene, aquel fervor europeísta no generó un

solo estudio o análisis mínimamente serio sobre el objeto de tal devoción (sí algunas especulaciones un tanto metafísicas). Ni siquiera libros de viaje de algún interés. Se trataba, más bien, de un deslumbramiento ingenuo y provinciano, con toques de pensamiento mágico. Será inútil buscar en aquellos *europeístas* un esfuerzo intelectual más allá de los tópicos, que les permitiera, por ejemplo, vislumbrar los problemas y conflictos que no tardarían en despeñar a los objetos de su admiración en la feroz I Guerra Mundial.

Por entonces predominaban en el continente regímenes liberales más o menos democratizados, pero a los europeístas hispanos eso no les impresionaba, ya que lo mismo ocurría con su país. Percibiendo que su «Europa» gozaba de un orden social, riqueza y expansión popular de la cultura superiores a los de España, no tenían claro si esa ventaja provenía de un mayor aporte racial ario, de una mayor humedad climática, de una menor influencia clerical y militar, del espíritu protestante, o de todo ello junto. Y parecían creer que lo mismo se alcanzaría aquí con poco más que derrocar la Restauración, el gran obstáculo a su juicio. La guerra mundial tampoco les procuró mayor lucidez ni profundidad de análisis. Al revés, la mayoría de ellos deseó meter a España, al lado de Francia, en un conflicto que, en el fondo, ni les iba ni les venía. En «Las razones de la germanofilia», un belicoso Azaña maldecía la neutralidad que «adormeciendo el espíritu público, halagando su amor a la quietud, le hacía creer que eso era una solución, una política, un refugio seguro contra los trastornos de la guerra. ¿Es que nosotros somos ajenos a la guerra? ¿Vivimos los españoles en la luna? ¿O disfrutamos de un privilegio tan extraño que no siendo ajenos a la guerra ni los pueblos más cultos ni los más salvajes, ventilándose en ella el porvenir así de los franceses y prusianos como el de los hotentotes, podremos nosotros flotar en una especie de vacío moral, sustrayéndonos a las leyes de la mecánica social y política del mundo?». Todo ello después de afirmar —con plena falsedad— que España carecía de ejército; y que la neutralidad solo reflejaba la impotencia del país.

Aquel desdén hacia su patria, interpretada con frases simples o absurdas, sumado a la veneración por una «Europa» mal conocida o entendida, han definido a generaciones de intelectuales y políticos desde entonces: causa y efecto de una debilidad político-cultural del país que ellos decían querer subsanar cuando, en realidad, la reflejaban. Un europeísmo de tan escaso vuelo crítico no habría sido demasiado dañino si no fuera, como quedó indicado, porque, caprichosamente, trataba de liquidar al régimen que, de forma modesta pero eficaz, estaba cumpliendo sus deseos, es decir, modernizando o «europeizando» a España tras superar los pronunciamientos y guerras civiles del siglo XIX, y alcanzando suficiente calma política para sustentar un progreso continuado, económico y en otros órdenes. Es más, había quienes añoraban la etapa anterior, en la que encontraban más «vitalidad». Una crítica legítima achacaría a la Restauración lentitud, timoratería, y mil yerros parciales, y propondría reformas, a las que el régimen, por lo demás, estaba abierto.

Pero sus enemigos no pensaban mayormente en reformas sino en aniquilar a la que llamaban gratuitamente «necrocracia».

En el fondo del ataque a la España histórica, esto es, real, latía a menudo un patriotismo dolorido: deseaban que el país se alzara rápidamente al nivel de Francia y se revolvían contra aquello que a su juicio —muy superficial— impedía tal ventura. Un sentimiento muy distinto, en cambio, inspiraba a los movimientos obreristas, a los que también el 98 dio impulso. Sin más análisis aceptaban la Leyenda Negra y la idea de la inferioridad de España, y quizá por ello los consideraron un motor del progreso algunos regeneracionistas como Ortega o Azaña. Claro que estos solo conocían por encima la doctrina revolucionaria (marxista o anarquista) e intenciones de tales partidos. Pues los obrerismos consideraban los achaques del país algo natural y no esencialmente distinto del resto de Europa, ya que en todas partes dominaría la explotación del hombre por el hombre, fuera de estilo *capitalista*, *feudal* o *esclavista*, según se retrocediese en el tiempo. Compartían un europeísmo más diluido y de peor intención, contentos de que en los países punteros de Europa maduraban rápidamente las condiciones para su revolución, la cual llegaría con más retraso a España, debido a su menor desarrollo *capitalista* y la persistencia de rasgos *feudales*. Explicaban la historia por la «lucha de clases», cuyo desenlace debía ser el socialismo y el comunismo.

Un principio de aquellos revolucionarios consistía en la negación de todo patriotismo. «Los obreros no tienen patria», sostenía un dogma marxista, porque las naciones no eran, en definitiva, más que una patraña ideológica inventada por las distintas burguesías a fin de configurar un mercado exclusivo para sus productos. Ellos apelaban a «la humanidad» en abstracto, llamada a emanciparse más pronto que tarde de sus taras, oscurantismos y opresiones. Lo haría gracias a la acción subversiva del «proletariado», la clase social interesada, por sus propias condiciones de vida, en abolir la explotación y la opresión, y en organizar la economía al servicio de la colectividad y no de unos cuantos ricachos. Por tanto, aquellos movimientos que decían representar a los obreros o al «pueblo» se agruparon en movimientos más vastos, «internacionalistas». La Primera Internacional fracasó por las pugnas entre los líderes Marx y Bakunin, entre socialistas y anarquistas; una Segunda Internacional, marxista, derivaría hacia posturas solo a medias revolucionarias, con acres disputas en su seno entre los menos extremistas, que retendrían el nombre de socialdemócratas, y los más radicales o comunistas, aunque todos aseguraban defender lo mismo.

A los partidarios de Marx los representaba en España el PSOE, y los anarquistas se englobaban en la CNT (Confederación Nacional de Trabajadores). Discordaban entre sí por la tesis de un socialismo bajo la «dictadura del proletariado» como etapa intermedia hacia el comunismo integral. Marx consideraba necesaria esa dictadura para extirpar los últimos restos de capitalismo y de las ideologías anejas a él, desde la religión a las tendencias, costumbres y derecho burgueses, en un proceso de duración

indefinida posterior a la conquista del poder. Bakunin y los suyos opinaban que el mero aplastamiento revolucionario del estado burgués haría brotar espontáneamente el comunismo, una nueva naturaleza humana más libre y auténtica, una sociedad idílica, teorizada de forma muy vaga. Por ello, una «dictadura del proletariado» solo traería otra forma de opresión y la perpetuaría, agravándola a extremos nunca vistos: el comunismo no exigía otra preparación que el mismo proceso de lucha contra el poder.

Esta retórica parecía ofrecer una explicación clara —presumía de científica— de la evolución humana, de su marcha desde la «comuna primitiva», a través de sucesivas formas de régimen de explotación, hacia la emancipación total, un paraíso de fraternidad, abundancia y plena libertad, sin poder ni estado. Muchos enemigos de esas teorizaciones encontraban gran dificultad en desbancarlas, máxime cuando en 1914 estallaba en la civilizada Europa una conflagración cruelísima, achacada a las ansias de rapiña de las burguesías nacionales. Solo que, inesperadamente, la guerra hizo aflorar intensos sentimientos patrióticos en todas las capas sociales, incluida desde luego la de los obreros, a pesar de decenios de propaganda revolucionaria contra las patrias y las naciones. El patriotismo contagió a muchos dirigentes obreristas, que, por convicción o por temor de verse aislados de los suyos, votaron en cada país los créditos y medidas de movilización que la guerra demandaba. Hubo al efecto pocas excepciones.

Una de esas excepciones tendría una repercusión histórica condicionante sobre todo el siglo XX: Lenin, líder comunista o bolchevique ruso, llamó a transformar «la guerra imperialista en guerra civil». Por cierto, la doctrina de la lucha de clases constituía, implícita o explícitamente, un llamamiento a la guerra civil generalizada. Lenin, aislado en Suiza, no podría haber hecho gran cosa si el Alto Estado Mayor alemán, enfrentado a Rusia, no hubiera estimado de gran interés su postura, esperando que debilitase la retaguardia rusa. Así que facilitó al revolucionario el traslado desde Suiza a San Petersburgo, y sufragó la masiva propaganda realizada por los bolcheviques para minar y desorganizar el ejército de su país. La maniobra tuvo un desenlace impredecible para los alemanes y para casi todo el mundo: los comunistas tomaron el poder y luego, tras una espantosa guerra civil, asentaron el primer estado socialista de la Tierra bajo dictadura del «proletariado», es decir, del propio partido de Lenin. El derribado Imperio ruso dio paso a la Unión Soviética.

El nuevo estado se presentó como «la patria del proletariado» y fundó una Tercera Internacional o Komintern (Internacional Comunista), rompiendo con el reformismo de la socialdemocracia. La Komintern agrupaba a partidos comunistas en numerosos países, dirigidos con mano de hierro desde Moscú: esos partidos debían defender a la «patria del proletariado» por encima de sus propias patrias. En España se produjeron disputas entre los marxistas, saldadas con escisiones, y el PSOE permaneció al margen de la Tercera Internacional; pero dentro de la Segunda se significó como uno de los partidos más extremistas. El mismo año de la revolución rusa, 1917, el PSOE

intentó un golpe revolucionario combinado con huelga y terrorismo, en el que anduvieron mezclados anarquistas, republicanos, separatistas catalanes y militares regeneracionistas. Estos últimos se echaron atrás y ayudaron a reprimir la revuelta.

Marx sostenía que cuestiones teóricas o filosóficas de difícil aclaración las resolvía el «criterio de la práctica», el propio desarrollo histórico. Durante años pareció que la construcción del socialismo en la Unión Soviética progresaba, demostrando en la práctica la posibilidad y necesidad de un socialismo o dictadura proletaria como preparación del comunismo. Mas pronto surgieron dudas, y a partir de su experiencia en España durante la Guerra Civil, el socialista moderado Julián Besteiro definiría la práctica comunista como «la aberración política más grande que quizá han conocido los siglos». Entre hambrunas y matanzas directas, los regímenes marxistas ocasionarían millones de víctimas mortales en los países donde se asentaron, más que ninguna otra clase de régimen, dando en esto algo de razón a Bakunin. Durante largo tiempo las noticias sobre la situación real en Rusia que traspasaban la férrea censura bolchevique solían ser descartadas por las izquierdas europeas como «propaganda burguesa», o justificadas como un coste necesario para una sociedad muy superior.

En cuanto al anarquismo, cobró en España mayor impulso que en cualquier otro país del mundo, manifestándose como una mezcla de sindicalismo y terrorismo. Cientos de personas cayeron en sus atentados, desde obreros de ideas conservadoras a políticos. Con sus asesinatos, la CNT contribuyó decisivamente a la ruina del régimen liberal, pues, como diría Cambó, el país fue llevado a una situación extrema, a la que solo dio solución el golpe del general Primo de Rivera en 1923 con la dictadura consiguiente. Esta desmanteló fácilmente las organizaciones terroristas, pero permitió la continuidad de una intensa propaganda de los ideales ácratas.

Los obrerismos, coincidentes con los regeneracionismos en su ansia por destruir la Restauración, obraron contra ella de forma mucho más directa y masiva que los retóricos intelectuales, Ortega, Azaña y demás. En definitiva, ambas corrientes se complementaron, pues los intelectuales privaron al régimen de una adecuada defensa política y moral frente a un acoso feroz. El sistema liberal permitía a aquellas fuerzas expresarse, organizarse, ganar votos, ayuntamientos y escaños en las Cortes; pero todas ellas lo atacaron sin tregua; como a la propia nación española. Aun así, la Restauración había resistido durante casi medio siglo.

En fin, los separatistas denigraban a España en nombre de superioridades «raciales» y rasgos regionales exaltados artificialmente; los regeneracionistas, en nombre de una «europeización» acrítica y vacía de estudio; los revolucionarios, en nombre de una revolución que debía liberar al ser humano de sus males seculares. Y todos ellos recogían la herencia de la Leyenda Negra. Este fondo común les permitiría unir fuerzas durante el siglo XX contra la nación «realmente existente», pese a las diferencias y odios entre ellos mismos. El efecto de esa conjunción de fuerzas difícilmente podría ser otro que el conocido, la guerra civil.

SEGUNDA PARTE

7

LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA

Existe una tendencia a considerar la democracia el único régimen legítimo posible, lo cual haría ilegítimos a prácticamente todos los existentes en el mundo hasta tiempos muy recientes. Idea cuyo mero enunciado revela su absurdo. Suele suponerse también que la democracia es aplicable a cualquier institución: obviamente lo es a la política, pero no a la empresa, a la banca, al ejército, a la Iglesia y a tantas otras que por su naturaleza excluyen la jerarquía nacida del voto. Además, el término se usa en versiones y adjetivaciones varias y para regímenes contrarios entre sí. De hecho, toda forma de poder emana naturalmente de la sociedad como la autoridad encargada de asegurar el orden, dada la divergencia y frecuente choque de intereses, sentimientos e ideas, propios de la sociedad humana. La democracia es solo una de esas formas de poder, muy tardía en la historia, por más que hunda sus raíces profundamente en el pasado europeo —por supuesto en el español— y cuente con precedentes en la Grecia clásica.

Según la tradición cristiana, el poder viene de Dios. De ahí derivó la tendencia autocrática, predominante en Rusia, a una absoluta potestad del monarca, revestidos sus actos de autoridad divina. En España difirió el pensamiento, ya desde época visigoda («Eres rey si obras con justicia, y si no, no lo eres»; anatema contra quien «menosprecia las leyes con orgulloso despotismo», etc.). A principios del siglo XVII le dio forma teórica Francisco Suárez oponiéndose a las pretensiones absolutistas del rey inglés Jacobo I: el poder venía de Dios, pero a través del pueblo, contra quien un monarca no podía gobernar legítimamente. La democracia quedó así justificada como un régimen posible, aun si en principio no muy deseable, dado el desorden que se temía de él. El padre Mariana, por su parte, justificó el tiranicidio, método poco práctico pero cuya mera exposición causó revuelo en las cortes europeas.

El debilitamiento del cristianismo desde el siglo XVIII dio al «pueblo» máxima relevancia. De considerarlo una masa sin criterio («todo para el pueblo, pero sin el pueblo», según el lema ilustrado), se le convirtió en alfa y omega de la política. La democracia, etimológicamente «poder del pueblo», expresaría el interés general frente al poder de uno (*monarquía*) o el de unos pocos supuestamente los mejores (*aristocracia*, más propiamente *oligarquía*), que defenderían intereses particulares. Se trata de un equívoco, pues el pueblo no puede ejercer un poder que quedaría sin objeto: por su propia naturaleza, el poder se ejerce *sobre* el pueblo, sobre la sociedad, y es casi siempre simultáneamente *monárquico* (un líder máximo: rey, emperador, presidente, secretario general…), *oligárquico* (por la capa de personajes que secunda

al líder y organiza el estado) y *democrático* (no será estable sin la aquiescencia mayoritaria, aunque sea pasiva, de la población). Esto ocurre también en una democracia, con la diferencia de que en ella el pueblo elige a quienes han de gobernar. El gobierno, así, representaría al pueblo. Pero el problema es más complejo, porque el pueblo no es un todo unánime, incluye fuerzas distintas y contrarias. El equívoco significado del «poder del pueblo» ha originado una versión totalitaria de la democracia, salida, como la versión liberal, del mismo tronco de la Ilustración del siglo XVIII.

La democracia totalitaria supone un «interés general» popular, frente al cual habrían de doblegarse cualesquiera intereses particulares, que podrían ser aplastados, de modo violento o más indirecto. El interés general permitiría al estado extender su poder a todos los recovecos de la vida humana. El demototalitarismo, en sus diversas versiones (comunista, socialista y nacionalsocialista como más destacadas en el siglo XX), suele apoyarse en una idea de la ciencia o de la razón, condiciona de forma radical a la sociedad, tratando de absorberla en el estado, y se opone a la tradición cristiana.

El demoliberalismo, por el contrario, admite las diversas tendencias sociales reflejadas en partidos políticos. La rivalidad entre estos queda regulada por el voto universal mayoritario, y su poder, limitado por elecciones periódicas, por la división entre legislativo, ejecutivo y judicial, y por ciertos derechos básicos de las personas. Este tipo de democracia se condensa en liberalismo más sufragio universal. El liberalismo no democrático —con sufragio restringido a sectores pudientes, a quienes se suponía mayor capacidad e inteligencia política— fue típico de la Europa del siglo XIX. El sufragio universal casi no ha existido hasta el siglo XX, máxime si incluimos el femenino. La democracia más antigua, la useña, no se completó hasta los años 60 del siglo pasado, cuando se garantizó el voto de los negros en los estados sureños.

En esta democracia el consentimiento popular, generalmente pasivo en los regímenes tradicionales, se vuelve más activo, gracias al voto. Lo cual evidencia de nuevo el equívoco de la palabra *democracia*, ya que no gobernará la oligarquía preferida por el pueblo, sino solo por una parte de este, la cual puede ser minoritaria si los contrincantes son más de dos o la abstención es muy amplia. Por otra parte, tanto en su versión totalitaria como en la liberal, la democracia genera elaboradas técnicas de manipulación de masas, con la diferencia en que, en la liberal, la competencia de manipulaciones neutraliza en parte a estas y deja mayor espacio a la información objetiva. En las totalitarias, el aparato de información/manipulación es único y sin rival.

Idealmente, la rivalidad por el poder en el demoliberalismo debiera asegurar la selección de los mejores gobernantes por una opinión pública bien informada; pero la competencia puede degenerar en un concurso de demagogias y manipulaciones desintegradoras del cuerpo social, y así ha ocurrido a veces; y por otra parte, la opinión pública nunca está muy bien informada. Con todo, en la mayoría de los casos

la democracia liberal ha superado mejor o peor sus inconvenientes y ha adquirido prestigio por tres razones: da más voz a la población, permite libertades políticas y ha promovido una riqueza superior a la de otros regímenes.

En gran medida, el siglo XX ha sido el de la democracia (y de muchas más cosas, claro está), con la pugna entre ambas concepciones de ella, habiendo triunfado hasta ahora la demoliberal sobre la demototalitaria, en medio de tremendas conmociones por todo el mundo. En la Europa del oeste solo se consolidó la democracia liberal por la intervención bélica de Usa en la II Guerra Mundial; y en el este europeo, tras el derrumbe del Imperio soviético hace ahora poco más de veinte años. Por su éxito, el demoliberalismo suele identificarse como la democracia sin más, en oposición al totalitarismo también sin más, y así emplearemos aquí ambos términos.

La democracia ha seguido un curso particular en cada país. España es uno de los pocos en Europa que la ha alcanzado por su propia evolución interna y no por la intervención militar de Usa. Cabe simplificar así el proceso: antaño, los partidos que más clamaban por la democracia (socialistas, separatistas, republicanos de izquierda etc.) rechazaban el liberalismo y por tanto tendían al totalitarismo. Y la derecha se amoldaba a la democracia sin entusiasmo, ya que la intelectualidad reaccionó contra la Restauración y el liberalismo, según hemos observado y ha expuesto José María Marco en *La libertad traicionada*. Bajo la Restauración y la II República hubo aproximaciones a la democracia, que finalmente ha adquirido cierta estabilidad desde 1977, no sin graves deficiencias. Extrañamente, la transición desde el franquismo es una de las cuestiones que han generado más confusiones, como he examinado en *La Transición de cristal*.

Hacia el final del régimen de Franco, la mayoría de sus políticos (no todos) creían la democracia posible y necesaria. No había una idea teóricamente fundamentada al respecto ni sobre el alcance y concreción del nuevo régimen, pero parecía obligado «homologarse» al resto de Europa occidental. Por lo demás, el franquismo había creado inmejorables condiciones al efecto: olvido de los odios de la república y una grande y sostenida prosperidad con una amplia clase media, por primera vez desde la invasión napoleónica. De modo que un rey nombrado por Franco, unos jefes de gobierno y ministros procedentes del régimen y unas Cortes franquistas decidieron la transición «de la ley a la ley», desde la legitimidad franquista a la democrática. Un cambio definido como «reforma», aunque desmantelaría el aparato del régimen anterior. Aprobada la reforma por las Cortes, en 1976, restaba confirmarla por un referéndum popular.

El primer escollo a ese plan radicaba en la oposición antifranquista, que contra la reforma enarbolaba la *ruptura*, la negación de la legitimidad franquista y la exaltación de la del Frente Popular derrotado en la Guerra Civil. Entender al antifranquismo obliga a recordar su composición. El único partido bien organizado, con cierta influencia y que había hecho oposición real a Franco era el comunista (PCE). Lo inspiraba la doctrina más totalitaria del siglo XX, aunque por razones

tácticas predicaba las libertades. El PCE había amalgamado en torno a sí a gran parte de la restante oposición, desde cristianos «progresistas» a grupos terroristas, separatistas o pacifistas. Previendo la muerte de Franco, había montado la *Junta Democrática* para orientar al conjunto de la oposición. Fuera de la Junta había personajes sueltos y grupos menores, a menudo también comunistas o terroristas, el más importante la ETA.

Importa mucho destacar que, en rigor, el franquismo no había tenido oposición democrática apreciable. Cuando los presos políticos salieron a la calle en las amnistías de la Transición no eran más que unos 300, casi todos ellos comunistas o terroristas. Aunque la oposición alzaba la bandera de las libertades, su carácter quedó en evidencia repetidamente, como en relación con la visita de Solzhenitsin a España en 1976. El autor ruso, uno de los grandes testigos contra la barbarie totalitaria, expuso en televisión las profundas diferencias entre el régimen de Franco y el soviético. Como reacción, los antifranquistas lo cubrieron de injurias por haber criticado a la Unión Soviética. En el festival de insultos participaron intelectuales de derechas como Cela o Jiménez de Parga, y un señalado escritor «progresista» —no comunista—, Juan Benet, lamentó desde una revista cristiana «avanzada» que se hubiera dejado escapar del Gulag a gente como Solzhenitsin. Por otra parte, como sabemos, el Frente Popular del que querían sentirse herederos había sido a su vez radicalmente antidemocrático.

Otra seña definitoria de aquella oposición fue su simpatía política y moral por la ETA, ya visible en parte de la prensa durante el propio franquismo. Cuando la ETA empezó sus asesinatos, en 1968, obtuvo el apoyo de la oposición a Franco casi en pleno, del clero separatista vasco y otros sectores clericales, del gobierno francés, el argelino y otros de Europa occidental. El relativo prestigio y respaldo popular de la ETA, y su capacidad para rehacerse de los golpes que la policía le asestó, fueron la obra de esas complicidades: los etarras eran socialistas, como la mayor parte de la oposición, y antiespañoles, tendencia muy extendida. Y así se justificaba el asesinato como forma productiva de hacer política, que luego se convertiría en un cáncer de la democracia.

La dificultad de la transición radicaba en principio, por tanto, en el PCE, y para debilitar a este, el gobierno y los medios procedieron a reforzar a un Partido Socialista por entonces insignificante y con muy escaso historial de oposición al franquismo. El PSOE recibió apoyo económico y mediático de fuentes muy varias, hasta de la extrema derecha alemana, y campañas de imagen favorables. La prensa le dio máxima cobertura, presentándolo como el interlocutor izquierdista del gobierno. El PSOE dañó a la Junta del PCE creando un organismo rival, la *Plataforma Democrática*; pero era también marxista y rupturista, propugnaba el socialismo autogestionario, la república federal, la «autodeterminación» con posible secesión de varias regiones, etc. Programa más revolucionario que el del PCE (como ya había ocurrido en la república), pues este, por temor a seguir ilegalizado, dejó en segundo

plano la «autodeterminación» y aceptó la economía de mercado, la monarquía, la bandera nacional, etc. Frente al plan de la reforma, Junta y Plataforma unieron fuerzas y aprovechando las libertades *de facto* lanzaron movilizaciones culminadas en una huelga general (fallida) y en el boicot al referéndum que debía respaldar la reforma.

En el referéndum de diciembre de 1976, el pueblo votó masivamente la reforma haciendo caso omiso de las consignas del PCE, el PSOE y sus adláteres.

Superado el rupturismo, debía articularse el nuevo estado, y entonces la Transición perdió en parte el rumbo. Se equiparó antifranquista a demócrata, y franquista a lo opuesto, con aquiescencia de una derecha ideológicamente claudicante. Aun así, las elecciones de 1977 las ganó la UCD (Unión de Centro Democrático), cuyos políticos, desde su líder, Adolfo Suárez, procedían casi todos del franquismo. Suárez, respaldado por el rey Juan Carlos, trató de disimular su pasado e hizo mil concesiones a sus contrarios, colgando a otro partido de derecha, la Alianza Popular de Fraga, el sambenito de *franquista*. Suárez era campechano y habilidoso, pero de pocas luces y pobre formación intelectual. Juan Carlos compartía con él cualidades y defectos.

Simultáneamente la ETA, maltrecha al final del franquismo, se rehizo en un ambiente más propicio, asesinó más que nunca, y organizó una intensa agitación callejera, contribuyendo también otros terroristas como el GRAPO, Comandos Autónomos y algunos catalanistas. Los políticos de derecha y la oposición más o menos proetarra aceptaron una «salida política» por encima de la policial, error que no se subsanaría en muchos años: con ello aceptaban el asesinato como un modo de hacer política, ofreciendo a los pistoleros concesiones ocultadas a la ciudadanía. Los etarras mataban y hacían política legal, ingresaban recursos públicos, amenazaban y obligaban a huir de las Vascongadas a gran número de ciudadanos, dominaban alcaldías y explotaban a fondo el «prestigio» de antifranquistas y luchadores «por la libertad» que les había regalado la oposición. La flojera del gobierno le daba fundadas esperanzas de avance hacia sus objetivos, y creaba en la opinión pública. sobre todo en Vascongadas, la impresión de que el programa etarra tenía futuro. Los demás separatistas vascos y catalanes arrancaron al gobierno concesiones, argumentadas como un modo de quitar audiencia popular al terrorismo y presentándose como alternativas moderadas a este.

Tales desvíos lastraron la Constitución. Desde la primera Constitución, de 1812, había habido varias más, viciadas por el defecto, entre otros, de ser de partido. Para evitarlo, se buscó esta vez el acuerdo de todas las fuerzas políticas. Arduo problema, por la dudosa lealtad de muchas de ellas, guiadas por un concepto negativo de España, como señaló del PSOE el filósofo Julián Marías; y porque sus idearios tenían poco de demoliberales. Los marxistas entendían las libertades como instrumento a explotar para su fin totalitario, y los separatistas entendían la autonomía como un paso a la secesión. Además, la Constitución fue elaborada de forma irregular: por

encima de la ponencia, poco brillante, decidían el socialista Alfonso Guerra y el suarista Abril Marto-rell, que se consideraban mutuamente ineptos en derecho constitucional. Guerra decidió que Montesquieu, es decir, la división de poderes «había muerto».

La Constitución resultante recuerda el dicho de que un camello es un caballo diseñado por una comisión. Organizó un «estado de las autonomías» que afirmaba la integridad de España, pero abría la puerta a un vaciamiento progresivo del estado; no establecía claramente la independencia judicial; afirmaba derechos como el del trabajo bien remunerado o una casa digna, que volvía inconstitucionales a todos los gobiernos (el paro masivo ha sido una constante desde entonces). Como se ha señalado, «nada destruye más el respeto por la ley que la aprobación de normas inaplicables». En la práctica unificaba antidemocráticamente todos los poderes al arbitrio del partido ganador o del acuerdo interesado entre los partidos mayores. Y esas taras no llegarían a corregirse desde entonces. Pese a las campañas a su favor, el referéndum constitucional de 1978 recibió mucho menos respaldo popular que la reforma de 1976.

Suárez volvió a ganar las elecciones en 1979, pero su mala gestión encendió las alarmas: estancamiento económico, paro, terrorismo y secesionismos en progresión, mientras la UCD se desintegraba, impidiendo un gobierno coherente. El malestar forzó la dimisión de Suárez y un intento de «golpe de timón» ilegal, en el que participaban el rey, los socialistas y sectores de la derecha, para imponer un gobierno de concentración que afrontara la crisis. El plan fracasó cuando Tejero asaltó las Cortes el 23 de febrero de 1981 y rehusó seguir el guión. Durante años se ha presentado el asunto como una intentona militar más o menos franquista, pero testigos e historiadores, en particular Jesús Palacios, han dado una versión mucho más fehaciente.

Fruto de tal fracaso y de la ignorancia popular sobre los entresijos del golpe, en 1982 triunfó arrolladoramente el PSOE prometiendo un cambio basado en la *firmeza* y en *cien años de honradez*. Guerra anunció que «al país no va a reconocerlo ni la madre que lo parió». Su balance, dirigido por Felipe González, empeoró el de la UCD. La ley pronto fue vulnerada y el Tribunal Constitucional desacreditado con el expolio de Rumasa; la corrupción cundió triunfante, la «salida política» a la ETA se mezcló con terrorismo gubernamental (el GAL) para empujar a los asesinos más recalcitrantes a una negociación mal definida; parte de la justicia se politizó; el paro subió a la cifra nunca vista de tres millones y el peso del estado en la sociedad aumentó sin tasa. Como puntos positivos suelen reseñarse la reconversión industrial y un crecimiento económico superior a la media europea, la entrada en la CEE —luego UE— y en la OTAN. Sin embargo un examen más próximo suscita dudas. El auge económico, poco sano, duró poco y no frenó el paro; la entrada en la CEE, en condiciones desfavorables, entrañó una pérdida progresiva de soberanía a manos de la burocracia de Bruselas; y con la OTAN siguió la colonia de Gibraltar —el PSOE le

dio insólitas ventajas—, sin proteger Ceuta y Melilla.

A pesar de los escándalos de corrupción, del GAL (el PSOE tiene su propio historial terrorista, casi siempre olvidado) y el paro, el PSOE permaneció en el poder catorce años. ¿Cómo fue posible tanta duración pese a tal balance? Muy posiblemente gracias a su éxito en la creación de estereotipos como partido de «los trabajadores» o de «los pobres» y «demócrata», al punto de apropiarse el mérito de una transición que en realidad había obstaculizado. Con el mismo éxito castigó a la derecha con la imagen de partido de los ricos y explotadores, «la caverna» más o menos «franquista» y peligro constante para la democracia. Estos clichés funcionaron gracias a la renuncia de la derecha, ya con Suárez, a la lucha por las ideas, de modo que aun con una gestión tan lamentable, el PSOE tardó en ser derrotado, y conservó la masa de sus votantes.

El PP, con José María Aznar, gobernó los siguientes ocho años. Llegó con una promesa de regeneración democrática que no llegó a cumplir. Su gestión tuvo elementos positivos: la corrupción descendió, el paro bajó a algo más de la mitad y la economía se saneó al principio. Su mayor éxito fue la lucha contra la ETA, al sustituir, al menos parcialmente, la corruptora «solución política» por la policial acorde con el estado de derecho: el brazo político etarra fue ilegalizado, perseguidas sus finanzas y frustrada la mayoría de los atentados, empujándose a los asesinos «al borde del abismo», en palabras de uno de sus jefes. Los separatismos, sintiéndose amenazados por el final previsible de la ETA, acentuaron sus presiones chantajistas. Como datos negativos cabe señalar un crecimiento económico desequilibrado, entrada sin estudio adecuado en el euro —clave de una devastadora crisis posterior—, debilidad frente a unos sindicatos demagógicos, mala política de medios y mayor vaciamiento del estado, particularmente desde Valencia, y fomento del nacionalismo en Andalucía y Galicia.

Con todo, los éxitos del PP parecían asegurar su continuación en el gobierno bajo Mariano Rajoy, pero este mostró total ausencia de ideas políticas y mentalidad economicista («la economía lo es todo»). Por ello, su antagonista del PSOE, Zapatero, recortó distancia con él en las encuestas electorales de 2004, hasta que el no bien aclarado atentado del 11 de marzo, con casi 200 muertos y 2.000 heridos, explotado políticamente por el PSOE, inclinó definitivamente la balanza a favor de este.

El segundo período socialista, de siete años largos, empeoró aún la gestión de Felipe González. Su clave fue la imposición de la *ruptura* que no pudo lograr en 1976: una espuria ley de *memoria histórica* pretendió ilegitimar el franquismo (e implícitamente la transición y la monarquía salidas de él) y legitimar al Frente Popular como fuente de la democracia. Como en los países totalitarios, dicha *ley* trató de implantar una versión particular de la historia reciente, falsificada de arriba abajo. Le ayudó mucho la nula oposición del PP de Rajoy, falto, una vez más, de principios o ideas no economicistas.

La ruptura se reflejó en otro hecho crucial: el gobierno pasó de perseguir a la ETA a colaborar con ella so pretexto de obtener así «la paz» (la ETA nunca había alterado la paz, aunque había causado una continua tensión debida a la absurda política oficial hasta Aznar): a base de concesiones contra el estado de derecho, los terroristas «dejarían de matar», aunque este objetivo lo había alcanzado prácticamente Aznar mediante la aplicación de la ley. Así, el PSOE volvió a legalizar el tentáculo político etarra, aportándole fondos públicos; frenó la acción policial hasta el punto del «chivatazo» a los terroristas frente a la acción judicial; otorgó indemnizaciones cuantiosas a familiares de terroristas muertos durante el franquismo y presentados como luchadores por la libertad; regaló una imagen favorable a jefes etarras inclinados a «la paz» y dio a los pistoleros proyección internacional en el Parlamento europeo; trató de dividir, desacreditar e intimidar a las víctimas directas del terrorismo; y, sobre todo, ofreció a los asesinos avances hacia la secesión mediante nuevos estatutos ajenos a cualquier interés social, simultáneos (2006) el del PP en Valencia y el del PSOE en Cataluña. Según el líder socialista catalán Pasqual Maragall, la nueva autonomía dejaba en «residual» la presencia del estado en la región. Ese estatuto ambientaba los tratos del gobierno con la ETA, tratos clandestinos con engaño a la opinión pública.

Tal colaboración no se entiende sin constatar la afinidad ideológica entre ETA y PSOE: ambos comparten ideología socialista, antifranquismo visceral, una idea negativa del pasado español, adhesión a radicalismos antioccidentales en todo el mundo, etc. Y no es casual que un gobierno antipatriota haya agravado las claudicaciones ante Inglaterra en Gibraltar, ante Marruecos y ante Francia, desbaratando la buena posición lograda por Aznar en la UE.

El PSOE cultivó también un feminismo agresivo con pretensiones igualitarias por encima de la única igualdad democrática aceptable, la igualdad ante la ley obtenida decenios antes. Su concreción fue el socavamiento de la familia, la promoción del aborto como un «derecho», de las relaciones sexuales a edades muy tempranas, de la pederastia, la homosexualidad y el exhibicionismo lesbiano, la intromisión del estado en la intimidad personal y familiar sustituyendo a la autoridad de los padres, etc. Todo ello subrayado por una agresividad contra la Iglesia que resultaría menos siniestra si no existiera el precedente, durante la Guerra Civil, del genocida intento de exterminio de ella junto con todo el legado cristiano. Se agravaron asimismo la corrupción y la politización de la justicia (el caso Garzón es emblemático).

Ya en su primer mandato los abusos e ilegalidades de Zapatero provocaron masivas protestas populares y debieran haberle hecho perder las elecciones en 2008, pero la ausencia de ideas y principios del PP le permitieron ganar de nuevo, y ha sido la economía lo que le ha desbancado después de superar la marca de Felipe González, «produciendo» más de cinco millones de parados, en medio de una corrupción y despilfarro poco comunes. Ante la dramática situación y su irresponsable demagogia, la presión internacional forzó a Zapatero a elecciones anticipadas, ganadas por el PP.

Para este partido se abre ahora la oportunidad de una regeneración democrática, perdida en 1996, de corregir a fondo errores y defectos ya viejos; y también la posibilidad de empeorar la situación, al mezclarse una compleja crisis política con la económica. Es pronto para predecir qué ocurrirá, aunque los augurios no son buenos. El concepto de regeneración democrática parece ajeno al lenguaje del PP actual.

El balance de la democracia presente en España dista de ser brillante. Ha derivado en partitocracia que anula la división de poderes y aumenta la corrupción, en dependencia excesiva del exterior, graves tensiones disgregadoras y una dañina involución. Punto menos tratado, pero no menos importante, es el deterioro constante de la salud social: delincuencia y población carcelaria, fracaso matrimonial, familiar y escolar, violencia doméstica, aborto, corrupción política, homosexualismo, prostitución, embarazo de adolescentes, ludopatías, consumo de drogas y alcoholismo, consumo de telebasura, etc. Simultáneamente, la natalidad ha descendido por debajo del nivel de reposición, lo cual presagia penosos efectos económicos y de todo tipo, e indica una población moralmente pesimista o decadente. La masiva inmigración no compensa ese fenómeno; tal vez lo agrave, pues se trata de personas no identificadas con la cultura del país, lo que añade un plus de desequilibrio. Estos problemas, unidos a los políticos ya mencionados, muestran una sociedad con grandes carencias democráticas, morales e intelectuales.

Al observar la historia española desde la crisis del 98, percibimos fácilmente que los períodos en que España se repuso de serias crisis, creció más y mejor y mantuvo una mayor cohesión, fueron las dos dictaduras, la breve de Primo de Rivera y la larga de Franco, ambas autoritarias pero muy alejadas del totalitarismo. De ahí cabría deducir que la democracia funciona mal o no puede funcionar en España. Un análisis más detenido indica más bien lo contrario: el franquismo creó condiciones excelentes para una democracia no convulsiva como la de la república, y ello hasta el punto de que las demagogias liberticidas y separatistas sufridas en estos decenios no han conseguido aniquilar al país ni como nación ni como sistema de libertades. La crisis causada por el PSOE de Felipe González generó una exigencia, mal atendida por la derecha, de corregir los errores de la Transición mediante una regeneración democrática. Opino que esa es precisamente la consigna y orientación capaces de salvarnos de un progresivo y catastrófico deterioro. España puede complacerse en haber llegado a la democracia por sus propios medios, no por intervención exterior como casi todo el resto del continente. El país debe ser consciente de lo que se juega arriesgando ese logro histórico con demagogias de uno u otro signo.

8

UN BALANCE DEL FRANQUISMO

El franquismo, así llamado por el nombre de su dirigente o Caudillo Francisco Franco, duró 38 años desde el final de la Guerra Civil y 41 desde su comienzo, hasta el referéndum de 1976. Quizá no haya habido en España, desde Felipe II, un régimen más hostigado y denostado desde el exterior y, aunque poco masivamente, desde el interior. Hostilidad que nunca logró derrocarlo, ni siquiera doblegarlo. Se le hacen cuatro acusaciones fundamentales: a) haberse rebelado contra un régimen democrático y un gobierno legítimo; b) haber ganado la guerra gracias a la ayuda de la Alemania nazi y la Italia fascista; c) haber organizado una genocida represión después de la guerra; d) haber instaurado una dictadura totalitaria de corte fascista. También le achacan sus enemigos el hambre de posguerra y haber sido «apestado» entre las naciones. Sobre tal régimen no podría construirse nada, como venían a decir los rupturistas, pues solo habría legado sangre, pobreza e ignorancia.

Por sorprendente que resulte, dada la amplitud con que han sido difundidas y creídas estas acusaciones, los hechos reales no apoyan ninguna de ellas. (Para más datos, ver mi libro *Franco para antifranquistas en 36 preguntas clave*). De las dos primeras acusaciones me ocuparé en el siguiente capítulo, aquí trataré ahora las últimas.

La represión de posguerra se ha presentado insistentemente como un crimen sin apenas parangón, un «holocausto» o «genocidio» comparable al practicado por los nacionalsocialistas durante la II Guerra Mundial. Se dan para él cifras entre cien mil y doscientas mil y más víctimas. Sobre todo ello cabe hacer algunas observaciones:

a. Tales cargos son mantenidos ante todo por grupos estalinistas, marxistas o simpatizantes, y separatistas. Importa especificarlo porque está perfectamente acreditada la tendencia de todos ellos a exagerar o mentir sin rebozo, y por tanto no pueden tomarse sus afirmaciones sin fuerte reserva crítica.
b. Casi toda la represión de posguerra se hizo mediante juicios, por lo que existe nutrida documentación en los archivos, que, curiosamente, no ha sido investigada de modo exhaustivo. Los ejecutados serían entre 23.000 y 30.000, según han estudiado Ramón Salas y Ángel David Martín Rubio; cifra alta, pero muy baja tanto en relación con la población española como con los seguidores del Frente Popular, lo que excluye por completo la noción de genocidio u holocausto.
c. Aunque suele enaltecerse a los ejecutados como luchadores por la libertad, la

mayoría fue procesada por delitos graves, a menudo atroces. Fue posible porque los jefes rojos huyeron a tiempo, abandonando a su suerte a miles de sicarios y chekistas que cayeron en manos de sus enemigos. Este dato incuestionable suele oscurecerse negando valor a los tribunales por falta de garantías. Sin duda eran menos garantistas que los actuales, pero lo eran más que los franceses o italianos de la posguerra mundial y mucho más que los tribunales «populares» del bando izquierdista-separatista durante la Guerra Civil.

d. Debe explicarse esta represión en el contexto de las guerras revolucionarias del siglo XX, estudiadas por Stanley Payne en *La Europa revolucionaria*, siendo muy inferior a la aplicada por los socialismos. Dado el sesgo comunistoide de la revolución, si esta hubiera vencido en España habría aplicado la represión propia de los gobiernos marxistas. Y las persecuciones entre las mismas izquierdas indican lo que habría aguardado a las derechas de haber perdido la guerra.
e. La represión franquista aguanta la comparación con otras registradas en Europa occidental. Fue proporcionalmente mayor en Finlandia en 1918. En España tuvo la particularidad de hacerse mediante tribunales, al contrario que en Francia o Italia al final de la II Guerra Mundial, que allí también fue civil, donde hubo pocos juicios y muchos asesinatos, un mínimo de 10.000, número mayor que en España si comparamos la intensidad y duración mucho menor de sus guerras civiles.
f. La represión de posguerra, por tanto, debe entenderse en el contexto de una guerra revolucionaria como otras de Europa, sin ser particularmente dura y sí más legalista que casi todas las demás. Su comprensión se ampliará con el terror durante la Guerra Civil, que examinaré luego.

Sobre el carácter del régimen franquista, Orwell, después de criticar a las izquierdas, afirmaba que Franco traería peores males: «No solo era un títere de Italia y Alemania, sino que estaba ligado a los grandes terratenientes feudales y representaba una rancia tradición clérico-militar. El Frente Popular podía ser una estafa, pero Franco era un anacronismo. Solo los millonarios o los románticos podían desear su triunfo». Del franquismo «tenía que» salir una brutal explotación de los trabajadores, oscurantismo, desindustrialización y atraso general. Esta idea ha persistido y persiste sin el menor respeto a los hechos. Cuando murió Franco, España era la novena potencia industrial del mundo, y se había acercado a la renta per capita media de la Europa opulenta más que nunca antes desde al menos las guerras napoleónicas: un 80%, porcentaje que tardaría muchos años en recuperar, y solo pasajeramente. El hambre había desaparecido por primera vez en la historia del país ya en los primeros años 50 y el analfabetismo había retrocedido a niveles marginales, mientras la universidad se había masificado.

Durante sus últimos catorce años, España creció más velozmente que cualquier

otro país de Europa. Para rebajar este éxito histórico, suele fijarse la atención en los años 40 y 50, tachados de paupérrimos y estancados debido a una política «autárquica» solo cambiada en 1959. Pero de nuevo los datos difieren. En los años 40 y parte de los 50, España sufrió primero las restricciones impuestas por Inglaterra, y después el aislamiento internacional. Los años 1941-42 y 1946 registraron un hambre intensa, aunque inferior a la del Frente Popular en 1938 y a la de muchos países europeos en guerra. Aun así, la economía creció: los índices de consumo de energía, escolarización media y superior, descenso del analfabetismo, superaron ampliamente los de la república. Respecto de esta, el número de teléfonos se multiplicó por dos, el turismo por tres y los kilómetros volados por líneas aéreas españolas por seis; mejoró la atención médica, la mortalidad descendió y la infantil cayó desde un 35 por mil al 12 en 1950, saltando la expectativa de vida desde 50 años a 62; la estatura media de los reclutas aumentó en tres centímetros, indicio de mejor nutrición. El número de maestros creció notablemente con respecto a la república, con relación más racional por alumnos. El número de alumnos de enseñanza media casi se duplicó, y el de alumnas más aún. El paisaje agrario cambió con la construcción de pantanos y una ambiciosa repoblación forestal. Todo ello según las *Estadísticas históricas de España*, de Carreras y Tafunell. Se dice que la renta de preguerra no se recuperó hasta 1951, 1953 o aún más tarde, pero debió de hacerlo en los años 40, frente a mil obstáculos exteriores.

La mejoría continuó a ritmo creciente durante los años 50, según se iba venciendo el aislamiento. El racionamiento terminó en los primeros 50, al mismo tiempo que en Inglaterra; pero esta no solo partía de un nivel técnico e industrial muy superior, sino que recibió la tajada del león en el Plan Marshall, negado a España, y le fue perdonada gran parte de la deuda contraída durante el conflicto mundial, cuyo pago la habría asfixiado. Al terminar la década, la economía española sufría considerables desequilibrios —como ocurre cíclicamente en todas las economías— y fue precisa una estabilización y liberalización económica que aprovechó la extraordinaria labor realizada, sin la cual difícilmente habría sido posible el crecimiento entre 1961 y 1975.

El desarrollo económico (y educativo y en otros órdenes) tiene relevancia porque es mayor que el de cualquier otra época antes o después desde principios del siglo XIX y porque tiende a medirse el valor de un régimen por el de su economía. Y tiene interés porque la oposición, no solo la marxista, despreciaba las libertades «burguesas», tachadas de meramente «formales», y atendía más al lado «material», lo que vuelve chocantes sus acusaciones al franquismo. Ese criterio marxistoide había cundido en amplios círculos intelectuales y políticos europeos, por el papel vencedor de la Unión Soviética en la Guerra Mundial y porque el PCE fue el único partido que luchó permanentemente contra Franco. El mencionado caso Solzhenitsin, insistamos, mostró cómo hasta personajes derechistas sentían un respeto ignorante por la URSS.

Aún más trascendental que el éxito económico fue el político. El franquismo no

tuvo oposición democrática, como señalé. Los pocos demoliberales (Ortega y Gasset, Marañón, Julián Marías, Areilza en su última etapa, etc.) publicaban con escasas restricciones y, salvo algunas quejas, vivían cómodamente sin hacer resistencia apreciable. También pocos y poco molestados, los socialdemócratas propendían —como algunos demoliberales— a tratar con los comunistas y a hacer el caldo gordo a la ETA. La oposición real fue la comunista y —solo en los últimos siete años de Franco— la de la ETA marxista-separatista. En un país de 36 millones de habitantes, los presos políticos al comenzar la transición sumaban unos centenares, comunistas o terroristas o ambas cosas casi todos, como ya fue indicado. El daño mayor al régimen provino, en sus diez últimos años, de sectores eclesiásticos tras el Concilio Vaticano II. Habiendo sido la Iglesia un pilar esencial del franquismo, su distanciamiento dejaba a este en el vacío. No debe suponerse, empero, una oposición eclesiástica democrática. A través del «diálogo con los marxistas» y la «teología de la liberación», no pocos clérigos promovieron el comunismo, el terrorismo y diversos separatismos sin desdeñar los más totalitarios. Otros jugaban a una evolución demoliberal, que hacían peligrar con tales devaneos.

En definitiva, los componentes del antifranquismo reunían cuatro rasgos: a) salvo los católicos, eran débiles, en especial los no comunistas; b) no eran demócratas; c) solían girar en torno a iniciativas comunistas y defender tiranías como la de Fidel Castro; y d) algunos eran terroristas y la mayoría simpatizaba con la ETA. Resulta inimaginable que pudieran construir una democracia. Y no la construyeron, por cierto.

A partir de la guerra mundial, el franquismo se fue liberalizando según menguaban las amenazas externas e internas. En 1974 Leszek Kolakowski, pensador ex estalinista, polemizaba con laboristas ingleses muy beligerantes contra Franco (y muy poco contra el totalitarismo soviético): «Te enorgulleces de no ir de vacaciones a España por razones políticas. Yo he estado allí dos veces. Me sabe mal decirlo, pero aquel régimen ofrece a sus ciudadanos más libertad que cualquier país socialista (tal vez excepto Yugoslavia). Los españoles tienen las fronteras abiertas (no importa por qué motivo, que en este caso son los treinta millones de turistas que cada año visitan el país), y ningún régimen totalitario puede funcionar con las fronteras abiertas. No tienen censura previa. En las librerías españolas pueden comprarse las obras de Marx, Trotski, Freud, Marcuse, etcétera. Igual que nosotros, los españoles no tienen elecciones ni partidos legales pero, a diferencia de nosotros, disfrutan de muchas organizaciones independientes del Estado y del partido gobernante. Y viven en un país soberano».

Kolakowski se quedaba corto. En España había sin duda mucha más libertad política que en la Yugoslavia de Tito y, sobre todo, mucha más libertad personal, como ya observó Julián Marías. Si las fronteras estaban abiertas no se debía al turismo: lo estuvieron siempre, salvo los momentos en que Francia —que no Franco— las cerró. Y el país era más soberano que después de la Transición.

Conviene distinguir entre régimen totalitario y autoritario. Solzhenitsin irritó a los antifranquistas por señalar, precisamente, esa crucial diferencia: la admirada o respetada Unión Soviética era un totalitarismo donde el estado ocupaba la sociedad; el franquismo fue solo autoritario, de propiedad privada (rescatada de los revolucionarismos de los años 30), estado pequeño (menor que los estados socialdemócratas eurooccidentales, en crecimiento galopante), ejército poco costoso y muy considerable seguridad jurídica. Sin ser un sistema demoliberal, se le parecía más que la oposición. Siempre hubo en su seno vacilación entre considerarlo un régimen definitivo, superador de la democracia y el comunismo, o bien una reacción a una demoledora crisis histórica, y por tanto destinado a diluirse según la crisis se superase. Esta última concepción predominó al final y, visto en perspectiva, el franquismo ha resultado una cura necesaria después de la larga época de convulsiones y demagogias que echaron por tierra la Restauración y luego la república, con el breve intermedio ordenado de la dictadura primorriverista.

No importa aquí definir el franquismo en términos jurídicos o ideológicos, sobre lo que sigue habiendo debate. Cabe atender, en cambio, a su balance, no solo en economía: a) Aparte de derrotar la revolución, eludió la guerra mundial, auténtica hazaña cuando el furioso oleaje europeo azotaba al barco hispano por las dos bandas. Ello demostró que, contra la creencia de Orwell, Franco nunca fue un títere de Hitler y Mussolini. La beligerancia, deseada por parte del régimen y por los exiliados, habría podido cambiar, quizá, el curso del conflicto en 1940-41, y traído al país destrucciones y muertes peores que las de la guerra civil; b) Franco completó su proeza desafiando a los aliados vencedores (URSS, Usa e Inglaterra) que, con plena injusticia, intentaron aislarle para hambrear a la población y así derrocarle. Y de paso venció al *maquis*, que buscaba reanudar la guerra civil y justificar una intervención militar exterior.

Pero el logro mayor del franquismo fue la superación de los rencores políticos que desgarraron la república. No fue demasiado difícil, pues la gente había conocido el Frente Popular y su revolución: la mayor hambre del siglo XX, con destrucción de un inmenso patrimonio histórico y artístico, despotismo, terror, sangrientas querellas entre las propias izquierdas y huida final de los jefes al extranjero con ingentes tesoros expoliados. La imagen corriente de una posguerra con media España humillada y resentida, ansiosa de revancha, queda desmentida por el fracaso del *maquis*, que no arraigó entre la población, pese a unas condiciones en principio tan favorables como la pobreza y el hambre de la época y la presencia al otro lado de la frontera, al norte y al sur, de las imponentes fuerzas ganadoras de la II Guerra Mundial y hostiles a Franco. Muy pocos deseaban repetir la experiencia republicana y revolucionaria.

A partir de ahí, los odios e incluso los recuerdos de la república fueron diluyéndose. Se popularizó el dicho «¡Esto es una república!» para señalar una situación caótica. Las viejas retóricas marxistas, republicanas y separatistas no

calaban en la gente. (Esta fue, incidentalmente, la causa confesada de que los etarras emprendieran la vía del terrorismo: se sentían «víctimas de un horrible pecado colectivo» de los vascos, que no les hacían caso, y para justificar su terrorismo se decían dispuestos a cesar en él «cuando una masa de quinientos vascos sea capaz de manifestarse pública y silenciosamente por las calles». Recojo estos y otros testimonios en el capítulo «Un terrorismo bendecido», de *Una historia chocante*). La efectiva reconciliación nacional evitaría en la Transición el trauma de una ruptura, permitiendo el avance evolutivo a una democracia, lograda solo a medias y amenazada por quienes hacen gala de su odio al franquismo.

Otra faceta es lo que he llamado «salud social»: las cárceles estaban menos pobladas que en el resto de Europa; apenas cundió la droga cuando esta hacía estragos al norte de los Pirineos; eran bajos los índices de prostitución, abortos, fracaso escolar, violencia doméstica, suicidios, enfermedades de transmisión sexual, telebasura… Y altos los de estabilidad familiar y esperanza de vida (una de las más largas del mundo), pruebas de un bienestar no solo material.

Tales éxitos, nunca vistos en dos siglos, no han amortiguado, sin embargo, unas inquinas y acusaciones tanto más pasmosas cuanto que proceden de partidos y políticos que han demostrado violencia o colaboración con ella, corrupción y sesgos totalitarios más que notorios; o de personajes prósperos y privilegiados en el franquismo. Inquinas con poco curso a la muerte de Franco, sentida como una pérdida por la mayoría de la población, según testimoniaban las encuestas y la masiva asistencia a su capilla ardiente. Luego el antifranquismo tomó cuerpo y alcanzó notables éxitos políticos, hasta el grado de que la defensa de aquel régimen y la misma exposición veraz de la Transición se han convertido en motivo de exclusión política, censura en los medios y casi de muerte civil. Tal fenómeno requiere una explicación.

Era y es frecuente en Europa la identificación de Franco con el fascismo y el nazismo, pues la guerra mundial alió a Churchill y a Roosevelt con Stalin, y la propaganda marxista gozó largo tiempo de crédito en Occidente. De ahí la simpatía de las izquierdas y parte de las derechas europeas, de gobiernos como el francés, el holandés o el sueco, hacia los comunistas o los terroristas de la ETA. No pasaba igual en España, donde la gente guardaba memoria fresca del pasado, por lo que la elaboración de una mentalidad antifranquista llevó tiempo. Izquierdas y separatistas tachaban a Franco de dictador sanguinario, pero nunca habrían convencido a mucha gente si no hubiera venido en su ayuda la mayor parte de la derecha (Suárez y su UCD), inhibiéndose de la aclaración y defensa del régimen anterior, es decir, de sus propias raíces. Ello pese a que el rey lo era por designación de Franco y casi todos los políticos de la UCD provenían del franquismo. Y pronto la otra derecha con más principios, la AP de Fraga Iribarne, siguió por la misma senda. Todos aceptaron la equiparación de antifranquismo con democracia, desarmándose políticamente, y de ahí las concesiones excesivas a las izquierdas y los separatismos para hacerse

perdonar o disimular el pasado; y la falsificación de biografías, como hicieron también muchos líderes izquierdistas y secesionistas, «contaminados» por sus antecedentes franquistas.

La izquierda y los separatismos comprendieron y explotaron a fondo la magnífica baza que les ofrecía una derecha autodesarmada ideológicamente. Pero fueron personas vinculadas al franquismo por su carrera personal y profesional quienes con más ardor y eficacia lo atacaron a través del diario *El País*. Dirigía el diario Juan Luis Cebrián, quien, al calor de su familia falangista, se había promocionado en los medios de masas del régimen hasta ostentar altos cargos; y lo financiaba otro, Jesús Polanco, que había labrado su fortuna en la intimidad de ministerios franquistas. En la misma línea operó la revista pornopolítica *Interviú*, que alcanzó tiradas nunca vistas mezclando la pornografía y el reportaje escandaloso con la opinión política. Asimismo el *Grupo16*, legal bajo Franco y colaborador propagandístico de la ETA, según reconoció su promotor Juan Tomás de Salas («la gente que estaba en este tipo de prensa, que además era la prensa que tenía más credibilidad, mayores lectores, de alguna manera nos habíamos sentido durante muchos años solidarios de la ETA»: citado en mi libro *Los crímenes de la guerra civil*). La nación entró en un peculiar estado de farsa. No por azar el ataque a Franco lo fue también a España, hasta disimular su nombre como «Estado español».

El proceso ha culminado con la llamada *ley de memoria histórica*, engendradora de odios y divisiones peligrosas y que, partiendo de la izquierda y el separatismo, difícilmente podía ser democrática. No es difícil ver tras la farfolla demagógica que los peligros mayores para el sistema actual de libertades provienen, precisamente, del antifranquismo: tienen ese carácter casi todo el terrorismo, los autores de las oleadas de corrupción, el ataque a la división de poderes, los separatismos, etc. No creo exagerada la tesis de que la clarificación del franquismo y de la Guerra Civil, lejos de limitar su interés al plano académico, constituye una tarea muy esencial en orden a mantener la democracia y un desarrollo político sano. La alternativa consiste en el triunfo del autoengaño que solo puede conducir a una recaída en los errores del pasado. La sociedad tendrá que optar, si no quiere seguir el pésimo derrotero actual.

9

ALCANCE HISTÓRICO DE LA GUERRA CIVIL

Las raíces de la guerra civil se encuentran en la ruina de la Restauración, que dañó tanto al liberalismo como al concepto de la nación española. La crisis del liberalismo afectaría a casi toda Europa después de la I Guerra Mundial, interpretada como el fracaso histórico de ese ideario. Unos lo entendían como un disfraz hipócrita de la explotación burguesa y otros como un sistema suicida, al permitir la expresión y asociación de fuerzas contrarias a él; o se le acusaba de desarraigar a los individuos y diluir la sociedad. Se hablaba de una democracia antiliberal, más «auténtica». La revolución soviética y el fascismo italiano abrieron nuevos rumbos a la historia europea.

Como vimos, el proceso comenzó en España algo antes, con un 98 interpretado como descalabro liberal, y una informal alianza entre separatistas, socialistas, anarquistas, republicanos y regeneracionistas, muy diferentes en sus ideas y fines, pero coincidentes en el objetivo de derribar la «podrida» *España oficial*. Aquella alianza *sui generis* torpedeó la Restauración, después trajo la II República, y por fin el Frente Popular y la guerra. Entre la caída de la Restauración y la república medió la corta dictadura de Primo de Rivera, de gran éxito económico (el país creció como nunca antes) y político (eliminó tres cánceres del régimen anterior: la pesadilla marroquí, el terrorismo y la acción separatista). Pero, aunque consiguió la colaboración del PSOE, falló en el intento de asentar una alternativa estable al régimen liberal y al empuje extremista.

La república significó el triunfo de las fuerzas nutridas por el 98 y la ocasión de demostrar sus virtudes. Según la leyenda, el enemigo de la república fue la derecha, que la saboteó en todo momento, pero no es cierto. Su fautora por activa y por pasiva fue, llamativamente, la derecha. Por activa, los ex monárquicos Niceto Alcalá-Zamora y Miguel Maura unificaron a los republicanos en el Pacto de San Sebastián y, tras urdir un golpe militar, fallido, los incitaron a tomar el poder después de las elecciones municipales de abril de 1931. Y por pasiva, la derecha monárquica, en plena quiebra moral, empujó al rey Alfonso XIII a renunciar y abandonó el poder a los republicanos so pretexto de aquellas elecciones… ganadas por los monárquicos. Solo después de eso dominaron las izquierdas: su primera acción, la quema de más de cien edificios (iglesias, bibliotecas y escuelas) antes de un mes de instaurada la república, provocó un comienzo de resistencia a ella en pequeños sectores derechistas.

En los hechos, los primeros enemigos del nuevo régimen fueron los comunistas,

débiles entonces, y los anarquistas, mucho más potentes, que mantuvieron al nuevo régimen en permanente sobresalto con su «gimnasia revolucionaria». Los socialistas, el partido más fuerte y mejor organizado con su sindicato UGT, aceptaron la «república burguesa» solo transitoriamente, con vistas a su «dictadura proletaria». Los separatistas catalanes obtuvieron una autonomía que, de forma semejante al PSOE, no veían como solución al problema que ellos mismos creaban, sino como un avance hacia la secesión; los separatistas vascos no tuvieron estatuto, por «vaticanistas», y fracasaron en su intento de englobar a Navarra. Entre los republicanos, los más votados eran los de Lerroux, antaño exaltados pero evolucionados hacia la derecha; los republicanos de izquierdas, divididos en grupos discordantes, ganaron fuerza aliándose con el PSOE. Todo ello volvía al régimen muy volátil. Sería la derecha organizada en la CEDA, al aceptar —sin entusiasmo— tal república, quien pudiera aportarle cierto equilibrio.

Azaña, descollante líder republicano y jefe del gobierno en el primer bienio, diseñó una estrategia basada en los sindicatos y el PSOE («el hombre natural en la bárbara robustez de su instinto»), a quienes debía dirigir la «inteligencia republicana» para acometer un «programa de demoliciones» de la herencia cultural y política anterior. Pronto se percataría de que los *robustos bárbaros* no se dejaban guiar por una «inteligencia» a su vez muy poco brillante: Azaña mismo tacha de botarates y corruptos a los demás políticos republicanos (en *Los personajes de la República vistos por ellos mismos* he tratado las memorias de los líderes, cuyo contraste ofrece un revelador retrato de la época). Exceptuando la común aversión a la Iglesia, la acre disparidad de fines e intenciones entre los partidos prometía una república muy alterada, como así fue: crecieron las violencias, las insurrecciones ácratas y la delincuencia, y fracasaron por ineptitud las reformas agraria, militar y educativa; y pronto el estatuto catalán.

Por ello la izquierda, dominante en el primer bienio, perdió desastrosamente en las urnas de noviembre de 1933, abriendo una posibilidad de rectificación. Sin embargo, los vencidos por los votos replicaron con intentos de golpe de estado (Azaña y otros) y actos desestabilizadores rematados en octubre de 1934 con una insurrección concebida como guerra civil. La apoyaron casi todos ellos y la organizaron el PSOE y el nacionalismo catalán, el uno en pro de su «dictadura proletaria» y el otro como embate secesionista. El golpe fracasó dejando 1.300 muertos y enormes destrucciones, pero las divisiones y flojedad política de las derechas esterilizaron la ocasión de asentar una república viable.

La insurrección del 34 fue el verdadero comienzo de la guerra civil, su «primera batalla» en palabras de Gerald Brenan. Y no solo ni tanto porque fuera planeada como tal, sino porque su derrota no indujo a más que una rectificación meramente táctica. No pudiendo volver a las armas, las izquierdas montaron una propaganda tan extremista como falsaria, sobre crímenes achacados a la represión derechista (la he analizado a fondo, creo que por primera vez, en *El derrumbe de la República y la*

guerra civil). La insurrección del 34 fue vencida porque la inmensa mayoría de la población desoyó los llamamientos de los insurrectos, pero la citada propaganda tuvo máxima trascendencia para la historia posterior, porque polarizó brutalmente a la sociedad.

A su turno el derechista Alcalá-Zamora, presidente de la república, perdiendo el sentido de la realidad, dividió a las derechas, arruinó al partido de Lerroux, expulsó del gobierno a la CEDA —el partido más votado— y forzó unas elecciones anticipadas para el 16 de febrero de 1936, en un clima de furias desatadas. La campaña electoral fue simplemente salvaje, con las izquierdas, unidas en lo que se llamaría Frente Popular, amenazando con el exterminio de la derecha y con no reconocer las votaciones si no les favorecían. El recuento de votos fue falseado entre coacciones tumultuarias, certificadas por el propio Azaña. El Frente Popular proclamó su victoria mientras el gobierno nombrado por Alcalá-Zamora huía, y la segunda vuelta electoral se hizo ya bajo el poder izquierdista. Las cifras de votos no fueron publicadas, hecho que, por sí solo y al margen de las otras violencias, descarta aquellas elecciones como democráticas (los diarios de Alcalá-Zamora, robados por el Frente Popular y recobrados recientemente, dan datos sobre las intensas coacciones y falsificación de las votaciones). El gobierno resultante no fue en ningún momento legítimo.

Más que un gobierno, el Frente Popular resultó un nuevo régimen en construcción, que anuló de hecho la Constitución republicana. Azaña, de nuevo jefe del gobierno, anunció que la izquierda ya no abandonaría el poder y promovió una «republicanización del estado» consistente en una depuración política de los organismos estatales; en una «revisión de actas» para expulsar arbitrariamente de las Cortes a numerosos diputados de derechas; en la destitución ilegal de Alcalá-Zamora —gracias a cuya escasa cordura mandaba el Frente Popular—, cuyo cargo presidencial ambicionaba Azaña; en la anulación de la independencia judicial y su sumisión a los sindicatos; en la censura sistemática de prensa… Estas medidas dieron el golpe de gracia a la república, ya malherida por la insurrección del 34, cuyos autores ocupaban ahora en triunfo el poder.

Tal «programa de demoliciones» espoleó a los revolucionarios en la calle y los campos. Una ola de ocupaciones de fincas y atentados causó en solo cinco meses entre 300 y 400 muertos, incendio de cientos de iglesias, algunas de gran valor artístico, de sedes y periódicos derechistas y registros de la propiedad; menudearon las agresiones a militares y las huelgas salvajes mientras el paro aumentaba al galope… Las víctimas eran en gran mayoría derechistas y la policía perseguía a su entorno, en lugar de a los asesinos. Hasta el socialista Indalecio Prieto se asustó, y las descripciones de Madariaga y muchos otros exponen la furia del proceso revolucionario (véanse *Los documentos de la primavera trágica*, recogidos por Ricardo de la Cierva: he expuesto el proceso en *El derrumbe de la República y la Guerra Civil*).

En tal caos, algunos militares, dirigidos por Emilio Mola, conspiraron para normalizar el país mediante un golpe republicano rápido a cargo de un directorio militar. No un golpe contra un gobierno legítimo y democrático, como pretende, contra toda evidencia, la propaganda e historiografía de izquierdas. Más bien una reacción frente a un sangriento curso de impulso totalitario, cuyas raíces lejanas, como vengo insistiendo, cabe encontrar en el 98 y la resultante descalificación de España y del liberalismo.

El asesinato del líder de la oposición Calvo Sotelo a manos de policías y milicianos socialistas rompió las últimas contenciones, y el golpe comenzó el 17 de julio. Pero, al no triunfar, derivó a una guerra civil que reiniciaba la interrumpida en 1934.

La propaganda, en especial la de la Komintern, ha creado un grueso y persistente equívoco al presentar la guerra como una pugna entre democracia y fascismo. Basta citar los componentes (de hecho o de derecho) del Frente Popular para calibrar su carácter: los grupos decisivos eran los marxistas del PSOE y los anarquistas de la CNT, y en el curso de la guerra los estalinistas se convirtieron en el mayor partido; además estaban los débiles republicanos de izquierda, que ya en la república habían intentado golpes de estado tras perder las elecciones de 1933; más los nacionalistas catalanes, tan golpistas como los otros republicanos, y los separatistas vascos, de un racismo exacerbado no lejano del nazi. El bando izquierdista-separatista se autodefinió a menudo como «rojo», bastante adecuadamente, o como *republicano*, falsamente porque el Frente Popular destruyó, precisamente, la legalidad de la II República. El bando rebelde se llamó «nacional», por defender la nación española y su herencia cristiana. Tuvo carácter conservador y autoritario, con tendencias minoritarias similares a las fascistas por parte de la Falange. Esta, aunque con peso considerable, nunca desempeñó un papel similar al del partido fascista italiano o del nacionalsocialista alemán, y no prevaleció en sus roces o choques con otros sectores como los católicos o los militares. Así, la democracia no movió a ningún bando —aunque el izquierdista la invocase con plena falsedad—, porque después de la experiencia republicana casi nadie creía en ella. Lo que se jugaba era más básico: la supervivencia nacional y cristiana. En suma, el levantamiento del 18 de julio de 1936 no se hizo contra ninguna democracia sino contra un agresivo proceso revolucionario de orientación totalitaria.

Simultáneamente cundió en las dos zonas el terror contra los enemigos, con miles de homicidios. La crítica a los nacionales por este hecho ha sido intensísima, mientras que las matanzas de las izquierdas se han justificado como reacción espontánea al terror contrario, y aun así reconducida luego a la legalidad por las humanitarias autoridades del Frente Popular. Los nacionales, se dice, habrían montado una represión brutal, deliberada y permanente desde el poder. Estas versiones han sido desmentidas con datos y argumentos, entre otros por Salas Larrazábal, primero en sacar la cuestión de la propaganda para incluirla en la investigación científica; por

Ángel David Martín Rubio; o por Julius Ruiz. Yo he analizado en *Los crímenes de la Guerra Civil* la falsedad de los tópicos comunes. Hay semejanza entre los dos bandos en cuanto al número de víctimas (algunas más por parte de los nacionales, aunque la intensidad con respecto al territorio dominado fuera mayor en los rojos), y en los dos casos la mayor furia se alcanzó en los primeros meses y fue en parte espontáneo y en parte organizado por el poder; la represión posterior siguió cauces más o menos legales. Pero aparte de estas semejanzas hay fuertes diferencias cualitativas casi nunca mencionadas:

a. Fue la izquierda quien comenzó el terror. El pistolerismo ácrata y sus complicidades socialistas y republicanas habían sido una causa mayor en la quiebra de la Restauración. Al llegar la república, el terrorismo recomenzó con la llamada quema de conventos y pronto con nuevos atentados y asesinatos. Y la rebelión izquierdista-separatista del 34 causó muertes y destrucciones sin precedentes… hasta la llegada del Frente Popular.
b. El terror rojo en 1936 nacía de un cultivo propagandístico del odio durante largos años y de la seguridad en la victoria, que lo justificaría; mientras que el terror nacional estalló entonces por el resentimiento acumulado ante las continuas agresiones sufridas con impotencia desde tiempo atrás, y por la necesidad de asegurar la retaguardia en los meses iniciales, cuando la victoria era muy incierta. Fue un terror de respuesta.
c. Los rojos no solo asesinaron a derechistas, también lo hicieron entre ellos, dato poco investigado pero sobre el que abundan informes y testimonios de anarquistas, socialistas y comunistas, unos contra otros. Añádase la activa intervención de la policía secreta soviética al margen o por encima del gobierno izquierdista español.
d. La crueldad roja superó en mucho a la nacional (familias enteras quemadas vivas o exterminadas a golpes, sacerdotes arrastrados por tranvías o mutilados salvajemente, torturas «científicas» en las checas…).
e. Aunque la propaganda de izquierda califica de genocidio la represión nacional, no hay rastro de ello: alcanzó a menos de un 2% de los más o menos comprometidos con el Frente Popular. Sí fue un genocidio la persecución contra la Iglesia, pues trató de exterminar al clero y de arrasar la cultura cristiana en España.

En principio, la victoria del Frente Popular estaba garantizada, pues quedaron en sus manos la totalidad de las reservas financieras, casi toda la industria, las principales ciudades y la mayoría de la población, el grueso de la aviación y la marina, la mayor parte de los cuerpos policiales y casi la mitad del ejército de tierra. ¿Por qué terminaron ganando los sublevados? Un mito asevera que la «no

intervención» de Inglaterra y Francia benefició a los nacionales, los cuales habrían logrado más ayuda de Alemania e Italia que el Frente Popular de la URSS. Pero el gobierno rojo gastó en ayuda, soviética y de otras procedencias, entre vez y media y el doble que sus enemigos, por más que la corrupción lastró su eficacia. Con un gasto tan superior obtuvieron una cantidad de armamento bastante parecido a la de los nacionales, por lo que la ayuda o intervención extranjera no pudo ser decisiva, aparte de algún momento concreto.

Al principio la ayuda fue muy poco voluminosa en los dos bandos. Franco logró, con barcos y aviones españoles (primer puente aéreo de la historia, al parecer), trasladar a la península pequeñas unidades de Marruecos. Con ellas aseguró la Andalucía occidental y avanzó para unir las dos zonas rebeldes, del sur y del centro-norte, un notable éxito estratégico. Pronto reforzó el puente aéreo con nuevos aviones alemanes e italianos. Los rojos disponían de mucha más aviación, más alguna venida de Francia. Fue al llegar los nacionales ante Madrid, en noviembre del 36, cuando resultó decisiva la intervención exterior, en concreto la soviética, que inició una escalada con aviones y tanques técnicamente superiores a los contrarios, brigadas internacionales y asesores para crear un ejército regular. La guerra pudo haber acabado allí de dos maneras, a los 4-6 meses de reiniciada: con la toma de la capital por los nacionales o con la destrucción de estos por la gran superioridad roja. No ocurrió una cosa ni la otra, pero la intervención soviética determinó el paso de una lucha de pequeñas unidades («columnas») a una de grandes ejércitos, así como la escalada en la ayuda italiana y alemana y la continuación de la contienda durante casi dos años y medio más.

Lo esencial de la intervención externa no es el aspecto cuantitativo, sino el cualitativo en dos puntos: 1) Hitler no había emprendido aún su carrera de matanzas en masa, mientras que Stalin ya tenía sobre sí muchos millones de personas exterminadas directa o indirectamente. Desde ese punto de vista, la ayuda recibida por los nacionales fue mucho más «limpia» que la de sus contrarios. 2) Franco mantuvo plena independencia con respecto a Hitler y Mussolini, mientras que Stalin ejerció un verdadero protectorado sobre el Frente Popular por tres medios: su control de los recursos financieros españoles, enviados a Rusia por el gobierno rojo; sus asesores y policía política, que gozaron de un poder que nunca tuvieron en el bando nacional alemanes e italianos; y sobre todo por el Partido Comunista español, que creció hasta hacerse hegemónico en el ejército y la policía (ver, por ejemplo, mi polémica en 2003 con Enrique Moradiellos en la revista digital *El Catoblepas*, fundada por Gustavo Bueno).

Alemania e Italia ayudaron a Franco por varios motivos: abortar una revolución roja a la entrada del Mediterráneo, conseguir un amigo a retaguardia de Francia, adiestrar tropas, y para Hitler, distraer a la opinión de sus maniobras políticas en Centroeuropa. Moscú creía que no tardaría en estallar una guerra «imperialista» similar a la I Guerra Mundial, y procuraba evitar que el choque se produjera entre

Alemania y la URSS, y sí entre las democracias y los países fascistas. A ese fin, esta guerra le ofrecía una buena coyuntura, pero no lo consiguió ante la renuencia de Londres y París. Al mismo tiempo trató de hacer de España un país satélite al estilo de los que impondría más tarde en Centroeuropa, designio solo en apariencia contradictorio con el de arrastrar a las democracias al remolino español. Por todo ello, la contienda levantó pasiones fuera de España, pues parecía jugarse en ella, de un modo u otro, el destino europeo.

Las causas de la victoria nacional son otras, y no solo militares. Los dos bandos afrontaron arduos retos: poner en pie un nuevo estado sobre la ruina del anterior; levantar un ejército en regla, por la misma razón; y asegurar la unidad política entre fuerzas dispares. Resolver estos problemas bajo el fuego, por así decir, exigió una gran destreza política y organizativa, en la que Franco superó netamente a sus enemigos: estableció un aparato estatal ligero y algo primario, pero eficiente, creó un nuevo ejército de estilo conservador, pero aguerrido y disciplinado, y unificó a los suyos sin apenas efusión de sangre. Los rojos solo llegaron a unificarse a medias y con grandes coacciones, asesinatos y una pequeña guerra civil interna en mayo del 37; por lo mismo, su nuevo estado sufrió continuos roces, y su ejército, en cuya organización se adelantó al nacional y aplicó mayores innovaciones, solo logró verdadera eficacia en la defensa, y a costa de un disciplinarismo casi terrorista.

En la conducción militar, Franco superó asimismo a sus contrarios, pese a contar estos con asesores soviéticos de calidad, como demostrarían luego contra Alemania. Franco no tuvo una sola derrota, aparte de la parcial de Guadalajara, aunque cosechó algunos fracasos. El ejército rojo fue capaz de lanzar ofensivas peligrosas incluso cuando parecía tener perdida la guerra, pero una y otra vez sus enemigos las convirtieron en desastres para los atacantes. Por otra parte el bando rojo registró algunas resistencias enconadas pero ningún episodio comparable a los hechos heroicos de los nacionales (el del Alcázar de Toledo el más conocido, y hubo muchos más).

Desde el bando de Franco puede resumirse así el curso de la lucha: pese a una inferioridad material casi desesperada, los nacionales tomaron Guipúzcoa y amenazaron Madrid, sin lograr tomarla. Entonces se aplicaron a poner en pie un ejército masivo, y luego de nuevos fracasos en el Jarama y Guadalajara en invierno y primavera de 1937, atacaron el norte cantábrico, de gran valor estratégico y económico por su industria pesada y de armamento, minas, ganadería, etc. La lucha allí se complicó ante las ofensivas rojas por el centro y Aragón (Brunete y Belchite sobre todo), que fueron repelidas. Franco obtuvo en el norte victorias aplastantes, alguna gracias a la traición de los separatistas vascos a sus aliados del Frente Popular. Hacia finales de octubre de ese año, su ejército superaba un poco, materialmente, al enemigo.

Franco volvió a preparar la conquista de Madrid, pero sus enemigos se le adelantaron tomando Teruel. Los derrotó de nuevo y llegó al Mediterráneo en abril de

1938, aislando del centro a Cataluña. Tuvo ocasión de ocupar esta, pero la tensión en Europa subía de punto por la unión de Austria a la Alemania hitleriana y en Francia el gobierno izquierdista de León Blum planeó invadir España contra los nacionales. No se atrevió a hacerlo, pero aumentó su apoyo logístico a los rojos. Temiendo dar pretexto al ataque francés, Franco dejó Cataluña para mejor ocasión y desvió su ofensiva hacia Valencia, que progresó con dificultad. Y el 25 de julio las izquierdas lanzaron desde Cataluña la magna ofensiva del Ebro por la retaguardia nacional. Los nacionales pudieron quizá embolsar a su vez al ejército rojo contraatacando más al norte por Cataluña, pero ante el peligro de reanimar las amenazas francesas, Franco resolvió destruir a su enemigo en el mismo Ebro, después de lo cual Cataluña caería previsiblemente como fruta madura. Fue la batalla más larga (casi cuatro meses) y sangrienta de la guerra. El ejército rojo sufrió un desgaste irrecuperable, mientras el nacional conservó su potencia.

La ocupación de Cataluña, emprendida con precaución a finales de 1938, resultó fácil, en gran medida porque la población, harta del dominio revolucionario, daba la bienvenida a los nacionales. Estos entraban el 26 de enero de 1939 en Barcelona entre una multitud aclamatoria. Otra masa de barceloneses, de grado o forzada por las tropas vencidas, pasaba a Francia, donde sería recluida en campos de concentración: la gran mayoría de los huidos retornaría a España a los pocos meses.

Quedaba una extensa zona en el centro-sureste de la península, donde los rojos disponían aún de un ejército cifrado en más de medio millón de hombres, buenos puertos y una armada poderosa. Franco, en lugar de arrojarse sobre ella, esperó a que sus desmoralizados enemigos pelearan entre sí, como ocurrió. El 28 de marzo, los nacionales entraban a Madrid aclamados como en Barcelona, y enseguida ocuparon toda la zona sin disparar un tiro. El 1 de abril Franco emitía su célebre y lacónico mensaje. «En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado».

Desde la perspectiva del Frente Popular, la contienda estuvo mediatizada por las rivalidades internas. Al principio, todos creían tan cierta la victoria que pensaban más en disputarse la parte del león en el botín que en dirigir con eficacia la lucha. Los comunistas fueron la excepción. Cuando los nacionales avanzaban sobre Madrid en verano del 36, el gobierno inepto de Giral fue sustituido por el del socialista Largo Caballero, *El Lenin español*. Largo consiguió integrar en él a las fuerzas antinacionales, incluidos los reacios anarquistas, cumplió en serio la consigna comunista de crear un ejército regular en sustitución de las milicias, y recibió la asistencia de Stalin a cambio del envío del grueso de las reservas de oro a Moscú. Y aunque su gobierno huyó a Valencia al acercarse a Madrid sus enemigos, estaba en condiciones de destruir a estos. No llegó a tanto, pero retuvo la ciudad y luego paró tres ofensivas nacionales sucesivas. El «Ejército Popular» no era una quimera.

Con todo, la unidad política era endeble. Ante el disgusto anarquista, el PCE iba ganando terreno en el ejército y los soviéticos imponían una tutela contra la que

terminó por rebelarse el *Lenin español*. De ahí una miniguerra intraizquierdista en Barcelona, en mayo del 37, ganada por los adversarios de Largo. Sustituyó a este el también socialista Negrín, mucho más identificado con comunistas y soviéticos: responsable mayor de la entrega del oro a Moscú, comprendía bien la dependencia política que ello entrañaba.

Al abandonar Franco su ofensiva desde Madrid al norte cantábrico, la ventaja de los rojos en el centro aumentó sobremanera, y la aprovecharon para contraatacar e impedir a los nacionales fijar su esfuerzo en el norte: lanzaron ofensivas por la Casa de Campo, La Granja, Brunete, Huesca y Belchite, pero una y otra vez su superioridad material sirvió de poco ante unas resistencias encarnizadas, y no logró aniquilar a su enemigo ni apenas distraerle de su ofensiva norteña. Una vez perdida la franja cantábrica, Negrín hizo un esfuerzo titánico para reclutar una nueva masa de tropas y atacó y tomó Teruel. Pero ello solo prologó el desastre que llevó a los nacionales a cortar en dos la zona roja, aumentando el desánimo y las rivalidades internas. Azañistas, separatistas catalanes y vascos, y algunos socialistas conspiraban para atraer a Inglaterra a apoyar una paz separada o de compromiso a costa de los comunistas y con posible división del país. Negrín los intimidó con despliegues de tropas en Barcelona, e hizo ante el exterior su propia oferta de paz, añagaza desesperada de la que Azaña se burló.

Sin posibilidad de vencer, Negrín buscó alargar la guerra a todo trance, anhelando una nueva guerra mundial, de la que esperaba una decisiva intervención francesa e inglesa a su favor. Por ello, lejos de desalentarse, reforzó la represión contra sus aliados, amedrentó a Azaña, obtuvo nueva ayuda soviética e hizo un supremo esfuerzo en el Ebro. Durante esta batalla, sus esperanzas de guerra europea estuvieron cerca de cumplirse por la crisis de Munich, en septiembre de 1938. Pero no tuvo esa suerte. Ante el siguiente y rápido avance nacional por Cataluña, los jefes frentepopulistas escaparon a Francia llevándose ingentes tesoros expoliados por Negrín desde el mismo año 1936 (en Méjico, el también socialista Prieto le hurtó parte del botín, motivando un esclarecedor intercambio epistolar entre ambos, que traté en *Los mitos de la Guerra Civil*). Azaña dimitió de su presidencia nominal «de la República», dejando al gobierno rojo en posición desairada.

Negrín y los comunistas pensaron resistir en la zona centro, pero allí el resto de las izquierdas prefirió la previsible venganza de los nacionales al poder comunista. Franco exigió la rendición incondicional. En marzo del 39 estalló en Madrid una sangrienta guerra civil entre las izquierdas, Negrín, sus amigos y los jefes comunistas huyeron, y de modo tan revelador terminó la contienda. La guerra europea estallaría solo cinco meses después, pero quienes la ansiaban se habrían llevado la sorpresa de que empezaba por un pacto amistoso entre nazis y los soviéticos, antes tan enfrentados en España.

La Guerra Civil española ha levantado pasiones dentro y fuera de España, y originado una inmensa bibliografía también bastante en inglés y francés. ¿Qué

significó históricamente? Para los revolucionarios, una tremenda derrota, y victoria para quienes luchaban por la nación y el cristianismo. Aunque el tópico afirma que las guerras civiles son estériles, esta, provocada por las izquierdas, tuvo carácter fundacional, como la de Secesión en Usa y otras: abrió la paz más larga y en muchos aspectos más fructífera que haya beneficiado al país en al menos dos siglos y creó el espíritu necesario para afrontar retos tan graves como los embates de la guerra mundial y el aislamiento posterior, y para asegurar una evolución hacia una democracia no traumática en vez de una nueva república. De ningún modo fue estéril y debe considerarse el hecho más trascendental de la historia de España desde la invasión francesa, cuyo ciclo histórico vino a cerrar, junto con el más corto del 98… si el actual resurgimiento de la alianza izquierdista-separatista no reabre los viejos odios y epilepsias.

Internacionalmente, una victoria roja habría creado un foco prosoviético a espaldas de Francia y sobre el estrecho de Gibraltar, intolerable para las democracias; y con riesgo de desmembración de España, lo que habría embrollado aún más la situación. Además, habría arrastrado inevitablemente al país a la guerra mundial. En sentido contrario, se temía que Franco satelizara España a Alemania e Italia, pero él mantuvo celosamente la independencia, como Churchill y otros previeron. Lo cual resultó inesperadamente una bendición para los Aliados en su guerra contra el III Reich, pues una España beligerante al lado de Hitler habría empeorado gravemente la posición anglofrancesa primero e inglesa después, entre 1940 y 1942. El hecho de que la guerra mundial la ganasen las democracias aliadas con el totalitario Stalin hizo que la propaganda distorsionase por completo el significado de la victoria nacional, y que proliferasen las amenazas contra el franquismo. El cual, no obstante, supo afrontar y capear el temporal.

10

SIGLO XIX: LIBERALES CONTRA LIBERALES

Si en sentido político podemos caracterizar el siglo XX europeo como el de la democracia, el XIX fue el del liberalismo, es decir, de las luchas entre liberales, utópicos (totalitarios) y tradicionalistas. El liberalismo limita el poder: lo divide —con especial relieve para la independencia judicial— y le opone derechos personales y políticos (*habeas corpus*, asociación, expresión, imprenta, etc.) y economía de mercado. Sus raíces europeas son hondas. En España, las condiciones de la Reconquista (repoblación, etc.) favorecieron, sobre todo en Castilla, un sistema menos duramente feudal que el ultrapirenaico y con más rasgos preliberales como Cortes, fueros, etc.; la monarquía de los Austrias tuvo bastante de liberal: estado pequeño con pocas atribuciones sobre la libertad de las personas, cierta división y control del poder y alguna representación popular. El pensamiento de la contemporánea Escuela de Salamanca propugnaba soluciones políticas y económicas asimilables al liberalismo.

La doctrina nace parcialmente del cristianismo, con su autonomía entre política y religión («Al césar lo que es del césar…»), prédicas de fraternidad e igualdad esencial de los humanos como «hijos de Dios», con derechos inalienables contra los que no debe atentar el poder. Sin embargo no se sistematizó hasta finales del siglo XVII, principalmente en Gran Bretaña, donde arraigó tras la guerra civil, la dictadura de Cromwell y la «Revolución gloriosa», con menos violencia ulterior que en otros países.

El problema de la libertad en política es complejo y da lugar a orientaciones diversas. En Francia la misma base doctrinaria antitiránica derivó hacia soluciones totalitarias y utópicas y posteriormente a idearios antiliberales (un democratismo contra la libertad de las personas). Por otra parte, el liberalismo tendió a restringir el voto, otorgándolo a gentes de sabiduría y responsabilidad, medidas ambas… por su nivel de renta. Había en ello una desconfianza hacia la «chusma indocumentada», que en España muy bien podría haber respaldado al tradicionalismo en un plebiscito.

Las ideas liberales cobraron fuerza en Europa tras la derrota de Napoleón, debido a la autoridad ideológica y material de Inglaterra y también de Usa y de la Revolución francesa, aun si ésta trufada de utopías totalitarias. No obstante, por largo tiempo predominaron los regímenes tradicionales, en casi todo el continente. A lo largo del siglo, y tras varias revoluciones, rasgos liberales como las libertades políticas, los parlamentos o la economía de mercado se consideraron normales, y al final apenas quedaba Rusia como estado importante autocrático, aunque en vías de

liberalizarse.

Por la seguridad jurídica y la iniciativa que permite y fomenta en el individuo, el liberalismo produce sociedades dinámicas y expansivas, y ello, combinado con la Revolución industrial, otorgó a varias naciones europeas una potencia técnica, comercial y militar jamás vista antes. El agro perdió población, las ciudades crecieron de modo espectacular y la industria y el comercio progresaron a escala sin precedentes. El tren, el barco a vapor, el telégrafo, etc., hicieron mucho más veloces las comunicaciones, y hacia finales de siglo aparecían el teléfono, los primeros automóviles, se esbozaba la aviación, el cine y tantos inventos que darían carácter al siglo posterior. El gran capital se internacionalizó en buena medida, enormes bancos y corporaciones operaban por todo el mundo. Millones de personas fueron alfabetizadas, la prensa se hizo un verdadero poder, la esperanza de vida aumentó, fueron dominadas muchas enfermedades antaño devastadoras… Cambios formidables con rapidez inaudita. Fue el siglo de apogeo de Europa, y no solo económico, político y militar, también científico y con un arte y pensamiento florecientes. Inglaterra, Francia, luego Alemania, dirigían al mundo, mientras despuntaba Usa como gran potencia y Rusia desplegaba una cultura espléndida brotada milagrosamente de un semivacío anterior.

Los nacionalismos, ligados a la dinámica liberal, socavaron los imperios europeos y frustraron el empeño de la Santa Alianza entre los vencedores de Napoleón por evitar nuevas revoluciones y tumultos. Las ideas de soberanía popular crearon nuevas naciones contra los imperios: así Grecia, Italia, Alemania, Rumania o Bulgaria. Con todo, al final del siglo los imperios austrohúngaro, ruso y otomano aún dominaban gran parte del continente. En otro sentido, la expansión comenzada por España y Portugal tres siglos antes culminaba con el reparto del mundo en colonias y zonas de influencia. El imperio inglés se convirtió en el mayor de la historia; Francia lo imitó por África y Extremo Oriente; y Bélgica, Alemania, Portugal y Holanda tuvieron su porción.

El éxito del liberalismo va ligado a la Revolución industrial, comenzada en Inglaterra a finales del siglo XVIII, que aumentó de modo prodigioso la riqueza y poderío de las principales potencias europeas. No fue un proceso simple y calmado. En Inglaterra, Escocia e Irlanda se acompañó de expulsiones en masa de campesinos, que hubieron de acudir a las fábricas en condiciones degradantes. Aunque estas irían mejorando, masas de europeos vivían hacinados en suburbios insalubres o en la miseria de un agro que apenas daba para sobrevivir a la mayoría, y sujetos a la explotación de los capitalistas o de los restos feudales. Entre trastornos sociales nacieron partidos revolucionarios y habría habido peores disturbios sin la válvula de escape de las migraciones, las mayores de la historia hasta entonces. De Inglaterra, Alemania, Escandinavia, Italia y algunos países eslavos, partieron millones de personas en busca de mejor vida y más libertad en América —especialmente en Usa — y en las colonias. Irlanda sufrió hacia mediados del siglo la Gran Hambruna, que

tuvo algo de genocidio. De España también partió hacia finales del siglo una corriente emigratoria hacia Hispanoamérica.

Los espectaculares progresos implicaron altos costes. La «movilización en masa» de la Revolución francesa y Napoleón abarataron al soldado, haciendo las guerras más sanguinarias. La primera gran guerra posnapoleónica, la franco-prusiana de 1870, aunque no especialmente sangrienta, preludió las devastadoras del siglo XX. La mayoría de los conflictos, casi todos ganados con facilidad por los europeos, se dieron contra pueblos atrasados. En Usa, Canadá, Australia, Tasmania, la Argentina independiente y diversas zonas de África los aborígenes fueron acosados y no rara vez exterminados. Usa, que se consolidó después de una guerra civil muy sangrienta, creció a costa de territorios españoles y mejicanos, y Rusia sobre pueblos asiáticos y caucásicos. Las guerras podían hacerse por motivos desnudamente comerciales, como las del opio, con las que, en nombre del libre comercio, Inglaterra y Francia impusieron a China el consumo masivo de aquella droga. Por otra parte, el auge de las potencias generaba rivalidad por las colonias o por apetencias dentro de la misma Europa.

Las atrocidades asociadas a este apogeo han suscitado gruesas condenas y, con el auge del ecologismo en el siglo XX, un juicio negativo de la industrialización. Pero el abuso y el crimen han acompañado la historia del ser humano, que, pese a ello, ha progresado en general. La creciente riqueza y libertad individual y política europeas influyeron sobre otros continentes, liberándolos finalmente del esclavismo, de la guerra casi permanente entre tribus y pueblos, de muchas enfermedades, etc.; las técnicas se propagaron y el pensamiento y moral europeos ejercieron un papel liberador: los movimientos anticoloniales del siglo XX invocarían ideas nacidas en Europa.

La España del XIX participó de este proceso general, con las peculiaridades derivadas de sus circunstancias históricas. Por ellas, en tanto que varios países alcanzaron el *summum* del poder, España descendió a la etapa más profunda de una decadencia arrastrada, con altibajos, desde mediados del siglo XVII, y de la que solo empezaría a recobrarse en el último cuarto del XIX. Por supuesto, esa decadencia no la apartó del ámbito europeo. Más adecuado sería decir que se limitó a seguir, con retraso, poco brío y convulsión política, a las potencias mayores, Francia ante todo.

Según un mito corriente, el siglo español se caracterizó por un programa liberal obstruido por el absolutismo carlista y pronunciamientos militares «reaccionarios», pero no fue así exactamente. El carlismo o tradicionalismo quedó vencido militar y definitivamente en 1840 (solo hubo otros dos alzamientos menores), por lo que las conmociones del país provinieron sobre todo de las pugnas entre los propios liberales. Los pronunciamientos, en su mayoría, tuvieron carácter liberal-izquierdista, lo contrario de lo que suele entenderse por «reacción».

El liberalismo gozó de un primer período breve de 1820 a 1823, llamado «Trienio liberal», e interesa observarlo porque sus disturbios anunciaron los posteriores. El

Trienio nació del pronunciamiento de Riego, liberal exaltado y masón, que mandaba tropas que debían embarcar para sofocar las rebeliones contra España en Venezuela. En lugar de ello se rebeló a su vez y proclamó la Constitución de 1812. Nuevos pronunciamiento en Galicia obligaron al rey absolutista Fernando VII a aceptar un régimen que, a ojos de muchos, nacía con el estigma de la traición y el golpe militar. El liberalismo tendría su principal asiento en medios castrenses y sociedades secretas.

Los triunfantes liberales se dividieron entre *moderados* y *exaltados*: la facción moderada o doceañista propugnaba un régimen evolutivo que respetase la tradición monárquica, otorgando al rey soberanía compartida con las Cortes. Los exaltados, siempre dispuestos a romper la legalidad y divididos a su vez en facciones, exigían una nueva Constitución («veinteañista»), con dominio del poder legislativo, anulación *de facto* del poder regio (incluso *de iure*, por el sector republicano), y reformas drásticas de estilo jacobino sobre el modelo de la Revolución francesa. El Trienio se desenvolvió entre intrigas a tres bandas del rey, los moderados y los exaltados, proliferación de sociedades secretas a menudo masónicas, disturbios y conatos golpistas de uno y otro lado. La Hacienda quebró y estalló una sublevación popular antiliberal en Cataluña. Y comenzaron los asesinatos de clérigos, un rasgo del liberalismo exaltado que crearía escuela y se contagiaría a toda la izquierda, hasta culminar en el genocidio de 1936-9.

Puso fin al Trienio la intervención de la Santa Alianza europea: los llamados *Cien mil hijos de San Luis*, mayoritariamente tropas francesas más otras españolas, ocuparon el país de acuerdo con el rey. Al revés que cuando la invasión napoleónica, no hubo resistencia, debido al hartazgo popular por los partidos cuya demagogia parecía legitimar el absolutismo de Fernando. Este recuperó el poder hasta su fallecimiento, diez años después, oscilando entre la represión y la búsqueda de acuerdo con los moderados. A su muerte, en 1833, siguió una larga y dura guerra hasta 1840. Luchaban los carlistas, partidarios de Carlos María Isidro, el absolutista hermano de Fernando y aspirante al trono, y los liberales, defensores de la regencia de María Cristina, esposa de Fernando, en nombre de la hija de ambos, Isabel II, entonces niña de tres años. Ganaron los liberales, que predominarían hasta la dictadura de Primo de Rivera en 1923.

Este período se divide claramente en dos etapas: 42 años un tanto espasmódicos hasta el derrumbe de la I República, y otros 48 de la Restauración. La primera reprodujo las querellas del Trienio entre facciones liberales, mientras que la segunda las superó y dotó al país de una mediocre pero fructífera estabilidad, cada vez más sacudida, como ya vimos, por nuevas corrientes políticas reforzadas por la crisis del 98.

La primera etapa presenció la continua querella entre moderados y exaltados o *progresistas*. Inglaterra respaldaba a los segundos, pues estos exigían el libre cambio, que suponía la importación sin trabas de productos ingleses, como en Portugal. La rivalidad originó una alternancia no pacífica en el poder, mediante intrigas y golpes,

pues ninguna de las facciones respetaba demasiado la legalidad. Tal desequilibrio se cifra para esos 42 años en 71 gobiernos, cinco Constituciones (además de la de 1812 e incluyendo el Estatuto Real de 1834) y las más diversas algaradas, que en varios momentos pusieron al estado al borde del precipicio. Fue característico, en 1836, el motín de dieciséis sargentos sobornados por el político Mendizábal, antes gobernante, para que se amotinaran en el palacio de La Granja, apresaran a la regente y la obligaran a derogar el Estatuto Real, proclamar la Constitución de 1812 y destituir al gabinete moderado, entrando de nuevo Mendizábal en el que le sucedió.

El liberalismo triunfó gracias al ejército. La inestabilidad, causada por la violenta inepcia de la mayoría de los políticos, daría lugar a los *espadones*, jefes militares que lo eran a su vez de una u otra facción liberal. El primer espadón, Espartero, venció en la guerra carlista, expulsó a la regente y ocupó su puesto. Otros fueron Narváez, O'Donnell, Serrano y Prim. La técnica del pronunciamiento, inventada por los exaltados, consistía en que un militar «se pronunciaba» en rebeldía contra el gobierno y trataba de arrastrar a otras guarniciones. La mayoría fracasaron, con su coste de exilios y fusilamientos, motivo de jeremiadas algo absurdas de diversos historiadores sobre el «cainismo» español. Pero cuando triunfaban se convertían en fuente de legitimidad. Los espadones venían llamados por los políticos incapaces de frenar el desorden por ellos mismos causado. Suele considerárseles usurpadores, pero en realidad ejercían el poder en nombre de una u otra facción, y como políticos solían valer más que los civiles.

El desbarajuste culminó desastrosamente en el «Sexenio revolucionario» desde 1868, a partir de un pronunciamiento llamado pomposamente «Revolución Gloriosa» (por imitación de la inglesa de 1688). Ese mismo año comenzaba en Cuba la primera rebelión, que fue también una guerra civil. La reina Isabel II fue expulsada y, a pesar de dirigir el golpe Juan Prim, uno de los militares más distinguidos y con ideas razonables dentro del *progresismo*, la epilepsia política empeoró. Se intentó implantar una nueva dinastía, lo que sirvió de pretexto para la guerra de 1870-71 entre Prusia y Francia, rivales por ganar influencia en España. La victoria germana dio lugar a la revolución parisina de *La Commune*, reprimida despiadadamente por el gobierno francés.

En España se eligió rey a Amadeo de Saboya, y su valedor, Prim, fue asesinado. Los carlistas, creyéndose ante una nueva oportunidad, lanzaron una guerra de guerrillas, mientras en Cuba seguía la insurrección. Amadeo salió ileso de un atentado, y comprobó la imposibilidad de concertar con respeto a la ley a unos políticos delirantes: «No entiendo nada, estamos en una jaula de locos», declaró. Y sin consultar a las Cortes abandonó el trono, se refugió en la embajada de Italia y volvió a su patria.

Llegó entonces el turno de los republicanos, probablemente los más disparatados de todos. La I República, en 1873, vino sin oposición, como por efecto natural de los sucesos previos, y superó en desvaríos a todo lo antes vivido. La doble guerra civil,

carlista en España e independentista en Cuba, se complicó con revueltas cantonales de ciudades o pueblos que se declaraban «libres» y amenazaban a los vecinos. En las Cortes se proponían debates sobre la superioridad del ateísmo al sustituir «la fe, el cielo, Dios», por «la ciencia, la tierra, el hombre»; Figueras, uno de los cuatro presidentes del régimen en menos de un año, imitó a Amadeo aún más bruscamente: marchó a París sin avisar a nadie poco después de comentar, en catalán: «Estoy hasta los cojones de todos *nosotros*». Otro presidente, Salmerón, dimitió por no firmar una pena de muerte; admitía la necesidad de aplicarla, pero prefirió que lo hiciera otro. Un tercero, Castelar, tronaba contra el Imperio español, «abominable sudario que se extendía sobre el planeta»… Los despropósitos entre retóricas tan inflamadas y moralizantes como hueras, tendría la mayor comicidad si no llevaran la nación al abismo. La amenaza se conjuró, no obstante, con la mayor facilidad: el general Pavía, también republicano, ordenó desalojar las Cortes. Los diputados, enardecidos, hablaron de defender sus puestos hasta la muerte, hasta que unos guardias civiles les hicieron salir, algunos por las ventanas. El pueblo no mostró la menor solidaridad con sus *representantes*. También fue vencido fácilmente el cantonalismo y hecho retroceder el carlismo.

La I República, con un gobierno de concentración, duró todavía un año, hasta que el pronunciamiento de Martínez Campos a finales de 1874, y los trabajos previos de Cánovas del Castillo, trajeron a España al rey Alfonso XII, hijo de Isabel II. Pronto fueron vencidos los carlistas y algo después los insurrectos de Cuba. Tras algunas intentonas republicanas, la era de los pronunciamientos tocó a su fin por mucho tiempo. Comenzaba la Restauración, de cuyos méritos y flaquezas ya hemos hablado.

En este primer período liberal, España descendió a lo más bajo de su historia, solo comparable, quizá, con la situación que precedió a los Reyes Católicos. Y en el plano internacional cayó en la irrelevancia, después de haberse mantenido el en siglo XVIII como tercera potencia europea. Este desplome y el poco éxito de Italia en comparación con Alemania, inspirarían opiniones sobre una decadencia general de las «razas latinas» frente a las germánicas.

Aun con todo ello, el declive fue menor en el terreno económico que, sobre todo a partir de mediados del siglo, experimentó mejoras con el asentamiento de una incipiente industria metalúrgica y siderúrgica en Bilbao y algunas localidades asturianas, y consolidación de la textil en torno a Barcelona, muy protegidas por los gobiernos frente a la competencia exterior. Hasta aproximadamente mediados de siglo no se registraron avances técnicos, que entonces, como en otros países, giraron en torno a la construcción de ferrocarriles, que se extendieron por gran parte del país; algunos eran deficitarios y, al entrar libremente del extranjero los materiales precisos, ayudaron poco a desarrollar la siderurgia nacional. También tomaron auge la banca y las sociedades por acciones. La evolución puede medirse por el comercio exterior, que, casi estancado hasta mediados de siglo, creció rápidamente hasta multiplicarse por cuatro, en particular las importaciones, tendencia muy relacionada con las

necesidades del ferrocarril y otras industrias. España terminó el XIX como décima potencia económica del mundo, lo que, en definitiva, no era un mal puesto y permitía albergar esperanzas de mayor progreso, a pesar de las lamentaciones regeneracionistas ya comentadas.

Los avances, modestos al lado de los países destacados de Europa pero apreciables en relación con el resto, incluyeron el desarrollo de ciudades modernas: Barcelona, Madrid, Valencia o Sevilla, en menor medida Bilbao. Aún así no llegaron a afectar en profundidad al país, como indica la proporción entre habitantes del agro y de la ciudad, que durante todo el siglo XIX permaneció poco alterada en dos tercios por un tercio, excepto en el entorno barcelonés. La población subió de 12 millones al morir Fernando VII a más de 16 al llegar la Restauración en 1875. La producción agraria creció en proporción, pero sin apenas tecnificarse, y la renta per cápita aumentó poco.

La mayor parte de los progresos económicos, así como las leyes y reglamentaciones para modernizar el país, desde la fundación de la Guardia Civil a la creación de una enseñanza media y superior algo efectiva, ocurrieron durante las etapas moderadas o conservadoras personalizadas en los espadones Narváez y O'Donnell. Y ello pese a que tendían a estrechar el censo electoral, ampliado en los períodos *progresistas*. Los moderados aplicaban una política proteccionista, y los progresistas el libre cambio, predominando la primera y a esto atribuyen algunos economistas el atraso español. La cuestión es difícil. Alemania y Usa también adoptaron el proteccionismo para consolidar la industria nacional frente a la competencia inglesa, que partía con la ventaja de su revolución industrial. Y la propia Inglaterra mantuvo un proteccionismo tratando de monopolizar la nueva maquinaria, impidiendo su exportación y la de especialistas. Y el vecino Portugal extrajo muy poco progreso de su libre cambio con Inglaterra.

En la alta cultura, España siguió el romanticismo europeo de la época, dentro del cual no produjo obras de gran originalidad o comparables a las de los países de primera fila en literatura, pintura o música. El atraso científico fue más completo aún. Es llamativo que el liberalismo, palabra española adoptada fuera, no produjera entonces teóricos de alguna enjundia, al revés que el tradicionalismo, representado por dos pensadores importantes dentro y fuera de España: Donoso Cortés y Jaime Balmes.

Un modo de contrastar una época de auge con una de decadencia es el número de personalidades de gran relieve que produce en el arte, la ciencia, la política, el pensamiento o la milicia. La impresión que deja aquella época española es de personajes mediocres (con la excepción relativa de los citados pensadores tradicionalistas), no infrecuentemente disparatados, inclinados a sustituir el análisis por la retórica y a una violencia gratuita, sobre todo en política

¿A qué se debió este desfase con el apogeo de las grandes potencias europeas? Es difícil saberlo. Una causa importante debe encontrarse en el bajo nivel cuantitativo y

cualitativo de la enseñanza, en especial la universitaria, y la casi exclusión de las ciencias que distinguían a otros países. En un plano más elemental, el analfabetismo ofreció durante todo el siglo tasas elevadísimas. Aunque los porcentajes que se ofrecen no son muy precisos, suele estimarse que en 1841 las personas alfabetizadas no llegaban a un cuarto de la población, y parte de ella sabía leer, pero no escribir. En 1875 los alfabetizados apenas habían llegado a un 27-30%. Con la Restauración, la situación mejoró, pero muy despacio, y hasta después del 98 no hubo más alfabetizados que analfabetos. En Inglaterra, en 1850, los alfabetizados alcanzaban el 75%, para llegar al 85% a finales del siglo. Y Francia pasaba del 55% al 80% en las mismas fechas. Estos datos exponen una clave esencial del atraso español en dos vertientes: por una parte, sin alfabetización era imposible extender los oficios especializados exigidos por la técnica y el espíritu emprendedor. Simétricamente, la desatención al problema revela desidia o mala comprensión del mismo por los políticos, de cualquier tendencia que fueran.

La pobreza del pensamiento y la casi ausencia de espíritu científico tienen su eco en una cultura retórica y de escaso contenido, bien de relieve en los dirigentes, en sus acciones convulsivas y a menudo irrealistas. Creo que en este círculo vicioso puede encontrarse la clave principal de la postración española en el período posterior a las guerras napoleónicas.

11

TRES GUERRAS SIN BUEN FIN

La invasión napoleónica de 1808 supuso una de las rupturas de más alcance en la historia de España, que iba a condicionar profundamente el siglo XIX y cuyos ecos, más diluidos, llegan hasta ahora mismo.

Antes de ella, en el siglo de la Ilustración, España se mantenía como una de las grandes potencias, con una flota poderosa y un imperio en expansión, también con algunas taras poco visibles, pero de largas consecuencias. Al igual que en el resto de Europa, el llamado Antiguo Régimen, la monarquía absoluta ilustrada, estaba agotándose, en parte por sus propios éxitos, y todo era cuestión de si las necesarias transformaciones se harían de modo evolutivo o por ruptura violenta.

En esta encrucijada tuvo lugar la Revolución francesa, diez años de sangre y caos desde 1789 hasta que Napoleón Bonaparte la cortó haciéndose con el poder absoluto, si bien conservando gran parte de su ideología. El Antiguo Régimen había quedado demolido en Francia, y el ejemplo cundiría por el continente. Las amenazadas monarquías tacharon a Napoleón de revolucionario y usurpador. Tras la paz de Amiens de 1802, breve e incumplida sobre todo por Inglaterra, ésta impulsó varias coaliciones (ya antes había financiado dos contra los revolucionarios franceses) para derrocar al Gran Corso. Se abrieron así guerras continuadas, con las mayores movilizaciones de masas de la historia europea. Hasta 1815, con la definitiva derrota de Bonaparte.

España, movida por intereses confusos, se alió con Napoleón hasta 1808 y contra él desde esa fecha. En 1801, bajo la autoridad de Godoy, favorito de Carlos IV, realizó una breve e inconcluyente invasión de Portugal, tradicional aliada de Inglaterra. En 1804, en tiempo de paz, una agresión pirática británica atacó a un convoy español que traía recursos financieros de América, y Madrid se alineó más a fondo con París, lo que motivó la pérdida de su armada, junto con la francesa, frente a la inglesa en Trafalgar, en 1805. Napoleón, incapaz ya de invadir Inglaterra, trató de arruinarla y cortarle su aptitud para financiar guerras. A tal fin decretó el bloqueo continental a su comercio y quiso someter a Portugal, y en el mismo movimiento ocupar militarmente España. Manejaba para ello las disputas de la corte española entre el rey Carlos IV y su impaciente heredero Fernando, con Godoy por medio. Este último y Carlos fueron desbancados a consecuencia del motín de Aranjuez en marzo de 1808, subiendo al trono el traidor Fernando. Napoleón obligó al padre y al hijo a viajar a Francia y abdicar, quedando como amo real de España. Al exigir que también se trasladase a Francia el resto de la familia regia, estalló un motín popular

en Madrid, el 2 de mayo. Así comenzó la segunda fase de la implicación hispana en las guerras napoleónicas, conocida como Guerra de Independencia. Nombre inapropiado, pues España era independiente de mucho tiempo atrás. Napoleón impuso a su hermano José como rey del país e Inglaterra envió tropas a la península.

La Guerra de Independencia propiamente dicha atravesó tres etapas: en 1808-9 los éxitos hispanos tras la victoria de Bailén, primera europea sobre los ejércitos franceses, obligaron a Bonaparte a intervenir directa y fugazmente. Sus tropas expulsaron con facilidad al ejército expedicionario inglés de John Moore, solo para encontrarse con que el ejército español, al revés que otros, no se rendía por más reveses que sufriera, volvía a la carga una y otra vez y brotaba un movimiento guerrillero por todo el país. La segunda fase, hasta 1812, resultó indecisa. Un nuevo ejército inglés al mando de Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, incapaz de alterar la situación, se atrincheró en torno a Lisboa en espera de tiempos mejores, mientras los éxitos franceses quedaban contrarrestados por la actividad guerrillera, militar y popular hispana (las resistencias de Zaragoza no fueron las únicas acciones heroicas, y la población mostró destreza para organizarse en activas juntas de lucha). La resistencia desgastaba y descoordinaba a los invasores, y sin ella Wellington habría sido expulsado probablemente, como Moore. Los franceses debieron traer hasta 300.000 soldados, un número extraordinario, pese a lo cual solo dominaban las ciudades, pero no el campo ni sus propias comunicaciones. La península se convirtió para ellos en «el infierno de España» (*l'enfer d'Espagne*).

Esta lucha tuvo resonancia psicológica y política internacional al demostrar, por primera vez, que Napoleón no conseguía imponerse. Como él diría, la «maldita guerra de España» destruyó su autoridad moral en Europa y entorpeció todas sus empresas, naciendo de ella sus desastres y perdición. Pero su estrella llegó al ocaso al invadir Rusia en 1812, pese a que el zar Alejandro le advirtió que, como los españoles, los rusos no se rendirían aunque sufrieran graves derrotas. Esa campaña, que exigió retirar tropas de España, dio inicio a la tercera etapa de la guerra en la península. Wellington se sintió con fuerza para salir de Lisboa y, su ejército anglo-luso-español, con apoyo guerrillero, obtuvo victorias hasta que la contraofensiva francesa le obligó a replegarse. Pero, tras la catástrofe rusa, Napoleón estaba perdido: Rusia, Prusia, Austria, Suecia, varios estados alemanes y por supuesto Inglaterra, lo acosaban mientras seguía empantanado en España. Wellington retomó la ofensiva a mediados de 1813 y persiguió a los franceses hasta su país. En marzo de 1814 los aliados entraron en París y Napoleón abdicó. Un repunte menor, al año siguiente, terminó en Waterloo.

Sobre la guerrilla ha habido polémicas poco razonables. Obviamente ella no podía determinar la derrota final de un ejército tan poderoso como el francés, pero tal derrota no habría ocurrido sin ella. Fue el factor clave que impidió a Napoleón dominar España y permitió a Wellington ganar tiempo y reforzarse. La resistencia española, inesperada y sin parangón en el exterior, animó la resistencia europea,

dispersó y atascó a las tropas francesas hasta permitir finalmente su expulsión por un ejército regular.

En suma, España fue la trampa en que quedó apresado el poderío francés. Cabe especular con lo que habría pasado si aquella resistencia no se hubiera producido. Es muy poco probable que, con el resto de la península bien controlada por Bonaparte, el ejército expedicionario inglés se hubiera sostenido en Lisboa. El bloqueo continental habría tenido un efecto harto más intenso, reduciendo el poder financiero de Londres y Rusia habría dudado mucho antes de desafiar a un verdadero genio de la guerra. Pues la resistencia española no solo empantanó a Napoleón, sino que, al demostrar la vulnerabilidad de este, animó a otros países antes paralizados ante él. En ese sentido tuvo, probablemente, más relevancia que los dineros de Londres, sin que estos fueran ni mucho menos desdeñables.

España salió devastada por incontables saqueos y destrucciones de los napoleónicos —también de los dudosos aliados ingleses—, perdió unos 300.000 habitantes, así como a la minoría afrancesada, traidora pero compuesta en parte por una élite capacitada; y perdió su armada, esencial para el mantenimiento del imperio ultramarino. Perdió asimismo gran parte de su tesoro histórico-artístico, destruido o expoliado por invasores y aliados. Su debilidad quedó reflejada en el Congreso de Viena, que selló la paz, y en el que su embajador fue objeto de la burlona atención de los demás representantes. Así, España no contó entre los vencedores, mientras que la vencida Francia salía muy bien librada gracias a la habilidad diplomática de Talleyrand.

Dentro de España, la herencia de mayor trascendencia fue la Constitución de 1812, elaborada en Cádiz, cuna del movimiento liberal. La Constitución apartaba la soberanía del monarca, depositándola en la nación, constituida por «los españoles de ambos hemisferios» y aspiraba a implantar un estado moderno y eliminar las barreras feudales al mercado único y a la autoridad del estado. Aunque se apoyaba explícitamente en la tradición del pensamiento político español de los siglos XVI-XVII y no pretendía ninguna revolución, rompía con el absolutismo del siglo XVIII. Y ello difícilmente la haría digerible para Fernando VII ni para una masa popular que identificaba la legitimidad con el monarca y detestaba la influencia francesa o revolucionaria.

* * *

Aquella contienda tuvo efectos determinantes para el resto del siglo XIX: dividió España entre tradicionalistas y liberales, y a estos a su vez en exaltados y moderados, y propició nuevas guerras en América que destruirían casi todo el Imperio español.

Salvador de Madariaga ha citado como enemigos cerrados del Imperio español a los judíos, resentidos por su expulsión siglos atrás; a los jesuitas, por su expulsión más reciente; y a las masonerías francesa e inglesa —guías de los masones hispanos

—, que recogían la ancestral rivalidad de sus países con España. Las «tres cofradías», realizaron una tenaz labor de zapa contra el Imperio español. Pero las causas principales de las guerras de América fueron probablemente las apetencias exteriores, fundamentalmente inglesas, también useñas, por dominar económica y/o políticamente Hispanoamérica. Y el factor determinante fue la debilidad de la metrópoli tras la invasión francesa.

Inglaterra iba a atacar la América hispana, y a ello se disponía Wellington cuando el levantamiento español contra Napoleón desvió hacia la península su objetivo. Su proyectada expedición a América no tenía garantizado el éxito, pues los ingleses habían encajado graves descalabros en sus designios, como su desastre ante Cartagena de Indias en 1741 y nuevas derrotas en 1806 y 1807 en Buenos Aires. El propio Nelson, vencedor de Trafalgar, había soportado en 1797 graves reveses en Cádiz y luego en Tenerife, donde casi perdió la vida.

Tales experiencias habían inducido a Londres a fomentar el descontento en América valiéndose de agentes pagados y logias masónicas para, en el momento propicio, ayudarles con tropas. Su agente más conocido fue el venezolano Francisco de Miranda, un aventurero excepcional, viajero infatigable por Europa, militar en el ejército español y en el revolucionario francés e imbuido de proyectos irreales. Aspiraba a unir la América española y portuguesa en el imperio de la Gran Colombia (por Colón), mandado por un emperador titulado «inca»; también pensó en una república. Pensionado por Londres, creó allí, en 1798, la Logia de los Caballeros Racionales o Gran Reunión Americana, sociedad secreta de imitación masónica, para agrupar a líderes antiespañoles. Su primera intentona en 1806, con mercenarios ingleses y neoyorkinos contratados entre el lumpen de Nueva York, fracasó. En 1808 estaba en contacto con Wellington, pero la revuelta antifrancesa en Madrid volvió a frustrar sus planes.

Al igual que en España, en América fue rechazado el rey José, títere de Napoleón, y surgieron juntas para gobernar en nombre de Fernando VII, considerado el rey legítimo. Independentistas como Simón Bolívar y otros entraron en las juntas para desviarlas hacia el independentismo, con poco éxito al principio. Las guerras de independencia empezaron en 1810-11 con rebeliones en Buenos Aires, Méjico, Chile y Colombia, cuando España sufría el mayor desorden, sin posibilidad de enviar refuerzos. Pese a ello, esas primeras revueltas fracasaron, excepto en Buenos Aires, ante la repulsa de la población y las débiles guarniciones.

Bolívar, criollo venezolano, había de desbancar a Miranda. En 1811 se proclamó en Caracas una República independiente. Bolívar y Miranda acudieron, pero entre gran parte de la población local y 230 soldados los desbarataron. Bolívar perdió Puerto Cabello y Miranda marchó a La Guaira, aguardando a un barco inglés para huir. Bolívar se le juntó, lo acusó de traidor y lo apresó con nocturnidad y alevosía. El desdichado preso clamaba: «¡Esta gente no es capaz sino de bochinche!». La intención de Bolívar se deduce de sus actos: entregó a Miranda a los españoles, que

lo llevaron a Cádiz, y él obtuvo a cambio un salvoconducto.

Bolívar difundió un odio desenfrenado como seña de identidad rebelde. Acusaba a España, «nación inhumana y decrépita», de «aniquilar al Nuevo Mundo y hacer desaparecer a sus habitantes, para que no quede ningún vestigio de civilización y Europa solo encuentre aquí un desierto». «La tiranía más cruel jamás infligida a la humanidad» había «convertido la región más hermosa del mundo en un vasto y odioso imperio de crueldad y saqueo». Cualquier observador podía desmentirle citando universidades, escuelas, ciudades como Méjico, comparables a las mejores de Europa, el floreciente comercio y una riqueza entonces superior a la de la Usa, como había constatado el escritor alemán Humboldt. A fin de crear hechos irreversibles, Bolívar llamó a «destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles. Ni uno solo debe quedar vivo» (él mismo era de origen español) y declaró una guerra de exterminio, con asesinatos y acuchillamientos masivos. Uno de los suyos se complacía en «matar a todos los godos (españoles)». Otro, nacido en España, declaró: «La raza maldita de los españoles debe desaparecer. Después de matarlos a todos, me degollaría yo mismo, para no dejar vestigio de esa raza». El odio tuvo manifestaciones grotescas. José Joaquín Olmedo, *el Homero americano*, calificaba a los españoles (a sí mismo y a sus compañeros, en definitiva) de «estúpidos, viciosos, feroces y por fin supersticiosos». Entre tan extrema violencia, todo tenía un impagable aire de farsa.

Terminada la Guerra de Independencia en España, pudieron acudir tropas algo numerosas de la península, frenando a los independentistas. Pero a partir de 1819, la iniciativa pasó a manos de los rebeldes, gracias en gran medida al pronunciamiento de Riego, que impidió el envío de fuerzas a América y propició una línea de concesiones sin fruto hacia los rebeldes. También pesó en los éxitos bolivarianos un cuerpo de mercenarios ingleses. En 1824, toda la inmensa región, exceptuando Cuba y Puerto Rico, se había independizado de España, tras catorce años de luchas.

La guerra se libró sobre distancias enormes y con batallas en las que nunca participaron más de 7.000 hombres por bando, y a menudo menos de 2.000. La importante batalla de Boyacá ocupó a 3.500 independentistas y 3.000 contrarios, con 300 bajas entre muertos y heridos. Se entiende la trascendencia del golpe de Riego cuando impidió el embarque de 20.000 soldados, contingente enorme para las cifras habituales y que quizá habría sido decisivo. El mayor número de víctimas se produjo en matanzas de civiles y prisioneros, estimuladas por Bolívar y otros. Todavía en 1822 el general Sucre masacró a la desafecta población colombiana de Pasto («ciudad infame y criminal que será reducida a cenizas»), dejando 400 muertos, muchos de ellos mujeres y niños. También los indios proespañoles sufrieron brutales matanzas, y las revueltas de los sacerdotes mejicanos Hidalgo y Morelos cometieron atrocidades. En general, los proespañoles observaron una conducta más moderada, sin que faltasen actos brutales, los peores cometidos por los llaneros de Boves en Venezuela.

Dadas las pocas tropas que pudo enviar Madrid, aquellas guerras tuvieron mucho

de civiles, entre hispanófilos e hispanófobos. Los rebeldes, en general blancos de origen hispano (criollos) con, a veces, mezcla india o africana (Bolívar era algo mulato), solían ser personas acomodadas y cultivadas, aficionadas a la literatura francesa de la Ilustración; ostentaban la mayoría de los cargos públicos, sentían rivalidad con los nacidos en España y aguda superioridad sobre los indios, mestizos y mulatos, que formaban la masa de la población. No todos los criollos se sublevaron, pero la rebelión tomó pronto ese carácter, por sus jefes: los dos citados, Santander, San Martín, O'Higgins, Sucre, etc. Un rasgo chocante fue su pretensión de heredar las sociedades indias anteriores a la conquista, en especial la inca y la azteca. Por cierto, ni los indios ni los negros se llamaron a engaño, pues se mantuvieron pasivos o apoyaron a España, por lo que a veces serían masacrados sin piedad. Y, una vez lograda la independencia, los nuevos gobernantes imitaron a los useños: en Argentina procuraron exterminar a los indios, y en Méjico les arrebataron las vastas tierras reservadas a ellos por la Corona.

La independencia no frenó la fiebre antiespañola. Se instaló la idea de que América debía «desespañolizarse». Así lo pregonaba *El Evangelio americano*, usado para adoctrinar en las escuelas. Se celebraba la esperada disolución del idioma español en dialectos y nuevas lenguas. Sarmiento, «el Educador de Argentina», deploraba no haber sido colonizada esta por daneses o belgas, idea suicida de la que no parecía percatarse. Sin duda fue Bolívar quien mejor se definió a sí mismo y a los suyos en su célebre discurso de Angostura: «Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud». Es difícil atribuir ese yugo a España, que había llevado la imprenta, la universidad y mantenido un poder moderado; pero el propio Bolívar y otros muchos daban la impresión de no haber adquirido mucho saber ni mucha virtud, aunque sí mucho poder.

En *Nueva historia de España* resumí: «La demagogia tuvo un coste muy elevado: la civilización creada por España quedó muy dañada y el sentimiento moral sustituido por derroches de retórica entre ilustrada y revolucionaria; el plan megalómano de la "Gran Colombia" naufragó entre nuevas naciones poco fraternas entre sí y una ristra de luchas civiles y golpes de estado (algo no disímil de lo que ocurriría en la ex metrópoli). Bolívar escribirá: "No confío en el sentido moral de mis compatriotas", y a Santander: "No es sangre lo que fluye por nuestras venas, sino vicio mezclado con miedo y horror"; y auguró que América sufriría "un tropel de tiranos". Sarmiento, ansioso de extinguir a indios y gauchos, reconocería al menos su origen al lamentar, a los treinta años de independencia: "Vese tanta inconsciencia en las instituciones de los nuevos Estados, tanto desorden, tan poca seguridad individual, tan limitado en unos y tan nulo en otros el progreso intelectual, material o moral de los pueblos, que los europeos miran a la raza española condenada a consumirse en guerras intestinas, a mancharse con todo género de delitos y a ofrecer un país despoblado y exhausto como fácil presa a una nueva colonización europea".

»Aunque la Revolución useña fue una de las inspiraciones de aquellos movimientos, Usa progresaría de modo consistente y libre, confiada en sus propias fuerzas, hasta convertirse a finales de siglo en la primera potencia económica del mundo. Los países hispanoamericanos —y la propia España—, en constante autodenigración, incapaces de acumular experiencia, bajo el "tropel de tiranos" augurados por Bolívar, no cesaron de sufrir bandazos, violencia política y corrupción envueltos en retórica pomposa, hasta achacar a Usa todos sus males. Hubo puntos más positivos, como la difusión de ideales democráticos, aboliciones de la esclavitud, ampliación de la enseñanza en varios países; también se recuperó hasta cierto punto el sentido de la propia historia, y el asolamiento moral y político no llegó a tanto como preveía Sarmiento. Pero los elementos negativos, tan fuertes hasta hoy, guardan sin duda relación con el modo de independizarse».

Ya sin el imperio, España perdió una fuente de recursos y el prestigio que la habían mantenido entre las grandes potencias. Queda la cuestión clave: ¿se habría consolidado el imperio si las tropas españolas hubieran ganado? Seguramente se habría aplazado por poco tiempo, pues el problema no era solo militar. Ya de tiempo atrás se venía considerando en Madrid la división de América en grandes regiones muy autónomas, y otros factores empujaban a la independencia. Las maniobras inglesas y masónicas radicalizaron y perturbaron el proceso, pero otras razones físicas, políticas e ideológicas presionaban en el mismo sentido. El vasto Atlántico constituía una barrera decisiva por la pérdida de la mayor parte de la flota. Y Usa ejercía una fascinación profunda. Su expansionismo quedó de relieve cuando, aprovechando las guerras hispanoamericanas, se apoderó de la Florida para ofrecer después comprarla, oferta que aceptó Fernando VII. Pero, sobre todo, Usa parecía a muchos hispanoamericanos un ideal político. Las prédicas de la independencia useña y de la Revolución francesa, distintas pero generalmente confundidas, tenían demasiada potencia atractiva frente a la ideología a la defensiva del antiguo régimen. Quizá pudo haber un modo de llegar a la independencia más razonable y productivo, pero el hecho histórico fue el que fue.

Cabe especular por qué casi todos los nuevos países, que intentaron aplicar las fórmulas políticas de Usa o de la Revolución francesa, solo consiguieron entrar en un período revuelto. Según algunos, se debió a la pervivencia de tradición hispana, algo difícil de creer habida cuenta de que la independencia se empeñó en borrarla, y que los tres siglos anteriores habían sido pacíficos. El modo como ocurrió la independencia quebró violentamente una tradición y se intentó imponer otra sin atender a los profundos rasgos culturales madurados en la larga época anterior. Tocqueville lo señalaría hablando de Méjico: la imitación de la estructura federal useña conduciría allí a un vaivén entre la anarquía y el despotismo militar.

* * *

Por si las contiendas anteriores hubieran traído poco desastre, España, sin haberse repuesto de ellas, se vio abocada en 1833 a una guerra civil, enraizada en la de Independencia. Esta dejó como herencia la división entre liberales, partidarios de una reorganización de la sociedad y el poder, y tradicionalistas, defensores de la monarquía absolutista anterior a la invasión napoleónica. Las consignas de libertades políticas, soberanía nacional y eliminación de despotismos atraían a muchos espíritus. La mayoría, traumatizada por el terror de la Revolución y la ocupación francesa, consideraban esas proclamas una importación contraria a la legitimidad política, al orden social y a la religión. Veían en Napoleón el legado anticristiano de la revolución y la satelización de España a Francia con pérdida de las regiones al norte del Ebro. La resistencia había tenido carácter patriótico, religioso y anti-rrevolucionario, y mucha gente asociaba el liberalismo a la invasión, y luego a la traición de Riego y los espasmos del Trienio liberal.

El tradicionalismo sufría, a su vez, serias taras. En primer lugar se articuló en torno a Fernando VII, personaje intrigante y oportunista, de inteligencia y visión política limitadas. Había conspirado contra su padre, Carlos IV, traicionado a sus cómplices al ser descubierto y finalmente había expulsado a su padre mediante el motín de Aranjuez. Ante la ocupación del país por Napoleón, se había prestado a marchar a Francia y a ceder el trono a José I. Su conducta hacia Napoleón suele ser descrita como sumisión abyecta, según subrayará el mismo emperador. No obstante, la gente lo miró como el rey legítimo, románticamente aureolado por el cautiverio francés, y lo recibió con entusiasmo una vez ganada la guerra. Pero ni él ni su corte eran adecuados para afrontar los muy graves problemas de la época.

Además, el tradicionalismo solo lo era relativamente. En realidad se remitía a la tradición absolutista, a su vez una importación francesa del siglo anterior, distinta de la más liberal monarquía hispana del Siglo de Oro. La experiencia revolucionaria y bélica había causado entre los fernandinos una reacción tan ciega que restablecieron la Inquisición y suprimieron las universidades. Una carta de profesores de la universidad de Cervera a Fernando VII, explicaba: «Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir, que ha minado por largo tiempo, reventando al fin con los efectos, que nadie puede negar, de viciar costumbres, con total trastorno de imperios y religión». El sentido de la frase está claro: las ideas de la Ilustración y la Revolución habían provocado mil disturbios y crímenes, y la solución práctica consistiría en cortar de raíz la «peligrosa novedad». La frase, transformada en «lejos de nosotros la funesta manía de pensar», fue ridiculizada en extremo por los liberales, que a su vez no mostraron afán desmesurado por ejercitar la mente. La supresión de las universidades llegó con defensas de la ignorancia del pueblo como virtud preservadora de la paz social, y el encargo a las órdenes religiosas de enseñar las primeras letras dentro de una prédica de obediencia religiosa al poder. Este «tradicionalismo» tampoco enlazaba con la España anterior, simplemente reaccionaba con ceguera a las convulsiones revolucionarias. Digamos que los

liberales tampoco mostrarían una preocupación absorbente por la instrucción pública. La reacción fernandina no provenía solo de grupos de la alta sociedad y del clero, sino que arraigaba en sectores populares: el intento de Fernando VII de llegar a acuerdos con los liberales moderados desató sublevaciones, sobre todo en Cataluña (los *malcontents*), exigiendo un absolutismo sin concesiones.

Como fuere, a la muerte de Fernando VII, en 1833, ya existía un partido liberal o proliberal en la misma Corte. Se produjo una disputa por la sucesión entre los partidarios de nombrar heredera a su hija, la niña Isabel II, con su madre María Cristina como regente, y los defensores de los derechos de Carlos María Isidro, hermano de Fernando y más absolutista que este. Los primeros se apoyaron en los liberales, depuraron el ejército de oficiales carlistas y proclamaron a Isabel II.

La guerra tronó enseguida. Los liberales, dueños del ejército y de los resortes del poder, tuvieron todo el tiempo gran superioridad material, aunque no grandes generales. Tampoco los carlistas dispusieron de figuras destacadas, excepto Zumalacárregui, que murió pronto; y cabe señalar la expedición del general Gómez, especie de Larga Marcha *avant la lettre*, de seis meses por territorio en gran parte enemigo, sin apenas descanso: trataba de provocar levantamientos carlistas, en lo que tuvo poco éxito porque la presión de los liberales le impedía consolidarlos. El asesinato de prisioneros y familiares de enemigos fue practicado por los dos lados, aunque comenzado por los liberales. Los principales escenarios bélicos abarcaron todo el norte, desde Galicia a Cataluña, con especial incidencia en las Vascongadas y Navarra, en la zona montañosa de Valencia-Teruel y en Lérida. También incidió el carlismo en comarcas de Extremadura, Castilla la Nueva y Andalucía. Los carlistas encontraron apoyo popular entre el campesinado y no lograron tomar ciudades tan representativas como Bilbao. Su lema «Por Dios, por la patria y el rey», o bien «Dios, patria, fueros, rey», exponía su integrismo religioso e ideas de organización territorial ya por entonces anacrónicas.

Si bien el grueso del clero se inclinaba probablemente hacia el carlismo, otra parte simpatizaba con los liberales: entre los autores de la Constitución de 1812 el grupo más numeroso lo constituían los clérigos. Pero los liberales extremos, inspirados por las persecuciones antirreligiosas de la Revolución francesa, se apresuraron a enajenarse la voluntad de la Iglesia. En el verano de 1834 utilizaron una epidemia de cólera para sembrar en Madrid el bulo de que los frailes envenenaban las fuentes. Así movilizaron a sectores *lumpen* para organizar una matanza de frailes en la que perecieron 73, entre escenas de sadismo; hechos imitados al año siguiente en Barcelona y Zaragoza.

A los dos años de lucha, el poder casi se desintegró, como ocurriría en la I República. El gobierno, falto de tesorería, apenas controlaba las provincias. Para obtener dinero, el ministro Mendizábal realizó su célebre *Desamortización*. Una agricultura modernizada exigía dicha medida, es decir, la disolución de la propiedad eclesiástica, señorial y comunal, pero Mendizábal trataba ante todo de allegar

recursos y lo consiguió, aunque no los bastantes. Las tierras fueron compradas por propietarios ricos, que aumentaron sus latifundios sin que saliera de allí una capa de campesinos medios adicta al régimen. Y no fue una expropiación legal, con indemnización, sino un expolio con enormes daños colaterales: cayeron en ruinas edificios de gran valor artístico e histórico y muchos archivos, bibliotecas y registros se dispersaron o destrozaron, una devastación masiva del patrimonio después de la *francesada* (la tercera ocurriría en la Guerra Civil de 1936-39); abundó la corrupción y decenas de miles de lugareños que antes vivían en las tierras eclesiásticas fueron expulsados, condenados a la mendicidad o al bandolerismo, que por largo tiempo se tornó endémico en varias regiones. Y se ampliaron los cultivos sin mejora técnica ni mayor productividad, deforestando algunas comarcas.

Esta I Guerra carlista duró casi siete años y añadió a los muertos de la Guerra de Independencia unos 200.000 más, resultando más sangrienta que la de 1936-39 relativamente a la población. Los tradicionalistas perdieron definitivamente, aunque quedaran rescoldos de insumisión, estimulados por el desorden liberal, que causarían una semiguerra (1846-9), poco más que guerrillas en varias comarcas catalanas, y una nueva Guerra carlista (1872-76), sin alcanzar ni de lejos la magnitud de la primera.

La ineptitud de los políticos hizo surgir la figura del espadón en la persona del general Espartero. Como decía el filósofo Balmes, el poder civil «no es flaco porque el militar sea fuerte, sino (que) el poder militar es fuerte porque el civil es flaco». El ejército era la única institución algo sólida que permanecía en el país después de las duras pruebas anteriores y, contra una opinión extendida, en sus cuadros superiores se encontraban más personas cultas y con conocimientos científicos que en el resto de la sociedad. Espartero, con todo, tendía a mostrarse demasiado expeditivo, por no decir brutal, y aunque su promoción al poder máximo le había venido en gran medida del apoyo de Barcelona, la ciudad más industrial de España, no vaciló en bombardearla cuando esta se levantó contra su política librecambista. Pesaba la diplomacia inglesa, que cultivaba asiduamente la vanidad del espadón para inclinarle a un libre cambio que acaso habría arruinado el textil catalán, dada la gran ventaja comparativa que ofrecía a los ingleses su avanzada revolución industrial. Londres había suministrado además la Legión Británica de 10.000 hombres, que había rendido servicios a Espartero contra los carlistas en Vascongadas y Navarra.

La invasión francesa, en fin, rompió drásticamente una evolución anterior que intelectuales como Jovellanos querían pausada y fructífera. Pero en la realidad histórica, los deseos en apariencia más razonables son desbordados a menudo por sucesos imprevistos. Si el país hubiera contado entonces con líderes capaces de desenvolverse en las tormentas de la época, la evolución habría sido menos traumática, pero ni Fernando VII ni su hermano Carlos, ni los jefes liberales, mostraron muchas dotes para gobernar el barco. El hecho es que España salió de la Guerra de Independencia desbaratada e internamente dividida, que las guerras de América acabaron de arruinarla, y que no hubo manera, o no surgió el estadista

capaz, de encontrar un entendimiento entre las aspiraciones a la libertad política y la modernización nacional, por una parte, y la legitimidad y el orden social de la otra. La impresión que producen los personajes de la época y los de los decenios posteriores es, con alguna excepción, de mediocridad política, retórica vana, violencia innecesaria y bajo nivel intelectual. El hecho de que los liberales no superasen en esto último a los reaccionarios, dando lugar a la profunda decadencia examinada en el capítulo anterior, indica un mal de fondo que en parte se arrastraba de la época anterior a Napoleón, como veremos.

12

UN SIGLO BASTANTE BUENO PARA ESPAÑA: EL XVIII

¿Cómo era la España anterior a la guerra napoleónica? Bastante próspera para los niveles de la época, con una renta, según cálculos de Angus Maddison, en torno al 82% de la media de los países ricos de Europa, poco inferior a la francesa y con una población en aumento rápido desde mediados de aquel siglo XVIII. Su moderna flota le permitía defender el imperio mayor de la época y un rango entre las primeras potencias. Pero con Carlos IV la monarquía se debilitó y Bonaparte la manejó a su gusto, cometiendo el error de atribuir la misma postración moral al pueblo. Este, ya lo vimos, demostró una insólita voluntad de lucha y destreza organizativa tras la ruina de su estado.

El XVIII español, llamado, como en el resto de Europa de la Ilustración, de las Luces o del Despotismo ilustrado, ha suscitado entre los estudiosos grandes discrepancias, desde el entusiasmo hasta un escepticismo que negaba una verdadera Ilustración en España; o en sentido contrario, la descalificación por afrancesado y antiespañol. Los tradicionalistas han solido describirlo como un tiempo de gris decadencia, marcado por la supeditación política y cultural a París y por reformas contrarias a la religión y a las tradiciones que habían dado a España gloria y poder en siglos anteriores. Otros lo han encomiado por una modernización exitosa, con cierto refinamiento en las costumbres, retrocesos en la superstición, iniciativas económicas o una administración eficaz. Para Julián Marías es —sobre todo la etapa de Carlos III — el ejemplo de cómo el país debía organizarse para desplegar sus verdaderas capacidades, asegurar su prosperidad y una buena posición internacional. El elogio ha llegado a la desmesura en algunos tratadistas, que sostienen que fue entonces cuando España tomó forma nacional al abolirse los fueros de Aragón y homogeneizarse más las leyes, superando trabas feudales. Claro está que la nación española existía desde muchos siglos antes, aunque su forma de estado variase. Por lo demás, y como balance del siglo, el país se afianzó como tercera potencia europea, tras de una Inglaterra en pleno auge y una Francia siempre poderosa.

Así pues, no se observa tal decadencia sino más bien una recuperación de vitalidad desde una decadencia bien manifiesta a principios de aquel siglo, el XVIII. Entonces el pensador y religioso francés Fénelon, reconociendo la pujanza hispana en el pasado, la creía ya al borde de la extinción y aconsejaba a Luis XIV la mayor prevención, porque España «no es más que un peso, como de cuerpo muerto: os abruma y os agotará», una nación «no menos envidiosa y suspicaz que imbécil y envilecida». Opinión bastante compartida en Europa durante el reinado del último

Austria o Habsburgo español, Carlos II. Tal decadencia podía cifrarse en el hecho de que España había pasado de protagonista de la política europea a objeto de las políticas extranjeras.

Por ello las potencias más «vivas» se interesaban por aquel «cuerpo muerto», ingente pero sin apenas músculos ni nervios: acordaron su reparto sin contar con Madrid ante la perspectiva del fallecimiento de Carlos II (ocurriría en 1700) sin sucesión directa. Luis XIV de Francia y el emperador Leopoldo I del Sacro Imperio, ambos hijos y maridos de princesas españolas, alegaban derechos, uno para su nieto, Felipe de Borbón, el futuro Felipe V y el otro para su hijo, el archiduque Carlos. Las posesiones españolas de Italia, más Guipúzcoa, pasarían a Francia; España, con sus restantes posesiones, al archiduque, siempre que este renunciase al Sacro Imperio. Al finar el monarca, las rivalidades se complicaron. Para evitar la desmembración, Madrid optó por el francés Felipe, siempre que renunciase a la corona de Francia. La elección fue aceptada, pues Inglaterra y Holanda temían un rey común para Francia y España, mientras que si el archiduque tomaba el cetro español, Francia temía verse rodeada por los Habsburgos, como en tiempos de Carlos V. Pero Luis XIV, creyendo llegada la ocasión de hacer de su nieto rey de los dos países, llevó las rivalidades a la guerra abierta, llamada de Sucesión en España: Inglaterra, Holanda y el Sacro Imperio contra Francia. El conflicto se libró por ambos lados del Atlántico y centro de Europa.

En España operaron tropas extranjeras, inglesas y francesas sobre todo, y el mando de las principales operaciones correspondió a generales de esas nacionalidades o germanos. Fue simultáneamente una guerra civil entre los españoles partidarios del Borbón Felipe y los del Austria Carlos. Uno y otro tuvieron partidarios en todas partes, pero los del Borbón predominaban en Castilla y los del Austria en Aragón, especialmente en Cataluña, donde el sentimiento antifrancés era especialmente agudo.

Por fin, una agotada Francia negoció con Inglaterra a espaldas de España, y por el Tratado de Utrecht (1715) Felipe renunciaba al trono francés, limitándose al de España como Felipe V. No dejaba de ser un éxito para Francia, pues, pese a haber perdido amplios territorios en Canadá y alguna isla del Caribe, ganaba en Madrid un monarca amigo y subordinado. A Inglaterra aún le fue mejor: ampliaba sus colonias, cimentaba su imperio y afirmaba su hegemonía naval. Holanda salió relegada a potencia secundaria y cediendo a Inglaterra el dominio del lucrativo tráfico de esclavos. Aquella contienda casi mundial convirtió en reinos a Prusia y al ducado de Saboya. Prusia, después de desbaratar a Suecia en una larga guerra, trabajaría por edificar la nación alemana, conseguida en el siglo XIX; y Saboya haría lo propio con Italia.

España fue la mayor perdedora, por el trato humillante recibido y porque hubo de ceder sus posesiones italianas y Flandes al Sacro Imperio, y a Inglaterra la isla de Menorca y Gibraltar, aparte de ventajas comerciales y el monopolio del comercio de

esclavos en América. Muy dolorosa fue también la pérdida del grueso de su flota en Vigo-Rande, en 1702, a manos de una escuadra anglo-holandesa que intentaba apoderarse del tesoro de Indias; no lo logró, pero los buques fueron hundidos, por los enemigos o por los propios españoles, acorralados al fondo de la ría. Y los turcos aprovecharon para tomar Orán y Mazalquivir, si bien España las recobraría años más tarde. La lucha se prolongó en Barcelona, donde los partidarios del Archiduque opusieron a Felipe V una resistencia casi numantina, también algo absurda, pues su paladín había renunciado ya a competir por el trono español.

Así, de aquella desastrosa Guerra de Sucesión salió España vejada, supeditada a Francia y muy debilitada en el mar, a un paso del derrumbe nacional. Londres llegó a pensar que el Imperio español estaba maduro para caer, y en 1741 intentó estrangularlo atacándolo por su centro de Cartagena de Indias, nudo vital donde confluían las rutas comerciales de Suramérica y Centroamérica hacia Europa. A tal fin movilizó la flota más poderosa de la historia hasta entonces, que debía atacar por el Caribe, mientras otra menor lo hacía, en tenaza, por el Pacífico. El pretexto fue el apresamiento por los españoles de un barco contrabandista inglés, a cuyo capitán, llamado Jenkins, le fue cortada una oreja como castigo (durante años, los guardacostas habían apresado gran número de tales barcos contrabandistas). A la flota inglesa de 186 buques, poderosamente artillada y con 23.000 hombres, iban a oponerse solo 3.600 soldados y seis navíos de línea, por lo que la victoria parecía tan ineluctable que Londres acuñó medallas conmemorativas y se compusieron himnos. Antes de tiempo. La batalla terminó con el desastre mayor, probablemente, sufrido por la armada inglesa en su historia. Cartagena sufrió bombardeos pero ante el fuerte principal los ingleses fueron diezmados y obligados a refugiarse de nuevo en sus buques. Se vengaron prosiguiendo el bombardeo durante más de un mes, sin resultado, hasta que las enfermedades les obligaron a huir, tras incendiar numerosos barcos ya faltos de tripulación. La previa arrogancia inglesa hizo más sangrante la derrota y el rey Jorge II prohibió escribir sobre ella, minimizada en la historiografía inglesa como «la guerra de la oreja de Jenkins».

La victoria se debió principalmente a Blas de Lezo, extraordinario marino, ingenioso y arriesgado. Durante la Guerra de Sucesión había sostenido encuentros en inferioridad material con barcos ingleses, venciéndoles siempre y capturando numerosos de ellos, y luego había acabado con la piratería angloholandesa en las costas americanas del Pacífico. El éxito en Cartagena de Indias tuvo valor crucial, pues disuadió a Londres de nuevas intentonas de tal alcance (otra, menor aunque considerable, sería derrotada en Buenos Aires) y permitió mantener en pie el Imperio español durante ochenta años más. Y tres años después de Cartagena, una débil flota española mandada por Juan José Navarro desbarató a otra inglesa mucho más potente cerca de Tolón, demostrando que España volvía a ser una potencia nada despreciable, aun sin estar, en general, a la altura de su enemiga.

Apenas terminada la Guerra de Sucesión, un intelectual, Melchor de Macanaz,

vio bastante claras las causas de la decadencia y propuso las reformas precisas. Entre ellas, una mayor secularización del estado frente a la excesiva injerencia política de un clero ritualista, excesivo en número y hostil a toda novedad; aligeramiento de una administración lenta y pesada; selección de personas competentes en los puestos públicos, por encima de privilegios de cuna; estímulo al comercio y las exportaciones contra los prejuicios «aristocráticos» y eliminación de las aduanas interiores; fomento de las manufacturas y un vasto plan de construcción de naves mercantes y militares que absorbiera a la multitud de vagabundos y mendigos que pululaban por el país.

Macanaz fracasó, tuvo que huir de la Inquisición y terminó preso, ya viejo, tras ser engañado para que volviera a España. Sin embargo, señala Julián Marías, sus ideas germinarían en las décadas siguientes con una sucesión de buenos y a veces excelentes gobernantes, como Patiño, Carvajal, Floridablanca, Campomanes o Ensenada. La administración se modernizó sobre plantilla francesa, con ministros (secretarios) e intendentes que superaban en funciones a los corregidores; y los anticuados consejos perdieron sus prerrogativas, excepto el de Castilla (que abarcaba desde Galicia y Asturias hasta Andalucía). La presión absolutista hizo perder autonomía a los municipios y anuló de hecho a las Cortes, perdiendo peso político la Inquisición y la Iglesia. Al mismo tiempo la moneda, estabilizada, fue valorada en el mundo en posición similar a la que alcanzaría el dólar en el siglo XX, se abordó un ambicioso programa de reconstrucción, con creación de numerosas manufacturas, obras públicas y empresas de colonización en Sierra Morena; la marina se recompuso, con bases y astilleros en Cádiz, Ferrol, Cartagena y La Habana, y construcción de impresionantes fortificaciones en los lugares del imperio más expuestos.

Reforma importante, aunque planteada como castigo por el respaldo mayoritario al Archiduque Carlos, fue la abolición —no completa— de los fueros de Valencia, Cataluña y Aragón (persistieron los de las Vascongadas y Navarra, que habían apoyado a Felipe V). Entre otras ventajas, dicha abolición integró más intensamente a esas regiones en el comercio con América y les reportó una prosperidad que llevaban siglos sin conocer bajo una opresión feudal particularmente severa. El cambio aprovechó especialmente a Cataluña, que pasó de ser una región atrasada y oscura a convertirse, sobre todo Barcelona, en la más emprendedora de la península. Barcelona creció hasta ser la segunda ciudad del país, con 100.000 habitantes, triple que a principios del siglo.

El aumento demográfico, desde 8 a 11 millones, aunque menor que en los países europeos de vanguardia, se aceleró a partir de 1750 y propició una mayor urbanización. Impulso trascendente en otro aspecto, pues crecieron el norte cantábrico y atlántico, y más aún el sur y Levante, con lo que cambió el peso poblacional relativo en favor de la periferia, tras varios siglos de concentrarse en la meseta. Después de Barcelona, Cádiz experimentó el aumento mayor, que casi duplicó sus habitantes, al convertirse en el principal puerto del comercio con

América, mientras Sevilla decaía. Como también decaían las antaño prósperas ciudades castellanas Burgos, Valladolid, Medina del Campo, Ávila, Segovia, Talavera, etc., tan relacionadas con el aliento del Siglo de Oro: incapaces de superar una vida apagada, de una devoción rutinaria, vivía en ellas un exceso de nobles, rentistas, clérigos, sirvientes y mendigos. Este agotamiento histórico de Castilla dejaba paso a una nueva geometría nacional, por así llamarla. El mismo Madrid, centro de la nación y del imperio, solo creció en unos 30.000 habitantes, partiendo de 140.000.

Los sectores más emprendedores de la sociedad se preocuparon de la economía, fundando, por ejemplo, las «sociedades económicas de Amigos del País», proclives al libre mercado. Nacidas en Guipúzcoa, en 1765, proliferaron por el resto de España y América, donde funcionaron hasta setenta de ellas. Estas sociedades estudiaban y proponían reformas en el comercio, la industria y la agricultura, difundían libros de interés práctico o teórico, en general traducidos del francés, y agrupaban a las que más tarde se llamarían «fuerzas vivas» de las ciudades, es decir a funcionarios, burgueses, clérigos y nobles ilustrados o con intereses empresariales. El conjunto social permanecía en formas de vida tradicionales, a veces harto primitivas, pero estos islotes de inquietud económica y, más ampliamente, intelectual, incidían de forma creciente, en unas regiones más que en otras.

La posición internacional de España dependía del vasto imperio extendido por América y el Pacífico, tradicionalmente sometido a ataques y piratería por parte de Inglaterra, Holanda y Francia, que habían hecho poca mella en él. Superada la crisis de la Guerra de Sucesión y el masivo asalto inglés de 1741, y recompuesta la flota, a lo largo del siglo prosiguió la actividad exploratoria y colonizadora, en especial por América del Norte, hasta llegar a Alaska, donde encontró las avanzadillas de un movimiento expansivo ruso desde Siberia. De hecho, el imperio casi duplicó su extensión efectiva, y prosiguió la evangelización con experiencias tan llamativas como las «reducciones» jesuitas de Paraguay o las fundaciones franciscanas de California, origen de ciudades como San Francisco o Los Ángeles.

Pero las mayores innovaciones se dieron en el terreno económico. Francia extraía pingües beneficios de sus plantaciones, servidas por esclavos en algunas islas de las Antillas, mientras que el enorme imperio español proporcionaba a la metrópoli escasas ganancias, debido a su organización interna. Por ello, en imitación de los métodos franceses, se desarrollaron en la América española las plantaciones especializadas, multiplicando la demanda de mano de obra: en el siglo XVIII fueron llevados a Hispanoamérica más del doble de esclavos que en los dos siglos anteriores juntos. Aquel tráfico tan inicuo como rentable fue una de las bases de la prosperidad de algunos países: Francia trató de hacerse con su monopolio para América, y a partir de él con el del comercio transoceánico, pero fueron los ingleses, después del tratado de Utrecht, quienes dominaron la trata de negros, mientras los españoles impedían a los franceses hacerse con el resto del comercio atlántico, aunque lo compartieran.

Al paso que incrementaba el esclavismo, la política económica ilustrada socavaba las anteriores Leyes de Indias, reducía los territorios reservados a los indios («resguardos») y vendía a bajo precio las tierras de realengo en América. De ello resultaron inmensos latifundios y expulsión de campesinos, indios y blancos, que antes vivían mejor o peor en aquellas tierras, un proceso que había tenido lugar en Inglaterra. Cientos de miles de personas se encontraron sin medios de vida y forzadas a trabajar para otros por remuneraciones muy bajas. El descontento propició las primeras rebeliones desde la Conquista, dos siglos antes. En Venezuela, la monarquía había adjudicado a la Compañía Guipuzcoana de Caracas el monopolio del comercio del cacao, en condiciones semejantes a las compañías inglesas y holandesas, que prácticamente actuaban como verdaderos estados. La de Caracas mostró notable eficiencia en el comercio y en la represión del contrabando inglés y holandés, pero los criollos la acusaban de imponerles precios bajos y condiciones leoninas. Una rebelión contra ella duró tres años, hasta 1752. Algo semejante ocurrió en Perú por parte de muchos indios, ante los abusos de criollos y blancos: el alzamiento de Túpac Amaru en 1780, invocando el nombre del rey Carlos III, fue bárbaro en extremo. Vencido en dos años, junto con otro en Bolivia, sus jefes fueron ejecutados con la crueldad usada en Europa. Revueltas menores sucedieron en distintos lugares.

En la misma España, el siglo fue muy pacífico. Hubo varias guerras exteriores, básicamente navales y con pocas víctimas. Tres de ellas procedieron de los «pactos de familia» entre Madrid y París, resultando provechosas las dos primeras, en tiempos de Felipe V, y harto perjudicial la tercera, con Carlos III (*Guerra de los Siete Años*). La venida de los borbones produjo un cambio histórico en la orientación internacional hispana: durante más de dos siglos, Francia había sido la mayor rival y enemiga (después del Imperio otomano en el siglo XVI), y ahora pasaba a convertirse en amiga relativa. También perdía España otro viejo adversario, Holanda, aunque no por amistad sino por decadencia de esta. Por tanto solo restaba Inglaterra como gran potencia hostil, y los choques con ella menudearon, con alternativas de victorias y derrotas.

Suele creerse que España quedó entonces supeditada a los intereses franceses como apéndice de París. Muchos lo temieron a principios de siglo, y algo de ello hubo, pero no demasiado. Al revés, Madrid fue ganando en independencia al compás de un reforzamiento económico. La influencia de las costumbres e Ilustración galas fue muy fuerte, pero ello ocurría en toda Europa, salvo Inglaterra, y no llegó aquí a la sumisión intelectual de Rusia y Prusia, cuyas clases altas tenían a gala expresarse en francés. La alianza con el vecino país, materializada especial, aunque no únicamente, en los tres Pactos de Familia, arroja un balance más bien positivo: España consiguió invertir parcialmente el Tratado de Utrecht en Italia y América, recuperó finalmente Menorca, aunque no Gibraltar, y recibió de Francia el inmenso territorio de Luisiana (recobrado en 1800 por Bonaparte, quien lo vendió luego a Usa).

Con la Guerra de los Siete Años, de 1756 a 1763, España perdió la Florida, que

pasó a Inglaterra, principal vencedora como en la Guerra de Sucesión; y perdió también la colonia de Sacramento, junto a Uruguay, a favor de Portugal. Para resarcirse, Francia y España apoyaron eficazmente la independencia de Usa contra Inglaterra: las tropas españolas ganaron importantes victorias sobre las británicas y recuperaron Florida. No obstante, el ministro Aranda expresaría unos proféticos recelos sobre el ímpetu expansivo del nuevo país independiente, el cual, afirmaba, olvidaría la ayuda recibida y crecería a costa de territorios hispanos. Pues no se trataba solo de la independencia de aquellas «Trece colonias», obtenida en 1783, sino de una auténtica revolución política republicana con formas de gobierno inéditas —liberales y pronto democráticas—, las cuales habían de atraer a Hispanoamérica. Y sobre todo, de momento, a Francia, tanto porque salió muy endeudada de su apoyo a Usa como porque la liberación de esta sirvió de incentivo, seis años después, para otra revolución en la propia Francia, que adquiriría rasgos muy diferentes, es decir, tiránicos y sangrientos.

Una apreciación de conjunto sobre el XVIII podría hacerse considerando a dos intelectuales, Macanaz y Jovellanos. El primero, a principios del siglo, trazó un bien enfocado plan de reformas para superar la decadencia; el segundo, en la misma línea, diseñó nuevos planes de modernización hacia el final de la centuria. Jovellanos fue hombre de amplia formación, director de la Sociedad Económica de Madrid, miembro de las principales academias del país, impulsor de la producción de carbón en Asturias y de un Real Instituto de Náutica y Mineralogía, entre otras actuaciones. También cooperó con Francisco de Cabarrús en la fundación del primer banco nacional español, el de San Carlos. En estrecha relación con el ministro Campomanes, escribió estudios minuciosos y bien orientados, como el *Informe sobre la Ley Agraria*, a fin de mejorar la capacidad productiva del país liberalizando la propiedad rural y aboliendo los peajes y aduanas interiores; se preocupó asimismo de mejorar los sistemas de enseñanza. Proponía reformas prudentes y lentas, acumulativas, a fin de evitar en lo posible los disturbios. Pero chocó con la Inquisición, como Macanaz, y sobre todo con las noticias de la violentísima Revolución francesa, que sembraron la alarma y recrudecieron el miedo a las innovaciones. Después de alcanzar prestigio entre los gobernantes, las maniobras políticas proporcionarían a Jovellanos unos años de destierro al comenzar el siglo XIX. Luego, y contra la postura de otros ilustrados, rehusó colaborar con Napoleón y con el rey José, y se identificó con los patriotas. Si Macanaz había sido el primer reformista, Jovellanos fue el último, personalizando la quiebra del programa del siglo, quiebra debida a la Revolución francesa y a la ocupación napoleónica. Son dos figuras representativas de un magno designio en gran parte cumplido, aunque roto al final por los imponderables de la historia. La cual se aceleraba y empujaba a la cuneta ideas y propósitos antes bien planteados y de pronto envejecidos.

Así, frente al enfoque tradicionalista de un siglo decadente y afrancesado, la realidad fue mucho más positiva. La decadencia real, como veremos, se había

producido antes, cuando las tradiciones que habían proporcionado la mayor gloria a España habían agotado su poder creativo y por tanto no representaban una alternativa a la Ilustración. Quizá la recuperación durante el XVIII no fue muy espectacular ni brillante, pero en conjunto sí efectiva y bien tangible. Hacia el final del período, el progreso anteriormente sostenido entró en crisis bajo Carlos IV, un rey de escasa energía e inteligencia a quien Napoleón manejaría. La situación exigía profundizar y acelerar las reformas sociales, pero entonces, debe repetirse, las noticias de la tremenda Revolución francesa paralizaron los ánimos, por así decir. Hubo además en la Ilustración española algunos defectos de fondo que, de no remediarse, podían esterilizar los logros pasados y generar una nueva decadencia, como así había de suceder, según vimos en los capítulos sobre el siglo XIX.

No deja de llamar la atención que tanto el XVIII como el XIX y el XX se inauguraran con profundas crisis que parecían preludiar algo así como el *Finis Spaniae*. Y que en los tres casos el país superase el peligro de naufragio para recuperar un nivel medio-alto en el ámbito europeo. Aún más curiosamente, el siglo XXI ha empezado con una crisis parecida, por más que sin guerra en esta ocasión, gracias probablemente a la victoria de los nacionales en la de 1936-39 y la paz consiguiente.

13

LA ILUSTRACIÓN EN ESPAÑA

El eje ideológico-cultural de Europa durante el siglo XVIII fue la llamada Ilustración. Se trató de uno de los movimientos culturales formativos como el que podríamos llamar Monasterial, propio de la Edad de Supervivencia o Alta Edad Media; el Románico, el Gótico y primer Renacimiento en la Edad de Asentamiento o Baja Edad Media; o el Renacimiento y Barroco de los siglos XV al XVII. Después de la Ilustración, que abarcó el continente con bastante más amplitud que cualquiera de los anteriores, no ha vuelto a producirse un movimiento cultural comparable, y en cierto sentido cabe decir que Europa ha seguido viviendo de sus ideas, entre ellas la del progreso y la exaltación de la razón y de la ciencia. Se nos presenta como un período de acumulación que recoge ideas del siglo anterior (Newton, Descartes, Leibniz…) y las diversifica. Los círculos intelectuales se ampliaron (cafés, salones, clubs, academias…), y ganaron influencia política y social. Se solidificó una sociedad civil y se aceleró la difusión de noticias e ideas, la aparición o extensión de la prensa y se publicaron más libros que nunca antes. Todo tipo de teorías políticas, sociales y científicas fueron debatidas y la religión cuestionada, derivando con frecuencia al escepticismo o el ateísmo. Voltaire y otros *ilustrados* franceses que compusieron la *Encyclopédie* fomentaron una intensa aversión a la Iglesia y el propósito de aplastarla.

En Gran Bretaña y luego en Francia surgió la sociedad secreta más exitosa de la historia, la masonería, que condicionaría de modo profundo, si bien difícil de concretar, sucesos como la Revolución francesa, que en cierto modo culmina la Ilustración en el continente. La masonería se presentaba como una sociedad filantrópica, racional y democratizante, ideas no muy acordes con su carácter secreto, sus barrocos rituales, juramentos y amenazas, y sus iniciaciones en supuestos misterios originados en el Templo de Salomón, en el antiguo Egipto y hasta en Adán. Pero atraería a intelectuales, políticos, militares y gente de poder, bien por el gusto del misterio y la pertenencia a un grupo escogido, o como vía oculta de promoción social y política, o por un deseo de hacer el bien a una abstracta humanidad. La Iglesia rechazaba las sociedades secretas y de iniciados (gnósticas), por lo que la colisión entre ambas era inevitable.

La autopercepción del espíritu ilustrado podría condensarse en las frases del filósofo prusiano Immanuel Kant: «Es la salida del hombre de su minoría de edad», minoría causada por la renuncia a usar la propia razón. Tal minusvalía habría sido impuesta por la autoridad eclesiástica y política explotando la cobardía y pereza de

los individuos: «Uno mismo es culpable de esta minoría de edad cuando esta no viene de un defecto del entendimiento, sino de la falta de decisión y ánimo para usarlo con independencia, sin conducción de otro. *¡Sapere aude!* (¡Atrévete a saber!)». Percepción irreal, porque la larguísima tradición europea siempre se había apoyado en el uso de la razón y el debate sobre cuestiones filosóficas muy diversas. Y además irrealista, porque en la inmensa mayoría de los temas todos aceptamos inevitablemente la conducción de otros cuyas tesis o ideas nos parecen razonables, sin que tengamos el saber ni el tiempo suficientes para investigarlas a fondo. Solo algunas personas y solo en materias muy concretas disponen de afición y medios para llegar a conclusiones propias y aceptables para los demás. De otro modo pasaría como con el «libre examen» de Lutero, cuando cualquiera podía sentirse tan hábil para interpretar las Escrituras como el propio Lutero o San Pablo, lo que convertiría la alta cultura en un torneo de palabrería. Y suena pretenciosa la idea implícita de que los ilustrados eran «hombres» en plenitud de serlo, y los demás no pasarían de un nivel infantil. Se suponía asimismo que la razón fundamentaría un progreso sin fin, pero sus limitaciones en aquel momento exigían una fe que resultaba contradictoria, por cuanto la razón debía sustituir, precisamente, a la fe.

Si bien no faltaron clérigos y creyentes entre los ilustrados, el movimiento suele presentarse como un reto de la razón a la religión, en que la primera sustituiría la aspiración universalista del cristianismo, acusado de oscurantista y supersticioso. Algunos proponían relegar la religión al ámbito privado, o la aceptaban con variantes (teísmos). La propia Ilustración podría considerarse una peculiar evolución religiosa. También se la ha entendido como un retorno a la tradición grecorromana, la griega sobre todo, identificada con la lógica, la razón y la ciencia, olvidando sus profundas raíces religiosas e irracionales. No suena abusivo interpretar la evolución occidental como una mezcla de cooperación y rivalidad entre la herencia evangélica y la grecolatina, o quizá entre la semítica y la indoeuropea, con etapas de conflicto agudo, de las que el Renacimiento habría sido la más notable hasta entonces. El arte por excelencia del siglo ilustrado fue el Neoclásico, pretendidamente racionalista, y una muestra de su tendencia fue la afición al desnudo en pintura y escultura, en manifiesta admiración del hombre por sí mismo, distinta a la primacía ritual de la divinidad.

En cierto modo, los ilustrados reelaboraban la tradición cristiana, si bien con, entre otras, una diferencia crucial. El cristianismo ve en el hombre un ser caído por el pecado de Adán y Eva, propenso a la maldad y al pecado, de los que solo pueden salvarle la fe, según los protestantes, o la fe más el cultivo esforzado de la virtud y sus obras, según los católicos. Por el contrario, la razón ilustrada tendía a imaginar al hombre bueno por naturaleza, aunque se encontrase pervertido por la sociedad y por la propia religión, que lo mantenían ignorante y supersticioso y lo inducían al mal, a vivir por debajo de sus potencialidades. En consecuencia, reformando (o revolucionando) la sociedad de acuerdo con la razón y la ciencia, los individuos realizarían plenamente su bondad intrínseca en una nueva sociedad excelente. El

razonamiento se contradecía, pues toda sociedad o religión, creaciones precisamente de ese mismo ser humano de natural bondadoso, debían necesariamente ser buenas a su vez. Otra versión admitía la perversión humana, pero le atribuía poco efecto práctico si la organización política y económica le aseguraban un grado suficiente de consumo y de libertad.

Pronto se comprobaría que el ejercicio de la razón no conduce a ideas universalmente válidas sino, al contrario, a concepciones distintas y hasta opuestas sobre el hombre, la política y la vida: ateísmos, deísmos, concordancia con la fe cristiana; despotismo ilustrado (*todo para el pueblo, pero sin el pueblo*), democratismo, liberalismo y totalitarismos. Cada uno con sus propias razones. Hasta el común culto a la razón tomó un espíritu y derroteros distintos según los países, empezando por los tres focos principales, el alemán, el francés y el inglés. En Inglaterra predominó la tendencia liberal y empirista, cuyo fruto más influyente sería la Revolución industrial, acompañada de un enérgico y agresivo imperialismo. En la Prusia aristocratizante originaría la nación alemana y su potencia cultural y material, que condicionarían profundamente la historia europea de los dos siglos siguientes. Debe señalarse asimismo el caso ruso, cuya Ilustración, de apariencia débil y superficial, fecundó una eclosión cultural en el siglo XIX, hasta rematar en la Revolución soviética, heredera en parte de la francesa, con un ímpetu expansivo desconocido antes en la historia, aunque efímero.

Por lo que respecta a Francia, aun si tal vez menos creativa y original que Inglaterra o Alemania, se convirtió en la placa giratoria desde donde irradió en todas direcciones el nuevo espíritu. Era, además, la primera potencia política y militar del continente, y su idioma ampliamente usado como lengua internacional. A su Ilustración la caracterizó un denso racionalismo, cuyo fruto hasta cierto punto paradójico fue la Revolución francesa, con su retórica democrática, sus rasgos totalitarios y su feroz violencia, seguida de las muy sangrientas guerras napoleónicas.

En otro plano, la Ilustración trajo rápidos avances científicos y técnicos, políticas racionalistas y aumento del bienestar material. Fue, además, un siglo relativamente pacífico, que se benefició también del cese, por motivos desconocidos, de las pestes que habían asolado periódicamente a Europa en tiempos anteriores. Uno de los principales legados de la Ilustración fue la Revolución industrial, comenzada en Inglaterra y traspasada rápidamente a Bélgica, con más lentitud al resto del continente: nacía la era de la máquina, que aumentaría prodigiosamente la capacidad productiva, aun si con altos costes y conflictos sociales, y que daría a Europa desde el siglo XIX su Edad de Apogeo, con una superioridad material (y no solo material) incontrastable sobre el resto del mundo.

Por lo que se refiere a España, su Ilustración recogió influjos italianos e ingleses, pero muchos más franceses. La proporción de núcleos ilustrados con respecto a la población general fue más desfavorable que en Francia, Inglaterra o Alemania, si bien no debe olvidarse que en todos los casos fueron los ilustrados minorías pequeñas

sobre una masa mayoritariamente campesina y artesana que vivía en condiciones precarias, de práctica servidumbre en el norte de Alemania, no digamos más al este.

En España suelen distinguirse dos etapas: una pre-ilustrada, hasta más allá de la mitad del siglo, caracterizada por la actividad de los *novatores*, partidarios de reformas diversas para salir del marasmo, y la propiamente ilustrada. Distinción quizá artificiosa, pues a toda la época puede llamársela ilustrada, con diferencias de intensidad, o muy poco ilustrada, dados sus rasgos peculiares —como la importancia del clero y el escaso afán especulativo— con respecto a los núcleos europeos decisivos. Aquí no hubo oposición entre las nuevas corrientes y la Iglesia —aunque sí con sectores eclesiásticos anquilosados y la Inquisición—, porque numerosos clérigos fueron ilustrados, destacando entre ellos los benedictinos Sarmiento y Feijóo, este último el intelectual español más notable del siglo. Y porque los ilustrados laicos nunca cuestionaron la religión ni a la Iglesia en su conjunto, aunque intentaran atenuar su peso político y el papel de la Inquisición. También es llamativo, como ha señalado Domínguez Ortiz, que la inquietud reformista e ilustrada no viniera tanto de ciudades como Cádiz, Barcelona u otras más relacionadas con el exterior, como de algunas en cierto sentido más encerradas en sí mismas, como Valencia, Oviedo o Sevilla.

No menos significativo resulta el poco gusto por la especulación intelectual y teórica. Las célebres prevenciones de la universidad de Cervera contra «la peligrosa novedad de discurrir» (a la vista de los efectos revolucionarios en Francia) solo respondían a una larga tradición de desconfianza ante las «novedades», propia de la decadencia española del siglo anterior. Los reformistas hispanos del XVIII apenas abordaron ningún pensamiento nuevo con originalidad, limitándose más bien a recoger ideas foráneas, y precisamente las de carácter práctico, o a rechazarlas casi en bloque. Representativo fue Juan Pablo Forner, hombre de afanes reformistas que despreciaba a «los Rousseaus, los Voltaires y los Helvecios» por su carácter intelectualmente antojadizo e irresponsable: «Nada sirve, nada vale en la consideración de dictadores tan graves y profundos, sino lo que se acomoda con sus repúblicas imaginarias, con sus mundos vanos y con el antojo de sus delirios». Las críticas de Forner tenían base, además de sentimiento patriótico, pues la Ilustración tomó en Francia un marcado sesgo antiespañol: la vieja Leyenda Negra engendrada por Las Casas en el siglo XVI resucitó con fuerza de la mano de Voltaire, Montesquieu y muchos otros. Es difícil entender por qué. Tal vez miraban a España, con su inmenso imperio, como el obstáculo mayor a sus ataques al cristianismo (lo que no concuerda en el caso de Montesquieu) o recordaban los numerosos reveses sufridos por Francia a manos hispanas los siglos anteriores. Por lo demás, si Forner captaba el lado débil de los ilustrados franceses, no entendía el enorme esfuerzo intelectual implicado, al que un pensamiento tradicional poco vivo era incapaz de replicar. Forner, pues, no alza ideas nuevas, ni su argumentación logra demoler la de sus aborrecidos Rousseau y demás.

Feijóo, con otro talante, procuró combatir la ignorancia y divulgar las nuevas ciencias, el espíritu empírico de las mismas y el interés por el razonamiento. Cosechó un éxito asombroso, pues su *Teatro crítico universal* (teatro con la significación de panorámica) alcanzó, se dice, los 400.000 ejemplares, algo casi increíble en una sociedad agraria y mayoritariamente analfabeta. Como sea, el dato prueba un interés muy agudo por parte de las minorías inquietas. Como todas las personas conscientes del retraso del país, Feijóo proponía reformas sociales, políticas y morales. Abierto a las aportaciones del exterior, las tamizaba descartando las que pudieran corroer la fe, sin polemizar con ellas. Montesquieu, con cierta soberbia, lo consideraba «bueno para España», si bien insuficiente para el nivel galo. Su labor como divulgador y crítico de costumbres es muy reconocida, pero la escuela de Gustavo Bueno, en Oviedo, lo cataloga como ensayista filosófico de primer orden y fundador del lenguaje periodístico español. Stanley Payne, siguiendo a Julián Marías, lo valora como «uno de los personajes más razonables y constructivos de la Ilustración católica europea».

Incidentalmente, Feijóo sigue a Montesquieu y a Las Casas cuando acusa a los fundadores del Imperio español de «inundar América de sangre» para traer «riquezas a España»; aunque de una tierra inundada de sangre es muy difícil extraer otra riqueza que el primer botín. En un sentido no muy alejado, Forner inicia una reflexión sobre la historia de la nación que será muy aceptada, pese a su ilogismo: Carlos V habría empezado la decadencia porque su reinado habría dado provecho a su «gloria personal», pero no a España. No le importa contradecirse al admitir que los sucesos que trajeron al rey y emperador «hicieron llegar a lo sumo nuestro poder». Otro intelectual reformista, José Cadalso, concluyó, poco brillantemente, que los Austrias habían despilfarrado «los tesoros, talento y sangre» de sus súbditos en guerras y empresas sin interés real para el país. Estos razonamientos, de escaso sentido común, iban a propagarse hasta desembocar en el derrotismo del 98. Su éxito estriba probablemente en que justifican las inepcias presentes por yerros achacados a los antepasados.

La feble afición a la especulación intelectual hizo que la Ilustración hispana no produjese ningún pensador original o científico destacado, lo que no quiere decir que no hubiera algo de pensamiento o de ciencia. Incluso la literatura y el arte —con la excepción del genial Goya— cayeron en una cierta mediocridad, tanto si se los compara con el Siglo de Oro como con los coetáneos de los principales países europeos. Hay literatos apreciables como el citado Cadalso, los hermanos Nicolás y Leandro Fernández de Moratín, Iriarte, Ramón de la Cruz, Samaniego o Meléndez Valdés, y destaca el padre Flórez, autor de una monumental y magnífica *España sagrada*, la mayor aportación ilustrada española a la historia. En relación con los progresos europeos, también apareció o se popularizó la prensa, en forma de almanaques con informaciones diversas, pronósticos y anécdotas, y de periódicos para las capas altas como la *Gazeta de Madrid*, que venía del siglo anterior, o el

Diario de los literatos de España, dedicado a reseñas de libros, o *El Mercurio histórico y político*, imitación de otro francés, o el *Diario noticioso*. Pero la impresión global es de una cultura menor y sin mucha savia propia. Por otra parte el último reinado del siglo, el de Carlos IV, empezó solo un año antes de la Revolución francesa, cuya destrucción del orden político, considerado hasta entonces de origen divino, exacerbó la vieja desconfianza hacia cualquier idea o reforma que pusiera en cuestión el orden social.

Lo que distinguió ante todo a la Ilustración española fue su carácter practicista, del que dan buena prueba los ambiciosos planes y realizaciones materiales de la época o las sociedades económicas. Los esfuerzos de los ilustrados atendieron ante todo a pensar y planear reformas que fortalecieran económica y militarmente al país, sobre todo en la etapa de Carlos III. La tarea imponía la adopción de reformas inspiradas mayormente en Francia y la denuncia e intento de corrección de usos, costumbres, supersticiones y falsas ideas que retrasaban o estancaban a la sociedad. El practicismo se tradujo en grandes obras públicas y militares en la península y en América, intentos de colonizar Sierra Morena con alemanes y flamencos, la creación de varias instituciones de carácter técnico y científico orientadas también a la práctica, y las propuestas de reforma de una enseñanza universitaria obsoleta, en la que las ciencias naturales y las matemáticas apenas tenían cabida. Puede decirse que los únicos expertos en matemáticas por entonces eran los artilleros y los marinos.

Ese practicismo produjo obras excelentes y libró a la nación de excesos como los que derrumbarían la sociedad francesa, pero constituía al mismo tiempo el punto flaco de la Ilustración hispana, impidiéndole adquirir vuelos de cierta altura. Se fundaron instituciones (como un laboratorio de química en Segovia o un observatorio astronómico en Madrid), se realizaron expediciones científicas sobre la fauna y flora de América y se organizaron las academias de Buenas Letras de Barcelona, de Bellas Artes de San Fernando, la Biblioteca Nacional o la Academia de la Lengua, con su famoso diccionario. En cambio no surgió una Academia de Ciencias, por contraste con instituciones de ese tipo en otros países europeos o como la de Rusia, que tanta proyección tendría. Éxitos científicos reseñables, como el descubrimiento del platino y el tungsteno o wolframio, entran nuevamente en el terreno de lo práctico, por más que en botánica España descolló a un nivel muy alto. Destacaron algunos científicos como los marinos Antonio de Ulloa y Jorge Juan, o como inventor Agustín de Betancourt (que terminó aplicando su ingenio en Rusia), pero —ya lo remarcaría mucho después Menéndez Pelayo— la pobreza de espíritu especulativo, experimentador y teorizante ha sido la mayor laguna del genio español, tan feliz en otros campos.

Esa laguna tenía estrecha relación con el atraso y baja calidad de la enseñanza, sobre todo la superior. Hubo varios intentos, como los protagonizados por Mayans y por Olavide, de modernizarla dando más cabida a las ciencias naturales y a las matemáticas, e introduciendo una medicina y técnicas ya ampliamente alcanzadas al

norte de los Pirineos. Pero siempre embarrancaron ante una oposición radical de los estamentos dominantes en la universidad, temerosos de perder su posición y amparados en una pretendida defensa del catolicismo. Esta rémora en la universidad había sido muy posiblemente la verdadera causa de fondo de la decadencia española, y lo sería de su permanencia a un nivel mediocre en los siglos XIX y XX.

Para colmo, Carlos III decidió expulsar a los jesuitas, la orden que mantenía la enseñanza a un nivel relativamente aceptable, y cuyos métodos pedagógicos eran respetados en toda Europa, incluso por sus mayores adversarios. La expulsión fue dictada al estilo absolutista, como simple expresión de la voluntad real. Parece haber encontrado el pretexto en el cargo, probablemente falso, de haber promovido los jesuitas el célebre motín de Esquilache y otros disturbios, así como las conspiraciones que les achacaban sus enemigos. La expulsión tuvo además largos efectos políticos, sobre todo en América, donde la orden realizaba una muy amplia actividad misional y educativa (la «reducciones» de Paraguay, especie de proyecto de utopía socialista, entre muchas otras actividades). Madariaga y otros han apuntado, quizá exageradamente, a una actividad soterrada de los jesuitas para promover en América el descontento de los criollos, e intrigas diversas en Europa, preparando el terreno a las posteriores rebeliones independentistas. El hecho es que su expulsión propinó a la enseñanza española, y por tanto a la posibilidad de formar individuos de alto nivel cultural, un golpe del que no se repondría durante muchos decenios.

Dado este doble e interrelacionado fallo de la enseñanza y la desatención a la ciencia y el pensamiento, el practicismo ilustrado español se movía dentro de una estrechez inevitable, condenándose a quedar, a la larga, cada vez más retrasado frente al acelerado desarrollo de otros países de Europa occidental.

TERCERA PARTE

14

LA REALIDAD DE LA DECADENCIA

El fenómeno de la decadencia es común a todas las grandes potencias, pues ninguna se ha sostenido largo tiempo en el pináculo del poder y la creatividad. A veces la caída se agrava hasta la desaparición de la nación, otras da lugar a un nuevo ascenso. España nunca llegó al primer caso, pero tampoco volvió a aproximarse siquiera a los niveles de su mejor época del siglo XVI. Se supone que el XVII viene marcado por una decadencia que solo remontó parcialmente en el XVIII, pero la cuestión exige matices.

Al hablar de decadencia debe rehuirse el mito que la refiere exclusiva o básicamente a la economía. Por supuesto, esta tiene siempre un enorme peso, pero un país puede brillar en creatividad cultural con una economía mediocre —aunque difícilmente si esta es catastrófica—. La riqueza de la Grecia clásica nos parece hoy insignificante, pero ningún otro país ha alcanzado tales cimas culturales. Por venir a España, el desbarajuste económico de gran parte del siglo XVII iba remontando a partir de 1680, con Carlos II, y sin embargo este fue precisamente el periodo de mayor depresión cultural, política y militar. Cuando hablo aquí de decadencia entiendo por ella una pérdida con respecto a una posición anterior, y no solo en el terreno económico, sino en uno más amplio. El retroceso hispano se extendería *grosso modo* desde mediados del siglo XVII hasta el tratado de Utrecht en 1715. Decadente también, y muy pronunciado, fue la mayor parte del siglo XIX, como ya vimos, y de auténtica caída la II República en el XX. Hubo momentos en que la nación corrió un peligro real de desintegrarse, y quizá hoy nos hallemos ante uno semejante. Pero el declive del XVII fue sin duda el más dramático, porque España retrocedía desde la posición estelar del Siglo de Oro, mientras que en los demás el contraste resulta mucho menor.

Esta decadencia en el XVII y su duración han generado mil conjeturas y opiniones. La pesadumbre por ella ha perturbado la conciencia hispana desde Quevedo (*Miré los muros de la patria mía / si un tiempo fuertes, ya desmoronados* …), pero también ha sido cuestionada. Algunos estudiosos opinan que hubo períodos de «baja forma», pero breves dentro de una tendencia general positiva; o bien que Castilla decayó, pero no así la periferia; o que el país apenas pudo haber decaído porque nunca había alcanzado una posición destacable. Esto último no pasa de pequeño exabrupto o *boutade*, y los dos primeros asertos tampoco se sostienen. Por lo que respecta a Castilla, la muy relativa bonanza periférica no compensó el estancamiento del centro, de modo que el conjunto del país retrocedió. En cuanto a los momentos pasajeros de «baja forma», ciertamente la mayor parte del siglo XVII puede describirse como una

decadencia, lenta al principio, acelerada en sus últimos veinte o treinta años, hasta un descenso espectacular desde ser protagonista política a ser objeto de políticas extranjeras. Más aún, las últimas tres centurias y medio hasta hoy, comparadas con el Siglo de Oro, se nos presentan —con períodos de recuperación parcial— como una decadencia clara en todos los campos: poder e influencia internacional, originalidad y creatividad cultural, y capacidad económica. También cabe medir el retroceso contrastándolo con los avances de los países punteros, entre los que dejó de contar España.

Vale la pena observar que el mismo XVII encuadró fenómenos similares en otros países: Holanda vivió un rápido encumbramiento para hallarse a principios del XVIII en vísperas de un no menos rápido pase a segunda o tercera fila; a Suecia, que construyó un magno imperio, le ocurrió algo muy semejante; y el Sacro Imperio y los territorios protestantes alemanes y gran parte de la Europa oriental se hundieron en una depresión demoledora por la Guerra de los Treinta Años. En cambio resultó un gran siglo para Francia, la cual, pese a sufrir duras guerras civiles y disturbios, terminó suplantando a España como primera potencia continental; y lo fue también para Inglaterra, que padeció asimismo una cruenta guerra civil, pero sometió a sangre y fuego a Irlanda, consiguió la unión de Escocia, largo tiempo intentada por las armas, y echó las bases del que sería su inmenso imperio. Por lo que respecta a España, cabe señalar que, salvo momentos muy desgraciados, su descenso no bajó de un nivel aceptable en el conjunto de Europa, con un nivel cultural y económico mediocre, pero pocas veces desastroso.

Por otra parte, la decadencia española no sigue las mismas pautas ni los mismos tiempos en sus distintas manifestaciones, sean el arte, el pensamiento, la política, la milicia, la economía, la religión, etc. Así, el XVII trajo un progresivo descenso político y militar, pero en el campo literario y artístico la gran época continuó, incluso en ascenso, hasta bien entrado el siglo. Y en el plano económico y demográfico, la caída empezó a superarse en los últimos decenios, cuando la postración político-militar era mayor.

En 1643 los tercios españoles sufrieron la derrota de Rocroi frente a los franceses. No fue una gran batalla, y los vencedores tuvieron también un elevado número de bajas, pero supieron explotar propagandísticamente su triunfo como un hecho excepcional. Pues las tropas españolas rara vez habían sido vencidas durante un siglo y medio, un período quizá más largo que el de cualquier otro cuerpo militar europeo. Y después de Rocroi, los tercios cosecharon aún algunos laureles, por lo que sería más adecuado situar su declive en la batalla de Las Dunas o de Dunquerque, quince años después, frente a un ejército combinado anglofrancés numéricamente muy superior. En el terreno naval, un equivalente de Rocroi había sido la batalla también llamada de Las Dunas (1639), cerca de la costa inglesa de Kent, cuando una flota holandesa derrotó a otra española, finalizando el largo período de supremacía hispana en el Mediterráneo, el Atlántico y el Pacífico (el desastre de la *Gran Armada* de

Felipe II no le había puesto fin, como a veces se afirma).

La trascendencia de estos reveses no fue solo propagandística, sino directamente política, porque los tercios y las armadas habían sido el nervio de la hegemonía española. Así, al año de la batalla terrestre de Las Dunas, la exhausta España tuvo que firmar con Francia el Tratado de los Pirineos (1659), por el que perdía plazas en Flandes y, sobre todo, la Cataluña transpirenaica (Rosellón y parte de la Cerdaña), ocupada antes por tropas francesas en apoyo de la rebelión separatista de 1640, y donde el idioma francés fue impuesto sin contemplaciones sobre el catalán, excluido de toda actividad oficial o pública. Este tratado marcó un hito en el retroceso español.

Esta pérdida de poder tenía hitos anteriores. A principios de siglo, el país y sus enemigos se hallaban agotados después de largos enfrentamientos, lo que permitió a Felipe III conseguir sucesivamente paces y treguas con Francia, Inglaterra y Holanda. Aquella *Pax Hispanica*, más costosa en dinero que la guerra misma, parecía consolidar la preeminencia española en Europa occidental, pero sus críticos comprendieron que se trataba de un paso atrás y que la paz no duraría mucho.

Así, en 1618 una provocación protestante en Praga encendía una contienda, pequeña al principio, para convertirse en una de las más terribles de la historia europea: la *Guerra de los Treinta Años*, político-religiosa, librada fundamentalmente en Alemania y que marcaría el definitivo retroceso español. Complicada con pestes y hambrunas, se estima que Alemania y regiones aledañas perdieron un tercio y más de su población. Participaron tropas del Sacro Imperio, danesas, suecas (especialmente destructivas, junto con las francesas), españolas, inglesas, escocesas, polacas y holandesas. El ministro francés Richelieu procuró por un tiempo azuzar y financiar a los protestantes (a quienes masacraba en la propia Francia). Madrid debió intervenir por su afinidad con Viena en defensa del mundo católico, contribuyendo decisivamente a la victoria de la Montaña Blanca (1620), que pudo solucionar el conflicto, pero fue reavivado; más tarde, los tercios desbarataron a los suecos en Nordlingen (1634). Nuevamente la guerra pudo haber concluido en 1635, pero Richelieu maniobró para impedirlo y la lucha se recrudeció con intervención francesa más directa. España volvió a derrotar a los holandeses en Kallo (1638), pero estaba postrada por el esfuerzo. Francia también lo estaba, no obstante lo cual salió triunfante en la Paz de Westfalia (1648), desplazando a España como primera potencia europea. Ese año Madrid reconoció la independencia de Holanda, real desde 1609, después de muchas décadas de combates: fue solo una derrota parcial, ya que la mitad de los Países Bajos —Bélgica— permaneció afecta a España y al catolicismo.

Las hostilidades no cesaron, pues Francia cortó la comunicación española entre Italia y Flandes (el «Camino español»), y tras once años de pugna el mencionado Tratado de los Pirineos rubricó la victoria francesa. El declive de España se acentuó durante el reinado de Carlos II, sucesor de Felipe IV, hasta permitir a las otras potencias pensar en un reparto de sus posesiones. Algunos en Italia habían pintado a España como «un elefante con el ánimo de un pollito», dictamen prematuro, pues los

picotazos del «pollito» les hicieron verdadero daño. En todo caso, el retroceso fue real. Digamos como compensación que la hazaña intelectual del reinado de Carlos II fue la *Recopilación de las Leyes de Indias*, monumento legal cuyos criterios humanitarios y de justicia se adelantan, en varios aspectos, dos siglos a los desarrollados en Europa.

Momento crucial en los retrocesos fue la crisis de los años 40, en plena Guerra de los Treinta Años: entonces las tensiones disgregadoras alcanzaron su ápice, con movimientos secesionistas en Cataluña, Portugal y Andalucía. En la primera, un ejército de Richelieu invadió el Rosellón, siendo rechazado por el del valido de Felipe IV, Olivares. Ejército este mayoritariamente castellano, mientras la oligárquica Generalitat atizaba el descontento popular por las tropelías cometidas a veces por tropas mal pagadas. La agitación desembocó en la revuelta del *Corpus de sangre*, o *de los segadores*. La cual, favorecida al principio por la Generalidad, cobró inclinación antiseñorial muy poco apreciada por la oligarquía. Amenazada esta por los campesinos, el obispo de Urgel, Pau Clarís, recurrió a Francia, poniendo a Cataluña bajo su dependencia y nombrando Conde de Barcelona al rey francés Luis XIII, con lo que invertía varios siglos de historia. Eligió bien el momento, porque Felipe IV tenía sus tropas dispersas en varios frentes. Seguiría una larga lucha y los franceses fueron expulsados de la Cataluña peninsular, pero retuvieron la transpirenaica.

Para entender los hechos procede indicar que la oligarquía catalana mostraba una obcecada insolidaridad, habiéndose desentendido tanto de la recuperación de Fuenterrabía, en Guipúzcoa, atacada por Richelieu, como de la misma agresión francesa a Cataluña. Insolidaridad paralela a la opresión desmedida que ejercía sobre el campesinado catalán y que había provocado reiteradas sublevaciones populares. Efecto de su opresión fue el atraso y pobreza del Principado, así como la pérdida de la Cataluña transpirenaica a causa de la traición de Clarís; su triunfo completo habría llevado a la extinción cultural de Cataluña. Por lo demás, la conducta de las tropas francesas había disipado cualquier ilusión que al respecto se hubiera hecho alguna parte del pueblo, y en el Principado quedó un rescoldo de aversión a Francia que ya tenía larga tradición.

La dispersión militar de España y el éxito inicial de Pau Clarís animaron en Portugal al Duque de Braganza y su esposa, Luisa de Guzmán, de la casa Medina-Sidonia, a intentar lo mismo con ayuda de Francia e Inglaterra (a la cual regalarían, por su apoyo, Tánger y Bombay). El Duque se proclamó rey Juan IV. El Duque de Medina-Sidonia, en Andalucía, saboteó las instrucciones del gobierno de concentrar fuerzas contra el de Braganza, y la secesión portuguesa se consolidó. A su vez, Medina-Sidonia vio la oportunidad de imitar al otro duque y separar a Andalucía con apoyo francés, holandés y portugués; pero fue descubierto a tiempo junto con sus cómplices y la rebelión, que habría colocado a España en posición casi insostenible, se vino abajo.

Finalmente la secesión de Portugal devolvería la península a la situación anterior a Felipe II, lo cual indicaba probablemente que dicha separación tenía detrás demasiado tiempo para ser posible soldar una unidad real. Solo una política centralista dura, como la de Richelieu, habría podido lograrlo, pero ello contradecía las tradiciones de la Monarquía Hispánica. El conde-duque de Olivares había buscado una mayor contribución bélica y económica de Aragón y Portugal mediante la *Unión de Armas*, proyecto cuya realización habría exigido, nuevamente, una política tipo Richelieu para vencer las resistencias de las oligarquía lusa y aragonesa, en especial la catalana. Bastante lógica esta porque, con mal cálculo, se exigían a la poco poblada región tantos soldados como a Portugal o el mucho más populoso reino de Nápoles.

Los reflujos políticos y militares vinieron a la par con otros económicos y demográficos. Los historiadores discrepan, a veces en gruesas cifras, sobre la población al principio y al final del siglo. Lo más probable fue un estancamiento en torno a los 7,5-8 millones de habitantes. El marasmo se debió a las frecuentes pestes y malas cosechas que sufrió el país, como, por lo demás, el resto de Europa, y que quizá tuvieron relación con un enfriamiento climático general conocido como «pequeña edad de hielo». España pudo perder hasta 1,2 millones de personas por estas causas, que también hicieron estragos en América. Las guerras tuvieron un papel menor, probablemente inferior a las cien mil víctimas mortales, a pesar de su frecuencia, y deben contarse unos 300.000 moriscos, expulsados en 1609 por su permanente peligro como quinta columna de los turcos y de la piratería magrebí. Además, las urgencias del estado para afrontar los conflictos externos y una larga serie de malas cosechas engendraron una permanente inflación y dificultades económicas en Castilla, que soportaba el grueso de los gastos, aunque la periferia norteña mantuvo una situación bastante saneada. Hacia finales de la centuria la economía mejoró, la inflación fue controlada y la ausencia de nuevas pestes permitió un discreto aumento de población.

Los retrocesos políticos y militares no se dieron en el arte y la literatura, que en plena era barroca continuaron el esplendor de antes. Fue el siglo de Velázquez, Zurbarán, Gracián, Quevedo, Calderón de la Barca, Murillo y otras notables figuras; a caballo entre el XVI y el XVII vivieron y trabajaron pensadores como Francisco Suárez o artistas como Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Góngora, Mateo Alemán, *El Greco* y otros. No obstante, advierte Stanley Payne, «a partir de 1660 hasta la cultura estética comenzó a atrofiarse». Indicio también de un cambio de espíritu hacia el pesimismo, el desgarro y un moralismo simple fue la eclosión de literatura picaresca, fenómeno propiamente de este siglo, pues en el anterior *El lazarillo de Tormes* fue una excepción y no del todo acorde con algunos atributos del género.

A aquel sostenido impulso artístico no le acompañó el nacimiento del pensamiento científico y de los hallazgos técnicos que tenían lugar en varios otros países y estaban ampliando la visión del mundo. No surgió ningún hombre de ciencia

o pensamiento ni de lejos a la altura de Galileo, Kepler, Descartes, Leibniz, o Newton, y la Escuela de Salamanca perdió brillo paulatinamente. Esta carencia, de no remediarse, aseguraba a la larga un retraso cultural extensivo al terreno político y militar, cuyos éxitos, en tales circunstancias, resultarían efímeros. La religiosidad, tan viva antaño, se acartonó en devociones rituales, a menudo supersticiosas, mientras el número de clérigos crecía —hasta el 1,5% de la población, suele calcularse—, a causa probablemente de la pobreza que inducía a muchos a buscar una salida en el clero. Diversos observadores señalan cómo la extendida práctica de la caridad por parte de la Iglesia y de los nobles tenía el efecto indeseado de estimular la vagancia y truncar el espíritu de iniciativa. En las clases altas y en la sociedad en general aumentó la aversión a lo nuevo, a la experimentación y la investigación, acaso como defensa psicológica ante la conciencia del declive, unida al hechizo de las viejas glorias ya irrepetibles.

Quevedo y otros, bien conscientes de la decadencia, fustigaron la degradación de las costumbres, del valor militar y similares, pero no supieron encontrar la salida ni en el plano intelectual ni en el económico. Abundaban los «arbitristas», personajes que proponían arbitrios para mejorar la situación del reino y que fueron objeto de burlas, a menudo injustas porque las propuestas eran a veces ingeniosas y razonables. Ni había fácil arreglo, pues la fobia a las novedades, no hace falta insistir en ello, entrañaba un descenso de la calidad intelectual. Las causas de la decadencia se han discutido mucho desde entonces. Se la ha atribuido a la corrupción de la Corte (no se daba solo en España, ni mucho menos); a la dejación del poder monárquico en los validos (lo que indica que los reyes no serían mejores y acaso peores, que dichos validos); a la mala selección del personal de poder; a la repugnancia por los trabajos mecánicos, extendida desde la nobleza al resto de la población (la propia existencia de las ciudades, las flotas y la agricultura desmienten el tópico de que dicha repulsión estuviera tan extendida); al consumo desaforado y ostentoso de los magnates, junto con una enfermiza concepción del honor y un orgullo exagerado, que existieron sin duda, pero no eran exclusivos de España. Se ha señalado también un cambio de espíritu, desde el antiguo castellano sobrio, audaz, esforzado y cumplidor, a otro bullanguero, indolente, engreído y vanidoso, identificado con lo andaluz. Se trata solo de estereotipos regionales, aunque queda la realidad de una pérdida de las virtudes identificadas con la grandeza anterior.

Explicación muy socorrida es el agotamiento después de las extraordinarias tensiones ante los desafíos del siglo XVII, pero ello no explica por qué en el XVI unos desafíos no menores fueron mucho mejor afrontados. Tal vez los aciertos que han servido para triunfar en una situación crean una situación nueva, con nuevos retos ante los que las fórmulas anteriores pierden eficacia, siendo difícil encontrar otras. Desde luego, no cabe determinar una causa concreta de la decadencia española, pues coadyuvaron y se interrelacionaron muchas, pero sospecho que la principal fue la degradación cuantitativa y cualitativa de la enseñanza superior. En el siglo XVI,

España era, proporcionalmente a su población, el país europeo con mayor número de estudiantes universitarios y contaba con al menos dos universidades de prestigio, la de Alcalá y la de Salamanca. La importancia de la enseñanza superior en una sociedad compleja no puede ser en modo alguno subestimada, pues ella proporciona un número de personas con destrezas e iniciativa para cubrir los puestos principales de la administración y en otros campos, y repercute en la creatividad cultural a todos los niveles. En el XVII, España quedó rezagada con respecto a los primeros países de Europa, donde la especulación filosófica y científica alumbraba una nueva era. La enseñanza en España descendió notablemente, baste ver la evolución de la matrícula en Salamanca que en 1650 estaba en la mitad de 1550 y en continuo descenso, también en calidad. Por ello el retroceso hispano puede medirse, probablemente, por el de su enseñanza de modo más profundo que por los descalabros políticos y militares, las dificultades financieras o diversos vicios. Las demandas bélicas y políticas seguramente perjudicaron la economía y la administración (muy poco la demografía), pero las mismas no forzaban en modo alguno la degradación de la universidad y la enseñanza en general, con sus consecuencias al ofrecer menos personas realmente cultas y menos cualificadas para las exigencias de los tiempos.

Claro que habría que explicar la causa de esa desatención a los estudios. Tiene que ver, probablemente, con un cambio de espíritu, originado, más que por el tópico del agotamiento tras los esfuerzos pasados, por la dejadez y corrupción que siguen a menudo a los éxitos, por el abandono de una política de promoción de los más capaces y por la tendencia ya señalada a la esclerosis cultural. De este modo, unos y otros factores se retroalimentaban, colocando al país en una progresiva debilidad, corregida en el siglo XVIII solo de modo parcial, como vimos.

15

¿HUBO EN REALIDAD UN SIGLO DE ORO?

Se suele llamar *Siglo de Oro* a la época entre finales del siglo XV y mediados del XVII, es decir, algo más de un siglo y medio, suponiendo que en ella España alcanzó su apogeo como potencia política y cultural. No obstante, muchos críticos la presentan como una edad de pobreza, ignorancia y aversión al trabajo. En ello coinciden corrientes marxistas y *progresistas*. O difuminan la personalidad de España dentro de una «política internacional de los Habsburgos» o de «Europa» en general, que habría utilizado como instrumento a España, o más propiamente a Castilla. En mi opinión, estos enfoques solo pueden sostenerse exagerando a mansalva facetas negativas parciales para borrar la evidencia de conjunto o rebajarla al máximo. Parten, en general, de la Leyenda Negra, haz de prejuicios que trataré en otro capítulo. En rigor, todas las potencias importantes han tenido su leyenda negra más o menos justificada, pero en este caso ha sido singularmente agresiva y duradera, incluso mucho tiempo después de haber dejado el país de contar en el número de las grandes potencias.

Creo que la atención a diversos datos esenciales demuestra lo acertado de la expresión «siglo de oro» (usada también para definir los mejores tiempos de otros países). Una vez superada una gravísima crisis interna en el siglo XV bajo Enrique IV de Castilla, se reconstruyó la España visigoda excepto Portugal; culminó la Reconquista con la recuperación de Granada y pronto se reintegró Navarra a España; comenzó el descubrimiento de América y el Pacífico, seguido de la magna empresa de la conquista, colonización y evangelización; nacieron los ejércitos que permanecerían imbatidos durante un siglo y medio; la Iglesia fue reformada y las universidades cobraron impulso. Alguno de estos logros inauguró una nueva era en la historia humana, no solo española o europea, y cada uno de ellos bastaría para definir una época excelente desde un punto de vista nacional; pero juntos conforman un periodo en verdad formidable, en el cual el país se alzó a primera potencia europea, lo que significaba mundial en la práctica, pues creó el primer imperio transoceánico de la historia, sus flotas predominaron en los mayores océanos del mundo y por primera vez pusieron en comunicación los continentes habitados, estableciendo un comercio regular entre ellos. Simultáneamente se produjo la mayor y más original eclosión de cultura de la historia hispana, a la que me referiré aparte.

El camino de gran potencia fue jalonado por una sucesión de contiendas y batallas, la gran mayoría de ellas victoriosas para España: tras la reconquista de Granada vinieron las de Ceriñola, Seminara, Garellano, Bicoca, Pavía y otras en Italia, Mühlberg, San Quintín y otras posteriores en Francia, Gravelinas, Mons,

Gembloux, Mastrique, entre muchas menores o menos famosas, así como las que decidieron la conquista de América —Otumba y Cajamarca las más conocidas—, o las acciones que llevaron a la conquista de Filipinas; aparte de asedios y tomas de numerosas plazas fuertes, Milán, Amberes, Breda, Orán, varias más norteafricanas, etc.; tropas hispanas se distinguieron en la crucial defensa de Viena frente a los turcos, en 1529… En suma, no había precedentes en la historia de una acción militar tan extendida, desde Montenegro o Transilvania a Laos, desde Manila a Sajonia, pasando por Flandes y el Magreb, y desde California al canal de Magallanes. No faltaron derrotas o fracasos en ese tiempo, pero mucho menores en número y trascendencia.

Los artífices de tales hechos fueron sobre todo los tercios, el cuerpo militar más brillante de esa larga época y uno de los mejores de la historia. Los tercios reunían en grado sumo los rasgos de acometividad, destreza técnica, flexibilidad e iniciativa, aun si su disciplina se resentía a veces ante los largos retrasos de las pagas. Los retrasos no solo llegaban a reducir a las tropas a una precariedad extrema, sino que constituían una ofensa a su autoestima, pues la soldada los definía como hombres de honor y no como bandoleros. Aunque España operó en Europa de acuerdo con el Sacro Imperio y por tanto las tropas movilizadas incluían además, y en mayor número, italianos, alemanes o valones, a los tercios hispanos se les consideraba el nervio y punta de lanza de los ejércitos. Se les comparaba a las legiones romanas o a las falanges macedónicas.

El escritor y militar francés Brantôme exponía una impresión sin duda más extendida: «Son ellos quienes en los últimos cien o ciento veinte años han conquistado, por su valor y virtud, las Indias Occidentales y las Orientales, que forman todo un mundo […] nos han combatido, batido y rebatido en el reino de Nápoles […] y otro tanto han hecho en Milán y, no contentos, pasaron a Flandes y vinieron a Francia, donde nos han tomado ciudades y ganado batallas. Han triunfado sobre los alemanes en la guerra de Alemania, cosa no oída ni vista ni realizada desde el gran Julio César u otros emperadores romanos. Y han cruzado el mar y caído sobre África y tomado su principal ciudad y fortaleza, Túnez y La Goleta, el reino de Orán y las ciudades de África y Trípoli. Son ellos quienes, con unos puñados de tropas instaladas en ciudadelas, roques y castillos, mantienen bajo rienda a los potentados de Italia y a los estados de Flandes, Morea y otros países infieles[…]. Y lo más notable de estas hazañas es que no las han llevado a cabo grandes masas de hombres, sino tropas reducidas; porque nunca se han hallado diez mil españoles juntos en una ocasión, de los cuales nunca quedaron tendidos más de tres mil, por grande que fuese la carnicería en algunas batallas infortunadas. […] Y ante ellos llegó a humillarse el mismo emperador Carlos cuando, al ir a terminar sus días en España, agradeció a Dios la gracia de volver a ver este país, que había amado por encima de los demás, atribuyendo a la nación española, después de a Dios, todas sus victorias y triunfos». Exagere o no Brantôme, muy patriota francés, bastante de todo ello hubo en la

realidad.

Algo parejo ocurrió en el mar, con éxitos como el rechazo a los turcos en Malta o la batalla de Lepanto, la de la isla Tercera contra una flota francoinglesa, Blaye, etc. Sin embargo, al revés que en tierra, España también sufrió graves desastres navales, destacando el de Argel en 1541 y el de la *Invencible* en 1588 causados ambos por los malos vientos y tormentas. Hasta Lepanto, los turcos preponderaron en el Mediterráneo e infligieron muy dolorosos golpes a los estados cristianos. Por lo que hace al fracaso de la *Invencible*, no fue decisivo, como suele suponerse, y España conservó por medio siglo más su hegemonía en el Atlántico y el Pacífico. Fueron menores y de resultado alternativo los combates en ambos océanos con ingleses, franceses y holandeses. Estos, en rigor, apenas pasaban de acciones piráticas, mientras las flotas hispanas descubrían y ayudaban a colonizar inmensos territorios antes desconocidos en Europa.

Nada de ello habría sucedido sin la promoción de extraordinarios jefes militares y marinos. Baste citar al Gran Capitán, considerado a menudo el mejor estratega hasta Napoleón, los duques de Alba, Juan de Austria, Álvaro de Bazán, Luis de Requeséns, Hernán Cortés, Francisco Pizarro, García de Toledo, Fernando de Austria, Núñez de Balboa, Valdivia, Magallanes y Elcano y tantos descubridores y conquistadores más, el marqués de Pescara, Ambrosio Spínola, Alejandro Farnesio, numerosos jefes de los tercios como Antonio Leiva, Álvaro de Sande, el conde de Fuentes, etc. Magallanes era portugués y Pescara, Spínola y Farnesio de origen italiano (era común en las monarquías servirse de especialistas extranjeros, en especial italianos), pero los tres últimos podían considerarse españoles, tanto por su formación como porque servían a España y a menudo ellos se consideraban así. De Cristóbal Colón, descubridor de un nuevo mundo, se sigue ignorando su cuna, y toda su actividad de relevancia histórica la realizó en España y a su servicio.

La larga serie de combates puede dejar la impresión de una España excepcionalmente agresiva, y a menudo se la presenta así, pero la impresión se ajusta mal a la realidad en lo que respecta a Europa y el Mediterráneo (el caso de América lo trataré luego). La mayoría de los ataques partieron del exterior. En primer lugar de Constantinopla, capital del Imperio turco u otomano, el enemigo más peligroso durante la mayor parte del siglo XVI, deseoso de resucitar Al Ándalus sobre la ruina de España. En segundo lugar de Francia, el más tenaz y peligroso adversario tras de los turcos, y persistente después de que estos cesaron en sus ofensivas: los reyes franceses aspiraban a dominar Italia —chocando con los intereses de la corona de Aragón recogidos por los Reyes Católicos— y Flandes. Luego la pugna se complicó con la aparición del protestantismo, un movimiento en extremo expansivo y resuelto a aniquilar el catolicismo, es decir, lo que había sido el cristianismo hasta entonces. Añádase la piratería inglesa, holandesa y francesa, y muy especialmente la berberisca y turca, la más dañina, que saqueaba las costas mediterráneas y llegaba a Galicia, causando una sangría permanente de muertes y captura y tráfico de cautivos.

Un error común al estudiar el siglo XVI hace de las luchas con los protestantes e Inglaterra el centro de las contiendas. Pero la cuestión protestante e inglesa no ocupó a España hasta después de la mitad del siglo. El enemigo más temible, amenaza a la supervivencia de España e Italia, fue Constantinopla, en tiempos de Solimán el Magnífico y sucesores. Y en este sentido deben valorarse más de lo que habitualmente se hace las colaboraciones de Francia y los protestantes con los otomanos, buscando conjuntarse para aplastar entre todos el poder español (la derrota turca en Lepanto fue muy lamentada en París, en Londres y en Holanda).

Según una abultada corriente interpretativa, los intereses de España debieran haberse concentrado en el norte de África, pero ese curso *natural* de acción habría sido contrariado y desviado por los intereses dinásticos de los Austrias o Habsburgos, que gobernaron después de los Reyes Católicos. La dinastía habría aliado al país con el Sacro Imperio Romano Germánico (lo llamaré «Sacro Imperio», en general, para evitar la confusión que a veces se introduce al hablar de «Imperio» o «imperiales» a secas), y esa alianza *nefasta* habría arrastrado a España a estériles contiendas con los protestantes en el centro de Europa. Esa crítica olvida el carácter expansivo del protestantismo y el de Francia, propensos a conjuntarse con el turco. Convertida en gran potencia, España debió arrostrar inevitablemente el triple peligro otomano, francés y protestante, en defensa no solo de la dinastía Habsburgo sino también del catolicismo y de su propia supervivencia. El interés común articuló un Eje Madrid-Viena, en el que Madrid constituía el elemento clave, pues el Sacro Imperio, conglomerado de poderes difíciles de concordar, era poco funcional.

Debe atenderse, igualmente, a la fuerza de los enemigos de España. El Imperio turco era una superpotencia de inmensos recursos y población cuádruple de la española, con fama de estar bien administrado y en trance de ensanchamiento casi explosivo. En pocos decenios sometió las tierras desde el mar Caspio y el Golfo Pérsico hasta Argelia y el Adriático, y prevaleció en el Mediterráneo, gravitando directamente sobre Italia y España. Otra de sus vías expansivas se dirigía a Viena, cuya caída habría supuesto una catástrofe al abrir a los turcos el camino hacia el centro de Europa.

Francia era a su vez más rica —por las lluvias y el suelo, en una era de economía predominantemente agraria—, con población más que doble de la española, aunque con una organización interna menos eficaz y centralizada de lo que a menudo se supone. La monarquía francesa, resuelta a quebrar el eje Madrid-Viena, constituía el enemigo europeo más temible y empeñado. Explotó problemas internos en la península para intentar invasiones —como con motivo de las revueltas comuneras o, más tarde, la de Cataluña—, fomentó la agitación entre los moriscos de Granada y Levante y no vaciló en aliarse con Constantinopla. Luego, el último tercio del XVI, las cruentas guerras civiles entre católicos y protestantes frenaron su agresividad exterior.

En cuanto a la lucha antiprotestante, se la ha enjuiciado frecuentemente como causada por el fanatismo católico mezclado con el interés particular de los

Habsburgo. Pero es preciso atender a la significación del ímpetu luterano y calvinista. Durante siglos, España había combatido en primera línea contra el Islam y seguía haciéndolo contra la agobiante presión otomana, por lo que solo podía entender como una puñalada por la espalda la aparición de doctrinas que debilitaban a la Cristiandad y encendían guerras civiles por media Europa. Lutero, ante las acusaciones de belicismo que le dirigían humanistas como Erasmo de Rotterdam, se había jactado: «Esos tumultos y facciones infestan el mundo de acuerdo con el plan y la obra de Dios, y temes que el cielo se venga abajo; yo, a Dios gracias, entiendo las cosas de otra manera, porque preveo desórdenes aún mayores, comparados con los cuales los de ahora semejan el susurro de una leve brisa». Lutero consideraba al Vaticano *la prostituta de Babilonia, la Sodoma romana*, a la que había que «atacar con las armas y lavarnos las manos en su sangre». Le habían respaldado príncipes alemanes que veían en sus doctrinas la justificación para apoderarse de los bienes de la Iglesia y de los de sus súbditos católicos recalcitrantes. Una sublevación de campesinos, muchos de ellos proluteranos, fue masacrada sin piedad bajo la consigna de Lutero de «aniquilarlos, estrangularlos, apuñalarlos en secreto o públicamente como se mata a perros rabiosos», por no aceptar el muy pesado yugo de los señores. Se abrió así una grieta en la retaguardia de la Cristiandad, trayendo a Madrid una nueva y fatigante inquietud.

Aunque se ha denominado «Reforma» al movimiento protestante, le conviene más la palabra *revolución*, ya que trastocaba las doctrinas cristianas aceptadas desde siglos atrás. Negaba el libre arbitrio, el valor de las obras humanas, y predicaba la libre interpretación de la Biblia. Como todas las acciones humanas estarían determinadas por Dios, con la primera negación se negaba la libertad o se le quitaba sentido. La salvación radicaría en la fe en Dios exclusivamente, pues las obras humanas, buenas o malas, contaminadas por el pecado original, carecían de valor ante los eternos designios divinos, y de ahí la exhortación de Lutero: «Peca, y peca fuertemente, pero confíate a Cristo. Basta con reconocer al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, y de Él no nos apartará el pecado, aun si fornicamos y asesinamos miles de veces en un solo día». Los designios de Dios podían conocerse, al menos en parte, por el estudio de Su palabra, es decir, de la Biblia, pero cada cual podía interpretarla a su modo, lo que introducía un subjetivismo y arbitrariedad que el mismo Lutero lamentaría, dando lugar a numerosas ramas protestantes, apenas unidas más que por la hostilidad a Roma.

Estas doctrinas, ligadas a las apetencias materiales de los potentados y a sentimientos pro nacionales (en Alemania, Holanda, Inglaterra o Escandinavia), adquirirían un ímpetu casi incontenible. Tras los primeros choques en Alemania, los católicos aceptaron los hechos consumados en pro de la paz, bajo el principio *cuius regio eius religio*, según el cual la religión del príncipe decidía la de sus súbditos; rompiendo, de paso, la tradición europea que separaba lo espiritual de lo político. De ahí el empeño protestante por ganar el poder de un modo u otro para, desde él,

convertir a sus súbditos, lo que multiplicó los trastornos. Viena y Madrid contemplaban la propagación del protestantismo y de su rama calvinista por el norte y centro de Europa como una plaga para el mundo católico, máxime cuando los protestantes, como la monarquía francesa, buscaron el pacto con los turcos.

Frente a enemigos de tal calibre, España no era un país de los más ricos ni de los más poblados de Europa, y a pesar de la energía que derrochó, no habría resistido la pugna, al menos durante tanto tiempo, de no encontrar aliados. El más inmediato fue el Sacro Imperio, pero también buscó y obtuvo durante un tiempo la colaboración de Inglaterra, de los pequeños estados italianos, a veces renuentes, y la influencia espiritual y material del Papado. Ocasionalmente jugó también con las divisiones entre protestantes para atraerse a unos contra otros. En fin de cuentas, España —con sus aliados— no logró aplastar o vencer definitivamente a sus adversarios (ni estos a España), pero sí los contuvo y marcó límites a su expansión arrolladora, salvaguardando la Cristiandad católica y su propia existencia nacional, al tiempo que descubría, conquistaba y colonizaba inmensos territorios por medio mundo. No fue mal resultado.

La interminable lucha internacional pasó por varios períodos, identificables aproximadamente con los reinados de los Reyes Católicos, Carlos I, Felipe II y Felipe III, todos ellos de auge hispano, mientras que Felipe IV personifica ya los repliegues hasta los tratados de Westfalia y de los Pirineos, ya comentados.

Tras la recuperación de Granada en 1492, el país se veía impulsado a proseguir el combate por el Magreb, de donde habían partido las expediciones moras que casi habían impuesto Al Ándalus, y desde donde los berberiscos hostigaba sin tregua la península. Se recordaba la pertenencia de algunos territorios norteafricanos a la corona visigótica, e Isabel la Católica recomendará las conquistas por África. Se tomaron entonces plazas como Orán y otros puntos costeros, pero entre tanto intervinieron dos nuevos factores que iban a cortar aquella vía: la rivalidad con Francia y el auge otomano, que pronto alcanzó al Mediterráneo occidental. Francia había tenido un largo conflicto con Aragón en Italia, y a finales del siglo XV un ejército francés ocupó Nápoles, que con Sicilia abarcaba más del tercio sur del país. Siguió una guerra con España, ganada por esta bajo Fernando el Católico. La rivalidad empeoró por Navarra, reino tutelado por Francia y recuperado por España en una fácil campaña de Fernando el Católico en 1512. Los franceses intentaron su reconquista varias veces, en balde, sobre todo aprovechando la revuelta de los comuneros en 1521.

Con Carlos I (y V del Sacro Imperio), Francisco I de Francia dio una nueva dimensión al conflicto italiano. Emprendió en 1515 una ofensiva sobre Milán, alterando el equilibrio de aquella península, por lo que intervino a Carlos, quedando la ciudad sólidamente bajo poder español después de la batalla de Pavía (1525). Francisco realizó nuevas campañas por Nápoles y Milán, todas derrotadas, hasta el arreglo de la paz de Crépy, en 1544. Francisco murió solo dos años y medio después,

sin tiempo para nuevas acometidas, pero el problema francés permaneció.

Simultáneamente, Solimán avanzaba hacia Viena, donde fue rechazado, y poco después pasaba del Mediterráneo oriental al occidental, presionando directamente sobre España. Sus galeras, mandadas por un marino de genio, Jairedín *Barbarroja*, saqueaban habitualmente las costas españolas e italianas, arrasaban poblaciones y destruían barcos cristianos, pese a éxitos importantes hispanos como la toma, en 1535, de Túnez y La Goleta, posiciones importantes para la defensa de Italia y el oeste mediterráneo; pero a los tres años los turcos desbarataban en Preveza una gran armada de la Liga Santa hispano-genovesa-veneciana-papal. Esta victoria les ganó la supremacía —siempre combatida— en todo el mar. Tres años después de Preveza, Carlos I trató de conquistar Argel para debilitar el poder turco-berberisco en el oeste mediterráneo, pero las tormentas destrozaron la flota hispano-genovesa, acentuando su precariedad. Además, los turcos recibieron el refuerzo de Francisco I, que ofreció a Barbarroja bases en el sur de Francia, y juntos llegaron a planear una ofensiva en gran escala a Italia desde direcciones opuestas, parada en el último momento.

Entre Francisco I y Carlos V (I de España) mediaba tanto el resentimiento del primero por haber perdido ante el segundo la corona de emperador del Sacro Imperio, como la aspiración francesa a dominar Italia y Flandes. Al hacerse Carlos emperador además de rey de España, Francisco lo acusó de querer rodear y asfixiar a Francia, y trató de lanzar contra él, desde la periferia, a los polacos (en vano) y a los turcos (con bastante más éxito), al paso que atizaba o explotaba cualquier disturbio interno en España, como el de los comuneros, la cuestión navarra o la inquietud morisca, y apoyaba a los protestantes en Alemania. No tuvo éxito, pero instauró un poder mucho más próximo al absolutismo que el español o el imperial, y pudo volver a la lucha una y otra vez al disponer de un reino muy rico y poblado. Su acusación a Carlos de querer asfixiar sus dominios es difícil de sostener ante el hecho de que Carlos no aprovechó sus victorias para intentar rematar a Francia, ni aun después de la batalla de Pavía, cuando el ejército francés quedó aniquilado y el propio Francisco prisionero y trasladado a Madrid. A su turno, Carlos culpaba a Francisco de desestabilizar la Cristiandad, de falta de escrúpulos y de traición por su alianza con los turcos. Carlos entendía la defensa del catolicismo y del *statu quo* como parte esencial de su programa. En Francisco pesaba más el interés de su poder personal y de su monarquía.

Por tanto, y contra lo supuesto por muchos tratadistas, la sucesión de los Reyes Católicos por los Austrias o Habsburgos no entrañó un cambio radical de política exterior para España: la colisión con Francia y Constantinopla era inevitable, y la progresión por el Magreb tuvo que limitarse a una serie de plazas que frenasen las incursiones de turcos y berberiscos. Un rey hispano desvinculado del Sacro Imperio habría actuado de forma similar, y buscado una alianza natural con Viena.

El protestantismo se añadió pronto, al convertirse en un gravísimo problema en Alemania. Carlos debió emplear sus fuerzas disponibles, entre ellas las españolas,

decisivas en la batalla de Mühlberg (1547) contra la luterana Liga de Esmalcalda. El conflicto pareció resuelto, pero el protestantismo siguió creciendo y causando tumultos por el norte de Europa. Para España no era, directamente, una carga seria, más allá de la indignación propia de quien combatía en primera línea ante los alborotos debilitadores en la retaguardia. La cuestión alcanzaría más directamente a Madrid cuando el protestantismo calvinista alcanzara Flandes y Francia, ya en tiempos de Felipe II.

Cuando abdicó Carlos, en 1556, no había logrado mantener unida a la Cristiandad; en el Mediterráneo había llevado las de perder; y el Sacro Imperio, siempre débil internamente, estaba en crisis. En compensación, Francia había sido relativamente aplacada, y la infiltración calvinista en ella provocaría pronto una serie de guerras civiles que, si de un lado disminuían su agresividad, del otro amenazaban a la península. Así, en suma, la gestión de Carlos I no fue un gran éxito ni tampoco un fracaso, aunque tuvo más de lo primero para España, que emergía como primera potencia europea. Al abdicar en Felipe II, Carlos dividió sus territorios entre el Sacro Imperio y España, quedando Felipe como rey de esta, con dominio sobre Nápoles, Milán y Flandes, aparte de las posesiones de América. No obstante, la alianza entre Madrid y Viena siguió siendo una necesidad estratégica indispensable.

Para Felipe II, los retos mayores continuaban siendo París y, más aún, Constantinopla. El francés Enrique II mantuvo su alianza con el sultán otomano y emprendió nuevos ataques a la Italia española, que dieron lugar a una contraofensiva desde Flandes y a la aplastante derrota de Enrique en San Quintín, en 1557. Esta, como la de Pavía treinta y dos años antes, abría el camino a una invasión general de Francia, pero Felipe II, igual que había hecho Carlos I, despreció la ocasión. Con todo, una consecuencia fue la paz de Cateau-Cambrésis, que ratificaba la hegemonía hispana en Italia y en Europa occidental. Enrique, por su parte, intentó frenar a los protestantes (hugonotes), que se implantaban en sectores de la nobleza. No lo consiguió, y ese fallo traería vastas consecuencias para la Europa occidental.

Por su parte, la amenaza turca no cesaba de agravarse. Pues si el Imperio otomano, ya extendido hasta Argelia, lograba asentarse al otro lado del estrecho de Gibraltar, quedaría asegurada la base para una invasión de la península.

Armadas hispano-genovesas habían obtenido victorias parciales, pero los turcos volvieron a triunfar en Los Gelves (isla de Yerba) en 1560, y cinco años después asaltaban Malta, crucial posición estratégica entre el Mediterráneo oriental y el occidental. En esta ocasión fueron rechazados, lo que marcó cierto cambio esperanzador para Felipe. No obstante, en 1568 la rebelión de los moriscos de Granada, auxiliada por los otomanos y en menor medida por Francia y los protestantes, mostró al desnudo la mortal vulnerabilidad de la península. Frenar a la flota otomana se convirtió en una prioridad absoluta. El Papa convocó una nueva Liga Santa con Felipe II y las ciudades italianas, y por fin se borró la derrota de Preveza con una aplastante victoria cristiana en Lepanto en 1571. La Liga fue

boicoteada por Francia y los embajadores protestantes en Constantinopla animaron al sultán a no desanimarse y volver a la carga. La derrota no pareció afectar demasiado a la potencia turca, que solo tres años después era capaz de tomar La Goleta y avanzar sobre Marruecos. Sin embargo, Lepanto había marcado realmente el fin de una época: no solo habían perdido los turcos una enorme escuadra, sino a los marinos y marineros más diestros, algo difícil de reponer; La Goleta les costó un excesivo precio en sangre; y su designio sobre Marruecos naufragó ante un poder musulmán antiotomano. España e Italia quedaron a salvo, las operaciones bélicas fueron debilitándose y se estableció una tregua, prolongada indefinidamente. Bien entendido que la tregua no evitaba una costosa vigilancia y ataques menores.

Con San Quintín y Lepanto, Felipe II había neutralizado en gran medida a sus dos enemigos mayores, pero en 1568 se levantaba un nuevo frente en Flandes. El Duque de Alba sometió enseguida la rebeldía de algunos nobles de la región y aplicó una represión tenida comúnmente por brutal, pero que no difería de las practicadas por los demás monarcas en casos de traición. Y en 1580, el mismo Duque de Alba daba a su rey otro éxito no por fácil menos trascendental: la corona portuguesa. Parecía recuperarse la unidad peninsular del reino hispanogodo, concluyendo un objetivo de la Reconquista perseguido tenazmente por los Reyes Católicos. Con esta serie de impresionantes victorias alcanzaba España su apogeo histórico. Claro que la unión peninsular no iba a durar demasiado, aunque ello nadie podía preverlo entonces, como tampoco que el problema de Flandes se complicara por la irrupción de los calvinistas, convirtiéndose en una guerra de religión como las que plagaban a Francia, alimentada por esta y por Inglaterra. Así se abrió una úlcera que durante ochenta años iba a consumir sangre y caudales, y provocar crisis financieras a los dos bandos.

Por un tiempo, Londres había sido aliado de Madrid contra Francia, incluso después de que Enrique VIII se nombrase cabeza de la Iglesia de Inglaterra y rompiese con Roma en 1535. La ruptura pudo causar una guerra religiosa en Inglaterra, pero Enrique la impidió mediante una mortífera represión y repartiendo entre los nobles los bienes eclesiásticos. Al subir al trono Isabel I, en 1559, las rebeliones católicas fueron aplastadas y la política inglesa varió poco a poco desde la cooperación con Felipe II contra Francia, al entendimiento con los calvinistas escoceses y franceses (hugonotes), al negocio de la piratería y a la ayuda subrepticia a los rebeldes de Flandes, a fin de mantener abierta la llaga. Felipe II postergó cuanto pudo el choque, por evitar un nuevo frente, hasta que resolvió cortar por lo sano mediante la invasión de Inglaterra. A tal fin aprestó la Gran Armada, en 1588, la cual, como es sabido, fracasó debido al «viento de Dios», como lo llamaron los protestantes. Fue un duro golpe al prestigio español, celebrado eufóricamente por todos sus enemigos, pero no varió sustancialmente la relación de fuerzas. Al año siguiente una formidable *Contraarmada* inglesa sufrió un desastre aún mayor al atacar Galicia, Portugal y las Azores, dejando exhaustas las arcas de Isabel I,

mientras que la flota española se recomponía y el dominio del Atlántico continuaría aún largos años en manos hispanas.

La lucha en Flandes estuvo a veces cerca de resolverse, pero los calvinistas, con apoyo alemán, inglés y francés, se recobraban de todos sus reveses. Y Francia, sumida desde 1562 hasta el final del siglo en guerras civiles de religión, aumentaba la preocupación para Madrid, pues si la Francia católica había sido una adversaria tenaz, gobernada por los calvinistas lo habría sido mucho más implacablemente, con el riesgo añadido de infiltración protestante y guerras del mismo tipo en la propia España. La minoría hugonote intentó reiteradamente tomar el poder mediante golpes para hacerse con la familia real, a fin de implantar su religión según el principio *cuius regio eius religio*, al modo de los príncipes alemanes o de Enrique VIII e Isabel I de Inglaterra. Se sucedieron las matanzas mutuas y, pese a que los católicos prevalecieron, los hugonotes formaron un estado dentro del estado, con territorios y plazas fuertes. Por ello Felipe II se afanó en auxiliar al bando católico, al punto de desviar sus ejércitos de Flandes en momentos de esperanzas de triunfo decisivo, para impedir que en Francia ganara la partida el aspirante al trono Enrique IV de Borbón, protestante. Las tropas españolas ocuparon París, pero gracias a aquel desvío los calvinistas holandeses se rehicieron una vez más. Cuando Enrique IV se convirtió al catolicismo para conseguir el cetro, el peligro protestante pareció superado, pero persistiría la agresividad gala.

Así como Carlos I sostenía lo que podríamos llamar un ideal católico y europeísta *avant la lettre*, donde España jugaba un papel principal, pero no único, Felipe II representaba unos intereses exclusivamente nacionales, además de católicos. Debiendo batir a enemigos enconados y potentes, incurrió en gastos excesivos que le llevaron a varias suspensiones de pagos (bancarrotas). ¿Habría podido desentenderse del avance protestante al norte de los Pirineos? Suena en extremo improbable. Abandonar Flandes, parte de sus posesiones, habría significado una quiebra moral y política, habría causado la irrisión de sus adversarios, cuya hostilidad se habría visto muy estimulada. Y aun si Flandes no hubiera formado parte de la monarquía, la progresión calvinista por Francia habría afectado directa e inevitablemente a España, como lo hizo.

Es natural que aquel denodado empeño despertase cansancio y resistencia de los castellanos, que pechaban con la mayor parte de los impuestos, y se citan a menudo las frases de un procurador en Cortes sugiriendo que si los herejes querían condenarse que se les dejara. Pero los *herejes* poseían una perseverancia y dinamismo inagotables, y después de Flandes y Francia vendría España. Felipe II, en suma, debió combatir fuera para no tener que hacerlo dentro. El coste fue elevado, pero la retirada habría sido desastrosa. Al final, Francia permaneció católica y en Flandes solo consiguieron sus objetivos los calvinistas en la parte norte (Holanda); con todo lo cual se salvó España de guerras internas como las que habían devastado los países transpirenaicos.

Felipe II legó a su hijo Felipe III una España completa (los portugueses también se consideraban españoles por entonces), el mayor imperio de la época, extendido por América y el Pacífico, y el fruto de una sucesión de empresas en su mayor parte fructíferas. Felipe III iba a demostrar mucha menos talla de estadista que su padre, pero durante su reinado el país conservó su posición. Trató de acabar con aquellas contiendas agotadoras aprovechando que sus enemigos también estaban exhaustos y explotando la reputación del poderío español. En 1598 terminaban las guerras religiosas en Francia y el tratado de Vervins rendía un acuerdo bastante equitativo, sobre la base del de Cateau-Cambrésis. En 1604 Inglaterra pidió la paz, renunciando a la piratería (corso) y a sostener a los calvinistas holandeses, permitiendo a los barcos españoles recalar en puertos ingleses para perseguir a los rebeldes. Y en 1609 la Tregua de los Doce Años reconocía a los calvinistas holandeses de hecho, ya que no de derecho. Estos acuerdos definieron la *Pax Hispanica* que debía asentar en Europa occidental una situación estable con hegemonía española, si bien con algunos retrocesos significativos de esta. La idea de una paz estable era, desde luego, un espejismo y Madrid no creyó mucho en ella, considerándola más bien una tregua. En 1618 estalló la fatídica Guerra de los Treinta Años, en cuya primera fase participó Felipe III cooperando a la victoria católica de La Montaña Blanca, en 1620, que pudo haber terminado la lucha, de no ser por la intromisión danesa y francesa. Y al cumplirse la tregua con Holanda, en 1621, volvió la guerra a aquella región, con golpes y contragolpes hasta estabilizarse en 1648 en un medio éxito medio fracaso para las dos partes, no consiguiendo ninguna más que la mitad de sus objetivos.

Sería con Felipe IV cuando, después de muchas alternativas político-militares, comenzase la decadencia, muy en relación con la citada Guerra de los Treinta Años, según vimos en el capítulo anterior.

* * *

¿Cómo era aquella España capaz de contender durante tanto tiempo con potencias materialmente tan superiores y de frenar su expansionismo? Ha hecho fortuna la visión de un país, en particular Castilla, fanático, hambriento y harapiento debido a las exacciones del estado, a una aversión generalizada al trabajo y a la expulsión de los más hábiles y trabajadores (judíos y moriscos). Imagen condensada en la mencionada descripción de Azaña de un imperio de «mendigos y frailes, aliñado con miseria y superstición». Han compartido esa imagen cientos de políticos, intelectuales e historiadores, españoles o extranjeros. Julián Marías observaba cómo el empeño en exagerar los lados más negativos de la España de entonces imposibilitaría explicar sus extraordinarios logros. Menéndez Pelayo llamó «gárrulos sofistas» a los sostenedores de tales teorías, pero lo impresionante es que lograran moldear una imagen bastante popularizada, por mucho y muy crudamente que colisione con la evidencia o el sentido común, y caiga dentro de las lindes de la

sandez.

Obviamente, un país así no habría soportado ni una década el choque con el exterior, ni habría construido el primer imperio transoceánico de la historia ni habría conocido la floración cultural de que efectivamente disfrutó. Basta contemplar las bellas y complejas ciudades de entonces o las construidas en América, para percibir la realidad: aquellas ciudades, obras de arte, universidades, obras públicas, cultivos, ganadería, no eran obra de judíos o moriscos, sino de los «cristianos viejos». Como lo eran las flotas que surcaban los océanos mandadas por expertos pilotos y capitanes. Ciertamente, el país distaba de ser el más rico y poblado de Europa, por lo que debió soportar una presión económica a la larga abrumadora, pero resistió y durante largo tiempo prosperó. Contra otra idea común, no fueron tanto el oro y la plata de América, sino los impuestos hispanos, ante todo los de Castilla, los que sufragaron aquellas colosales empresas. Y es imposible extraer muchos impuestos, y durante tanto tiempo, de una población sumida en el hambre y la desnudez. Tampoco podría haber aumentado la población en esas condiciones, y sin embargo lo hizo notablemente, creciendo a lo largo del siglo desde 5-6 millones a 7-8, según cálculos. Otro dato interesante es que, por primera vez en la historia, el centro de la península, la Castilla propiamente dicha, además de Sevilla, pasó a ser la parte más poblada y próspera. Desde antes de Roma lo había sido el valle del Guadalquivir, y en el siglo XVIII pasaría a serlo la periferia mediterránea y atlántica, según hemos visto.

Los ingresos de la monarquía oscilaron con el tiempo, pero suele calcularse que procedían en un 50% de la corona de Castilla frente a un 12-20% de América, dependiendo de los años. Aragón contribuiría con en torno al 7% y algo más Flandes, Italia y Portugal por separado. La diferencia entre Castilla y Aragón se ha atribuido a la resistencia del segundo a aflojar la bolsa ante las necesidades del estado. Pero, sin ser esto falso, tampoco los menores impuestos favorecieron su prosperidad, y la diferencia tributaria con Castilla resulta menos escandalosa si tenemos en cuenta la población y la riqueza respectivas. En Castilla vivían hacia finales de siglo casi seis veces más personas que en Aragón: más de 6 millones contra 1,2 (y otro millón en Portugal). La corona de Aragón comprendía Aragón propiamente dicho, Cataluña, Valencia y Baleares, pero solo las dos últimas tenían buena densidad demográfica. Aragón estaba casi despoblado y Cataluña al mismo bajo nivel que Extremadura o Navarra. Debido a la piratería musulmana y al cambio de las rutas comerciales, la zona mediterránea se había empobrecido, soportando además Cataluña la plaga de un bandolerismo endémico, subproducto de una violenta opresión señorial. Así, en cualquier caso la corona de Aragón no podía contribuir mucho. Los impuestos de cada región se empleaban mayoritariamente en ella, por lo que los gastos defensivos comunes recaían casi exclusivamente sobre Castilla.

Era natural que las necesidades de la monarquía, inevitables descontando los gastos suntuarios y corrupción siempre existentes, terminaran por tambalear a Castilla, máxime con la compañía recurrente de epidemias y malas cosechas; pero la

capacidad del país para satisfacer tales necesidades indica una potencia económica superior a la que el tópico le ha supuesto. Aun así, está claro que la hegemonía hispana no puede explicarse por razones económicas ni demográficas, al ser superada netamente en ambas por otras potencias. Acaso la razón de fondo se encuentre en tres factores impulsados por los Reyes Católicos: la reforma religiosa, que dio mayor vitalidad a la Iglesia, le evitó el descrédito tan bien explotado por los protestantes, y caracterizó la expansión hispana, pues ningún otro país dedicó tanto esfuerzo a la evangelización por América y Asia; la promoción de personas de valía, más allá de la simple alcurnia nobiliaria (lo cual explica la plétora de figuras de primer orden en todos los campos); y la atención a la enseñanza, en especial la superior, cuya importancia ha solido ser subestimada.

Tiene interés, asimismo, la organización del país y de su imperio, que —nuevamente— ha abonado lucubraciones sobre la inexistencia de España como nación, atendiendo a los distintos fueros y leyes de cada reino y a la ausencia del título «rey de España» entre los usados por los monarcas. Habría que hablar entonces solo de Castilla en una monarquía laxa que gobernaba por igual sobre ella, sobre Aragón, Portugal durante un tiempo, Flandes, Nápoles y Milán, aparte de los territorios americanos, sin más cohesión que la persona del rey y una institución tan negativa como la Inquisición en varios miembros de la monarquía. Tales objeciones tienen escaso valor. Con unos u otros fueros, los habitantes de la península, incluso los portugueses —antes y durante la reunificación, aunque no, o raramente, después— se consideraban españoles, y no como calificativo solo geográfico, sino por la historia compartida contra el Islam y, recuerda Stanley Payne, por el común legado cultural, religioso y jurídico dejado por el reino visigótico. Los Reyes Católicos casi nunca se declararon reyes de España porque Portugal protestaba y ellos aspiraban a la unidad peninsular.

Las especulaciones sobre el uso de la palabra nación o de España aquí o allá tienen mucho de bizantinismo. No solo Isabel y Fernando, recuerda Domínguez Ortiz, también Carlos I fue ante todo rey de España, tanto porque su poder se basó en los recursos de España, América y las posesiones hispanas en Italia, como por la pobre eficacia del Sacro Imperio. Y por la actitud afectiva del rey después de la Guerra de los Comuneros. A esta rebelión castellanista, justificada por las iniciales arbitrariedades de Carlos y su corte flamenca, se le ha querido dar proyección como revolución «moderna», y a su derrota como el punto en que la historia del país se habría «desviado». La revuelta fracasó, pero tuvo cierto éxito al obligar a Carlos a cambiar de política. Felipe II hizo de Madrid la sede de sus posesiones y se calificó a sí mismo de *Princeps Hispaniarum* o *Hispaniarum et Indiarum Rex*, y la posterior idea de la *Pax Hispanica* respondía al mismo concepto. Es decir, los territorios europeos fuera de España no tenían el mismo estatuto político y moral que los peninsulares. Pero aun sin esos y otros muchos reconocimientos más o menos oficiales, la idea de España como nación (obviamente, no como nación «moderna»

salida de la Revolución francesa) estaba presente por doquier, desde los tercios hasta los escritores, los nobles o los hombres comunes. Y las potencias hostiles no tenían la menor duda de a qué país se enfrentaban.

La denominación habitual para el conjunto de los territorios españoles o dominados por España era *Monarquía Hispánica*, concepto que define un imperio muy peculiar en la historia del mundo. Las posesiones españolas nunca se consideraron colonias al modo de las inglesas, holandeses o francesas, es decir, territorios a los que explotar económicamente y en los que verter excesos de población de la metrópoli. En el Imperio español se mantenían las tradiciones y leyes de cada parte, herencia de la anterior época europea, y el aliento evangelizador en ultramar revelaba una apreciación de las nuevas poblaciones como bastante más que mano de obra a explotar o enemigos a erradicar. Solo en la época de la Ilustración se acercó el concepto al de otras metrópolis europeas. La Monarquía Hispánica abarcaba un conjunto de territorios muy autónomos, unidos por un mismo monarca —español— y por el catolicismo. El respeto a las jurisdicciones de cada reino o país integrante provenía de una concepción estatal heredada de siglos pasados, y al mismo tiempo entrañaba una debilidad que los monarcas franceses aprovecharon. No obstante, cabe conjeturar sobre una historia de Europa en la que Francisco I, y no Carlos, se hubiera hecho con el Sacro Imperio. Desde luego, todo habría sido distinto, aunque no podamos saber cómo. Francisco y sus sucesores siempre persiguieron un estado más centralista y absolutista que los Austrias españoles, los cuales resultaron comparativamente más liberales o pre liberales, como lo fueron los pensadores de la Escuela de Salamanca.

Indudablemente existió un Siglo de Oro en la historia de España. Su recuerdo ha obrado a veces, no obstante, como un hechizo que dificultaba la dedicación de otras generaciones más modestas a tareas asimismo más modestas pero más realistas y productivas dentro de nuevas situaciones históricas. Y al revés, en las corrientes empeñadas en negar o minimizar los logros de aquella gran época no late el deseo de establecer una historia objetiva, sino los ecos de la llamada Leyenda Negra, la cual requiere, por tanto, atención aparte.

16

LA LEYENDA NEGRA

La Leyenda Negra ha sido extraordinariamente insistente en la propaganda protestante y francesa, mezclada en el siglo XX, dentro de España, con las concepciones marxistas, *europeístas*, separatistas, algunas regeneracionistas, etc. No debe entenderse que dicha leyenda rija la actitud de otros países hacia España, pues abundan juicios más objetivos de historiadores, políticos e intelectuales ingleses, franceses, useños, alemanes, etc. Pero sería falso negar su corrosivo efecto moral y político, bien palpable en el siglo XX una vez fue aceptada en la propia España. La Leyenda descansa sobre tres pilares: las expulsiones de judíos y moriscos, la Inquisición y la conquista de América, que anularían o empequeñecerían cualquier otro mérito hispano. Y por supuesto, se basan en hechos reales, pero exagerados y nada especiales en la historia de la humanidad, por lo que deben ser reducidos a sus verdaderas proporciones.

En 1492, año del remate de la Reconquista y del descubrimiento de América, los Reyes Católicos ordenaron la expulsión de los judíos que no se convirtieran al cristianismo. La medida, aplaudida en Europa, se presentó luego como expresión de racismo y fanatismo y hasta, no hace mucho, como un precedente del Holocausto del siglo XX. La tacha de racismo es absurda, no solo porque se intentaba integrar socialmente a los judíos mediante la conversión, sino porque la doctrina racista, de presunción científica, nació en el siglo XIX. Claro que un sentimiento más o menos *racista* («limpieza de sangre» en España) se daba espontáneamente en todas partes, sin excluir a los propios hebreos, los cuales se consideraban el pueblo elegido por Dios, carácter transmitido por vía femenina como más segura, y solían tratar de «perros» a los *gentiles* o extranjeros (el mismo Jesús lo hace en algún pasaje del Evangelio). Echados de Israel por Roma, los judíos se habían distribuido por la cuenca del Mediterráneo en comunidades cerradas, miradas con desconfianza. Entre los cristianos, la aversión aumentaba, porque se habrían transformado de «pueblo elegido» en «pueblo deicida», al haber exigido la muerte de Jesús. Su convicción de ser el pueblo elegido, a la par que les permitía resistir a desdichas y persecuciones, les granjeaba la animosidad del universalista cristianismo. Y se les tachaba de usureros, de enriquecerse con negocios sucios y de pretendidos crímenes rituales monstruosos.

La masa de los judíos vivía realmente marginada y más bien en la pobreza, y solo una minoría de ellos prosperaba en los negocios, incluido el tráfico de esclavos. Pese a que el cristianismo diferenciaba entre poder político y poder espiritual, la convicción corriente era que la población debía ser cristiana, por lo que los judíos

sufrían una extendida hostilidad como minoría inasimilable, opaca y exclusivista, sobre la que corrían leyendas de conspiraciones. En ese clima se entienden tanto los terribles dicterios de Lutero contra ellos como sus expulsiones de varios países y las sangrientas explosiones recurrentes de odio popular, cuando se les tomaba por chivo expiatorio de pestes u otros males. Por su parte, el hebraísmo establecía una unión entre poder espiritual y temporal más rígida que la cristiana, reglamentaba casi obsesivamente las conductas personales y su hostilidad hacia los *gentiles* no era menor… si bien no podían aplicarla al carecer de estado desde la Diáspora impuesta por los césares romanos.

Durante un tiempo, los judíos gozaron en Castilla de una posición inusualmente benévola, con sus propias leyes y derechos no lejanos de los del resto. Reyes y nobles les daban amparo por los beneficios económicos que les reportaban, y se intentó convertirlos sin violencia, mediante debates teológicos. Pero Fernando el Católico y, por su consejo, Isabel, acordaron expulsarlos atendiendo a las quejas populares. Se les dieron cuatro meses para liquidar sus bienes y fueron exhortados a bautizarse. Muchos se cristianizaron, también algunos de sus líderes más prestigiosos, pero la mayoría optó por el exilio. Se ha calculado que salieron entre 50.000 y 200.000. Probablemente la primera cifra sea más cierta, ya que existían unas 240 juderías o aljamas, con no más de de cincuenta familias de media, y deben descontarse los conversos de aquellos meses. Otros retornaron después de probar el mal trato recibido en los países donde intentaban asentarse, sobre todo en el norte de África, donde bastantes fueron esclavizados.

Se ha debatido sobre los motivos *auténticos* de la expulsión, atribuida a menudo a la avidez de reyes y nobles por apropiarse de los bienes de los expulsados. Luis Suárez, entre otros, ha mostrado la insolvencia de tal explicación. Los reyes sabían que la medida no era económicamente rentable aunque unos pocos se lucrasen de ella. Aún menos valor tiene la leyenda de que el país quedó privado de sus individuos más trabajadores y hábiles: Castilla era entonces próspera y seguiría siéndolo largo tiempo, y mínimo el peso hebreo en su economía. Todo indica que las razones reales fueron político-religiosas, sin más: se consideraba a las minorías religiosas un factor de discordia y descomposición social, como ocurriría pronto entre católicos y protestantes; y sobre esa idea, la posibilidad de expulsión estaba siempre latente.

Extrañamente, los moriscos permanecieron todavía en España más de un siglo, pese a que los argumentos prácticos contra ellos tenían mucha más consistencia. Se trataba de una minoría exteriormente conversa, pero que se mantenía musulmana y presta a sublevarse en guerras difíciles y costosas. Suelen estimarse los moriscos en unos 300.000, por lo que en algunas zonas restringidas de Valencia se hizo notar una pérdida de población y de ingresos para los señores que los explotaban. La expulsión dio lugar a abusos y crímenes por parte de quienes quisieron aprovecharse de ella. Como en el caso de los judíos, los críticos han exagerado mucho el impacto económico, destacando la laboriosidad y destreza técnica de los moriscos en crudo

contraste con los cristianos, a quienes achacan, como de costumbre, férrea repulsa al trabajo. Fue llamativa la virtuosa condena de Richelieu calificando la expulsión como la medida más furiosa y bárbara de la historia humana. Afirmación lógica en un representante de la tradicional amistad gala con el Imperio otomano, pero insólita en boca de quien no vaciló en someter con la mayor violencia a los protestantes franceses (la violencia era mutua), provocando el exilio de muchos de ellos; política continuada por Luis XIV bajo el lema «Un rey, una ley, una fe», que obligó a huir a medio millón de hugonotes.

Los críticos presentan a los moriscos como un grupo social pacífico y trabajador, víctima del fanatismo cristiano, ignorando, al parecer, su carácter levantisco y su fundamental deslealtad hacia España. Pues se identificaban con Al Ándalus, cuyo retorno anhelaban, y por ello colaboraban activamente con la piratería turca y berberisca que asolaba el Levante español en busca de botín y esclavos, y que a su vez había colaborado con ellos en sus revueltas. Y cuando se tacha a Felipe III de fanatismo, vuelve a ignorarse el musulmán de la «guerra santa», persistente en la actualidad.

Los hispanófobos califican las expulsiones de crímenes inauditos, pero hechos parejos y mucho peores han subtendido la historia de la humanidad hasta hoy mismo. Véanse las deportaciones de alemanes después de la II Guerra Mundial o las «limpiezas étnicas» de Yugoslavia, otras en países musulmanes contra los cristianos, de las que hablan muy poco los críticos, o las de los regímenes comunistas y otros *progresistas*. En la misma España, decenas de miles de vascos han debido huir de su región por el terrorismo de la ETA y la ineptitud de los gobiernos de Madrid para afirmar la ley y defender a los ciudadanos. Por tanto, el especial empeño por resaltarlos en el caso de España no obedece a una voluntad de clarificar la cuestión. En cuanto al Holocausto, la comparación es ridícula y aun así no faltan sus sostenedores. Simon Wiesenthal la hizo y le respondí en *Libertad Digital* que no hubo en España la menor intención ni práctica de exterminio, y que en todo caso podía compararse con la expulsión de palestinos por Israel en la guerra de 1948, desatada, también es cierto, por los árabes con propósitos exterminadores nada disimulados.

Y tal como el racismo es una doctrina históricamente reciente, también lo es la idea de tolerancia, teorizada en Inglaterra para poner fin a las persecuciones entre grupos protestantes, pero excluyendo explícitamente a los católicos.

En estas medidas desempeñó un papel importante el Tribunal de la Inquisición. A él se han achacado decenas de miles de muertes, hasta la despoblación de media España, empleo sistemático de torturas sin parangón, asfixia de la libertad intelectual, siembra del oscurantismo y de un terror profundo entre el pueblo, al modo de las modernas policías totalitarias. Un organismo monstruoso y sin igual en países civilizados.

Pero los archivos demuestran que no fue tan excepcional. El número de muertes

causadas en sus tres siglos largos de existencia asciende a un millar documentado y acaso otro millar cuya documentación ha desaparecido. Por contraste, las represiones protestantes en Inglaterra causaron miles de muertes más en muchos menos años, y lo mismo sucedió en otros países. Por no hablar de las decenas de miles de asesinados por el terror de la Revolución francesa, mirada por muchos críticos de la Inquisición como un hecho muy positivo. O, en el siglo XX, las víctimas de policías políticas en muchos países *progresistas*, han superado en pocos años o meses las cifras de la Inquisición. No fue, pues, una institución particularmente sanguinaria, sino más bien al revés, dato que ayuda a desviar la cuestión desde la propaganda al estudio racional.

Las investigaciones han demostrado que la tortura fue menos aplicada que en los tribunales ordinarios europeos. Por ejemplo, de los 7.000 procesos en Valencia solo se aplicó en un 2% de los casos, nunca más de quince minutos, y nadie fue torturado dos veces, según la investigación de Stephen Haliczer. El Tribunal también prohibió los azotes y argollas para las mujeres, métodos comunes en el continente, y limitó a cinco años la pena de galeras, que solía ser perpetua. En sus cárceles, mejores que las comunes, los presos podían recibir visitas de familiares y practicar su oficio. El tan condenado anonimato de las denuncias trataba de evitar las venganzas de las familias de los denunciados, a menudo pudientes; y había instrucciones contra las acusaciones falsas: «Observar y examinar con atención a los testigos, obrar de suerte que sepan quiénes son, si deponen por odio o enemistad o por otra corrupción. Deben interrogarlos con mucha diligencia e informarse en otras personas sobre el crédito que se les pueda otorgar, sobre su valor moral, remitiendo todo a las conciencias de los inquisidores». Una acusación falsa acarreaba al autor la pena prevista para la víctima. De modo que, contra la leyenda, la Inquisición fue tal vez el tribunal europeo más garantista, al menos en el siglo XVI. Su concepción ideológica choca con la mentalidad actual —sin que esta haya eliminado las persecuciones ideológicas en nuestro tiempo, ni mucho menos—. Por otra parte, la Inquisición estaría justificada desde el positivismo jurídico dominante hoy, dado que la herejía contrariaba las leyes de la época. Paradojas, frecuentes en la historia. Por lo demás, la larga duración del Tribunal lo convirtió en un factor más de decadencia.

No parece real el miedo del pueblo a la Inquisición, pues los testimonios indican más bien un apoyo, tanto por el catolicismo casi unánime en el país como por las noticias de las contiendas civiles más allá de los Pirineos. Muchos estimaban que salvaguardaba la paz social, librando al país de tumultos y banderías, apreciación seguramente no muy alejada de la realidad. Por otra parte, el número de procesos no llegó probablemente a los cien mil, lo que da un promedio de algo menos de 300 al año para una población que pasó de seis a doce millones. Cifra poco amedrentadora.

También como aspecto poco negativo, la Inquisición impidió en España la demencial caza y quema de brujas que, especialmente en países protestantes, ocasionó un número increíble de víctimas, entre 60.000 y 100.000 durante los siglos XVI y XVII. Tras un primer brote (las brujas de Zugarramurdi), los inquisidores

identificaron la *brujería* como algo parecido a la histeria, y prohibieron perseguirla.

Acerca de la pretendida parálisis del desarrollo intelectual causada por la represión del pensamiento y los índices de libros prohibidos, debe anotarse que estos últimos, aún más rigurosos que los inquisitoriales, existían por gran parte de Europa. Pero, otra paradoja, la época de mayor actividad del Tribunal coincidió precisamente con la de mayor auge del arte y el pensamiento en la historia de España, y muchas de sus principales figuras, como Lope de Vega, Calderón de la Barca, Juan de Mariana o Cervantes pertenecieron o estuvieron próximos a la institución. Y, nueva paradoja, es hacia finales del siglo XVII y en el XVIII, con claro descenso de la actividad inquisitorial, cuando también desciende la brillantez artística e intelectual. Prueba indiscutible de que la Inquisición condicionó muy poco la actividad cultural. Sin olvidar que varios grandes inquisidores fueron importantes mecenas.

El Tribunal actuó sobre todo contra los falsos conversos (judaizantes o criptojudíos, y algunos moriscos) y contra los brotes de protestantismo. En lo último tuvo rápido éxito, por lo que las víctimas fueron escasas. La mayoría de las condenas recayeron sobre judaizantes. El dato ha originado debate sobre si verdaderamente existían los judaizantes o el número de ellos. Las conversiones debieron de ser sinceras en la mayoría de los casos, pero subsistía una sospecha permanente al respecto. Así, para el profesor hebreo Haim Beinart, la mayoría de los condenados arrostraban el martirio por su firme fe mosaica («un maravilloso cántico de nostalgias por el hogar nacional»), mientras que otro estudioso israelí, Benzion Netanyahu afirmó que no hubo tal criptojudaísmo, sino que los condenados eran católicos de corazón. Entonces, ¿por qué fueron perseguidos y condenados a la hoguera y a penas menores? Según Netanyahu, por el odio racista y económico del pueblo, el cual, envidioso del éxito social de los conversos y temeroso de su competencia, habría presionado a las autoridades y causado así «enormes baños de sangre, sufrimientos indescriptibles, el expolio y destrucción masiva de los productos del trabajo de muchas generaciones». La tesis desplaza la culpa desde las autoridades al propio pueblo español. Y ha gozado de muy amplia aceptación, con todo su evidente racismo. El investigador Miguel Ángel García Olmo ha puesto las cosas más en su punto, recordando las cifras reales de los «enormes baños de sangre» y la realidad de los judaizantes: sería muy extraño que todos los conversos hubieran abrazado con plena convicción su nueva fe, y por lo demás la disidencia religiosa se consideraba en toda Europa, por unos y otros, un grave peligro social.

Queda, en suma, una institución centrada no en la persecución del pensamiento en general (que floreció notablemente), sino en determinadas tendencias religiosas; que contribuyó a impedir el contagio de las guerras civiles transpirenaicas y la quema de brujas; que no obstaculizó la vida cultural; y que, dentro de una valoración negativa desde un punto de vista actual, fue más garantista y usó menos la tortura de lo que era corriente entonces (o lo es hoy en muchos países). Y que su prolongación cuando cualquier peligro de ese tipo había desaparecido, terminó convirtiéndola en un

elemento más de decadencia.

* * *

El tercer pilar de la Leyenda Negra afecta a la conquista de América, y su fuente no está, curiosamente, en la propaganda protestante o francesa, sino en la propia España. En *Nueva historia de España* observé: «En la primera mitad del siglo XVI, mientras Europa se crispaba en torno a la escisión protestante, las luchas por Italia y la amenaza otomana, pequeñas expediciones españolas exploraban y conquistaban inmensos territorios nunca antes conocidos por el Viejo Mundo. En 1498 Colón llegaba a la desembocadura del Orinoco, al año siguiente Alonso de Ojeda desembarcaba en la actual Colombia; hacia 1509 terminaba la conquista de las grandes Antillas, y en los años siguientes Núñez de Balboa, Hernández de Córdoba y otros exploraban Centroamé-rica; en 1513 Núñez de Balboa descubría el Océano Pacífico y Ponce de León empezaba a explorar la Florida; en 1515-16, Díaz de Solís, que con Vicente Yáñez Pinzón ya había explorado el Caribe y llegado a Florida, descubría las costas de las actuales Brasil, Uruguay y Argentina; en 1519 zarpaba la flotilla de Magallanes, que descubrió el paso del Atlántico al Pacífico por el sur de América, islas del Pacífico, en particular las Filipinas y dio la primera vuelta al mundo en la historia humana, completada por Elcano en 1522.

»Hacia 1521, cuando la Dieta de Worms condenaba a Lutero, Hernán Cortés emprendía la conquista de Méjico que, una vez concluida, se amplió en exploraciones hacia el norte y el sur; en 1525, año de la derrota campesina en Alemania y de la batalla de Pavía, se fundaba Santa Marta, primera ciudad de Colombia, y Alvarado conquistaba partes del territorio maya; en 1526, año de la victoria turca en Mohacs, “los trece de la fama”, resolvían ir a conquistar Perú; en 1528 Álvar Núñez Cabeza de Vaca naufragaba en las costas de Florida y empezaba con unos pocos compañeros una odisea de ocho años a pie por el sur de la actual Usa y norte de Méjico; también sería el primer europeo en avistar las cataratas del Iguazú, después de explorar el río Paraguay, doce años después. En 1532, cuando el segundo asalto turco a Viena, Pizarro se apoderaba de Atahualpa en Cajamarca; en 1534, cuando Enrique VIII rompía con Roma, Ignacio de Loyola fundaba los jesuitas, Lutero traducía el Nuevo Testamento al alemán, Fortún Jiménez desembarcaba en la península de California; en 1535, Almagro iniciaba una frustrada expedición a Chile; en 1539 Francisco de Ulloa contemplaba la desembocadura del río Colorado en su desembocadura; en 1541, año del desastre de Argel, Pedro de Valdivia marchaba a conquistar Chile; en 1542-3 Rodríguez Cabrillo y otros exploraban la costa de California hasta el actual Oregón, mientras Orellana descubría el Amazonas y otros ríos, cuyo curso siguió durante siete meses; en 1547, año de la muerte de Enrique VIII, de Hernán Cortés y de la batalla de Mühlberg, se creaba la diócesis de Paraguay y en Perú estaba en marcha la primera de las muy escasas rebeliones de América contra el rey,

capitaneada por Gonzalo Pizarro, hermano del ya finado Francisco…

»Se haría muy larga la sola enumeración de estos hechos realizados en poco tiempo por grupos mínimos. No parece haber precedentes de un conjunto de empresas semejantes, con tal intensidad, continuidad y escasez de medios».

Sin embargo sobre estos méritos caería la mancha indeleble de una brutalidad criminal sin paralelo en la historia, convirtiendo a descubridores y conquistadores en «feroces, crueles capitanes de bandoleros, increíblemente despiadados y de una inaudita falsedad y malicia para con los nativos, impulsados por una codicia salvaje hacia aventuras cada vez más fantásticas. Ninguna les parecía imposible, ningún medio les parecía demasiado malo para obtener el oro. Eran increíblemente valerosos e increíblemente inhumanos», dice Ernst Gombrich repitiendo un tópico muy divulgado.

La raíz de esos dicterios se encuentra en el fraile dominico español, contemporáneo de los hechos, Bartolomé de las Casas, que en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* fundamentó la acusación más persistente de la Leyenda Negra, que motiva aún hoy actitudes en Europa y América hacia España. Para Las Casas, los españoles son auténticos demonios aún más ávidos de sangre que de oro, y de una estupidez sin parangón, pues exterminaban a los indios de cuyo trabajo aspiraban a vivir, convirtiendo a Las Indias en un desierto. Los datos geográficos y demográficos de Las Casas superan la extravagancia. La isla Española tendría cinco reinos, uno con una vega de 80 leguas (más de 400 kilómetros), regada por más de treinta mil ríos, doce de ellos tan grandes como el Ebro, y llenos de oro; otro reino de la isla, también repleto de cobre y oro, era más grande que Portugal. Solo de La Española se habría «henchido España de oro». La tierra firme descubierta tendría más de 10.000 leguas de costa. El oro abundaba por doquier, también en América Central, a la que adjudica una longitud de más de quinientas leguas. En el antiguo Imperio azteca los españoles masacraron a la gente «en cuatrocientas y cincuenta leguas en torno cuasi de la ciudad de Méjico […], donde cabían cuatro y cinco grandes reinos, tan grandes e harto más felices que España». En Santa Marta fueron despobladas «más de cuatrocientas leguas». Etc.

Aquellos lugares, convertidos por los españoles en desiertos, como repetiría Montesquieu, habrían estados antes «llenos como una colmena de gentes, que parece que puso Dios en aquellas tierras todo el golpe o la mayor cantidad de todo el linaje humano»; no había región que no estuviera «pobladísima» y con verdaderas urbes. En Nicaragua, con sus colosales riquezas, «era cosa verdaderamente de admiración ver cuán poblada de pueblos, que cuasi duraban tres y cuatro leguas en luengo», mayores que cualesquiera de Europa y de las que la arqueología no ha hallado la menor traza, con ser tantas. La *Nueva España*, futuro México, había disfrutado de muchas ciudades más habitadas que «Toledo y Sevilla y Valladolid y Zaragoza juntamente con Barcelona», de modo que «para andallas en torno se han de andar más de mil e ochocientas leguas» (casi diez mil kilómetros). En Guatemala, más

poblada si cabe, no extrañará que los españoles exterminaran a cuatro o cinco millones de humanos. Centroamérica disfrutaba de «la mayor e más felice e más poblada tierra que se cree haber en el mundo». Etcétera. En realidad se trataba de tierras en su mayoría selváticas y agrestes, sin apenas agricultura salvo los imperios inca y azteca, y aun en estos muy primitiva; ni había ciudades fuera de dichos imperios, por lo cual la población no podía ser en su mayor parte mucho más densa que en la Amazonia actual.

Para Las Casas, los indios son las gentes «más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas, sin rencillas ni bullicios, no rijosos […] sin rencores, sin odios, sin desear venganzas»; «carecían de vicios o de pecados»; «no poseen ni quieren poseer bienes terrenales»; «limpios y desocupados, de vivo entendimiento». Lo cual volvía más espeluznantes las atrocidades de los conquistadores, los cuales «a estas mansísimas ovejas otra cosa no han hecho sino despedazarlas, matarlas, angustiarlas, afligirlas, atormentarlas y destruirlas por las extrañas y nuevas y varias y nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad». En Nueva España habrían matado «a cuchillo, y a lanzadas y quemándolos vivos, mujeres y niños y mozos y viejos, más de cuatro cientos [millones] de ánimas. Y esto sin los que han muerto y matan cada día». En Nicaragua, «cincuenta de a caballo alanceaban toda una provincia mayor que el condado de Rosellón, que no dejaban hombre ni mujer, ni viejo, ni niño a vida». Pero en Santa Marta los desmanes habrían superado lo anterior, advierte, aunque es difícil imaginar cómo. Las Casas estima en más de quince millones los indios exterminados, muchos más de los que podían vivir allí, dadas las condiciones naturales y técnicas.

Tal sarta de chocantes dislates no debe atribuirse a ignorancia, pues Las Casas había estado por aquellas tierras, y los españoles de América y otros frailes misioneros se sintieron calumniados y protestaron vivamente. Lo que perseguía Las Casas era suscitar la máxima indignación del lector a fin de negar la legitimidad de la conquista en la célebre Controversia de Valladolid. Esta duró dos años y lo enfrentó al también dominico Juan Ginés de Sepúlveda, en una polémica llena de contenido ético-jurídico-político sin verdadera solución. El fondo del debate consistía en el no resuelto problema de si una civilización superior, como era claramente la española, tiene derecho a someter a otras inferiores. Sepúlveda partía de Aristóteles y de una larga tradición que justificaba tales conquistas, mientras que Las Casas partía de una tradición más reciente sobre el derecho internacional y la guerra justa, formulada por el padre Vitoria, que en parte negaba tal derecho. Si bien es dudoso que Vitoria hubiera aplicado el principio de modo tan unilateral como Las Casas, y con tan poco respeto a la verdad. Pero los escrúpulos hispanos procedían de esta última tradición, y de momento venció Las Casas, siendo la conquista suspendida por un tiempo. Con todo, la conquista de América era imparable y prosiguió. En la historia, las invasiones y conquistas se han sucedido, ganando a veces los pueblos más atrasados, como los germanos sobre la Roma imperial, o los hunos, los mongoles, los árabes, etc. Más a

menudo han triunfado los más civilizados: en América, los belicosos imperios azteca e inca sobre las tribus de su entorno; y ya vimos como en los siglos XIX y XX los imperios europeos usaron a veces una violencia exterminadora; o cómo lo hizo el comunismo. Las Leyes de Indias y la administración estatal combatieron los abusos de la conquista americana con éxito variable.

Para cierta extendida mentalidad, el dinero (el oro) constituye la motivación esencial del ser humano, de la cual los idealismos e invocaciones religiosas serían solo un disfraz. Sin embargo los intereses de los conquistadores y colonizadores eran más variados. Incluían el oro, pero la cantidad del mismo resultó enormemente inferior a la dicha por Las Casas, y rara vez compensó el riesgo. En suma, fue un mal negocio para la mayoría de aquellos prodigiosos aventureros, muchos de los cuales perecieron por las flechas, las lanzas, los garrotes o los dientes de las «mansísimas ovejas», o en las fauces de las fieras o por las fatigas y enfermedades. Muy pocos salieron ricos. Según Bernal Díaz del Castillo, soldado y magnífico cronista de la conquista del Imperio mexica: «Con letras de oro han de estar escritos sus nombres, pues murieron aquella crudelísima muerte por servir a Dios y a Su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar». Su espíritu renacentista tenía tanta sed de fama, honra y hazañas como de oro. Y de servir al rey de España: fueron rarísimos los casos de rebelión, pese a tratarse de acciones privadas, no sufragadas ni planeadas por la corona. Asimismo propagaban el cristianismo, pues llevaban clérigos consigo. Y sin ser frecuentes, no faltaron los soldados que abandonasen sus bienes para ingresar en religión.

Frente al retrato de unos conquistadores primarios, brutales y analfabetos, debe estimarse cómo, perdidos en un mundo desconocido y asombroso, desplegaron mucho más que valor físico: intuición, inteligencia y diplomacia para compensar su absoluta inferioridad numérica o superar obstáculos naturales casi insalvables para sus medios. Sabían leer y escribir en promedio superior, probablemente, al de España y Europa, y dominaban las técnicas: aislados en la selva o en el corazón de México, construían embarcaciones, cultivaban el suelo, alzaban casas al modo de España, planificaban ciudades muy racionalmente, imponían y se imponían leyes, creaban escuelas… Muchos eran hidalgos, nobles de bajo rango, y, contra la caricatura literaria asumida luego como verdad inconcusa, distaban de ser alérgicos al trabajo: sus obras y las del pueblo llano en América revelan una capacidad más que notable de organización, trabajo e improvisación imaginativa: las repoblaciones de la Reconquista habían formado gentes hábiles en muchos oficios, además del de las armas. Lo más probable habría sido que se limitaran a conseguir alguna riqueza y volvieran a España. Algunos lo hicieron, como los alemanes en Venezuela; pero la mayoría optó por lo improbable: colonizar, roturar, urbanizar y aportar savia vital y una nueva cultura. Entre sus crímenes y bondades, fracasos y glorias, los segundos términos pesan más en la balanza.

¿Qué resta de todo el asunto? Aquellos «jefes de bandidos», además de descubrir y conquistar, fundaron decenas de ciudades, mantuvieron o establecieron leyes, llevaron la universidad y la imprenta, libros, ganados y plantas alimenticias antes inexistentes en América, y trajeron de allí plantas de gran valor para la dieta europea; hicieron estudios sobre la historia, la geografía y las gentes de aquellos lugares…

Otro aspecto fue el mestizaje, natural porque casi todos los recién llegados eran solteros o habían dejado a sus esposas en la patria. Los indios acostumbraban ofrecer mujeres en señal de paz, y por todo ello el número de mestizos se multiplicó. Hubo violaciones, por supuesto, como en las guerras de Europa y entre los mismos indios. Pero el mestizaje y el hecho de que las zonas más pobladas en el siglo XV sigan siendo las de mayor población india, desmiente el mito del genocidio, tan apreciado en el siglo XX, a menudo por personas próximas a movimientos totalitarios que sí han practicado genocidios recientes y documentados. Solo en las Antillas desaparecieron casi por completo los nativos, lo que pudo deberse a la dureza con que fueron explotados al principio, pero seguramente más a las enfermedades. Los españoles no dispusieron de medios para realizar un genocidio, y menos aún pensaron en tal cosa. Las caídas de población indígena que algunos historiadores detectan (y elevan a cifras fantásticas) obedecían en muchos casos a epidemias o a que los cristianizados dejaban de contabilizarse como indios. Lo que tuvo la conquista de crueldad, en cualquier caso no mayor que las de Europa, sin ser desdeñable queda en segundo plano al lado de los aciertos, si hemos de creer en la bondad de la civilización aun con sus muchas taras.

El mecanismo de las leyendas negras es simple: constatados unos males, se los exagera, se los desvincula de los logros de conjunto y se los presenta como el juicio definitivo. Como ninguna empresa humana es perfecta y la apreciación de ella depende a menudo de la perspectiva y el subjetivismo de los observadores, ese modo de escribir la historia siempre encontrará aceptación.

17

EL ESPLENDOR CULTURAL

Si atendiéramos a la descripción, tan popularizada, de los siglos XVI y XVII hispanos como una era de oscurantismo plagada por la miseria, la indolencia, el fanatismo y la picaresca bajo una violenta y extrema opresión, no nos extrañaría que el nivel intelectual fuera asimismo ínfimo. Es más, difícilmente podría haber sido de otro modo, pues si a veces el arte ha florecido en condiciones de despotismo, o de guerras, o de pobreza, todos esos elementos combinados con un poder empeñosamente promotor de la ignorancia solo podrían esterilizar la tierra de donde brota la alta cultura. Sin embargo, y pese a las tres oleadas de saqueo y destrucción sufridas en la guerra napoleónica, las desamortizaciones de Mendizábal y Madoz, y la guerra de 1936, el tesoro histórico-artístico español sigue siendo uno de los más cuantiosos del mundo, y una porción de él, quizá la mayor, procede de aquellos tiempos denostados por la Leyenda Negra. A decir verdad, se trata del período más brillante y original de la cultura española, comparable, al menos, a la de los otros países más avanzados de Europa e influyente también en ellos. Brillantez que no pudo ser la compañía de la injusticia y la cerrazón, sino del mismo espíritu que reflejan los éxitos políticos, militares y económicos aquí muy brevemente referidos.

Podemos datar el comienzo de aquella magna época del pensamiento, la literatura y el arte con la publicación de *La Celestina*, en 1499; y darla por terminada con Calderón de la Barca, en 1681. Entre ambos sucesos desfilan autores de la calidad de —por citar varios que vienen enseguida a la pluma— Garcilaso, Boscán, Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Ginés de Sepúlveda y en algunos aspectos Las Casas, Juan de Zumárraga, Luis Vives, Juan de Valdés, Fray Luis de León, Lope de Vega, Quevedo, Góngora, Vitoria, Suárez, Gracián, Molina, Juan de Mariana, Moreto, Juana Inés de la Cruz, Murillo, Ribera, Antonio de Cabezón, Juan de Herrera, Arias Montano, Tirso de Molina, Ignacio de Loyola, Melchor Cano, Laínez, *El Brocense*, Gregorio Fernández, Saavedra Fajardo y tantos más. Velázquez y Cervantes figuran entre las más altas cumbres del arte y la literatura universales. Añádase la nómina, antes solo aludida, de los jefes militares, los líderes políticos (como Cisneros, los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II de los cuales los cuatro últimos cuentan entre las eminencias de la historia), los descubridores, conquistadores y misioneros, varios de ellos al mismo tiempo escritores y cronistas o investigadores. Imposible intentar siquiera condensar en pocas páginas aquella espléndida eclosión, pero al menos daremos algunos brochazos recordatorios, dada la inclinación actual a ignorarla o desdeñarla. Inclinación que por sí sola delata el páramo cultural presente.

Un modo de valorar una época consiste en observar el número de sus personajes excepcionales, y queda claro que nunca España volvió a producirlos en tal cantidad y calidad ni a generar una cultura tan original e influyente internacionalmente. Ello sorprende un tanto, pues ahora la población es seis veces mayor y la riqueza material y medios técnicos inmensamente superiores. Pero no es nada extraño: la fecundidad cultural de la Atenas clásica una pequeña ciudad comparada con las urbes hoy corrientes, no tiene parangón, probablemente. Ni es fácil explicar la razón de esos florecimientos repentinos y más o menos duraderos, a veces fugaces.

La Celestina o *Tragicomedia de Calisto y Melibea* es ya una obra realmente espléndida. Trata el amor simultáneamente desde ángulos distintos y opuestos: la pasión sublime de Melibea le engaña sobre la calidad de su amado Calisto, hombre de fondo vulgar, obsesionado por una pasión meramente carnal; la sordidez y venalidad de los personajes en torno, ligados al mundo de la prostitución, con retrato especialmente logrado de «la puta vieja Celestina», sagaz en su vileza para descubrir los deseos torpes ocultos bajo apariencias nobles; o el amor paterno de Pleberio, incapaz de hallar consuelo ante el suicidio de su hija Melibea, que parece transformar la vida en un dolorosísimo sinsentido. Viene a ser una novela dialogada, diferenciándose un tanto del posterior teatro español, en el que las tramas tienen más interés que los caracteres: en *La Celestina* la individualidad de los personajes, sus motivos y rasgos de carácter resaltan con intenso relieve. La obra, profunda exposición de las contradicciones y dificultades morales de la condición humana, traspasa, como todas las grandes, su época y la sociedad en que fue escrita, y su sutileza estimula las interpretaciones. El autor, Fernando de Rojas, no parece haber escrito más libros, pero fue muy consciente de la calidad de su creación, con la que ponía la literatura española a la altura de la italiana.

Garcilaso de la Vega es el poeta y soldado de espíritu heroico y amoroso, muerto en acción bélica en la juventud; personaje muy propio de la época. El desconocido autor de *El lazarillo de Tormes*, por contraste, narra los avatares de un personaje nada heroico ni amoroso, resignado a una vida mediocre y al peso de los cuernos por no padecer más penuria, aunque el relato de sus desdichas no va orlado de un exceso de amargura. Se la considera la primera novela picaresca, aunque el género solo florecerá bastantes años después y con protagonistas harto más retorcidos que Lázaro, un personaje nada simple, pero apocado, retratado magistralmente entre otros sujetos caricaturizados en su mediocridad e injusticia. Ya desde *La Celestina*, una tendencia presente en la literatura y la pintura hispanas será la atención a los seres desgraciados, condicionados por las circunstancias a las que no saben o no pueden o no quieren imponerse, y que en aquel siglo contrastan, precisamente, con otros muchos «de ánimo esforzado», capaces de superarse a sí mismos afrontando los riesgos del destino.

La contrapartida de *El lazarillo* fueron las novelas «de caballerías», popularísimas también en otros países, y de las que se escribieron en España algunas de los mejores,

como *Amadís de Gaula* o *Tirant lo Blanch*, esta un tanto irónica. Sus aventuras y amores desmesurados atraían a un amplio público, tal como hoy los géneros del oeste, de detectives o de ciencia ficción. Cervantes les puso fin con su sarcástico *Don Quijote*, con el que quizá solo pretendió parodiar un género y sin embargo creó dos de las figuras más emblemáticas de la literatura y con mayor penetración en la profundidad de la psique humana, oponiendo el anhelo exaltado de sublimidad a la vulgaridad triunfante e hiriente de la vida, tema tratado de otro modo también en *La Celestina*. Críticos ingleses han acusado a Cervantes de escarnecer los sentimientos más nobles, y de haber destruido con sus burlas el heroísmo español. Objeciones sagaces y en parte ciertas, pero por debajo del nivel artístico de una obra insuperable, en la que la amargura y pesimismo propios de la mayor parte de la picaresca, o visibles en *La Celestina*, quedan borradas por un humorismo excelso y de fondo compasivo.

Se ha interpretado a menudo la picaresca como la cara «verdadera» de aquella sociedad, la denuncia de los vanos oropeles grandiosos y épicos. Es difícil asegurarlo. El pícaro es universal, existe en todo tiempo y lugar, aunque haya sido tratado en España con cierta originalidad y preferencia, y la cara de la sociedad que refleja no es más real que la contraria. También puede entenderse esa literatura como indicio de la decadencia moral y material, pues cobra fuerza entrando ya en el siglo XVII. La picaresca exagera los rasgos del *Lazarillo* y se apoya en un moralismo a menudo demasiado obvio y pedestre, pero no dejó de constituir un género relevante, imitado en otros países y con relatos notables como *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán; también lo cultivaron algunos grandes, como Cervantes o Quevedo.

Los contrastes creativos chocan aún más en la poesía mística de San Juan de la Cruz (*Cántico espiritual*, *Noche oscura del alma…)* y de Santa Teresa, autora también de una autobiografía y obras doctrinales y místicas (*Las Moradas, Camino de perfección* …). Expone cuatro pasos de ejercitación hasta alcanzar la absorción de lo individual en la divinidad, con olvido de la presencia del cuerpo. Difícilmente cabe imaginar algo más lejano de la picaresca y de la literatura mundana. En una onda parecida entra Fray Luis de León, comentarista de la Biblia perseguido un tiempo por la Inquisición, poeta más ascético y filosófico que místico, que trata el desencanto con el mundo y el ideal horaciano de la *aurea mediocritas* y de la vida retirada. En *La perfecta casada* ofrece orientaciones poco feministas, lo que no le quita mérito.

El protestantismo lanzó en toda Europa un reto a la vez político, militar, filosófico y teológico, y en todos esos frentes la respuesta hispana fue crucial. Se valore como se quiera al protestantismo, no hay duda de que provocó tremendos y sangrientos desórdenes en la Cristiandad, rematados por la atroz Guerra de los Treinta Años. Si España se libró de ellos creo que se debió a tres causas: la política de contención en Flandes, Francia y Alemania; la Inquisición; y, quizá la más esencial, la previa reforma eclesiástica realizada en tiempos de los Reyes Católicos, antes de la revolución luterana, a fin de elevar el nivel moral de un clero en medida considerable

corrompido. No solo se logró ese objetivo, evitando el descrédito de la Iglesia, sino que esta se revitalizó para vivir la mejor época de su historia en España.

Lutero encontró la oposición de los humanistas, entre los que destacaban el holandés Erasmo de Rotterdam, el inglés Tomás Moro y el español Luis Vives, amigos entre sí. Vives se acercó al pensamiento científico criticando la Escolástica y el argumento de autoridad, y en sus obras pedagógicas prestó atención a la enseñanza de las jóvenes cristianas. El protestantismo lo alarmó, por cuanto dividía a la Cristiandad frente al obsesionante peligro turco, y Tomás Moro fue hecho decapitar por el anglicano Enrique VIII. Vives aspiraba a una edad de concordia entre los cristianos, pero a su muerte, en 1536, imperaban ya las querellas y persecuciones.

La reacción a la larga más efectiva contra el protestantismo la propició Ignacio de Loyola, fundador de los jesuitas, que, con los dominicos —también fundados mucho antes por un español, Domingo de Guzmán— y los franciscanos, alcanzaría un protagonismo descollante en Europa y América, como punta de lanza del catolicismo en los planos religioso y espiritual. Loyola, formado en las universidades de Alcalá y Salamanca, contemporáneo de Lutero, Vives, Calvino y Carlos I, concibió una orden de disciplina militar, estilo ascético y formación intelectual. Ideó unos *Ejercicios espirituales*, meditaciones introspectivas orientadas a sentir intelectual y sentimentalmente los mandatos de Dios y a entender la vida como práctica religiosa. La orden debía defender con plena dedicación al Papado, objeto de la máxima aversión protestante, y a la educación para formar élites en una enseñanza superior, capaces de rebatir las doctrinas de Lutero. Sus métodos pedagógicos serían elogiados incluso por sus enemigos, que los tuvo muy abundantes y poderosos, también en el ámbito católico.

La contribución hispana a la lucha contra los protestantes tuvo su mayor lustre en el Concilio de Trento, convocado para solventar las diferencias y reconstruir la unidad. Los protestantes, invitados, rehusaron asistir. La propuesta de Concilio chocó con las reticencias del Papa antiespañol Clemente VII, pero su sucesor Pablo III lo convocó por fin en 1545. Duraría dieciocho años, con interrupciones. Frente a la tesis luterana de que el ser humano había quedado totalmente corrompido por el pecado original, estableció que la corrupción no había sido completa; que existía la libertad (libre arbitrio) del hombre para aceptar o rechazar la gracia divina, y que por ello las buenas obras humanas, junto con la fe, ayudaban a la salvación; las fuentes de la revelación no estaban solo en la Biblia (*Sola Scriptura*, según los protestantes), sino también en la posterior tradición eclesiástica, y la interpretación de las Escrituras no debía dejarse exclusivamente a la subjetividad de cada cual, sino que debía regirse por las enseñanzas de la Iglesia y la tradición, pues de otro modo habría que declarar errados los quince siglos anteriores de cristianismo; el Concilio reconoció a la Virgen María como intercesora, reafirmó el celibato eclesiástico, estableció un rito unificado de la misa, en latín, propició el impulso a la música sacra y al arte religioso en general, y así otras cuestiones. En el orden práctico los sacerdotes debían recibir una

larga formación en seminarios, los párrocos predicar los domingos y festivos, catequizar a los niños y llevar un registro de nacimientos, matrimonios y defunciones. Etc.

Este concilio, trascendental para los siglos siguientes de la Iglesia, definió, junto con la expansión de los jesuitas, la contraofensiva católica y debió mucho a teólogos españoles como Salmerón y Laínez, jesuitas, Cano y Soto, dominicos, y otros más.

Algunos de aquellos teólogos se inscriben en la llamada Escuela de Salamanca, eminente conjunto de pensadores que renovaron la Escolástica combinada con el espíritu humanista. Se ocuparon de muchas más cuestiones que las teológicas, pues abarcaron la especulación moral, jurídica y económica, alcanzando sobresalientes resultados en todos ellos; y uno al menos, Domingo de Soto, cultivó la ciencia natural, considerándolo algunos precursor de Galileo.

Partiendo de la nueva situación mundial creada por el descubrimiento y conquista de América, los pensadores de Salamanca se preocuparon del derecho de gentes, de la guerra justa e injusta de acuerdo con las doctrinas cristianas y las nuevas experiencias del descubrimiento y conquista de América. Sus tesis al respecto fundamentaron el derecho internacional e inspiraron las Leyes de Indias para impedir la tiranía y limitar el poder. Junto con su preocupación por impedir el gobierno despótico, establecieron unas bases para lo que se llamarían andando el tiempo los «derechos humanos» (para ellos derechos «naturales» de acuerdo con el principio de la ley natural; luego se llamaron «humanos» dentro de una mentalidad positivista un tanto contradictoria). Los hombres, independientemente de su civilización, tienen una misma naturaleza y por tanto los mismos derechos básicos, vulnerar los cuales convierte a un gobierno en tiránico e ilegítimo. Tal concepción implicaba claras cortapisas al poder. La idea de que el poder procede de Dios era muy antigua en el cristianismo, al menos desde San Isidoro, lo cual podía dar lugar a doctrinas como la prevaleciente en Rusia, de un poder omnímodo del autócrata, al cual se sujetaría la religión; o como tendía a ocurrir en Europa occidental con las iglesias nacionales protestantes, como la inglesa. Francisco de Vitoria estableció que el poder espiritual (el Papado) no debía interferir en el temporal o político, ni a la inversa, y Luis de Molina estableció unos principios del individualismo. Según él, los individuos nacen libres y con derechos naturales, por lo que el poder del monarca sobre ellos es limitado. Dios se lo otorga, pero con esas condiciones, por lo que su función sería la de administrar la soberanía eludiendo cualquier absolutismo.

Francisco Suárez lo concretó todavía más frente a pretensiones cesaropapistas de Jacobo I de Inglaterra. Suárez postuló que el poder llega de Dios al monarca, pero a través del pueblo, en un pacto implícito y revisable entre ambos, con lo que sentó un principio democrático con difusión en todo el continente, aunque disminuyó el acento puesto por Molina en los individuos. Las ideas de la escuela de Salamanca mantienen la tradición tomista y rechazan las ideas de Maquiavelo, que inaugura una concepción de la política auto-suficiente y definida por su éxito material, ajena a la moral

cristiana. La desarrollarían ampliamente los poderes seculares. En varios aspectos, los profesores de Salamanca se adelantaron a las formulaciones de Locke, pero el problema de qué hacer ante un gobierno tiránico no quedó bien resuelto. Mariana justificó el tiranicidio, solución poco práctica como norma. Las tesis de Salamanca contradecían las cada vez más frecuentes en el continente, que conducirían a las monarquías absolutas y más adelante a los totalitarismos.

En economía, la Escuela (Vitoria, Azpilcueta, Mercado, Domingo de Soto, Mariana y varios más) establece la propiedad privada como derecho fundamental, la licitud del interés particular y de la ganancia del capital, la formación de precios a través del libre intercambio de mercancías y en relación con la escasez de estas, y de los salarios por el mismo medio, las causas de la inflación —examinando la producida por la plata de las Indias—, y otras conclusiones. Sus aportaciones han sido revalorizadas por los estudios de la investigadora inglesa Marjorie Grice-Hutchinson y la atención prestada por la escuela austríaca de economistas. Básicamente se inscriben en una tendencia liberal o pre liberal, al igual que su pensamiento político: autonomía del individuo, el poder originado en Dios pero transmitido al monarca a través de la sociedad, rechazo del poder absoluto, mercado libre basado en la libre circulación de bienes. Salamanca tiene un papel importante como fundadora o cofundadora de los más tarde llamados derechos humanos, de la economía liberal y el derecho internacional. Curiosamente, muchos de sus teóricos pertenecían a la orden de los dominicos, encargada de organizar la Inquisición. Del ambiente intelectual dan idea los vigorosos debates entre unos y otros (entre jesuitas y dominicos, sobre todo), mantenidos con considerable audacia en un brillante ejercicio de la razón. Y la mayoría de sus libros circularon sin obstáculos, incluso el de Mariana en que justificaba el tiranicidio (prohibido en otros países), aunque el autor fue castigado por otro en que criticaba el envilecimiento de la moneda practicado por los reyes. Mariana escribió también una *Historia general de España*, en general objetiva y crítica, y una de las primeras en su género en Europa. Las ideas de la Escuela de Salamanca quedarían luego un tanto olvidadas, para desarrollarse más tarde en Inglaterra y Escocia.

La Iglesia española produjo entonces un número sobresaliente de personajes ilustres, incluso algún político de gran talla como el cardenal Cisneros. Pertenecieron al clero no solo los grandes misioneros como Francisco Javier (entre bastantes más), los pensadores y teólogos de la Escuela de Salamanca o los poetas místicos, sino también muchos escritores de variados registros como Góngora, Gracián, Tirso de Molina, Juana Inés de la Cruz, en algún momento Lope de Vega, etc. Este breve sumario permite hacerse una idea del posterior declive, tanto de la especulación intelectual en España como de la propia Iglesia, que en gran medida olvidaron las consecuciones del Siglo de Oro, salvo para invocarlos retóricamente, y ya no los igualaron ni de lejos.

* * *

Por no alargar el tema, quedan aparte los logros arquitectónicos y escultóricos del Renacimiento y el Barroco, El Escorial, las bellas ciudades construidas en América o la de Manila. Pero por seguir ciñéndonos al plano literario, los descubrimientos y conquistas de ultramar produjeron también crónicas y estudios históricos, etnográficos y geográficos. En los estudios volvemos a encontrar a clérigos, varios de los cuales aprendieron las lenguas indígenas, tales Bernardino de Sahagún con su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Toribio de Benavente con la *Historia de los indios de la Nueva España*, quien criticó las exageraciones calumniosas de Las Casas, o López de Gómara y su *Historia General* (Gómara no salió de la península, pero se documentó en informes recogidos, no siempre con espíritu crítico), José de Acosta y su *Historia natural y moral de las Indias*, o Juan de Torquemada (no el célebre inquisidor) con *Monarquía Indiana*. Etc. Tras una primera destrucción de códices aztecas y mayas, considerados obra del diablo, los clérigos dedicaron su atención, más que a narrar los hechos de sus compatriotas, a la historia, las tradiciones y costumbres de los indios de diversas partes de América, así como a describir la fauna y la flora. Varios de sus tratados, por su penetración crítica y observación empírica, constituyen precedentes de la etnología y la historia natural científicas.

Entre los conquistadores y colonizadores hubo desde el principio quienes se ocuparon de narrar los episodios de descubrimientos y conquistas, empezando por Cristóbal Colón o Hernán Cortés, siendo una cumbre de esa literatura la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. Fernández de Palencia escribió sobre el Perú, Góngora Marmolejo sobre Chile, Fernández de Oviedo una *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, etc. Álvar Núñez Cabeza de Vaca narró en *Naufragios y comentarios* sus fascinantes peripecias por el sur de la actual Usa. Herrera y Tordesillas compuso una monumental y muy completa *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales*, conocida por *Décadas*. No fue a América, pero se basó en obras anteriores y abundante material de archivo. Urdaneta relató la increíble y desgraciada expedición de Loaisa por el Pacífico y el Índico. El Inca Garcilaso, primer intelectual mestizo, escribió los *Comentarios Reales de los Incas*, muy entusiasta hacia estos. Cabe incluir *La Araucana*, de Ercilla, poema épico sobre la conquista de Chile…

En este tipo de literatura entran también relatos de los soldados españoles en Europa, entre los que tiene un puesto destacado las memorias del capitán Alonso de Contreras, prototipo del aventurero español de la época, que pirateó contra los turcos en el Mediterráneo oriental, luchó en Flandes y contra los piratas ingleses en el Caribe. Las historias y relatos escritos por conquistadores y soldados tienen en general un tono realista y sobrio, aun ponderando las aventuras y hazañas fuera de lo

común en tierras tan extrañas a todo lo conocido en Europa, frente a indios en muy diversos grados de civilización o a enemigos europeos. En los tercios abundaron los relatores, como Ávila y Zúñiga, o estudiosos de la rebelión de Flandes, como Pedro Cornejo o Antonio Carnero, teóricos militares como Escalante, Lechuga, Londoño y otros más. También teórico del arte militar, además de embajador y jefe del servicio de inteligencia de Felipe II fue Bernardino de Mendoza, otro de los muchos personajes descollantes de aquel tiempo, y muy desconocidos del público actual… Los numerosos relatos y estudios, aparte de su contribución a la historia y a la ciencia, desmienten la leyenda, no menos habitual, que presenta a los soldados y conquistadores españoles de entonces como personajes ignorantes, feroces y con mentalidad de bandidos.

Por contra, en el terreno científico la cultura española de entonces tuvo un papel poco reseñable —salvo en las aplicaciones prácticas, sobre todo a la navegación— y fue quedando retrasada. Pero debe considerarse que aun con los precedentes de Copérnico y Tycho Brahe, el pensamiento científico propiamente dicho, que a la observación precisa añade la experimentación y la formulación matemática, no aparece realmente hasta el siglo XVII, con Galileo. Precisamente cuando la universidad española perdía en cantidad y calidad.

* * *

Cervantes y Velázquez son considerados de modo casi unánime las cimas hispanas de aquel siglo, cada uno en su arte, por lo que vale la pena una breve semblanza de ellos como manifestaciones y contrastes del espíritu del tiempo.

Cervantes, castellano, nació en tiempos de Carlos I, en 1547, fecha de la batalla de Mühlberg, de la muerte de Hernán Cortés y del acceso al trono de los reyes correspondientes de Francia, Inglaterra y Rusia; y falleció en 1616, reinando Felipe III, cuando ya se observan síntomas de retroceso político. Sus 68 años de vida fueron por demás azarosos: de familia poco boyante y perseguida por acreedores, estudió sin llegar a la universidad y se aficionó a la literatura en Madrid, de donde partió para Italia con veintiuno o veintidós años, probablemente para huir de la justicia tras un duelo en que habría herido a otro hombre. Se empapó de la cultura italiana, sirvió por breve tiempo como criado del cardenal Acquaviva y poco después se alistó en los tercios. Como soldado combatió en la batalla de Lepanto, *la mayor ocasión que vieron los siglos*, donde perdió parcialmente el uso de la mano izquierda. Participó en nuevas expediciones y viajó por Italia. A su regreso a España, con veintiocho años, lo apresaron unos corsarios turcos. Permaneció cautivo durante cinco años en Argel, de donde intentó huir cuatro veces, fracasando siempre, y fue rescatado *in extremis* cuando ya estaba encadenado y embarcado para Constantinopla.

Su vida posterior en España tuvo poco de suave y tranquila. Recaló en el mundillo literario de Madrid, áspero por las rencillas y rivalidades entre autores; tuvo

una hija ilegítima y se casó con Catalina Salazar, de quien se separó a los dos años, pese a que él diría preferir «el peor concierto al divorcio mejor». Acosado por deudas y pobreza, ya con cuarenta años su situación empeoró en una ardua lucha por la supervivencia. Trabajó como recaudador de víveres para la Gran Armada de Felipe II, y de impuestos, tarea por sí ingrata, para dar con sus huesos en la cárcel un par de veces por supuesta defraudación. No fue una prisión estéril, pues en ella concibió la idea del *Quijote*, acaso como sátira de los tan populares libros de caballerías o como ironía sobre su propia vida aventurera, rematada finalmente de modo tan poco heroico y tan poco productivo. Sus obras literarias no le procuraron mayor reconocimiento hasta que en 1605, ya con 58 años, publicó la primera parte del *Quijote*, y diez años después la segunda. La obra se popularizó enseguida dentro y fuera de España, sin enriquecerle aunque facilitándole alguna mejora material y mecenazgo. Sus desdichas no parecen haber impreso resentimiento en su carácter animoso, y dentro de la estrechez, a ratos sórdida, de su madurez y ancianidad, da la impresión de haber disfrutado mucho de la amistad desenfada de las tertulias, probablemente de taberna, según su despedida del mundo: *¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida!* Casualmente el mismo año falleció Shakespeare, el mayor genio literario inglés.

No escasean entre los escritores e intelectuales de la época las existencias arriscadas, llenas de altibajos, a veces persecuciones y cárcel, y a menudo ligadas más o menos a la milicia: así las de Quevedo, Lope de Vega o Calderón en su juventud, por no hablar de los numerosos intelectuales militares o conquistadores. Fue un rasgo de la época, mucho más inhabitual entre los escritores y artistas de los siglos posteriores, de vidas más apacibles y previsibles.

Pero no todos vivían en la aventura y el riesgo. Así, entre el autor del *Quijote* y el de *Las Meninas* encontramos solo una leve semejanza biográfica: la influencia italiana y el origen plebeyo. Velázquez, sevillano con abuelos portugueses, nació en 1599 y vivió 61 años, finando probablemente de viruela. La última parte de su vida correspondió a la decadencia política del país, ya claramente visible, si bien él, en sus obras o en lo que sabemos de su persona, no manifiesta por tal hecho la angustia tan perceptible en Quevedo, por ejemplo. Quizá ni siquiera lo percibiera claramente. Uno de sus mejores cuadros exalta, precisamente, la toma de Breda, una de las últimas glorias militares españolas. Velázquez estudió pintura en Sevilla, donde existía una excelente escuela de estilo italianizante, y pronto demostró dotes excepcionales. A los 23 años se trasladó a Madrid, donde haría una espléndida carrera muy ligada a la Corte: cinco años después —edad a la que Cervantes fue apresado por los turcos después de sus tiempos de valeroso soldado— llegó a pintor de cámara de Felipe IV, monarca devoto de esa arte, siguiendo la tradición de los Austrias. Más tarde viajó a Italia, a donde volvería en 1649-51. Su biografía está exenta de lances arriesgados, con pocas graves desgracias o crudas pruebas más allá de las molestias propias de las

habituales intrigas cortesanas, de las que triunfó por el casi unánime reconocimiento de su genialidad. Era además aficionado al conocimiento de las ciencias mecánicas y las matemáticas. Celoso de su vida privada, poco sabemos de ella. Se casó muy joven con Juana Pacheco, tuvo dos hijas, una de ellas muerta pronto. Salvo un devaneo italiano en el que engendró un hijo ilegítimo, no parece haber caído en infidelidad, y su vida conyugal tiene trazas de haber sido feliz. En esta regularidad difiere asimismo de Cervantes, padre también de una hija fuera del matrimonio y casado precariamente, por lo que algunos le han sospechado homosexualidad, lo que suena más bien a deseo ambiguo de quienes lo sugieren.

* * *

¿Cómo caracterizar esta época en la historia de España? Ha fascinado a las generaciones posteriores, entre la admiración y la frustración por la incapacidad para igualarla. Se han querido extraer lecciones, en general poco acertadas, para recobrar las viejas glorias (en el franquismo hubo intentos, que quedaron por lo común en retórica altisonante). Por otra parte, debido acaso a dicha frustración, se ha producido una asimilación de las antiguas propagandas francesas y protestantes, con afán de rebajamiento o incluso de negación de aquel siglo y medio. Tucídides, por boca de Pericles, explicaba esa reacción psicológica de las generaciones posteriores, que «por envidia creerán los hechos exagerados, al considerarlos por encima de sus fuerzas».

Una variedad de ese talante negativista ha consistido en subestimar o negar a aquel tiempo verdadero carácter español, bien alegando que los reyes no eran —a su peculiar juicio: Ortega— españoles, o que no existiría España, sino Castilla más otros reinos de hecho independientes; o diluyendo la personalidad hispana en la del imperio europeo o americano, entendiendo la «monarquía hispánica» como ajena a una idea nacional; o afirmando que la corona de Aragón se mantuvo al margen; o utilizando la expresión enfática «las Españas» para encomiar una «España plural» de sustancia nacional escasa o nula. Joseph Pérez, por poner un caso, presenta aquella época dominada por los intereses patrimoniales de los Austrias, perfectamente ajenos a los intereses españoles que, en cambio, estarían mucho mejor representados por los Borbones. Hasta en autores más ponderados como Marías o Domínguez Ortiz encontramos la sugerencia de que es en el siglo XVIII cuando España aparece propiamente como ella misma, como más que Castilla y menos que el Imperio. Naturalmente, todos ellos aducen ciertos datos que destacan e interpretan según determinados presupuestos ideológicos.

Pero los hechos hablan un lenguaje suficientemente claro: la Monarquía *Hispánica*, de hecho un imperio, se apellidaba así en referencia a la nación determinante. La palabra imperio se ha usado a veces en el sentido de un estado soberano, pero en su aceptación corriente se trata de un poder de base nacional pero expandido sobre pueblos diferentes, con un grado de opresión alto o bajo (muy bajo

en el hispánico). No existen imperios propiamente internacionales, que serían más bien confederaciones. Tanto en Europa como en la península, todo el mundo sabía perfectamente a qué se refería cuando mencionaba a España, a sus ejércitos, su poder y su imperio. La expresión «las Españas» no variaba nada de ello.

Dentro del país, la preeminencia de Castilla era clara e inevitable, como también la progresiva disolución de la región propiamente castellana (la Vieja y la Nueva) en la ampliada, que englobaba a León, Asturias, Galicia, Vascongadas, Extremadura, Andalucía, Murcia, y Canarias. La Castilla propia se había convertido en el reino principal de la península durante la Reconquista, al final de la cual, ampliada, constituía necesariamente el poder directivo, no solo por su potencia económica y demográfica, sino también por la cultural, mientras que las regiones de la corona de Aragón, excepto Valencia, habían perdido el dinamismo de siglos anteriores. Ello ocurre siempre, pues no hay nación algo extensa en la que la riqueza, la población y la influencia política estén homogéneamente distribuidas. Lo cual no impedía «piques», pues la historia del padre Mariana fue juzgada en Cataluña y Valencia como excesivamente castellanista. El escritor valenciano Gaspar Escolano escribió sobre la *Historia de la ciudad y Reyno de Valencia*, tachando a Mariana y otros de querer «angostar la majestad y grandeza de España en los cortos límites de Castilla»; el catalán Esteve de Corbera reaccionó en el mismo sentido con su *Cataluña Ilustrada*. Por otra parte el aragonés Jerónimo Zurita había compuesto ya sus documentados y cuidadosos *Anales de la Corona de Aragón*. Todos ellos entendiendo a sus respectivas regiones como partes de España.

Por lo que se refiere al siglo XVIII, el dato de que la población aumente en la periferia más que en el deprimido centro de España no lo hace «más español», ni la hegemonía cultural castellana dejó de manifestarse aún más profundamente, por la inercia de la época anterior, la mejora en las comunicaciones y en el comercio, y la mayor intervención de Valencia y Cataluña en la economía del país. Siendo el castellano, igual que antes, la lengua que cohesionaba al conjunto. Desde el punto de vista político nacional, el siglo XVIII no supuso ninguna quiebra ni cambio profundo, sino continuidad, salvo que no alcanzó ni de lejos la inspiración cultural ni la proyección internacional de los tiempos mejores.

En rigor, fue en esos ciento cincuenta años «de oro» cuando España alcanzó su plenitud, fue más ella misma, más original, más exigente con sus propias fuerzas y dio más de sí afrontando desafíos formidables. Según la conocida frase de Nietzsche, «España quiso demasiado», pero sería más justo decir que hizo lo que pudo, y que pudo mucho. Las razones de aquel esplendor son difíciles de encontrar; algunas creo haberlas expuesto en el capítulo preanterior, pero nunca quedan completamente claras, como tampoco las razones por las que los pueblos eligen a veces lo peor y más dañino para ellos mismos. En el siglo XVIII, vale la pena insistir en ello, España se repuso parcialmente de su decadencia para entrar en otra más profunda en el XIX y parte del XX. Y hoy volvemos a topar con fuerzas negativas que tercamente presionan

por reproducir, en nuevas circunstancias, los males del pasado. No es probable que España vuelva a disfrutar de un siglo de oro, que en todo caso diferiría mucho de aquel; pero la realidad del ya vivido nunca debe dejar de suponer un estímulo para las generaciones posteriores.

18

¿EXISTIÓ LA RECONQUISTA?

No solo el Siglo de Oro ha sido objeto del descrédito o la negación por parte de la escuela hispanófoba, también lo ha sido la Reconquista. En marzo de 2007, Juan Luis Cebrián escribió en un artículo frases como estas: «Sin las Cruzadas y la Inquisición, sin la insidiosa Reconquista ibérica, podríamos —¿quién sabe?— haber asistido al florecimiento de una civilización mediterránea, ecuménica y no sincretista, en la que convivieran diversos legados de la cultura grecolatina, lo mismo que conviven hoy las dos *Europas*, la de la cerveza y el vino, la de la mantequilla y el aceite de oliva, en una sola idea de democracia». El artículo no tendría el menor interés si no fuera por su autor, el periodista más influyente de España durante muchos años y orientador de las capas directivas del país, retratados en su vaciedad intelectual orientador y orientados. En su momento repliqué con otro artículo:

> «Por poder, podríamos haber asistido al descubrimiento de la teoría de la relatividad o de los quanta, a la exploración del espacio y a la conquista del sistema solar a partir del Mediterráneo. O a la completa islamización de las dos orillas. Total, ¿quién sabe? Aunque, para ser precisos, sin la "insidiosa Reconquista" lo más probable es que ni el renombrado periodista ni la mayoría de los españoles actuales hubiéramos llegado a existir físicamente, pues descendemos en gran medida de las repoblaciones reconquistadoras. No digamos ya a existir culturalmente: tenemos muy cerca al Magreb para entender la clase de civilización "ecuménica" (el Islam tiene vocación ecuménica) de que disfrutarían los súbditos de un nunca vencido Al Ándalus. Y si el propio periodista puede expresarse así —caprichosa, más que libremente—, se debe, qué vamos a hacerle, a la "insidiosa", que nunca fue "ibérica" —¿sabrá él de qué habla?—, sino española: la reconquista de España, es decir, de la tradición cristiana, latina y europea frente a Al Ándalus y los imperios magrebíes.
>
> »La ignorancia del periodista vuelve a resplandecer cuando atribuye a su quiensabiente civilización ecuménica la convivencia de "diversos legados de la civilización grecolatina". La cultura griega difirió bastante de la romana, y en el seno de ambas crecieron legados muy diversos y hasta incompatibles. Allí tienen sus fuentes el pensamiento totalitario y el democrático, la idea republicana y las tiranías, el estoicismo y el hedonismo… Y ambas culturas se extendieron por la conquista y el imperio. No sobraría que el periodista explicase, si sabe, en qué "diversos legados" está pensando. En cambio nos obsequia con una trivialidad

aplastante: su civilización ucrónica habría funcionado “lo mismo que conviven hoy las dos Europas, la de la cerveza y el vino, la de la mantequilla y el aceite de oliva, en una sola idea de democracia”. La democracia gastronómica, toda una aportación teórica. Previsible, por lo demás: también podría haber aludido a la Europa de las playas y la de los acantilados, la de las nubes y la de los soles, la de los abrigos y la de las camisolas…

»Y aún osa escalar más cumbres el pensamiento de este hombre audaz: “Uno puede ser a la vez catalán, español, europeo, arquitecto, hombre o mujer, moreno o rubio, alto o bajo, cristiano, judío o musulmán, sentir su identidad en todas esas cosas a la vez, y de manera prioritaria en alguna de ellas, según las ocasiones”. Esto se llama profundidad y originalidad. No las cuatro primeras posibilidades, desde catalán a arquitecto, una vulgaridad obvia. Incluso lo de moreno o rubio, si uno cree que los tintes resuelven la cuestión. Pero mediten sobre las siguientes: “Uno puede ser a la vez hombre o mujer, alto o bajo, cristiano, judío o musulmán”. Todo depende de las ocasiones. No me digan que no tiene gracia el pensador. Creo que a nadie se le había ocurrido hasta ahora. Por extraño olvido deja de indicar “comunista o demócrata, liberal, autoritario o totalitario…” Lo cual sí puede depender de las ocasiones, él mismo lo ha demostrado.

»Mas, por desgracia, aquella civilización maravillosa y grecolatina no llegó a cuajar: “El poder religioso, aliado con el trono, se encargó de eliminar el pluralismo, tanto en el seno del Islam como en el de la cristiandad. Los liberales de unas y otras religiones sufrieron persecución y exilio por los poderes de esta tierra”. Veamos: el pluralismo, el liberalismo y la democracia se han desarrollado en la parte cristiana del Mediterráneo, pero no en la parte conquistada bélicamente por el Islam. Y aunque la democracia liberal es históricamente muy reciente, hunde profundas raíces en las concepciones cristianas de libertad y dignidad del individuo, manifiestas ya en la Edad Media. Si los cristianos españoles terminaron triunfando sobre un poder musulmán muy superior durante siglos, y en algunos aspectos más civilizado, se debió seguramente al dinamismo de esas ideas, que diferenciaron el poder religioso y el político, crearon los primeros parlamentos y dieron a la herencia grecolatina un giro muy distinto de los musulmanes, en cuyo seno quedó pronto agotada.

»Por lo demás, también dentro de la civilización occidental crecieron las ideas totalitarias que han convulsionado el siglo XX. Ideas tan anticristianas como las del fundamentalismo islámico o las del mismo periodista. Este, no es de extrañar, ha expuesto las suyas en Marraquech, capital del imperio almohade, que estuvo cerca de anular a la *Insidiosa*, y hoy ciudad emblemática de esa ejemplar y pluralista democracia de Mohamed VI. Y aún menos de extrañar que el envidiable régimen marroquí permita al periodista hablar como lo hace, en un homenaje a Juan Goytisolo, otro excelso pensador demócrata, muy a gusto en aquel paraíso de la libertad».

Añadiré lo inadecuado del calificativo «insidioso». La Reconquista fue un proceso de contraofensiva abierta, no malicioso e hipócrita como en cambio sí lo es el artículo del periodista, que quiere pasar por bienintencionada especulación un dañino ataque a la nación y a la democracia.

Es bastante lógico que los islamistas valoren muy negativamente la Reconquista, pero que lo hagan, suicidamente, quienes deben a ella su propia cultura y hasta su existencia física, revela una extraña enfermedad moral que ya comprobamos en relación con las independencias de América. Derivación de ese enfoque, con la que estarían de acuerdo, contradictoriamente, personajes como el aludido periodista, es la simple negación de la Reconquista. No existió tal, afirman no pocos, sino unas luchas de los «reinos cristianos» contra la zona musulmana o Al Ándalus, al parecer asentada originariamente en la península. La justificación de la agresión cristiana con el recobro del reino hispanogodo de Toledo sería una falaz propaganda ideológica sin fundamento histórico, aseveran esos críticos. Los cuales, de paso, acostumbran identificar a los reinos cristianos con el fanatismo y la barbarie frente a un civilizado, refinado y tolerante Al Ándalus. Nuevamente encontramos a Ortega en la negación de la Reconquista, que a su modo de ver habría durado demasiado para llamarse así. El pensamiento de Ortega caía bastante bajo cuando hablaba de política e historia, y su complemento proandalusí lo sistematizó Américo Castro.

Por supuesto, los maurófilos pueden sostener que aquella larga lucha fue un mal porque la ganaron los peores; pero ni ellos pueden dudar de que los españoles actuales son, culturalmente, los mismos salidos de la lucha contra el Islam. Ni de que antes de la invasión musulmana existía en la península un estado con una cultura básicamente común con la de los reinos que lucharon luego contra Al Ándalus, y vale la pena repetirlo: de habla latina, religión cristiana, con un derecho de origen romano, diversas actitudes vitales y políticas, sin contar rasgos más triviales pero no menos significativos en culinaria, vestimenta y costumbres diversas. Desde muy pronto, probablemente desde el comienzo de su resistencia en Asturias, los estados cristianos reivindicaron esa herencia visigótica. Antes de la invasión árabe-bereber, España existía con ese nombre (Hispania, Spania) y con características muy acentuadas, recuperadas luego. Por tanto, el concepto tradicional de Reconquista, lejos de ser un mero pretexto propagandístico, corresponde a una realidad definitoria, bien visible hasta hoy mismo: se recuperó en lo esencial la civilización anterior al Islam, y a eso se llama justificadamente Reconquista. Realidad no alterada por el dato, banal en su evidencia, de las evoluciones sociales producidas en aquella larguísima contienda, o de parciales intercambios entre los dos bandos, que no desmienten lo esencial del proceso.

Por lo demás, el término «reinos cristianos», usado comúnmente, enmascara un tanto la realidad, pues reinos cristianos había en gran parte de Europa. Los de la península eran además españoles. En rigor, los auténticos españoles, si damos al calificativo un sentido más que geográfico: cultural y políticamente se enfrentaba

España, civilización cristiana y europea, contra Al Ándalus, islámica y africano-oriental. De quién venciera iba a depender por muchos siglos el futuro de la sociedad peninsular.

Como digo, desde la perspectiva musulmana se entiende perfectamente la injuria o la negación de la Reconquista. Pero el caso es que ese talante viene siendo muy compartido por tendencias autollamadas progresistas, cuyo manantial de ideas está en el marxismo y su lucha de clases, para el cual el pasado pierde automáticamente valor al definirse por la explotación de las masas y la «alienación». Uno puede asombrarse, una vez más, por esa combinación de retorcimiento argumental e ignorancia voluntaria de hechos decisivos, máxime cuando proceden de la Universidad. Pero ya decía Orwell que para sostener cierta clase de tonterías se precisan estudios superiores.

* * *

Creo que no hará falta dar más vueltas a un debate de fondo absurdo, por lo que entraré ahora en la descripción de aquella larga pugna, de tan vastas consecuencias. En ella son discernibles tres fases de características bien definidas: la primera, entre aproximadamente los años 718 y 1000; la segunda, hasta avanzado el siglo XIII; y la tercera, desde entonces hasta la toma de Granada en 1492. La primera coincide *grosso modo* con la Alta Edad Media, que prefiero llamar Edad de Supervivencia, porque la civilización europea libró una difícil lucha con invasiones vikingas, magiares e islámicas. Estas últimas afectaron de modo especial a España, llevándola al borde de su sustitución por Al Ándalus. La segunda y tercera fases transcurrieron en la Edad de Asentamiento o Baja Edad Media, cuando la Europa cristiana se fortaleció y capacitó para afrontar a cualquier adversario.

El comienzo de la Reconquista no ofrece dudas: la rebelión de Pelayo en Asturias en torno al año 718 y la consecuente batalla de Covadonga en 722, siete y once años después de la invasión árabe-bereber. Los rebeldes establecieron su capital en Cangas de Onís, llegaron al mar y con Alfonso I, sucesor de Pelayo (tras el breve Favila) ampliaron su reino por Galicia, Cantabria, el norte de la actual provincia de León y algo después Álava. Para valorar la proeza debe recordarse que se trataba de la zona quizá más pobre de España y la menos poblada, aunque seguramente recibiría a gentes del valle del Duero y de más al sur, huidos del islamismo. Según algunos, el éxito se debió a la despreocupación árabe por unas zonas agrestes y sin interés económico, pero se trata de una racionalización absurda: los árabes conquistaban no solo ni principalmente por razones económicas, y la pérdida de aquella extensa región constituía un duro golpe a su prestigio de invencibilidad. Máxime cuando aquellos inquietos rebeldes amenazaban directamente los espacios más al sur. Desde luego, los musulmanes no se desentendieron de tan grave contrariedad, sino que pronto enviaron expediciones (*aceifas*) para destruir el reino asturiano, sin llegar a

conseguirlo. Los inmediatos sucesores de Alfonso I parecen haberse dedicado más bien a consolidar lo ganado, con repoblaciones y fundación de monasterios, que constituían en toda Europa los más difundidos centros culturales, con sus bibliotecas, hospitales y técnicas agrícolas.

En 756, casi al mismo tiempo que moría Alfonso, Abderramán I unificaba y fortalecía el poder musulmán poniendo la capital en Córdoba, después de peleas interétnicas entre árabes y bereberes y entre clanes. Doce años después, el rey franco Carlomagno emprendía la creación de un vasto imperio al otro lado de los Pirineos. Ante la amenaza andalusí, Carlomagno estableció la Marca Hispánica, que debía extenderse hasta el Ebro, y desde el Mediterráneo hasta al Cantábrico, pero su ejército fue vencido por los vascones en Roncesvalles, en 778, y, lejos de llegar al Ebro, la Marca quedó confinada a la vertiente sur de los Pirineos con un saliente hasta Barcelona: la franja norte de lo que, mucho tiempo después, serían Cataluña y Aragón.

Tomaron forma entonces dos Españas, por así llamarlas, la cantábrica y la pirenaica. La primera, con centro en Oviedo y más tarde en León, rehusó aceptar el imperialismo de Carlomagno, aun manteniendo buena relación con él. Su subsistencia dependía de su decisión y habilidad ofensiva, pues de otro modo se vería acosada hasta la aniquilación por la fuerza de Córdoba. Y, al atraer sobre sí la belicosidad de Al Ándalus, favoreció al imperio de Carlomagno y al sostenimiento de la Marca Hispánica. Esta, la España pirenaica, demasiado débil, dividida en muchos condados y dependiente de los francos, aunque con fuerte conciencia hispanogótica, se mantendría a la defensiva y tardaría aún más de dos siglos en participar con intensidad en la Reconquista. Entre la Marca y Asturias, el reino de Pamplona se desarrollaría primero como vasallo de Córdoba y después en estrecho contacto con el reino astur-leonés, ampliándose por tierras pirenaicas de Aragón.

Durante la primera mitad del siglo IX, la España cantábrica, con Alfonso II, reforzó el ideal y simbología neogoticista y estableció la capital en Oviedo, tratando de darle fuste comercial dentro de sus escasos medios; y artístico, con el original arte asturiano. Pero su consecución de mayor trascendencia fue el hallazgo de la tumba atribuida al apóstol Santiago, en 812. Es difícil exagerar el valor de este descubrimiento o invención, según se mire, porque tendría un peso decisivo en la nueva configuración espiritual, política y económica de España. Además, Alfonso II derrotó repetidos ataques andalusíes, incursionó hasta Lisboa, sin retenerla, y amplió el reino hacia el sur y el este, cuyas tierras fue repoblando. Sus sucesores, en especial Alfonso III *el Magno*, Ordoño II (que trasladó la capital a León) y Ramiro II, derrotaron muchas ofensivas o aceifas de Córdoba, durante los siglos IX y X, realizaron incursiones audaces hasta la misma Sevilla, ocuparon Castilla y establecieron sólidos lazos con Navarra.

Los éxitos de unos pueblos —repitamos: pobres y poco numerosos frente a la fuerza impresionante del emirato de Córdoba (califato desde 929, bajo Abderramán

III)— se deben a la convicción, la audacia y destreza organizativa demostradas, de las que dependía su supervivencia ante unas aceifas musulmanas que arrasaban los campos, llevándose esclavos a los hombres que no mataban y sobre todo a las mujeres. Aun así, un punto débil de la cristiandad hispana era su división frente a un Al Ándalus unificado: los orígenes dispersos de la Reconquista habían originado nuevos poderes en los que los hechos consumados y los intereses creados aflojaban el impulso unitario. De modo que en torno al año 1000 existían en España el reino de León, que reclamaba su hegemonía sobre el conjunto pero no había podido impedir la práctica independencia del impetuoso condado de Castilla; el expansivo reino de Pamplona, embrión de Navarra, ampliado a tierras vascongadas, aragonesas y castellanas; el condado aragonés de Ribagorza y el condado de Barcelona, independizado en la práctica de la tutela franca y que absorbía a otros condados de la Marca Hispánica. No siempre eran buenas las relaciones mutuas, si bien la amenaza constante de Al Ándalus tendía a robustecer el ideal común. Por fortuna para ellos, el estado andalusí sufría a su vez serias grietas internas, que indicaremos luego.

Las huestes de Oviedo-León y Navarra se componían de hombres libres y muy motivados: los pueblos disponían de instituciones más representativas y más libertad personal que en Al Ándalus. Su sociedad se estructuraba según el modelo feudal en *oratores* o clérigos, dedicados a la salvación espiritual de la sociedad; *bellatores* o guerreros, también políticos; y *laboratores*, en su mayoría campesinos, a menudo siervos, artesanos y comerciantes, estos escasos en una economía aún primaria. La división no era, desde luego, estricta y ofrecía matices de unas regiones de Europa a otras. Así, la necesidad de repoblar las tierras recobradas y siempre en riesgo por las aceifas, beneficiaba a los campesinos, que disfrutaban de más libertad y derechos que en el resto de Europa, sobre todo en las zonas de expansión; en la España pirenaica, más estable y a la defensiva, el dominio señorial tendía a hacerse más opresivo.

El mapa del año 1000, casi tres siglos después de comenzada la resistencia al Islam, muestra un Al Ándalus ocupando aún dos tercios de la península, y a España con un tercio desigual, pues ha profundizado por el oeste bastante más abajo del Duero, mientras que por el este se halla aún bastante lejos de alcanzar el Ebro, salvo en Navarra. Los andalusíes hablaban árabe, aunque persistía el romance mozárabe seguramente dialectizado. Los cristianos hablaban derivados del latín, con diferenciaciones que probablemente no impedían la comprensión mutua. Los vascones conservaban el vascuence, no indoeuropeo, pero desde el primer momento adoptaron el latín y el castellano como lenguas de cultura.

Pese a los avances cristianos, la superioridad material de Córdoba seguía siendo aplastante: en las décadas anteriores al año 1000 lo demostraría el caudillo árabe Almanzor, al infligir una serie de graves derrotas a los españoles, reduciendo su territorio y lanzando terribles ofensivas desde Santiago a Barcelona. La cristiandad hispana pudo encontrarse en vísperas de un retroceso decisivo, quizá de la aniquilación.

Sin embargo ocurrió lo impredecible, y a una escala asimismo inesperada: la segunda etapa de la Reconquista parecía a punto de inaugurarse con la derrota final de los reinos hispanos, anulando el fruto de casi tres siglos de luchas agónicas, y en cambio empezó con la completa disolución del califato de Córdoba. Casi de súbito el poder único andalusí se disolvió en decenas de *taifas*, estados muy desiguales en riqueza, extensión y población. Las taifas se demostrarían incapaces de hacer frente conjuntadamente a sus enemigos cristianos, con lo que estos adquirieron una decisiva superioridad militar.

Y no solo militar. En los siglos anteriores Córdoba gozaba de muchos más medios materiales y humanos, y de una cultura en parte superior a la de los cristianos. Pero en torno al año 1000 también esto cambió decisivamente: la Cristiandad europea, incluida la española, progresaba y prosperaba a pesar de epidemias, hambrunas y guerras. Manifestación de ese progreso fue el movimiento artístico bautizado mucho más tarde como «Románico», productor de un sinfín de obras impresionantes, grandes y pequeñas, por el occidente continental, indicio a su vez de mayor riqueza y técnica. El Románico nació posiblemente en el norte de Italia, en el Aragón pirenaico y en el condado de Barcelona y aledaños, donde el monasterio de Ripoll se convertiría en un relevante foco cultural. El núcleo de más poderoso aliento sería el monasterio borgoñón de Cluny. Aunque apoyado en los monasterios, el románico se extendió también por las ciudades y marcó el paso a la Edad de Asentamiento europea. Paralelamente, la reforma del papa Gregorio VII superaba el siniestro «Siglo de Hierro» del Papado, la época de mayor degradación que haya vivido este. Cluny serviría de instrumento privilegiado a la nueva influencia de Roma, la cual tenía pretensiones de dictar la política de los países cristianos. De poco tiempo antes fue la fundación del Sacro Imperio Romano Germánico, también con pretensiones de englobar políticamente a la Cristiandad y de mediatizar a Roma a su servicio. De tales ambiciones surgirían violentas querellas entre el Papado y el Imperio. En España, la injerencia pontificia y borgoñona determinarían la secesión de Portugal en 1143.

Superada la zozobra por las invasiones vikingas, magiares e islámicas, la Cristiandad se sintió lo bastante fuerte para emprender cruzadas a fin de recuperar Tierra Santa, un optimismo que dio asimismo redoblado estímulo a la peregrinación a Santiago. Desde el descubrimiento del sepulcro, miles de creyentes viajaban a esa ciudad a lo largo del Cantábrico, ruta difícil. Pero Sancho III de Navarra, una vez superado el mayor riesgo de incursiones moras, abrió una nueva vía por el norte de la meseta castellano-leonesa, especie de tronco desde el que se abrían decenas de caminos como ramas que llegaban a Escandinavia, el este de Europa, Inglaterra e Italia. Aunque persistirían en la península otros caminos, este se hizo el principal, llamado también «francés» por la afluencia de gentes desde el vecino país. Santiago se convirtió en fuente de orgullo e identidad para los hispanos (de ahí el grito de guerra tradicional «¡Santiago y cierra España!»: «cierra» en el sentido de «carga» o

«ataca»). La ruta tomó además carácter comercial, radicándose en ella numerosos franceses, germanos, ingleses y de otros orígenes, que aumentaron la población y los oficios. Así crecieron las ciudades y poblaciones del recorrido: Pamplona, Puente la Reina, Logroño, Burgos, León, Astorga, etc., aparte de la propia Santiago de Compostela, próspero y prestigioso núcleo religioso-político.

Aquel floreciente siglo XI, que para Castilla fue asimismo el del Cid Campeador, héroe popularizado dentro y fuera de España, vio también una nueva formulación de libertades de acuerdo con la mayor complejidad social. El Fuero de León de 1017, primicia en Europa occidental, reafirmaba el poder regio y urbano a costa de la nobleza, protegía a artesanos y mercaderes y reconocía derechos elementales. El fuero modelaría otros en Aragón, Navarra, La Rioja y Vascongadas. Y en el siglo siguiente, en 1188, marcarían un nuevo hito las Cortes de León, quizá el primer Parlamento europeo, anterior al inglés.

En otro orden, se consolidaron cinco reinos españoles: León, Castilla, Navarra, Aragón (con Cataluña) y Portugal. No faltaron las peleas, intrigas y rivalidades entre ellos, lo cual arriesgaba dejar la reunificación en mero ideal ya incumplible. Ni faltaron movimientos unificadores, seguidos de otros contrarios. Bajo Sancho III, Pamplona sustituyó a León en la hegemonía: su reino incluía La Rioja y Aragón, ganó por matrimonio Castilla (la cual abarcaba también las Vascongadas, siempre oscilantes entre León, Castilla y Pamplona), se hizo con la regencia de León y estrechó lazos con Barcelona. El renombrado abad Oliba, de Ripoll, le llamó «rey de los reyes españoles», consideración seguramente difundida de modo informal. Pero a su muerte, en 1035, dividió el territorio entre sus hijos, dando lugar a dos nuevos reinos, Castilla y Aragón.

No solo la división de reinos presionaba contra la Reconquista, también la nueva situación creada por la desintegración de Córdoba. Los reinos cristianos, poco antes sumidos en la derrota y la incertidumbre, se encontraron en posición de gravar a las taifas con cuantiosos tributos (*parias*), fuentes de un enriquecimiento fácil. Así, Barcelona llegó a ser la ciudad europea donde se acuñaban más monedas de oro, y sede de un próspero mercado de esclavos, traídos muchos de ellos de tierras eslavas con destino al dividido Al Ándalus. La nueva riqueza revirtió igualmente sobre el monasterio de Ripoll, un espléndido foco de cultura. La historia del Cid también está muy relacionada con el cobro de parias. De este modo, las taifas resultaban una gallina de los huevos de oro, cuya conservación se oponía al empeño reconquistador. No obstante este terminaría imponiéndose de nuevo, sumándose a ella con fuerte impulso la corona de Aragón, en especial Cataluña.

Castilla, bajo Alfonso VI, tomó la mayor iniciativa contra los moros, cerrando a Navarra la expansión hacia el sur y tomando Toledo en 1085. Al haber sido esta la capital del reino hispanogodo y también de una de las taifas más extensas, el suceso tuvo inmensa repercusión política y simbólica. Las taifas, asustadas pero incapaces de unirse, llamaron en su auxilio a los almorávides, un grupo religioso que aspiraba a

purificar el islam y había creado un imperio en el Magreb. Los almorávides aplastaron a un ejército castellano-leonésaragonés en Zalaca (1086). Luego sometieron a las taifas, integrándolas en su imperio y tomaron Valencia a los españoles. Pero el peligro, acuciante al principio, pasó relativamente pronto. Los cristianos reaccionaron mientras en el Magreb otro imperio, el almohade, desplazaba al almorávide.

Los almohades tomaron sobre sí la tarea de recobrar la península. En Alarcos (1195) infligieron a los castellanos una abrumadora derrota, que les permitió apoderarse de nuevas tierras, y concibieron el propósito de continuar hasta Roma. A tal efecto pregonaron la guerra santa por África y Oriente Próximo, y con un nutrido ejército avanzaron por Despeñaperros. Los reinos hispanos unieron fuerzas, llegando también un gran contingente de más allá de los Pirineos, que no llegó a entrar en acción. El choque tuvo lugar en las Navas de Tolosa (1212). Los españoles triunfaron: de haber perdido, el alud muslim se habría hecho incontenible. Para los almohades esta derrota, complicada con tensiones en el Magreb, marcó el hundimiento de su poder.

El final de esta segunda fase de la Reconquista va unido a las figuras de Fernando III *El Santo* y de Jaime I *El Conquistador*. El primero reunificó, ya definitivamente, a Castilla y León, descendió desde el valle del Tajo y el Guadiana al del Guadalquivir, acabando hacia 1248 con los estados islámicos de la región, excepto Granada y alguno menor. A su vez, Jaime I de Aragón repartió con Fernando los territorios a recobrar por cada reino, y conquistó las Baleares y Valencia, cumpliendo su cometido en 1245. En el oeste, Portugal culminó también su parte en 1249.

La Reconquista podía darse por finalizada, cinco siglos largos después de su inicio, salvo por el reino moro de Granada, reducido a vasallo de Castilla. Sin embargo la Granada mora iba a mantenerse todavía dos siglos y medio. Y en el norte, Navarra tomó un rumbo distinto. Debía haberse integrado en Aragón, según lo pactado con Jaime I al extinguirse la dinastía allí reinante, pero la mayoría de los nobles optó por ligarse a Francia, en torno a la cual girarían también durante dos siglos y medio, después de que las tropas francesas vencieran a las castellanas en 1279.

En todo este tiempo creció la ventaja de los estados españoles sobre los andalusíes. Mientras la brillantez cultural islámica del pasado se anquilosaba, el Gótico exhibía en Europa occidental la pujanza intelectual, económica, técnica y demográfica acumulada sobre el Románico. Las medidas tomadas por Fernando III indican ese progreso. Castilla-León tenía ya varias universidades, instituciones clave en la civilización europea, y Fernando favoreció generosamente a la de Salamanca, promovió la instrucción general y las ciencias, y acordó la construcción de las magníficas catedrales de Burgos y León. Asimismo oficializó el castellano en el derecho, una novedad en Europa, e hizo traducir el *Liber Iudiciorum* visigodo al romance con el nombre de *Fuero Juzgo*. Su hijo Alfonso X *El Sabio* respondería muy

bien a su apodo, aunque no resultara tan sabio en política. Castilla-León se configuraba ya como el estado más enérgico de la península, del cual dependería en mayor grado el cumplimiento —o no— del proyecto reconquistador brotado, de forma implícita o abierta, en Covadonga.

* * *

No tiene fácil explicación la prolongada subsistencia del reino moro de Granada, tributario de Castilla. Quizá pospusieran su conquista el beneficio económico más la convicción de que caería fácilmente. Como fuere, el peligro magrebí persistió después de las Navas de Tolosa, pues el imperio benimerín, sucesor del almohade, atacó Algeciras y Gibraltar en 1329-1333, destrozando a la flota castellana en el estrecho y desbaratando a la aragonesa (básicamente catalana). Un esfuerzo desesperado de Castilla, con ayuda de Portugal y ciudades italianas, recobró el control del estrecho y, con ayuda lusa, los castellano-leoneses aniquilaron a los invasores en la batalla del Salado. Dada la complicidad de Granada con los benimerines, Castilla la atacó, sin mucho empeño ni éxito. Granada resistiría aún varios ataques desganados.

Entre tanto, otros sucesos cambiaban la faz de España. Aragón se alzó como potencia europea: entre finales del siglo XIII y primer tercio del XIV, expulsó a los franceses de Sicilia, ganó Cerdeña, dominó en buena medida el Mediterráneo occidental y sus expediciones llegaron a Grecia, donde sus almogávares conquistaron los ducados de Atenas y Neopatria a bizantinos y francos. Cataluña fue el nervio de esa expansión y Barcelona rivalizó comercial y bélicamente con Génova, la más próspera ciudad marítima italiana. También tuvo relevancia cultural (universidad de Lérida, crónicas que forman un conjunto historiográfico de los más interesantes de Europa por entonces…). La primacía catalana en Aragón no duraría mucho, porque algunas hambrunas y sobre todo la Peste Negra, que asoló a toda Europa, rebajaron su población a la mitad a mediados del siglo XIV. Después, el dominio cristiano del estrecho de Gibraltar derivó las rutas comerciales más al sur, aislando a Barcelona, cuyo declive quedó sellado en guerras de Aragón contra Mallorca, Castilla y Génova. El reino de Valencia pasaría a ser la parte más próspera y culta de la corona aragonesa.

Había una diferencia sustancial entre el régimen de Castilla y el de Aragón, pues en la primera se afirmaba el poder regio sobre el nobiliario, lo cual favorecía al pueblo llano, mientras que en el segundo los nobles mantenían a raya a los monarcas e intensificaban la opresión sobre el campesinado. El fraile ideólogo Francesc Eiximenis expresó sin rebozo la doctrina: el gobierno debía proteger ante todo a los mercaderes, y tratar a los campesinos con «golpes, hambres y castigos duros y terribles». Esta conducta y las cruentas guerras civiles que desató acabarían con la prosperidad catalana hasta la abolición de sus abusivos fueros por Felipe V.

Portugal vivió una prosperidad mucho más sostenida. En 1383 se hizo posible la unión con Castilla por matrimonio, pero una parte de la nobleza prefirió al maestre de la orden de Avís, encendiéndose una guerra civil. La disputa se resolvió dos años después en la batalla de Aljubarrota, con intervención de caballería pesada francesa por parte castellana y de arqueros ingleses por la contraria. Los arqueros decidieron el combate, como en otras batallas en Francia, sellando la secesión de Portugal, ya definitiva salvo por el breve período de sesenta años entre Felipe II y Felipe IV. En el siglo XV, Portugal dedicó sus esfuerzos a exitosas empresas descubridoras y conquistadoras por África y el Índico, hasta la actual Indonesia.

Castilla, el reino peninsular más poderoso y culturalmente avanzado, entró en un período de guerras internas y contra Aragón y Portugal. Aliada con Francia, participó en la Guerra de los Cien Años (1337-1453) entre franceses e ingleses, con cuyo motivo su excelente marina derrotó repetidamente a la inglesa —vencedora a su vez de la francesa— y saqueó la costa sur de Inglaterra y hasta pocas millas de Londres. Esta contienda se complicó con otra dentro de Castilla con intervención francesa e inglesa y victoria final de Enrique II de Trastámara sobre su hermanastro Pedro el Cruel, en 1369.

La casa de Trastámara determinaría la historia política de Castilla, y luego de Aragón, durante el siglo XV. En 1410, muerto sin hijos el rey aragonés Martín I, compitieron por el trono hasta seis pretendientes, siendo los mejor situados el infante castellano Fernando de Trastámara, sobrino de Martín, y el conde catalán Jaime de Urgel, el cual hizo asesinar al arzobispo de Zaragoza, enemigo suyo. Se aceptó por fin en 1412 una decisión mayoritaria entre nueve compromisarios (el compromiso de Caspe), tres por cada parte de la corona, Aragón, Cataluña y Valencia; Mallorca no tuvo voz ni voto. La versión tradicional afirma que todos apoyaron a Fernando menos dos de los catalanes que lo hicieron a Jaime, pero no hay constatación documental y podrían haber votado todos por el de Trastámara.

El siglo XV fue convulso en España, no así en Portugal. La nobleza castellana entró en revuelta casi constante desde 1420. En Cataluña una guerra civil duró diez años, entre 1462 y 1472. Navarra sufrió otra guerra civil por motivos dinásticos, Galicia las revueltas campesinas de los Irmandiños y las Vascongadas una guerra de banderías. En el tercer cuarto de siglo la crisis castellana se hizo agudísima bajo Enrique IV. La negra perspectiva se rectificó, sin embargo, con el matrimonio entre Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla, los Reyes Católicos. Ambos, con talla de auténticos estadistas, unieron y pacificaron los dos reinos y se les conoció, dentro y fuera, como reyes de España, aunque no usaran oficialmente el título, por causa de Portugal.

En 1492, después de algunos imprudentes ataques desde Granada, los Reyes Católicos decidieron terminar con la presencia política de los moros en la península. La campaña resultaría inesperadamente larga y difícil ante la resistencia encarnizada de los islámicos en un terreno muy abrupto, y duraría diez años. Culminaba una

larguísima y complicadísima pugna, llena de momentos dramáticos, entre España y Al Ándalus, entre el espíritu occidental y el oriental-africano, y quedó asegurada, al menos hasta ahora, la permanencia de España en la civilización europea. Al profundo simbolismo de la fecha se unió el descubrimiento de América diez meses más tarde del mismo año, comienzo del Siglo de Oro y de una nueva edad histórica en España y en Europa.

19

¿ESPAÑA MUSULMANA?

Es de uso muy frecuente la expresión «España musulmana», asociada a una imagen de esplendor y tolerancia entre «las tres culturas» (musulmana, cristiana y judía) conviviendo en armonía bajo el poder islámico, hasta que el fanatismo cristiano arruinó a dos de ellas. Otros, sin aceptar esa imagen, admiten sin embargo la expresión. De *España musulmana* hablan historiadores tan solventes como Sánchez Albornoz o Fernández Álvarez. Sobre este último escribí: «Dice Fernández Álvarez: "La España musulmana, en este primer período que culmina con el califato de Córdoba, duró cerca de tres siglos. Su historia no fue menos turbulenta que la de la España visigoda". El aserto me parece un disparate analítico, a menos que demos al concepto de España un valor meramente geográfico. Nunca existió una "España musulmana", sino Al Ándalus o Alandalús, opuesta radicalmente, en todo menos en la geografía, a lo que llamamos España antes y después de la invasión de Tárik y Muza. De haberse impuesto Al Ándalus, la evolución histórica desde la II Guerra Púnica habría quedado interrumpida definitivamente, como sucedió en el norte de África y en Oriente Medio. El simple hecho de que la civilización islámica se asentara en la Península Ibérica (esta sí una denominación solo geográfica), no la hace española, por más que adoptase, muy secundariamente, algunos rasgos hispanos. Los franceses, los italianos, los mismos germanos, tenían mucho más que ver con los españoles que los andalusíes, si no queremos dar a la palabra "español" un carácter ahistórico y acultural. Los herederos de Al Ándalus no son los españoles, que precisamente lo derrotaron, sino los magrebíes, pues al Magreb emigraron o fueron expulsados gran masa de andalusíes, y sobre el Magreb ejercieron su mayor ascendiente artístico e intelectual.

»Observamos el equívoco en muchos historiadores de derecha que, por un prurito patriótico mal aconsejado, reivindican para España el esplendor de Córdoba. Pero si dejamos de lado el mero dato geográfico o la evanescente cuestión de la sangre o la "herencia temperamental", los herederos de Al Ándalus, en sentido cultural y en gran medida genético se encuentran, repito, en el Magreb. Llamar españoles a Maimónides, Averroes, Ibn Quzman, los poetas de las taifas o los constructores de la Alhambra, constituye un contrasentido. Así lo sostengo en *Nueva historia de España*, y creo que la tesis se impondrá, a menos que se le opongan argumentos más consistentes.

»Y hablar de una España musulmana supone que si el Islam volviera —está en ello, por cierto—, España subsistiría igualmente, pues la geografía y no la

culturaserían el dato relevante. La barbaridad se completa con la equiparación entre la "España" musulmana y la visigoda por sus turbulencias. Con los visigodos, la cultura romana y cristiana dio lugar a una nación, la primera nación española y probablemente europea, que los invasores árabes estuvieron muy cerca de aniquilar por completo. Y tampoco responde a la realidad la afirmación de que la España visigoda y Al Ándalus fueran igualmente turbulentas. Al Ándalus vivió en guerra civil permanente, mientras que la mayoría de las contiendas internas godas solo afectaron a la capa superior. Además, la dinámica histórica fue justamente la opuesta: en los hispanogodos, un proceso tenaz de unificación de la romanizada península; en los musulmanes, un retroceso paulatino de su dominación, acompañado de descomposición interna».

Y en cuanto a turbulencias, ¿qué período histórico ha dejado de sufrirlas? Sobre la irresistible tensión disgregadora de Al Ándalus me extenderé más abajo. En otro artículo insistí:

> «He visto una "información" en el museo arqueológico de Badajoz que pinta a la España visigoda como "estéril y agotada", mientras pondera las bellas ventajas aportadas por la "presencia" islámica (no habla de invasión). Mucha temeridad de los "informadores". Pues la España musulmana significó la sustitución de la lengua, el derecho y, en general, la cultura latina, por el árabe, la sharia o normas de derecho semejantes, y la conversión de la península en cabeza de puente del Islam en Europa, invirtiendo, también como en el Magreb, la victoria de Roma sobre Cartago.
>
> »Los admiradores de Al Ándalus destacan la riqueza, la literatura, la ciencia o las hermosas construcciones ligadas durante algunos siglos a sus capas dominantes, y olvidan el extremado despotismo, el muy extendido esclavismo, la violenta y casi constante discordia civil o la permanente imposición de oligarquías foráneas. Al mismo tiempo desprecian el espíritu mucho más libre de los españoles, aun si durante unos siglos más pobres y menos ilustrados. Cabe sospechar que en el fondo admiran precisamente el despotismo: la libertad vale menos que la riqueza. Pierden de vista, además, que el esplendor andalusí se estancó irremediablemente entre los siglos XIII y XIV, mientras los españoles, más libres, no dejaron de progresar.
>
> »De los árabes, grupos apenas civilizados salidos del desierto, no asombra menos su impulso conquistador y destructivo que su posterior capacidad para asimilar a los pueblos conquistados, a quienes impusieron su religión, sus concepciones del mundo y de la vida, su derecho, su idioma y su escritura. Pero también mostraron receptividad a las culturas vencidas, remodelándolas. Al ocupar tierras bizantinas recogieron parte de la cultura griega; en Irán, tras las iniciales y tremendas devastaciones culturales (y de otros géneros), salvaron lo aún salvable, y los persas, islamizados pero orgullosos de su tradición,

mantuvieron su idioma y produjeron una época dorada —literaria, artística, filosófica— para el Islam. Los árabes también acogieron aportes chinos, como el papel, o indios, como las notaciones matemáticas y los números hoy conocidos, erróneamente, como arábigos, de tanto efecto para la ciencia.

»En España asumieron algo de la fuerza cultural acumulada en siglos pasados, sobre todo en el valle del Guadalquivir, la transformaron de raíz y aportaron conocimientos de Oriente. Pero aquí fue más lenta la islamización y, sobre todo, brotó una resistencia cristiana que enlazaba políticamente con el derrocado reino de Toledo. Así, la invasión no aniquiló por completo a España, que resurgió, y al terminar el siglo VIII se expandía, pese a las embestidas andalusíes. A lo largo del siglo IX se consolidarán dos naciones en radical conflicto: el triunfo de una significaba necesariamente la ruina de la otra. Y aunque no faltaron préstamos mutuos, lo llamativo es que hayan sido tan pocos para una relación tan larga. Dicho de otro modo, el legado islámico es fundamentalmente arqueológico, tal como lo es el legado cristiano en el Magreb o donde ha triunfado el Islam.

»Eran dos mundos demasiado distintos. El cristianismo entrañaba una mayor diferenciación entre religión y política, una libertad personal que daría lugar a gobiernos más representativos, una extensión mucho menor de la esclavitud, unas ideas muy diferentes del derecho, una mayor autonomía de la mujer, monogamia estricta, bautismo y no circuncisión, arte figurativo… Su lengua era un latín en rápido cambio, y su cocina del cerdo y el vino estaba prohibida por el islam, aunque Al Ándalus heredara cierta afición etílica. La cultura andalusí, entonces naciente, era musulmana y el árabe su idioma cada vez más popularizado. Poquísimas personas del norte sabían árabe, y muchas del sur apenas hablarían romance, lo que reducía el entendimiento mutuo. Al Ándalus gozaba de aportes en circulación por el Islam desde la India o China, países remotos, desconocidos en Europa, y desde Bizancio; de recursos demográficos y materiales muy superiores a los de la renaciente España. Sobre esas bases desplegaría, desde Abderramán II, formas de vida refinadas en las capas altas de la sociedad. Aun así, la cultura andalusí se estancó mientras la española progresó hasta superarla en todos los aspectos.

»No difería menos la composición étnica. En Al Ándalus abundaban, aun lejos de ser mayoría, los magrebíes, los judíos y una considerable masa esclava traída del África negra y de Europa del Este, aparte de la hegemónica minoría árabe. La población autóctona se dividía entre cristianos o mozárabes, e islamizados o muladíes. Los mozárabes pasaron gradualmente de formar la inmensa mayoría a convertirse en minoría ante los muladíes, dos o tres siglos después de la invasión. Todos los musulmanes compartirían el apelativo no del todo correcto de moros (mauri o beréberes). Esta diversidad fue un foco permanente de cruentos desórdenes. En el norte cristiano, la mucha mayor homogeneidad demográfica hacía mucho menor la conflictividad interna».

Aquí utilizo a veces el término «moros» usado tradicionalmente para los musulmanes. En cuanto a la «tolerancia», estos, siendo una ínfima minoría al conquistar la península, no tuvieron más remedio que aceptar la existencia de la enorme mayoría cristiana, si bien enseguida le impusieron todo tipo de restricciones. Tampoco hicieron un esfuerzo desmedido por convertirla, ya que los impuestos especiales con que la gravaban reportaban pingües ganancias a la oligarquía gobernante. La autoridad islámica admitió cierta colaboración de contados personajes cristianos o judíos, en el terreno intelectual, médico o en cargos políticos subalternos, pero en general ejerció una presión constante contra ellos. Por conveniencia o por la atracción del éxito musulmán, la mayoría cristiana y de habla romance (los mozárabes) fue transformándose paulatinamente en mahometana y de habla árabe (los muladíes). Los mozárabes sentían cómo la presión los asfixiaba: no podían hacer proselitismo, bajo pena de muerte, ni tocar las campanas ni reedificar las numerosas iglesias destruidas, ni expresar públicamente sus creencias; carecían de todo derecho político, debían vestir de modo particular y soportar intromisiones y vejaciones de las autoridades y los moros. Unos conatos de rebeldía pacífica en Córdoba, hacia 850, fueron drásticamente aplastados ejecutando a los disconformes. Solo los judíos soportaban una opresión mayor tras un primer período de complacencia por haber ayudado a la invasión; y no dejaron de sufrir matanzas.

La lucha entre los dos mundos tendía a la eliminación, lenta o rápida, de uno de ellos, y la llamada tolerancia se reducía, lo mismo entre moros que entre cristianos, a la necesidad de aceptar, de mala gana, a diversos grupos de población, siempre en posición netamente inferior.

Un problema rara vez planteado es el de por qué Al Ándalus llevó las de perder, pese a tener, durante largo tiempo, la ventaja numérica y material. Choca, en efecto, que una fuerza capaz de aplastar en pocos años el estado hispanogodo —entre tantos otros— y en expansión por Francia, fuese impotente para reducir, primero, una pequeña rebelión en Asturias y, luego, para impedir la expansión de esta. A menudo los islamófilos citan alegremente del *Ajbar Machmúa* el relato de los «treinta asnos salvajes» de Covadonga, que apenas podían hacer daño a los andalusíes, sugiriendo que la revuelta ni fue realmente una derrota de los moros ni a estos les importaba gran cosa, cuando la propia crónica musulmana explica cómo bien pronto los «asnos salvajes» se convirtieron en un «grave problema». Se entiende mejor la posterior victoria de los francos en Poitiers, pues disponían de un ejército poderoso.

Pero aun con el éxito asturiano, la superioridad económica, demográfica y militar del emirato, luego califato cordobés era tan completa, que lo lógico habría sido la liquidación, antes o después, de aquel pequeño reino tan pronto se extendió más allá de la protección de sus abruptas montañas. Por mucho tiempo los cristianos no estuvieron en condiciones de replicar a las aceifas que año tras año destruían cosechas, quemaban pequeñas ciudades y aldeas y esclavizaban a los moradores. En el peor de los casos cabía esperar que España no sobrepasara hacia el sur las

cordilleras norteñas —como durante siglos ocurrió con la España pirenaica—, quedando definitivamente la mayor parte de la península para los andalusíes. La razón del empuje optimista de la zona cantábrica quizá pueda hallarse, según aludí antes, en su doble convicción del derecho de reconquista, y de que su subsistencia radicaba en el espíritu ofensivo.

Los cristianos tenían aún la otra grave desventaja, ya mencionada, de su dispersión en varios reinos, causada por la inicial ocupación total de la península por los moros, conformándose con el tiempo hasta cinco estados hispanos diferentes. Pero los andalusíes, pese a su unidad política formal en los tres primeros siglos, rara vez supieron aprovechar una superioridad que debía haber sido decisiva y solo lo fue temporalmente, con Almanzor. Ya mencioné una causa: los continuos enfrentamientos dentro de Al Ándalus. Revueltas en Toledo y otras ciudades, la de Omar Ben Hafsún en Andalucía y muchas más, aun siendo ahogadas en sangre, entorpecían todos los esfuerzos contra los cristianos. Tanto es así que, con toda su magnificencia cultural, riqueza y poder militar, Córdoba se desenvolvía en crisis permanente. Tan pronto como mediados del siglo IX las rebeliones andaluzas, las de Zaragoza, Toledo y Sevilla llevaron a Al Ándalus al borde de la desintegración. Solo la despiadada reacción de Abderramán III, que aplastó la revuelta de Ben Hafsún, recobró Zaragoza, Tudela y Badajoz, y liquidó sin contemplaciones otro alzamiento toledano, salvó por un tiempo la unidad andalusí.

El tercer Abderramán hizo de Córdoba un fastuoso centro intelectual y una urbe admirada en el Islam y la Cristiandad, pero sufrió estruendosas derrotas ante los españoles. Y el coste de sus logros fue muy alto: asesinó con la mayor crueldad a posibles rivales, su despotismo superó al de sus predecesores y su recelo hacia sus súbditos le llevó a apartarse drásticamente de ellos en una ciudadela lujosísima, Medina Zahara. Y a extranjerizar aún más al ejército, trayendo mercenarios magrebíes y aumentando las tropas de esclavos, llevados a la lucha con mano de hierro. Unido su nombre al período más espléndido a Al Ándalus, a su muerte, en 961, el califato solo duraría 70 años más. Salvo los veintidós años triunfales de Almanzor, las luchas intestinas por el poder se hicieron caóticas; Medina Zahara, el palacio de Almanzor y la magna biblioteca de Alhakén II fueron destruidos o gravemente dañados y saqueados en las revueltas; y las facciones llegaron a contratar contingentes de mercenarios cristianos. Y en 1031 el califato se vino abajo, surgiendo las taifas de sus ruinas.

Las taifas revelan a su vez rasgos profundos de Al Ándalus, no siempre examinados en las historias. Los españoles estaban divididos en reinos a veces hostiles entre sí, pero nunca se borró de ellos la idea de representar una misma nación y siempre fueron capaces de concertar esfuerzos frente al enemigo común. Las taifas, en cambio, mostraron una radical insolidaridad entre ellas, salvo raras excepciones, por lo que, pese a dominar la parte mayor y más rica de la península, su supervivencia pasó a depender de los resueltos imperios magrebíes, mirados con

temor y odio por los andalusíes. Se formaron hasta 39 taifas de muy distinta entidad, gobernadas por oligarquías árabes, bereberes o eslavas. Este dato es fundamental: prácticamente ninguna taifa tuvo gobierno de musulmanes autóctonos, esto es, muladíes. Lo cual revela hasta qué punto el poder andalusí fue siempre extranjero al mismo pueblo aborigen islamizado en la península. Como ha recordado Payne, prevaleció un intenso exclusivismo árabe. Los clanes árabes, aunque violentamente rivales entre ellos, se tenían por superiores al resto, por haber sido, junto con su idioma, el vehículo de la voluntad de Alá. Nunca se fundieron con la gente del país (otra cosa es que en sus harenes tuvieran hijos de mujeres europeas y cristianas; pero siempre el elemento árabe decidía el prestigio, la identidad y la fuerza política). Por ello, ya apenas destruido el reino hispano-godo de Toledo, chocaron con los despreciados magrebíes, los moros propiamente dichos, o castigaron ferozmente revueltas muladíes como la del Arrabal de Córdoba.

De ahí derivaron dos consecuencias fundamentales: el ejército no era propiamente andalusí, esto es, muladí, sino constituido por mercenarios bereberes y esclavos, negros y eslavos en su mayoría, fieles en exclusiva a los gobernantes y detestados por las gentes autóctonas. Por el contrario, las tropas hispanas nacían del pueblo. Se ha discutido sobre si estos *eslavos* serían los cristianos españoles cautivados en las aceifas, pero suena dudoso: un ejército así habría sido una fuente de debilidad militar. Y realmente existió un permanente tráfico de esclavos procedente de la Europa eslava. Algunos de estos eslavos alcanzaron puestos de influencia y al hundirse el califato tomaron el poder en varias taifas.

Por tanto, el progreso de la islamización entre los pobladores peninsulares no dio a estos mayor poder, el cual ni siquiera cuando el califato cayó por tierra perdió su carácter foráneo, despótico y aborrecido por los naturales.

La segunda consecuencia del carácter foráneo del poder fueron las ya mencionadas guerras civiles, su mayor causa de debilidad interna. Las victorias de Almanzor no solo demostraron la muy superior potencia material de Al Ándalus, sino su radical incapacidad política: no aniquilaron los reinos cristianos, sino que, como hemos señalado, prologaron la desintegración andalusí. Luego, resultó demasiado tardía, pese a sus éxitos iniciales, la intervención de almorávides, almohades y benimerines, aún más claramente extranjeros y a quienes los indígenas temían casi tanto como a los españoles.

* * *

No creo necesario argumentar, aquí llegados, contra la fantasía de Américo Castro sobre las tres culturas, cristiana, árabe y hebrea, como constructoras de una España ideal, o la pretendida superioridad de las dos últimas. Bajo la huera pretensión de defender una imposible tolerancia y convivencia *liberal*, late la hispanofobia corriente desde el 98. La idea se conjuga con las habituales jeremiadas acerca de

vicio «cainita» y «guerracivilista» achacado a los españoles debido a la exclusión de las gloriosas culturas árabe y judaica. Los hechos cantan, una vez más, la canción contraria: la época más guerracivilista vivida en la península fue precisamente la andalusí. Y apenas culminada la Reconquista y expulsados los judíos, España ascendió a potencia mundial y entró en su período cultural más memorable. Obviamente, no llegó a su apogeo *porque* haya expulsado a judíos y musulmanes, pero es igualmente obvio que dichas expulsiones no afectaron significativamente a las venturas hispanas, a favor ni en contra. Castro y sus seguidores pretenden entonces que ese esplendor se debió principalmente a los conversos, tesis de un racismo chocante y poco realista, aunque hubo bastantes conversos destacados, por lo demás plenamente integrados en la cultura española, no en la judía. En cuanto a las guerras civiles, España fue durante tres siglos, en la metrópoli y en sus tierras americanas, probablemente la nación internamente más estable y menos guerracivilista de Europa, como sabe cualquiera que haya seguido los avatares de Francia, Alemania, Italia, las Islas Británicas, etc. Hasta mucho más tarde, ya en el siglo XIX, no padeció España tres guerras civiles, solo una de ellas realmente enconada. Y en el siglo XX, otra. Francia, Alemania o Italia sufrieron por su parte choques revolucionarios y guerras diversas más serias. Pero el tópico del «guerracivilismo» y el «cainismo» de los españoles ha arraigado, al estilo del de las «tres culturas», debido a la ignorancia común en España sobre el resto de Europa, como he querido poner de relieve en *Nueva historia de España* y aquí mismo.

20

GUADALETE Y COVADONGA

Suele considerarse que la batalla de Covadonga, comienzo de la Reconquista, tuvo lugar en 722, después de que un grupo de godos y astures mandado por un noble godo, Pelayo, decidiera rebelarse unos años antes contra el gobierno musulmán y no pagar los impuestos que este exigía. El hecho de que la rebelión comenzara en un lugar tan atrasado, bravío, presuntamente poco romanizado y cristianizado, ha alimentado variadas especulaciones: se trataría de una de tantas revueltas como las habidas contra los romanos y luego contra los godos; la batalla, caso de haberse dado, tendría nula relación con España y el reino hispanogodo, pues este habría caído ya en el olvido y la misma palabra España carecería de otro contenido que el geográfico; Pelayo habría sido una invención para nombrar a alguien como cabecilla de un episodio muy oscuro; en todo caso no sería godo, sino un jefe tribal astur o cosa semejante, pues los astures se habrían sentido oprimidos por los visigodos (aparte lucubraciones que hacen de Pelayo un hispanorromano, gallego, cántabro y hasta británico); Covadonga no habría pasado de escaramuza irrelevante, magnificada después por la propaganda; la realidad quedaría mejor retratada en las crónicas árabes que describen a Pelayo y los suyos como un puñado de despreciables «asnos salvajes».

Se trata de racionalizaciones un tanto arbitrarias a partir de la escasez de noticias contemporáneas. Pero el sentido común indica la imposibilidad de que el reino hispanogodo de Toledo hubiera sido olvidado en tan poco tiempo, pues tales cosas se recuerdan popularmente hasta durante cientos de años. La *Crónica Mozárabe*, de 754, tan próxima a la invasión, conceptúa esta como «la pérdida de España», idea que justificaba implícitamente la lucha por recobrarla. Por más que la palabra *reconquista* apareciera —por escrito— en el siglo siguiente, el concepto debió estar presente ya desde el comienzo. Además, aunque la penuria de fuentes impida saber con precisión lo ocurrido, los efectos posteriores nos ilustran lo suficiente: si sabemos poco sobre la génesis de aquella primera resistencia, o lo sabido se nos antoja demasiado legendario, en cambio los sucesos posteriores arrojan mucha luz sobre lo anterior. Y ocurrió la consolidación de un pequeño reino con capital, aunque fuese precaria, expansivo y con una diplomacia orientada a sumar a los descontentos de Galicia, Cantabria y Vasconia, y luego a establecer relaciones con Carlomagno. El reino se amplió con rapidez desafiando las embestidas de Al Ándalus. Nada de ello tiene que ver con las antiguas y oscuras revueltas tribales y sus incursiones de rapiña sin mayor perspectiva política.

Pelayo, a su vez, bien pudo haber sido un jefe godo, aunque su nombre no fuera germánico, sino griego y común en la región. Seguramente muchos godos habían ido adoptando nombres corrientes en Hispania, igual que muchos hispanolatinos adoptaron nombres germánicos, como indica la profusión de estos hasta nuestros días (los tres hijos atribuidos a Witiza tendrían respectivamente nombre germano, latino y griego). Pelayo no fue, desde luego, un jefe tribal como los ignorados cabecillas de las revueltas del pasado, sino que demostró visión política desde el principio. Y probablemente los astures estaban menos romanizados y cristianizados que los gallegos, no hablemos ya que los habitantes del valle del Betis o de Tarraco, pero en todo caso lo estuvieron en medida bastante para que la empresa cobrara carácter cristiano, latino e hispánico.

Lo más lógico es que la insurrección de Covadonga integrase a astures, godos y mozárabes huidos del islam. Los primeros porque, de ser hostiles, el reino no se habría consolidado, y los restantes porque eran quienes podían diseñar un proyecto de mayor alcance que el de una mera rebelión contra los impuestos. La proporción de unos y de otros nos es desconocida, pero el resultado no varía por eso. Muy posiblemente Pelayo fuera un godo-astur, es decir, una autoridad o noble godo afincado por familia en Asturias y allí nacido. En conjunto, y dejando aparte algunas exageraciones, no hay motivo real para dudar de la tradición, incluido el conflicto familiar y amoroso que habría rodeado los sucesos políticos, cuestión de todas formas poco relevante.

Es previsible por parte de los cronistas árabes el menosprecio (muy errado) hacia los rebeldes. Se ha comparado asimismo la derrota musulmana de Covadonga en 722 y la de Poitiers en 732: ¿cuál fue más decisiva? En un primer momento los islámicos debieron de ver el brote asturiano como un revés fastidioso, pero menor y remediable, y quizá su esfuerzo principal derivó a la conquista de Francia, donde diez años después fueron de nuevo vencidos. Con ello habría ganado Pelayo diez años de relativa tranquilidad para asentarse. Así debió de ocurrir, pero en el posterior desistimiento musulmán de ocupar Francia influyó también la necesidad de atender a la llaga cada vez más sangrante abierta para ellos en el norte de la península.

Un punto de la tradición tiene la mayor relevancia: antes de la batalla, los moros habrían mandado a Don Oppas, obispo colaboracionista, a convencer a Pelayo de que capitulase. Su argumento tenía peso: ¿cómo podrían resistir unos pocos hombres aislados en las montañas al poder que había destruido a un reino tan grande y potente como el de Toledo? ¿No era una locura resistir, máxime cuando los moros ofrecían a Pelayo respetar sus riquezas particulares, de las que podría gozar tranquilamente con solo someterse, como habían hecho otros potentados cristianos? Pelayo no se avino a esas razones, rechazó con desdén servir a los sarracenos o parecerse a quienes habían pactado deshonrosamente con ellos, y expuso su fe en que el eclipse cristiano sería pasajero y en que de aquellas montañas saldría la salvación de España.

Esta conversación y sus términos conservados por la tradición no son imposibles,

aunque sí harto improbables, pero su valor histórico consiste en la profunda realidad del dilema planteado a Pelayo: los invasores le ofrecían respetar su posición social y hasta cierto poder subordinado, siempre que los acatase y se convirtiese en agente de ellos. Fuera real o inventada tal discusión, el relato muestra precisamente el conflicto político y psicológico de los hispanos. Recuerda a la escena de la *Anábasis* en que los griegos debieron decidir si obedecían al rey persa o se abrían camino contra él en condiciones muy precarias. Y la resolución fue la más aventurada en los dos casos.

Decidido a arriesgar el todo por el todo, Pelayo y su débil hueste sacaron partido del escabroso terreno y aniquilaron a sus atacantes. La leyenda magnifica sin tasa la hazaña, cifrando en 180.000 los derrotados, algo del todo imposible: no pasarían de dos o tres mil, o menos, ya que aplastar a unos centenares de rebeldes no debiera requerir más. Pero pudo ser cierto que la expedición fuera totalmente masacrada, pues pronto el territorio cristiano llegó a Gijón. Fue la primera derrota de los moros en la península y debió de ser encajada con amargura, bien que sin demasiada preocupación inmediata.

Exageraciones o invenciones aparte, el fondo de las viejas crónicas admite poca duda: en Covadonga saltó la chispa de una revuelta muy distinta de un motín montañés, que animó la rebeldía por Cantabria, Galicia y Vizcaya, asentándose un reino libre en la cercana Cangas de Onís. Ese reino tomaría, de inmediato o muy pronto, carácter cristiano y recuperador de la «España perdida». Suena extraño que una rebelión sin más objetivo que eludir impuestos se mantuviera largo tiempo y que solo bastante más tarde, no se sabe cómo, adoptara el carácter político-religioso que le conocemos.

Y fuera cual fuere la magnitud física de la batalla, ello no afecta a su repercusión histórica. Sus efectos tuvieron tal calibre que se extienden con plena fuerza hasta la actualidad. De haber perdido Pelayo y erradicada su resistencia, como parecía su destino más probable, la historia de España habría sido muy distinta.

* * *

Si ha habido una batalla decisiva, ha sido la del río Guadalete, en 711, que derrumbó al reino hispano-godo de Toledo. Sobre este reino resumí en *Nueva historia de España:*

> «Los visigodos o tervingios procedían al parecer de Suecia, y tras varios siglos de peregrinar por el este y sur de Europa recalaron en la Península Ibérica. Su estancia en ella duró casi tres siglos, y en tres períodos: de 415 a 507 se extendieron sobre gran parte de Hispania y de la Galia, con el centro de gravedad en esta última y capital en Toulouse. Solo tras su derrota por los francos, los godos se asentaron en Hispania, reteniendo una pequeña parte de la Galia, y con capital oscilante entre Barcelona, Sevilla, Mérida y Toledo. Pero seguían

formando una casta conquistadora ajena a la población indígena y al propio territorio, del que podían haber emigrado como antes lo habían hecho de tantos otros. Existía un poco estable reino godo, no hispano-godo, aunque aumentó la identificación de los invasores con el territorio y una asimilación cultural a la población políticamente dominada. A partir de 573, Leovigildo marcó un tercer período muy diferente, que duraría unos 140 años hasta la extinción del estado, en torno a 714. Leovigildo constituyó un reino hispano-godo renunciando a gran parte de las tradiciones bárbaras, y Recaredo completó la reforma en un proceso muy probable de disolución de la etnia germánica en la hispanorromana. El poder político y militar permaneció en manos de la oligarquía goda, si bien debió de haber una interpenetración creciente con la oligarquía hispanorromana, según sugieren nombres como Claudio, Paulo o Nicolaus (muchos hispanorromanos debieron de adoptar nombres germánicos, y viceversa). Simultáneamente, la organización cívico-religiosa latina —el episcopado— adquirió peso y representación creciente en el poder político. Este período señala la constitución de la nación española con tinte germánico pero sobre la base cultural heredada de Roma y el catolicismo (aun si persistían restos marginales de paganismo y pequeñas zonas montañosas apenas latinizadas).

»Así, políticamente dominadores, los visigodos fueron culturalmente dominados: no fundaron Gotia, sino Spania, no impusieron el arrianismo, sino que adoptaron el catolicismo, ni extendieron las costumbres germanas, sino que se asimilaron cada vez más las romanas. Y no prevaleció su lengua original, que debió de disolverse pronto».

Pues bien, la demoledora victoria islámica en el Guadalete pudo determinar el futuro de los habitantes de la península hasta hoy mismo, y de hecho lo hizo durante cinco siglos, con efectos que duraron casi tres siglos más. Como ocurre con Covadonga, la escasez y algunas contradicciones de las crónicas han generado las más variadas conjeturas, tanto sobre el número de combatientes de cada lado como sobre su ubicación precisa o la fecha, que pudo haber sido un año más tarde. Igual imprecisión hallamos en las fuentes sobre otros sucesos, como la caída de Toledo. Y no faltan quienes reducen la batalla a una refriega intrascendente o llanamente niegan su existencia. Pero de nuevo lo más probable, aun con sus puntos débiles, exageraciones y contradicciones, es la versión tradicional. Desde luego, los musulmanes desembarcaron en la península; desde luego no llegaron en son pacífico, como no habían llegado a ninguna parte; y desde luego el reino hispanogodo no cayó por sí solo, sino que tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener la invasión. Cualquier otra imagen del suceso fuerza demasiado los datos conocidos y desafía el sentido común. Lo más lógico y probable es que el choque entre unos y otros tuviera lugar donde la tradición lo afirma o en sus cercanías, (laguna de la Janda, río Barbate, río Salado y otras propuestas que no modifican el fondo del asunto). Debemos

examinar el suceso, por tanto, en su contexto: el expansionismo árabe y la crisis hispanogótica.

El destino de los pueblos se teje a menudo muy lejos de ellos. Un siglo casi exacto antes de Guadalete, en la desértica Arabia, región perfectamente desconocida para la España de entonces, un oscuro y acaudalado comerciante, Mahoma, creyendo haber sido elegido por Dios como su profeta definitivo, dio en transmitir el mensaje que daría lugar al Corán. Cuando murió, veintitrés años después, la mayoría de los árabes se había convertido a la nueva fe, lo que no tenía por qué importar mucho al resto del mundo, al tratarse de unas tribus dispersas y apenas civilizadas sobre país arenoso y de pobres recursos económicos. Sin embargo aquellas tribus emprendieron una expansión bélica que solo cabe calificar de explosiva en todas las direcciones, alcanzando en pocos decenios desde la India y el Asia Central hasta el estrecho de Gibraltar, algo sin precedentes históricos. En ese breve tiempo destrozaron la soberbia civilización sasánida, arrebataron extensos territorios a Bizancio, ocuparon Egipto y todo el norte de África, masacraron ciudades enteras o forzaron su abandono, arrasaron afamadas bibliotecas… Y todo ello aniquilando en unas pocas batallas a fuerzas generalmente más numerosas. Su gran ventaja debió de ser una caballería bien entrenada en todo tipo de maniobras; pero no es cuestión de discutirlo aquí: baste constatar el hecho. Hubo de pasar un tiempo hasta que los primitivos guerreros del desierto asimilaran parte de las culturas que habían devastado. A España llegaron solo 77 o 78 años después de la muerte de Mahoma.

Por lo que se refiere al reino de Toledo, es decir, a la España visigoda, sufría una considerable crisis. Entre un ciclo de sequías, con las hambrunas y enfermedades consiguientes, y las pestes, se produjo una catástrofe demográfica. Según las crónicas árabes, habría perecido la mitad de la población. Ello tuvo que haber perjudicado al estado y disminuido mucho el cobro de impuestos. Tal debilidad se habría acentuado debido las luchas políticas desatadas por la sucesión del rey Witiza, muerto hacia 710, acaso hecho asesinar por Rodrigo, que se proclamó sucesor. Contra este se alzó rey Ágila II, improbable hijo de Witiza pero que reivindicaba su legitimidad, con las querellas y rivalidades subsiguientes. Por entonces, los islámicos lanzaban desde el Magreb incursiones sobre el sur de España, y el obispo Oppas, de la facción de Ágila, debió de haberlos contratado para que le ayudasen contra Rodrigo. La petición de ayuda a extranjeros en conflictos internos, aunque prohibida, no es infrecuente en la historia de cualquier país. Facciones godas habían recurrido a bizantinos, francos o vascones rebeldes, como después facciones andalusíes recurrirían a los cristianos y, más raramente, a la inversa. En el momento de la invasión, Rodrigo quizá luchaba contra vascones o, más probablemente, contra secuaces de Ágila. Hubo de partir a marchas forzadas hacia el sur, reuniendo cuantas tropas le fue posible.

La catástrofe demográfica y las discordias políticas ayudan a entender los efectos asoladores de la derrota visigoda de Guadalete, pero no la explican. Las fuentes coinciden en que el contingente musulmán era inferior al de Rodrigo, el cual incluía a

tropas witizanas (más propiamente agilanas). Al margen de que los musulmanes habían vencido muchas veces en inferioridad numérica, la versión tradicional, que señala la traición de los witizanos en el curso mismo de la batalla, arroja mucha más luz que las divagaciones modernas sobre la causa del desastre. Y también sobre el curso ulterior, pues los witizanos, antes de percatarse de que los moros pensaban desplazarlos también a ellos, debieron de seguir saboteando las tentativas de rehacerse de sus rivales, privados de líder (Rodrigo habría caído en el Guadalete). Así, en tres a cinco años los árabes ocuparon la península. La versión tradicional explica asimismo por qué Pelayo, perteneciente a la facción de Rodrigo, rechazó las propuestas de Oppas o, en todo caso, resolvió rebelarse con todas las consecuencias cuando creyó tener alguna posibilidad de hacerlo. Esta versión tiene apariencia razonable frente a lucubraciones hispanófobas de aire arbitrario, que imaginan una población hispana harta del poder godo y deseosa del islámico. Se ha señalado la colaboración de los judíos con los invasores, pero ella solo pudo jugar un papel después de Guadalete, y no peor que las capitulaciones de bastantes nobles godos, a que se refería Oppas en su presunta conversación con Pelayo.

La caída de un reino o un imperio algo centralizado después de una o pocas batallas no es un acontecimiento raro en la historia. Salamina no hundió al imperio persa, pero le impidió conquistar Grecia. Alejandro acabó con el Imperio persa después de unas pocas grandes batallas y en inferioridad numérica. Roma ya no consiguió rehacerse después de Adrianópolis, hasta sufrir el saqueo de los godos. Los árabes conquistaron Mesopotamia en solo nueve meses después de la batalla de Ualaya, y en la de Kadisia hicieron quebrar al imperio persa sasánida. El reino anglosajón quebró radicalmente ante los normandos después del encuentro de Hastings… Si venimos a tiempos más recientes, en la II Guerra Mundial la Wehrmacht rindió al poderoso ejército franco-inglés y tomó Francia en pocas semanas, y a nadie se le ha ocurrido hasta ahora que los franceses estaban hartos de su régimen y ansiosos de ser liberados por los alemanes.

Una explicación muy socorrida, a mi juicio sin fundamento, sobre las consecuencias de Guadalete, cuenta que el reino de Toledo estaba «protofeudalizándose», es decir, desarticulándose en poderes territoriales autónomos, independientes de hecho, con la autoridad regia cayendo por los suelos. Ello quedaría demostrado por la rivalidad entre Rodrigo y los witizanos y diversos hechos más. Pero la relativa rapidez de la caída indica más bien lo contrario, un estado considerablemente centralizado, como ha indicado García Moreno. En *Nueva historia de España* he observado: «La pérdida de España dio lugar en su tiempo a explicaciones moralizantes, achacándola a pecados y maldades que habrían socavado las bases del estado. Sentada la tesis, bastaba abundar en ella, exagerando o inventando todos los pecados precisos. En nuestra época se ha querido atribuir el derrumbe a causas económicas o “sociales”, suponiendo un reino carcomido al llegar los moros; hasta se ha dicho que no hubo invasión, sino «implantación», ocurrencia

pueril, si bien no más que tantas hoy en boga. La tesis más extendida desde Sánchez Albornoz habla de “protofeudalización”, es decir, decaimiento de la monarquía y disgregación en territorios semiindependientes bajo poder efectivo de los magnates, tendencia acentuada a partir de Wamba. Las noticias del último período hispano-tervingio (tervingio es otro nombre para visigodo) son demasiado escasas para sacar conclusiones definidas, pero los indicios de la supuesta protofeudalización suenan poco convincentes. Pues, para empezar, fenómenos semejantes existieron durante todo el reino de Toledo: son factores centrífugos presentes en toda sociedad, que en la Galia —pero no en España— prevalecieron sobre los centrípetos. Las leyes de Wamba o Ervigio para forzar a los nobles a acudir con sus mesnadas ante cualquier peligro público sugieren una creciente independencia y desinterés oligárquico por empresas de carácter general. Pero siempre, no solo a partir de Wamba, dependieron los reyes de las aportaciones de los nobles, y con seguridad nunca faltaron roces y defecciones en esa colaboración. Tampoco hay constancia de que Wamba o los reyes sucesivos, incluido Rodrigo, encontrasen mayor escollo para reunir los ejércitos precisos ante conflictos internos o externos. Aquellas leyes, como las relativas a la traición, podrían servir de pretexto a los monarcas para perseguir a los potentados desafectos, a lo que replicaron la nobleza y el alto clero con el *habeas corpus*, innovación jurídica ejemplar e indicio de vitalidad, no de declive.

»Durante todo el reino de Toledo persistió una pugna, a menudo sangrienta, entre los reyes y sectores de la oligarquía; pero esa pugna, causa mayor de inestabilidad, pudo haber sido más suave en la última época, y no parece agravada desde Wamba. Motivo permanente de conflicto era el nombramiento de los reyes: estos procuraban ser sucedidos por sus hijos, quitando así un poder esencial a los oligarcas, partidarios de un sistema electivo que les permitiera condicionar al trono. En principio triunfaron los oligarcas ya en 633, pues el IV Concilio de Toledo estableció por ley la elección, pero solo tres de los once reyes posteriores, Chintila, Wamba y Rodrigo, subieron al trono según esa ley. Ello podría indicar una victoria de hecho de los reyes, pero tampoco sucedió así: los demás subieron por golpe o por una herencia que nunca pasó de la segunda generación. No llegó a haber un vencedor claro en esta cambiante lucha, salvo el pasajero de Chindasvinto, asentado en una carnicería de nobles.

»Otra causa de putrefacción del sistema, el *morbo gótico*, es decir, la costumbre de matar a los reyes, descendió durante la etapa hispano-tervingia inaugurada con Leovigildo. De los catorce monarcas anteriores, nueve murieron asesinados, dos en batalla y tres en paz. De los dieciocho a partir de Leovigildo solo dos fueron asesinados, Liuva II y Witerico, y justamente al principio y no al final del período, con sospechas sobre otros dos, Recaredo II y Witiza. Tres más fueron derrocados sin homicidio (Suíntila, Tulga y Wamba). La duración media de los reinados, otro dato relacionable con la estabilidad, no disminuye, sino que aumenta desde Wamba: nueve años, si excluimos a Rodrigo, que casi no tuvo tiempo de reinar, frente a siete y pico en el período anterior. Y aumenta la frecuencia de los concilios: uno cada cuatro y

pico años de promedio, en comparación con la media anterior de uno cada diez. Estos datos sugieren consolidación institucional, no tambaleo, pues los concilios suponían tanto un principio de poder representativo como un factor de nacionalización. Todo lo cual no apunta a una «protofeudalización», sino más bien a lo contrario.

»En cuanto a la corrupción de la jerarquía eclesiástica al compás de su creciente peso político, se aprecia en ella una considerable germanización (hasta un 40% de los cargos), posiblemente acompañada de descenso del nivel moral e intelectual, pero ya muy alejado de la barbarie originaria. Los cánones de los últimos concilios también indican tirantez entre la oligarquía y los obispos. Los cánones condenaban la sodomía y otros vicios del clero, lo cual puede significar mucho o poco: tales vicios habían existido siempre en algún grado, y no sabemos si aumentaban o si solo se reparaba en ellos, o se los utilizaba por algún motivo político. Respecto al declive intelectual, Julián de Toledo murió en fecha tan avanzada como 690, y nunca sabremos si la posterior falta de figuras relevantes reflejaba decadencia o solo un bache pasajero.

»En fin, pasaría algún tiempo hasta que el poder árabe adaptase logros y formas culturales de los pueblos vencidos más civilizados, fueran el persa, el bizantino o el español. Pues España era posiblemente el país más civilizado de Europa occidental, con tradición ya muy larga y profunda, y la invasión solo pudo haber sido vista como una nueva plaga por una población que llevaba tiempo soportando muchas».

La tradición, muy temprana, define la conquista árabe como «la pérdida de España» en sentido claramente político-cultural, pero numerosos historiadores modernos se han obstinado en enmendarle la plana. No podía ser de España porque esta, en rigor, no existía, afirman. Por tanto no existía tampoco el menor sentimiento nacional, y la España final, en todo caso, habría resultado de la lucha de los nuevos reinos cristianos contra la «España musulmana», sin ningún lazo auténtico con la era anterior. La pretensión es en verdad pintoresca, pero la ha sostenido contra viento y marea una multitud de estudiosos y, como otros absurdos ya mencionados, se ha convertido en un tópico semioficial. Por otra parte, tal como las glorias de Al Ándalus han encontrado cantores entusiastas en una voluminosa corriente historiográfica *progresista*, los visigodos tienen muy mala prensa, descritos como bárbaros, pobres, incapaces de dejar el menor resto cultural de enjundia. Ciertamente, otros historiadores vienen mostrando una visión más acorde con hechos tan conocidos como arbitrariamente descartados: dentro de la Europa caótica y empobrecida naciente de los escombros del poder romano, la España visigoda fue seguramente la parte más culta después de Italia, quizá la más rica y dotada de un proyecto político general: único reino de origen germánico que, en lugar de dividirse en facciones y querellas internas, manifestó un persistente impulso unitario y centralizador. Resumo otra vez de *Nueva historia de España:*

> «La “Pérdida de España” lo fue en gran medida, y pudo serlo por completo, porque España no es sino el nombre que caracteriza una evolución político-

cultural en la península durante más de nueve siglos, desde los comienzos de su latinización con la II Guerra Púnica y luego cristianización, hasta su conversión en una entidad política independiente. Esta evolución quedó truncada cuando la invasión musulmana ocupó la península, y pudo haber borrado todo el proceso anterior, como lo hizo en la mayor parte de los lugares donde se impuso. Con frecuencia leemos opiniones despectivas sobre la herencia visigoda en España, reduciéndola a un puñado de palabras relacionadas con la guerra y negando cualquier influjo significativo sobre la historia posterior, dentro de la tendencia semitizante de Américo Castro u otras.

»Cierto que los godos dejaron muy poco léxico en las lenguas peninsulares, pero este fenómeno revela lo contrario de lo que se pretende: la rápida aculturación tervingia en el mundo latino-español. Hasta los nobles —seguramente los más renuentes— abandonaron su religión y muchas de sus costumbres, y documentos como la *Institutionum disciplinae* indican cómo en la formación de sus jóvenes pesaba más la tradición católica y clásica que las reminiscencias germánicas, aun sin ser estas desdeñables. Al revés que luego los árabes, los godos se latinizaron profundamente en España, y sus rasgos ancestrales quedaron reducidos a un cierto estilo, tendencias e instituciones secundarias.

»También queda muy poco de su arte, pues lo asoló la invasión árabe, junto con la mayor parte de sus bibliotecas y edificios. Quedaron algunos de estos, menores, pero valiosos: quizá dejaron el arco de herradura, que los árabes llevarían a la perfección. De su tradición oral nada resta, aunque seguramente existió; la dominación islámica impidió que alguien la recogiese, como harían siglos más tarde algunos escritores europeos con diversas leyendas célticas, germánicas o vikingas.

»En cambio su herencia política fue decisiva. Desde Leovigildo su identificación con el país donde vivían fue explícito y determinante, hasta acabar disueltos en la población hispanorromana. No sabemos cómo ello se produjo, ni si al comenzar la Reconquista permanecían núcleos de godos separados, pero el proceso ocurrió sin duda. Más probablemente, la mezcla étnica habría avanzado durante el largo periodo de un siglo y cuarto tras la admisión de los matrimonios mixtos (que incluso se daban cuando estaban prohibidos).

»Las noticias acerca de la población germánica son muy escasas, y a menudo se habla de ella refiriéndose en realidad a su oligarquía. La masa gótica parece haberse asentado en el valle del Duero, y se ha supuesto que hacia el siglo IX o el X, durante la Reconquista, habría sido trasladada a Galicia, para fundirse allí con la población local; pero suena dudoso. Como fuere, es difícil imaginar otra cosa que la disolución de la etnia goda en la población hispana, nueve o diez siglos después de haber emprendido su marcha desde Escandinavia.

»Asimismo tiene importancia la onomástica. Los nombres de origen

germánico proliferaron enormemente desde los comienzos de la Reconquista, llegando a superar a los de origen latino; probablemente ya abundaban antes entre la población y siguen siendo muy frecuentes hoy. Y si, como sostienen algunos, los apellidos en -ez tienen origen tervingio (suelen formarse con nombres germánicos), la gran mayoría de los españoles, en todas las provincias, responden a esa influencia. Influencia no étnica, pues la población goda no pasó de un 3 a un 10% de la hispanorromana (no hay modo de saberlo) sino debida, de un lado, al prestigio social de su nobleza, y de otro —y sobre todo— a un espíritu de identificación popular con la "España perdida".

»Esta identificación mutua apunta al principal y trascendental legado de los godos: el político. Con ellos —y con impulso del episcopado— tomó forma la primera nación española y quizá europea, culminando la unificación cultural latino-cristiana; permanecieron así, después de la invasión islámica, sus leyes, tanto entre los mozárabes como en los reinos cristianos, y numerosas reminiscencias, en parte legendarias pero con un sustrato histórico sólido y emocionalmente motivador. De no ser por ese sustrato e identificación popular, el legado hispano-godo se habría sepultado para siempre cuando los árabes conquistaron la península. Sin ese legado pudo haberse consolidado definitivamente Al Ándalus, un país musulmán, arabizado y africano, y desaparecer España, país cristiano, latino y europeo, tal como desaparecieron las sociedades cristianas y latinizadas del norte de África.

»No es arbitrario afirmar que si España siguió un derrotero histórico distinto del norteafricano se debió a la herencia política hispano-tervingia. Sin ella, como ha expuesto convincentemente el historiador Luis García Moreno, es imposible concebir la Reconquista. Solo esta versión casa con los hechos conocidos. Cosa diferente es que algunos deseen reintegrar la península al ámbito musulmán-magrebí y, por aversión a la España histórica, insistan en borrar de la memoria hechos que les disgustan.

»Así pues, la principal contribución de los godos consistió en completar como unidad política la unidad cultural creada por Roma, formando una nación en sentido preciso (dejo aparte la discusión eterna y a mi juicio falsa sobre la nación "moderna", como si se tratase de una ruptura radical con la nación "medieval" y no, más bien, de una evolución a partir de esta). Con todos sus desaciertos y desmanes, inevitables en toda obra humana, los reyes y al menos parte de la nobleza goda, en colaboración con los representantes hispanorromanos, impulsaron la idea y la concreción de la nación y estado de Spania. Y por ello el súbito hundimiento del estado no fue completo: la resistencia al Islam, tras escasos años de desconcierto, se organizó sobre la base de las leyes de Recesvinto y Chindasvinto, sobre una concepción muy distinta de la musulmana acerca del poder religioso y el político, y una idea de la libertad personal, de una monarquía no despótica y de un esbozo de representatividad que no surgieron de la nada

durante la Reconquista. No menos crucial, la noción y el recuerdo de la «pérdida de España» se hicieron una motivación poderosa en el imaginario colectivo. Sin ella, insistamos, no sería comprensible la historia posterior».

21

LA GUERRA DEL DESTINO

Tal como un oscuro suceso en un lugar remoto de Arabia repercutiría decisivamente en la Península ibérica durante varios siglos, otro muy ajeno, fraguado a cerca de 1.000 kilómetros de sus costas, iba a determinar el futuro de España hasta hoy mismo. O más propiamente, a transformar Iberia en Hispania, es decir, una denominación geográfica en una comunidad básicamente homogénea. (Por supuesto, también Hispania fue un nombre geográfico al principio, de origen fenicio y adoptado por los romanos, tal como Iberia era el nombre griego; pero convencionalmente distinguiremos entre ambos con el objeto de marcar un carácter diferente. Y no deja de ser curioso que la nación, de firme vocación histórica europea, tenga un nombre de cuna asiática, semita).

El suceso aludido fue la II Guerra Púnica entre Roma y Cartago, que duró diecisiete años entre el 218 y el 201 antes de Cristo. Según el historiador romano Tito Livio «fue la más memorable de cuantas se habían sostenido jamás», pues enfrentó a dos potencias en el culmen de su poderío, y con un odio aún mayor que sus recursos. «Tuvo tantas alternativas y su resultado fue tan incierto que corrieron mayor peligro los que vencieron». Por sus consecuencias, vale la pena reseñarla aquí brevemente.

La anterior Guerra Púnica tuvo por escenario principal Sicilia, a partir de una pendencia entre ciudades de la isla. Después de varias alternativas, Cartago fue expulsada de Sicilia y perdió la supremacía naval. Su situación se agravó al rebelarse sus mercenarios por la falta de paga, siguiendo una nueva guerra en que la propia Cartago estuvo cerca de perecer. Los romanos, violando los acuerdos, aprovecharon para ocupar Cerdeña y Córcega, colonias de Cartago y de donde esta obtenía recursos.

La humillada potencia africana trató de rehacerse operando sobre la Península Ibérica. A ese fin el general Amílcar Barca fundó la «Ciudad Nueva» o Cartago Nova, actual Cartagena, en 227, como base para la expansión peninsular. La sumisión de los pueblos de Iberia les costaría cara, la vida misma a Amílcar y Asdrúbal, jefes de la pudiente familia Barca. Aníbal, hijo de Amílcar, llevó sus campañas por el interior hasta la actual Zamora. Jefe excepcional por sus dotes y amplia visión, buscaba el desquite con Roma llevando la guerra a la misma Italia. Al efecto organizó un ejército de mercenarios, tarea difícil y de envergadura, y aseguró la Península como fuente de pertrechos, minerales, entre ellos oro y plata, y soldados de excelente reputación. Hacia el año 220 antes de Cristo casi dos tercios de la península se hallaban más o menos bajo dominio púnico, desigualmente afianzado.

Aníbal emprendió su ofensiva en 219 asediando a Sagunto, próspero centro comercial ibérico helenizado. Los acuerdos de la I Guerra Púnica situaban en el Ebro el límite entre las zonas de influencia púnica y romana, por lo que Sagunto quedaba en la zona cartaginesa y el ataque no debía generar un conflicto con Roma. Pero los saguntinos habían entrado por su cuenta en alianza con los romanos, y Aníbal sabía que al atacarles atacaba a su verdadero enemigo. Unos y otros se acusaron entre sí de haber roto los pactos, y en este caso está claro que lo hicieron los cartagineses, si bien los romanos los habían roto antes al adueñarse de Córcega y Cerdeña.

Esperaban los sitiadores que Sagunto cayera pronto, pero chocaron con una resistencia enconada y agresiva, y el propio Aníbal sufrió graves heridas. Aun así, al no llegar socorros de Italia, los saguntinos fueron poco a poco acorralados. Aníbal, furioso, ofreció a la ciudad condiciones apenas mejores que la esclavitud. Ante ello, un número de saguntinos optó por hacer una gran pira y arrojar a ella sus riquezas y a sí mismos, y otros se lanzaron a morir combatiendo a la desesperada. El heroísmo y el trágico fin de la ciudad conmocionó a toda la Península.

Así comenzó aquella gran guerra. A última hora, Roma mandó a legados para atraerse a las tribus ibéricas contra Cartago, pero sin éxito: «Id a buscar aliados donde no se conozca el desastre de Sagunto; para los pueblos de Hispania, las ruinas de Sagunto serán un ejemplo tan siniestro como señalado para que nadie confíe en la lealtad o la alianza romana».

Aníbal, con el mar dominado por la escuadra enemiga, marchó por tierra hacia Italia con unos cien mil soldados númidas, hispanos, galos y cartagineses. Cruzó los Pirineos, el sureste de la Galia y los Alpes en una de las marchas más célebres y penosas de la historia: perdió, al parecer, la mitad de su ejército. Pero, ya en Italia, se alió con pueblos celtas y derrotó sucesivamente a los latinos en Tesino (218), Trebia (finales de 218) y Trasimeno (217). Pese a las dolorosas pérdidas, Roma se mantuvo y con un esfuerzo ímprobo armó un nuevo ejército estimado en 90.000 soldados, contra los 50.000 mal abastecidos de Aníbal. La ventaja numérica, junto a la cualitativa acreditada por las legiones debían haber asegurado la victoria romana y acabado con la amenaza. El choque tuvo lugar en Cannas, en agosto de 216, y Aníbal, con una maniobra magistral, envolvió a sus enemigos y los aplastó por completo en una de las jornadas bélicas más sangrientas de la historia: murieron 70.000 romanos, según Polibio, y 6.000 púnicos.

El increíble desenlace pudo haber significado el fin de la urbe latina. Esta disponía de recias murallas, pero no tanto de defensores. Conocida la catástrofe, «jamás fue tan acusado el pánico y la confusión», escribe Livio; las mujeres ocupaban la ciudad clamando por sus muertos, los más variados rumores sobrecogían a la gente, y se realizaron sacrificios humanos para aplacar a los dioses (era una costumbre ya en desuso en el Lacio, aunque continuaba en Cartago, donde se echaban niños al fuego en honor de su dios principal, BaalHammon). No obstante, el Senado mantuvo la serenidad, frenó el tumulto obligando a la gente a meterse en sus casas y

procedió a interrogar a los supervivientes y a enviar espías al campamento enemigo. Por ellos supo que, de momento, podía ganar tiempo: Aníbal «estaba asentado en Cannas traficando con el precio de los prisioneros y del resto del botín, sin la moral del vencedor ni el comportamiento de un gran general».

Así, en el momento del destino, el hasta entonces audaz jefe cartaginés vaciló: vio a sus hombres cansados, las intrigas de sus enemigos en Cartago impedían que recibiera refuerzos y las murallas de Roma le imponían. Maharbal, jefe de la caballería, más lúcido, le propuso avanzar al instante sobre la urbe latina, «para que antes se enteren de que hemos llegado que de que vamos a llegar». Ante la indecisión de su general dictó la célebre sentencia: «Los dioses no conceden todos sus dones a una misma persona: sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovechar la victoria». El caudillo púnico llevó su repentina falta de ánimo hasta dirigir frases conciliatorias a su mortal enemiga. En vano intentaría asaltarla años más tarde, en condiciones peores.

La batalla de Cannas pudo haber sido decisiva por traer consigo la aniquilación de Roma, y en cambio lo fue por lo contrario: permitió a esta sobrevivir y recuperarse, error que Cartago pagaría muy caro. Para ello hizo falta la energía y voluntad unánime del Senado romano, talante que no existía en el Senado cartaginés. Así, la ciudad latina reunió sus últimas fuerzas y reclutó un nuevo ejército con los supervivientes de Cannas, esclavos a quienes prometió liberar y hombres muy jóvenes. Y envió embajadores a sus titubeantes aliados para mantenerlos firmes, lográndolo en buena medida.

Aníbal marchó al sur de Italia y sustituyó el ataque directo por la estrategia de cortar los suministros a Roma, devastando sus tierras y privándola de aliados por la diplomacia o por la fuerza. Pero él mismo dependía de abastecimientos que le saboteaban en la propia Cartago, en cuyo Senado su rival Hannón replicaba a sus peticiones de auxilios con un sofisma venenoso: «Si Aníbal es vencedor, no los necesita; si es vencido, no los merece». Desde el asedio de Sagunto hasta Cannas habían pasado tres años cuajados de victorias, pero ahora la contienda iba a volverse lenta y pesada frente a un enemigo que a su vez buscaba tenazmente aislarle a él. En difícil situación los dos bandos, se agotaban en una pugna interminable.

A fin de privar a Aníbal de su base ibérica, Roma había enviado allí en 218 importantes fuerzas al mando de los hermanos Publio y Cneo Cornelio Escipión. Tras algunos éxitos, en 211, a los cinco años de Cannas, habían sido vencidos y muertos por Asdrúbal, hermano de Aníbal. En esa difícil situación, Publio Cornelio Escipión, hijo y sobrino de los muertos en Hispania, muy joven aún, pidió relevarles. Supo ver que allí, más que en Italia, iba a dirimirse la guerra. E iba a demostrar una talla militar a la altura de Aníbal y más aún.

Escipión desembarcó en Tarragona, elevó la decaída moral de sus tropas y las reorganizó. Enseguida procedió a enterarse concienzudamente de la situación e intenciones de los cartagineses. Estos tenían tres ejércitos en la península, muy

separados unos de otros, aunque podrían aunar sus fuerzas en poco tiempo; sus jefes no se llevaban bien entre sí y los pueblos sometidos soportaban mal sus imposiciones. Sabiendo estas cosas, Escipión imaginó un plan sumamente audaz: tomar la lejana Cartago Nova, principal base enemiga, arsenal, almacén del tesoro y centro de navegación con la metrópoli púnica, avanzando sobre ella a marchas forzadas. La plaza, bien amurallada, tenía una guarnición no muy grande, pues no se creía a los romanos capaces de amenazarla. Pero Escipión, mediante ardides ingeniosos, la tomó rápidamente, evitando un asedio largo que habría permitido llegar a los otros ejércitos púnicos para socorrer a la ciudad. Y procuró atraerse a los pueblos celtíberos, especialmente al más numeroso de los ilergetes, antes aliado de Cartago y mandado por los caudillos Indíbil y Mandonio.

La pérdida de Cartago Nova, en 209, sacudió el poder cartaginés, pero sus ejércitos se mantenían en pleno vigor. Al año siguiente, Escipión marchó sobre el de Asdrúbal, en la Bética, y lo desbarató en Bécula sin dar tiempo a los otros generales a acudir en ayuda. Con ello se adueñó de gran parte de la actual Andalucía. No obstante, Asdrúbal logró huir con parte de sus tropas, subió hacia la actual Guipúzcoa, donde reclutó a muchos vascones, y continuó a Italia. Este refuerzo habría colocado a Aníbal de nuevo en posición de vencer, pero los romanos le salieron al paso y lo aplastaron junto al río Metauro. La cabeza de Asdrúbal fue cortada y tirada al campamento de Aníbal, su hermano, para desmoralizarle.

Los otros dos ejércitos cartagineses de Iberia, aumentados con tropas llegadas de África, seguían amenazando a Escipión, pero este los aniquiló en el año 206, cerca de la actual Carmona. La pérdida de su base ibérica fue una verdadera catástrofe para Aníbal, mientras la franja mediterránea de la península más algunas tierras celtíberas del interior pasaban a control latino. Escipión estrenó la fundación de colonias con veteranos de las legiones, en Tarragona, antes un pueblo pequeño, e Itálica.

El estratega romano pensó entonces en una arriesgada maniobra: pasar al propio territorio enemigo muy cerca de Cartago, con lo que de paso obligaba a Aníbal a abandonar Italia para defender su ciudad. Si bien se arriesgaba a quedar él mismo y su ejército destruidos. Y nuevamente fue capaz de vencer, esta vez al mismo Aníbal, en Zama, en 202. Por ello ganó el apodo de *El Africano*.

Terminaba así la II Guerra Púnica. Roma quedaba dueña del Mediterráneo occidental y, continuando su impulso, prevaleció en el Mediterráneo oriental, imponiéndose a Macedonia y a Siria. Veintiséis años después de haber estado a punto de perecer en Cannas, la ciudad del Lacio ostentaba la hegemonía en todo el Mediterráneo: llegaría a dominar por completo sus dos orillas, situación política y estratégica nunca antes conocida y que jamás se repetiría. Pero la proyección de esa guerra tiene mucho mayor alcance del que pudieron imaginar sus contemporáneos.

Roma emprendió la sumisión de Hispania empleando la guerra, la negociación y azuzando a unos pueblos contra otros. Las frecuentes rebeliones eran seguidas de crueles castigos y esclavización de los vencidos, según costumbre de la época. De las

muchas resistencias, las más célebres fueron la de los celtíberos con sede en Numancia, próxima a la actual Soria, la de los lusitanos de Viriato y las de los astures y cántabros.

Durante veinte años, de 153 a 133, los numantinos humillaron y desmoralizaron a las orgullosas legiones, hasta el punto de que en el Lacio se hizo muy difícil reclutar tropas para Hispania. Con un supremo esfuerzo Roma envió el nieto del *Africano*, Escipión Emiliano que había arrasado Cartago en una tercera Guerra Púnica. Emiliano aplastó sistemáticamente a los pueblos solidarios con Numancia y bloqueó por completo la ciudad, para rendirla por hambre. Los numantinos resistieron quince meses, prefiriendo al fin, como en Sagunto, destruir sus bienes y hacerse matar o suicidarse. Los pocos supervivientes fueron vendidos como esclavos. La epopeya de la ciudad impresionó a los mismos vencedores y quedó como un motivo de gloria para los pobladores de Hispania incluso siglos después, cuando estaban completamente latinizados.

Contemporáneamente a Numancia, Viriato, pastor lusitano, encabezó otra rebelión en la Lusitania después de una traicionera matanza perpetrada por los romanos. Con tácticas de emboscadas y guerrillas venció sucesivamente y durante ocho años a nutridos ejércitos enemigos, llegó a dominar más o menos un cuarto de Iberia y a dictar una paz vejatoria a sus enemigos. Los generales invasores solo consiguieron acabar con él sobornando a unos traidores de las tropas de Viriato, que le asesinaron.

Mucho más tarde, a partir del 36 antes de Cristo, cántabros, astures y vascones (aunque estos solían preferir la alianza con Roma) causaron serias pérdidas a las legiones, por lo que el propio emperador Augusto decidió intervenir con un gran ejército. Las fatigas le enfermaron y se retiró a Tarragona, pero su ejército terminó por vencer y Augusto pudo fundar Mérida, para los veteranos. Fue una victoria pasajera. Los cántabros vendidos como esclavos en la Galia mataron a sus amos y retornaron para encender de nuevo la revuelta. Volvieron a causar reveses a las legiones, desmoralizándolas de modo semejante a como habían hecho los numantinos. Con dificultad los jefes romanos restablecieron la disciplina, exterminaron a todos los cántabros capaces de combatir y obligaron al resto a dejar las montañas. El jefe de las legiones, Agripa, poco contento de su victoria, rechazó el triunfo que le ofrecieron en Roma. Esta guerra también duró veinte años.

La sumisión de la península quedó cumplida así en el año 17 antes de Cristo, después de doscientos años de luchas y maniobras. Fue la primera conquista extraitálica de Roma y también la más costosa: por comparación, la de las Galias le llevaría ocho años, y así las demás que le permitieron someter la cuenca mediterránea y parte de la Germania occidental y de las Islas Británicas. Sin embargo, en ningún momento hubo una resistencia común de los pueblos peninsulares, ni siquiera entre Viriato y los numantinos. Ello responde a la realidad de un mosaico de tribus y pueblos de lenguas y orígenes diversos, a menudo en reyerta entre ellos y que no se

identificaban como hispanos, pues no poseían una cultura común. Esta les vendría dada precisamente por los invasores. Llamarlos «españoles», como a veces se hace, resulta un abuso del lenguaje, aunque de ellos —muy mezclados entre sí por el influjo latino— provenga genéticamente la mayoría de los españoles de hoy.

* * *

Para cuando cayeron los cántabros, la mayor parte de Hispania estaba ya notablemente latinizada. Luego, hasta el derrumbe de Roma avanzado el siglo V después de Cristo, en la península fue conformándose una comunidad de cultura homogénea, salvo en algunas montañas recónditas cantábricas o pirenaicas. Una red de calzadas enlazaba a todas las regiones, el latín sustituyó a la mayoría de las lenguas anteriores, primero como idioma de cultura y comercio, luego como el habla cotidiana de la gran mayoría. Las colonias latinas se mezclaban con la población local. Surgían o crecían ciudades con sus centros cívicos y comerciales (foros), edificios para espectáculos públicos (teatros, circos…) a veces espléndidos, centros de enseñanza… El valle del Betis (Guadalquivir), con ciudades como Córdoba, Hispalis, Itálica o Gades, al nivel de las más florecientes del Mediterráneo, era la región más civilizada de la península, como en tiempo de Tartesos. Tarragona constituía el centro comercial y administrativo de la mayor parte del país; en la Celtiberia, Gallaecia, Lusitania y la costa norte surgían núcleos de población y comercio, y Mérida llegaría a convertirse en una de las grandes ciudades del Imperio. La población creció, quizá se duplicara. Habían desaparecido las frecuentes guerras y querellas entre pueblos y con estas las murallas de los viejos poblados y villas, aunque persistía un bandidaje bastante extendido, y a veces incursiones muy dañosas de germanos o mauritanos.

La latinización fue tan profunda que Hispania dio al Imperio romano intelectuales tan relevantes como Séneca el filósofo, el satírico Marcial, el teórico pedagogo Quintiliano, el poeta épico Lucano y bastantes más. Hispania sería valorada a veces como la región del imperio más ilustre después de Italia, por su fuerza intelectual y económica. También salieron de Hispania algunos de los mejores emperadores, como Trajano o Adriano, y Marco Aurelio era hijo de hispano; ya en la época cristiana, fueron hispanos el emperador Teodosio, el Papa Dámaso, el prestigiado obispo Osio, aparte de poetas como Prudencio o Juvenco, el historiador Orosio —muy orgulloso de su tierra—, la monja Egeria, relatora de un viaje a Tierra Santa, o Prisciliano, líder de una herejía gnóstica influyente en el noroeste de la península y en las Galias. El poeta galorromano Pacato ensalzaba a Hispania como productora «de los soldados más duros, los generales más hábiles, los oradores más expertos, los poetas más ilustres, madre de gobernadores y príncipes…»: lo decía para adular a Teodosio, pero debía de reflejar cierta opinión. También el poeta egipcio Claudiano celebra a Hispania, «fecunda en emperadores y en princesas», y al Levante peninsular, tierra

«de rosas y de flores».

Ha habido un debate algo bizantino sobre la españolidad de estos personajes. Américo Castro los juzga ajenos a la «contextura vital» que él atribuye a España, mientras que Sánchez Albornoz descubrió en ellos rasgos «temperamentales» a su entender típicamente hispanos. Fuera de tan evanescentes conceptos, salta a la vista que no eran españoles en un sentido político, pues España no existía como nación sino como región del Imperio, y ellos se consideraban romanos ante todo. Lo cual no impide que sintieran orgullo por Hispania, bien visible en Marcial y otros. Como suele ocurrir en los imperios, vivían en la capital minorías procedentes de las distintas regiones, así galos, judíos, griegos, egipcios y muchos otros. Y, desde luego, existía un clan político e intelectual hispano. Cuando Marcial, fervoroso cantor de su tierra, llegó a Roma, buscó la protección de sus coterráneos, y es conocida la influencia del «clan» en tiempos de los «buenos emperadores» (Trajano, etc.).

No eran, pues, españoles propiamente hablando, pero compartían la base cultural sobre la que surgiría la nación española. Y cuando la península se cristianizó, en un proceso también largo pero profundo, quedó formado el contenido esencial de lo que a través de los siglos se ha llamado España.

Volviendo al inicio, la II Guerra Púnica debe considerarse la áspera cuna de España. Creo que no hará falta argumentarlo: fue una verdadera Guerra del Destino, ningún otro episodio histórico ha tenido trascendencia tal. De haber sido opuesto el desenlace, no habría llegado España a ser lo que es, al entrar la Península en la órbita de una potencia afrooriental; no tendría la cultura que la define ni el idioma que habla; no habrían sido posibles procesos como la Reconquista, y la historia de Iberia se habría parecido más, con toda probabilidad, a la de los Balcanes, aunque sea imposible imaginarlo.

Y fue también la Guerra del Destino para todo Occidente. Si el plan de Aníbal hubiera tenido éxito —y muy cerca de él estuvo—, el Imperio romano no habría tenido tiempo ni lugar, ni la Europa que conocemos habría llegado a formarse. El Imperio romano ha conformado la historia posterior, pese a no haber sido propiamente europeo sino más bien mediterráneo. Modificó profundamente el mapa humano del occidente destruyendo, por ejemplo, casi todo el espacio céltico, tan definitorio de la era anterior. El Imperio, extendido hasta las actuales Escocia, Holanda, el Rin, Austria, el Danubio y el sur de Ucrania, lindaba con un espacio europeo mucho más vasto, mal conocido e inhóspito para los mediterráneos, donde moraban los pueblos germanos, eslavos y otros, en estado de mayor barbarie que los celtas. Esos pueblos terminarían por destruir el Imperio romano de Occidente, cuyos restos, recogidos por el cristianismo, impedirían la vuelta del continente a la barbarie.

La segunda mitad del siglo III antes de Cristo no es una época más en la historia. En ella nació la civilización comúnmente llamada occidental y su acta de nacimiento fue precisamente la II Guerra Púnica.

EPÍLOGOS

ESPAÑA Y EUROPA

¿Qué es Europa, más allá del espacio físico entre los Urales y Finisterre? No es fácil definirla, salvo por ciertos agudos contrastes con las vecinas Asia o África. Con harto abuso se emplea la palabra para designar al trío Inglaterra-Francia-Alemania, que desde el siglo XVIII marcan la pauta del desarrollo del continente y hasta cierto punto del mundo antes de la II Guerra Mundial (avances tecnológicos y científicos, pensamiento, guerras, literatura y arte). Mas por un lado las diferencias entre esas tres naciones son profundas, desde el idioma al estilo y desarrollo histórico; y por otra el continente es mucho más vasto y variado, cada país cuenta con su idioma o idiomas distintivos, su peculiar evolución y cultura, sus tradiciones y costumbres. Lo único común a todos ellos ha sido, y en gran parte sigue siendo, la religión cristiana. Y tampoco de forma homogénea, pues se halla a su vez diferenciada en tres ámbitos con un fondo étnico: el católico en los países latinos (menos la ortodoxa Rumania); el protestante, en la Europa germánica (excepto las católicas Austria, Flandes y la mitad de Alemania); y el ortodoxo griego entre los pueblos eslavos (salvo algunos católicos, como Polonia, Eslovaquia o Croacia). Por otra parte, el cristianismo ha separado el poder espiritual del político, excepto en la parte ortodoxa. La cuestión se complica porque, precisamente desde el siglo XVIII, trata de imponerse, sin lograrlo del todo pero con grandes avances, una nueva civilización acristiana o anticristiana, asentada en un peculiar enfoque de la razón y la ciencia.

Ha habido, además, una diferencia nada trivial entre el centro-este, la Europa de los imperios hasta los siglos XIX-XX, y el arco occidental desde Escandinavia a la Península Ibérica, la Europa de las naciones, que terminó marcando la línea al resto, aunque la propensión actual trata de invertir el proceso.

Como fuere, nunca faltaron movimientos en pro de la unificación política y no solo religiosa del continente, desde Carlomagno; el designio del Sacro Imperio Romano-Germánico (no así el de la Monarquía Hispánica) compartía esa orientación. Napoleón soñó con algo parecido, pero es en el siglo XX cuando esas tendencias, llamadas *europeísmos*, toman impulso más definido. Hitler era europeísta en un sentido particular, como también Lenin y Stalin, el uno pensando en una Europa articulada en torno a Alemania y los otros dos en una Europa comunista.

Después de la II Guerra Mundial, el europeísmo resurgió como un ideal a alcanzar a partir de la integración de las economías y con el doble propósito de evitar nuevas guerras intereuropeas y de crear una tercera superpotencia capaz de sostenerse frente a las dos salidas de la guerra: Usa y URSS. La idea fue sobre todo democristiana, en la estela del fallido Imperio cristiano, y no tardó mucho en tomar un predominante tinte socialdemócrata y de fondo ajeno al cristianismo. España

siempre ha estado al margen de esos planes, pero desde hace unas décadas ha crecido en el país una verdadera fiebre europeísta, que vale la pena examinar.

Ha sido común entre políticos y periodistas la afirmación de que España «entró en Europa» recientemente (1986, al integrarse en la CEE, luego UE). No se trata de una frase inocente ni solo de la típica exhibición de ignorancia —sobre España y Europa— ya aludida al hablar del 98, sino que condensa la hispanofobia como desconfianza esencial hacia el propio país. Hispanofobia e ignorancia envuelven graves peligros, si damos crédito a la frase de Santayana de que «el pueblo que desconoce su historia se condena a repetirla». A repetir lo peor de ella, se entiende. En *Nueva historia de España* traté de sintetizar la cuestión (no importa reiterar aquí algunas evidencias ya señaladas a lo largo de este libro):

> «De entrada, España se nos presenta como un país de Europa en sentido físico (una de sus tres grandes penínsulas del sur) y cultural. Los movimientos políticos, artísticos, intelectuales y espirituales configuradores de lo europeo han moldeado también a España: Imperio romano, Cristianismo, reinos germánicos, Románico, Gótico, Renacimiento, Barroco, Ilustración, Liberalismo, utopismos y anticristianismos… Esos elementos comunes coinciden con una recia diferenciación entre las naciones, y dentro de ellas España es una de las más peculiares, acaso por haber sido la única —con Rusia en mucho menor grado, y alguna otra— que se ha afirmado nacionalmente en una larga pugna con una cultura extraeuropea. Hallamos afinidades con Polonia e Irlanda como países católicos de frontera (en Polonia se han establecido algunas analogías de interés entre su papel frente a rusos y turcos y el del Imperio español). O similitudes con la misma Rusia, por cuanto ambas emprendieron su expansión imperial por la misma época, tuvieron una Ilustración y un liberalismo más débiles que los de la Europa centrooccidental, y una impronta comparativamente fuerte de los utopismos de los siglos XIX-XX. No obstante, las diferencias con Rusia parecen más profundas que las semejanzas. Francia es el país del que ha recibido España mayor influjo desde la Edad de Supervivencia (o alta Edad Media) hasta la segunda mitad del siglo XX. Desde entonces el ascendiente anglosajón prevalece, y cada vez más.
>
> »Otra decisiva peculiaridad hispana ha sido su expansión ultramarina en los siglos XVI-XVIII, fenómeno que solo Portugal e Inglaterra, más tarde quizá Francia, han compartido en proporción similar. España se inserta en el ámbito latino con Portugal, Francia, Italia y Rumania. Sus afinidades idiomáticas con el italiano y el portugués son muy densas, bastante menos con el francés o el rumano. Unos 850 millones de personas hablan hoy lenguas derivadas del latín —uno de cada siete u ocho habitantes del planeta—, legado directo de Roma: la mitad corresponden al español, la lengua latina más extendida y la segunda más hablada del mundo occidental. España es también una de las pocas naciones europeas —con

Portugal, Inglaterra, Rusia y Francia— que han creado un vasto y duradero espacio cultural propio; en el caso español, sobre todo en América, con enclaves o restos en África, Asia y Oceanía.

»España es el país más extenso de Europa occidental después de Francia, y el cuarto incluyendo a Rusia y Ucrania; y probablemente el más variado […]. Aun con su variedad, forma un conjunto geográfico unitario y diferenciado, quizá el más unitario y diferenciado después de las islas británicas. La Península Ibérica forma casi una isla, con un istmo comparativamente estrecho y ocupado por una abrupta cordillera que estorba la comunicación casi tanto como un brazo de mar. Junto con las otras dos grandes penínsulas europeas del Mediterráneo —la itálica y la griega (más bien que los imprecisos Balcanes)—, compone un ámbito geofísico muy distinto de la gran llanura húmeda, surcada por anchos ríos navegables, que configura la mayor parte del continente desde los Pirineos hasta los Urales: las penínsulas ofrecen tierras más montañosas, de clima más cálido y seco. De las tres mediterráneas, la Ibérica es la mayor, la menos lluviosa y la más claramente definida».

Sobre su posición geoestratégica y consecuencias de ella, y su estabilidad interna no hará falta extenderse aquí.

«Étnicamente, la población guarda una visible homogeneidad: pueblo mediterráneo con una pequeña aportación céltica y germánica […]. Hoy con una nutrida inmigración de Hispanoamérica, el Magreb, Europa oriental y el África negra, y también, en condiciones distintas, de Europa occidental, sin poder predecirse su grado de permanencia y presión cultural. Mucha mayor relevancia han tenido las migraciones internas durante los seis siglos largos de dominio latino, causantes de una profunda fusión de pueblos que disolvió la antigua división entre íberos y celtas. La Reconquista originó una emigración de sur a norte (mozárabes) y otra mucho más prolongada y nutrida de norte a sur, que repobló las dos Castillas y Andalucía, Canarias, Levante y Baleares, por gentes de la cornisa cantábrica y subpirenaica, también algunas transpirenaicas. La homogeneidad trasciende también en los apellidos más comunes en todas las provincias. Estas migraciones siguieron de modo permanente y continuo durante la Edad de Expansión o Moderna. Y en los siglos XIX y el XX aumenta la homogeneidad por los masivos desplazamientos del campo a la ciudad.

»Si los aportes foráneos en estos dos mil años han tenido peso menor desde un punto de vista demográfico, algunos lo han tenido muy relevante política y culturalmente, así los romanos o los godos; los árabes y berberiscos estuvieron muy cerca de cambiar radicalmente la historia de la península; y la más reciente invasión napoleónica tuvo también profundos efectos políticos, aun si demográficamente escasos.

»De todos ellos, no hay duda de que la trascendencia mayor corresponde a los romanos. Si observamos la sociedad actual percibimos de inmediato el origen latino de sus rasgos definitorios. El castellano, idioma común español, es un latín transformado, y también lo son los demás idiomas regionales, con la excepción del vascuence, idioma no indoeuropeo. La impronta latina abarca el derecho, las costumbres, el arte, la urbanización, las comunicaciones, etc. E incluye la religión, rasgo clave en la configuración de las sociedades. La vasta mayoría de la población sigue declarándose católica, como a lo largo de más de quince siglos, aun si hoy su índice de práctica es bajo. Esta religión también se propagó por la península en tiempos de Roma.

»El catolicismo, lejos de ser un fenómeno anecdótico, ha desempeñado un papel cultural y político esencial en la historia del país, y muchos que se declaran ateos o anti católicos no dejan de estar impregnados de esa cultura, al modo como los judíos no religiosos de Israel permanecen culturalmente en el judaísmo. Entre otras mil cosas, el catolicismo está presente en la multitud de iglesias —los edificios centrales y a menudo los más bellos de los pueblos— e impregna la sociedad, sus creencias, fiestas, expresiones populares, monumentos, arte y actitudes. Incluso el odio apasionado profesado al catolicismo por un número de españoles, que ha desembocado en tiempos recientes en una de las persecuciones religiosas más atroces de la historia, expresa de modo negativo ese hecho. Aunque, claro está, el catolicismo predominante en la sociedad, la cultura y la historia del país no significa que todos los habitantes lo compartan ni que deban compartirlo para considerarse españoles».

Obviamente, España siempre ha sido parte de Europa. En ella desempeñó por un tiempo un papel de primer orden para descender luego bastantes escalones, pero siempre dentro de las corrientes que han configurado la civilización europea. Es decir, de la Europa del oeste, pues su entorno ha sido el Mediterráneo occidental y un radio que abarcaría Italia, Alemania, Francia, Países Bajos e Islas Británicas, siendo muy escasas sus relaciones e interinfluencias con Escandinavia y el este. Otra de sus peculiaridades es que, tocada por los impulsos totalitarios que afectaron a gran parte del continente, los venció en 1934 y 1936-39, y fue de los pocos países que lograron permanecer al margen de las dos terribles guerras mundiales.

Será útil examinar aquí el significado de la tan a menudo denostada neutralidad española. En la I Guerra Mundial (1914-1918), Azaña y tantos más la atribuían a «impotencia» (Portugal y otros más «impotentes» fueron beligerantes). Que tal «impotencia» fue una bendición lo muestra el examen de la posición e intereses en juego. Situada a retaguardia de Francia y sobre el estrecho de Gibraltar, España pudo haber decidido la victoria de Alemania si hubiera intervenido a favor de ella, cosa en la que nadie pensaba. Por contraste, como aliada de Francia e Inglaterra habría tenido el mismo papel que Portugal: suministradora de carne de cañón.

Por otra parte, el país no tenía agravios con Alemania, y sí con Francia por Marruecos y con Inglaterra por Gibraltar. Desde Isabel II, su política exterior giraba en torno a Londres y París («cuando estén de acuerdo, marchar con ellos; cuando no, abstenerse»). Pero en la crisis del 98, Londres había ayudado descaradamente a Usa, y París no había movido un dedo por España. El embajador francés en Washington —autorizado por Madrid— había firmado alegremente la renuncia a Cuba y la entrega de Puerto Rico y Filipinas en el protocolo conducente al Tratado de París. Francia quería ocupar Marruecos, rodeando la península por el norte y el sur. Como ello no convino a Inglaterra, España obtuvo una pequeña franja en el norte marroquí. Sin ser hostiles, ni Inglaterra ni Francia eran potencias amigas de España ni tenían razones especiales para serlo. Lo mejor para una potencia secundaria como España consistía en cierto alejamiento y la mayor independencia posible de ellas. Tampoco había razón general por la que debiera preferirse el triunfo de unos o de otros: se trataba de potencias liberales con sus parlamentos, partidos y libertades políticas. El choque bélico provino de rivalidades económicas e imperiales. Por todo ello, la neutralidad trajo beneficios morales, políticos y económicos para España, sin verter gratuitamente sangre por intereses ajenos, como exigían los belicistas.

Efecto de aquella gigantesca contienda fue una profunda crisis del liberalismo, una desconfianza y malestar social manifiestos en el triunfo de la Revolución bolchevique y del fascismo, el auge de la socialdemocracia o el laborismo y una subversión moral bien visible en el arte o en el psicoanálisis. La Gran Depresión cuestionó desde 1929 la economía de mercado y agravó la inquietud.

La II Guerra Mundial (1939-45) difirió mucho de la primera. En un sentido amplio fue el desenlace de la crisis liberal, agravada en Alemania por la humillación de la derrota y las quiebras económicas, que causaron una polarización social extrema hasta dar en un régimen totalitario original, el nacionalsocialismo. Este proponía una expansión germana a costa de los países eslavos, mezclada con un anticomunismo y un racismo extremos. La contienda resultante produjo los más chocantes «compañeros de cama»: primero un pacto amistoso entre nazis y soviéticos, y luego de la Unión Soviética con el Imperio Británico y Usa, potencias demoliberales.

Si la neutralidad se debió en la guerra del 14 a unos políticos liberales, se debió en la segunda al régimen autoritario y no liberal de Franco. Sobre la política de este último se han lucubrado las interpretaciones más peregrinas, que he examinado en *Años de hierro*. Baste indicar aquí dos puntos: en las dos guerras la neutralidad favoreció mucho más a los Aliados, para quienes una España enemiga habría podido traer el desastre; y favoreció extraordinariamente a la propia España, librada de los bombardeos, destrucciones y deportaciones que devastaron al resto de Europa. En el fondo del ataque a la neutralidad late, como de costumbre, un fondo de hispanofobia.

Los frutos de la neutralidad no fueron accidentales. Derivaron de la realidad geopolítica del país después de la Guerra de los Treinta Años. Cuando los grandes conflictos se trasladaron a la franja Inglaterra-Francia-Alemania y la Paz de Utrecht

certificó la decadencia de España, esta quedó en posición periférica. En más de un sentido fue una posición ventajosa para una potencia menor, interviniendo en aquellos conflictos de modo secundario. No faltan quienes achacan nuestras guerras civiles a la neutralidad, especulación sin mucha base. Precisamente la invasión francesa sembró la división nacional y las consiguientes guerras internas. España no tenía nada que ganar, y sí mucho que perder en la primera y la segunda contiendas mundiales, que habrían tenido el mismo efecto guerracivilista que la involuntaria participación en las guerras napoleónicas: casi seguramente habría suscitado mayor división social y producido, la primera, un auge mayor de los fascismos, como en Italia.

¿Ha cambiado sustancialmente esta realidad después de la II Guerra Mundial o después del franquismo? Ha cambiado la política pero probablemente no las condiciones. Franco rompió con la neutralidad al admitir bases useñas en España, y lo hizo por una doble consideración militar y política. Según la primera, una eventual embestida del Pacto de Varsovia en Europa central solo podría frenarse y replicarse desde las Islas Británicas y la Península Ibérica. Y políticamente España conseguía superar así el aislamiento internacional. Pero el abandono de la neutralidad no fue completo. Pese al interés de Usa, Franco no pidió entrar en la OTAN, y cuando el presidente useño Johnson quiso involucrarle en la guerra de Vietnam, se negó, advirtiendo a Johnson que Usa la perdería. Con respecto a Inglaterra, aisló por tierra a Gibraltar, convirtiendo la colonia en fuente de pérdidas, soportadas por Londres con la esperanza de que después del Caudillo, Madrid se mostraría más servil (cálculo acertado: el PSOE facilitó a Inglaterra la conversión de su ruinosa colonia en un emporio económico). Franco también apoyó el europeísmo, pero desde una clara definición de los intereses nacionales como prioritarios.

La política independiente del franquismo fue invertida por el primer gobierno del PSOE, que metió al país en la OTAN y en la CEE sin estudio real de ventajas y pérdidas, imponiendo una creciente dependencia política y militar. El desprecio implícito a los intereses y dignidad del propio país, mantenida durante casi tres decenios, solo puede entenderse desde la hispanofobia que, en mayor o menor grado, afecta a demasiados políticos y periodistas, y a muchos intelectuales.

La hispanofobia se ha disfrazado con la frase publicitaria de la «entrada en Europa», justificada con la afirmación de que «Europa» significaba ante todo la democracia y la prosperidad, de las que el país habría estado privado por su «aislamiento» y por la dictadura de Franco. Lo cual vuelve a ser una falacia. El impulso a la prosperidad en la ruinosa Europa de posguerra debió mucho al Plan Marshall concedido por Usa. Y si tras la guerra mundial España fue apestada —muy injustamente, debe resaltarse—, consiguió derrotar el aislamiento y creció de forma sustantiva sin Plan Marshall. Y corrigió con flexibilidad su orientación económica cuando esta se agotó, para crecer a un ritmo muy superior al del resto de Europa durante trece o catorce años seguidos, con pleno empleo (la emigración a Alemania y

varios países más no se dio por falta de trabajo, sino por los mejores sueldos, distancia que también fue acortándose). Así, España se acercó a la media de los países ricos más que nunca antes o después y con una economía más sana. Por tanto, su prosperidad no dependió de su «entrada en Europa», sino de su propio trabajo y destreza para sacar partido de las oportunidades. Siempre su mayor comercio se dio con la Europa del oeste, sin que ello obligase en ningún momento a una integración político-económica. Después de tal integración, el desarrollo español se volvió más lento, desigual y mediatizado, con un desempleo muy alto en todo momento. Por tanto está muy lejos de la realidad el aserto de que la «entrada en Europa» haya significado entrada en la prosperidad.

Y la democracia podría venir representada, si acaso, por Usa, mientras que la historia democrática europea ha sido más de última hora. Y accidentada en extremo, al punto de que solo la salvaron las armas useñas en 1942-45, y solo en el tercio occidental del continente. La mayor parte de los europeos deben su democracia, por tanto, a Usa, y de manera muy traumática, lo que no ocurre con España ni los pocos países (Suecia, Suiza, Portugal) que supieron o pudieron permanecer neutrales. Claro está, sin la intervención useña habrían triunfado en todo el continente el nazismo o el comunismo. Pero esa deuda indirecta la saldó por adelantado la neutralidad española en la guerra mundial, tan beneficiosa estratégicamente para los Aliados. España ha tenido la mezcla de suerte y acierto de haber alcanzado su propia democracia (bien que harto defectuosa y hoy en crisis) por su propio desarrollo interno y sin mayores traumas. La identificación de «Europa» con democracia es, por tanto, muy discutible, pese a las raíces de ella en el pasado europeo (español también). Con el argumento de la frase *europeísta*, España habría debido aspirar a «entrar» en Usa.

Añádase que el ingreso en la CEE-UE tampoco ha calmado las presiones disgregadoras, que no han dejado de crecer. No ha resuelto un solo problema de fondo para España, y en cambio ha creado otros y limitado la capacidad para afrontarlos, por la pérdida de independencia y soberanía.

* * *

Volviendo al principio, el europeísmo fue propulsado por la II Guerra Mundial como medio de impedir nuevas contiendas. Pero debe observarse que las principales, desde Napoleón, nacieron de Francia y de Alemania, que España no originó ninguna y solo participó, involuntariamente, en la napoleónica. Unir de algún modo los intereses de Francia y Alemania a fin de evitar nuevos choques, era un excelente propósito, mas para España un problema ajeno cuya presunta solución no le incumbía. Y que podría arrastrarla a la posición indeseable de satélite de un potentísimo eje franco-germano.

El designio consistía en unificar toda Europa, al menos la occidental, por medio de un mercado único y sólidos lazos económicos, a partir de los cuales se avanzaría hacia una unidad política que absorbiera a las naciones en una federación o similar.

Sería también un bloque democrático que impediría el rebrote de los totalitarismos. Además, se argüía, si Europa quería tener voz y papel propios en un mundo dominado por Usa y URSS, debía unirse necesariamente. Se exponía como un plan de vasto alcance que atrajera a muchas voluntades: paz, prosperidad, poder político y democracia.

Sin embargo, un análisis desapasionado saca a la luz incoherencias. La presunción pacifista falsea los hechos: fue la protección de Usa lo que impidió nuevas guerras en Europa. Holanda, Francia e Inglaterra libraron además sangrientos y vanos conflictos para retener sus colonias. Otras guerras en la África independiente, como la de Ruanda, tuvieron relación con injerencias de países de la CEE, como también las más recientes de Yugoslavia, a las que solo puso fin la intervención de Usa. La pretensión pacifista se rodea de otra falacia: la de que las naciones son factores de belicismo. El caso español, como los de Suecia, Holanda, Bélgica, Suiza, Noruega, etc., demuestra lo contrario. El belicismo nació, más bien, de ambiciones imperiales —y a veces europeístas—. De nuevo tiene España al respecto una posición bastante particular.

Más convincente suena el argumento de la prosperidad material… potenciada en su inicio por el Plan Marshall. Pero que esa prosperidad exija la integración político-económica ya es harina de otro costal: países al margen del proyecto durante muchos años prosperaron no menos, sino aún más que los incluidos, así Suiza o Suecia. Inglaterra, en menor medida, pero, una vez en la CEE, siguió empobreciéndose hasta salir del marasmo con medidas exclusivamente internas.

La pretensión de alzar la «voz» frente a Usa y la URSS exhibía una descarnada ingratitud hacia la primera, pues a Usa le debían los *europeístas* sus libertades, su paz y despegue económico. Además, países pequeños pero eficientes y respetados como los citados Suiza y Suecia han tenido una voz propia en el mundo, y más la tendría España como potencia media, si se hiciera respetar. El gigantismo no es garantía de poder real, y afrontar eventuales peligros para Europa solo exige acuerdos y previsiones entre sus países. Por lo demás, aunque se evite mencionarlo, en la UE no son ni pueden ser todos iguales: el proyecto se articula sobre un eje Berlín-París dominante (con un Berlín todavía supeditado moral y políticamente, por efecto de la II Guerra Mundial). Por eso Londres, consciente del riesgo y de sus intereses, mantiene un pie fuera de la UE.

Hay otro punto crítico poco examinado: tal conglomerado de países con lenguas y culturas tan distintas solo puede funcionar mediante un idioma que se erija en superior a los demás. La UE reconoce 23 idiomas, pero en la práctica apenas usa más que el inglés, el francés y el alemán, con creciente hegemonía del primero. El inglés no solo se predica como la lengua principal, «útil», con cuantiosas inversiones para difundirlo por doquier, sino como la lengua de la cultura superior (la ciencia, el pensamiento, el arte, la economía, etc.). Se la llama «el nuevo latín», frase expresiva de una ambición: el latín fue la lengua de la cultura en Europa durante siglos, hasta

que las lenguas autóctonas se hicieron lo bastante flexibles y elaboradas para sustituirle en varias naciones (España, una de las primeras). Ahora se pretende la evolución contraria, es decir, la involución.

Faceta mal estudiada ha sido la transformación del *europeísmo*, ideal ya muy dudoso bajo la marca democristiana, en corriente socialdemócrata con impronta masónica. Esto es, en abandono del cristianismo —fundador de Europa—, expulsándolo del espacio público para relegarlo al estrictamente privado; postura visible igualmente en la fría indiferencia con que los europeístas, que tanto se llenan la boca con los derechos humanos, asisten a las sangrientas persecuciones de cristianos en diversos países islámicos o apoyan el islamismo. El cristianismo es sustituido por una ideología mejor expresada en la canción *Imagine* que en cualquier documento programático: una sociedad sin cielo ni infierno, es decir, ajena al sentido moral del bien y el mal que define la condición humana; sin países ni religiones, sin trascendencia, considerando la sociedad «una hoja en blanco», al modo maoísta, donde escribir un nuevo relato arrumbando la historia y la cultura anterior; sin nada por lo que matar o morir, por tanto sin ideales más allá de un hedonismo simple y un pacifismo que tan bien manejaron los soviéticos durante la Guerra Fría. De donde saldría una humanidad (o una Europa) «hermanada» y «una». El programa recuerda la previsión de Tocqueville acerca de un «despotismo democrático» que asfixiaría uno de los principales atributos de lo humano, la libertad, y que requiere un estado enorme y omnipotente, al que también se tiende. Enésima ideología utópica, cuya íntima relación con los totalitarismos ha quedado demostrada en la teoría y la práctica. La ideología europeísta refleja, pues, una perversión del espíritu democrático. Para empezar, sus organismos rectores son muy poco representativos, sin que ello les impida promulgar constantemente normas y leyes sobre todos los habitantes de la UE. La «burocracia de Bruselas» no es ningún mito.

Desde 1945 Europa ha perdido su antiguo ímpetu cultural, sustituido en todos los terrenos por el de Usa. No creo abusivo asociar esta semiesterilidad y trivialización europea a las pretensiones europeístas, tan contrarias a la trayectoria europea.

Por más que los políticos españoles hayan tomado decisiones fundamentales sin el menor estudio serio o con ilusiones pueriles (recuérdese la propaganda a favor del euro, cuyo definitorio irrealismo y demagogia insultaban la inteligencia), los problemas anteriores afectan a España de modo especialmente desfavorable. Además, la CEE y la OTAN mantienen la colonia de Gibraltar, incluso pretenden blindarla, mientras que no protegen a Ceuta y Melilla. Importa insistir en el valor del peñón. Para España, como potencia secundaria pero en principio no desdeñable, en posición estratégicamente clave y amenazada por el expansionismo marroquí, el control del eje Baleares-Estrecho-Canarias tiene peso determinante. Y el hecho de que su punto central se halle bajo dominio de un poder extranjero y con intereses muy acentuados convierte al país en aliado-lacayo un tanto despreciable dentro de la OTAN y de la CEE.

Por otra parte, el idioma español padece en la propia España un silencioso pero acelerado desplazamiento a favor del inglés en las actividades culturales superiores y aun en las inferiores como la moda, la canción ligera, la publicidad, el cine popular, el comercio, etc. Desplazamiento promovido activamente por políticos que cooficializan el inglés a ciertos niveles, a partir de la enseñanza. Ello corroe la capacidad de creación cultural, ya muy socavada por la politización en la «cultura de la basura» y del embuste sobre la historia reciente y menos reciente. Así, la cultura hispana va configurándose insensiblemente como un apéndice mediocre de la dominante anglosajona. Si alguna vez pudo hablarse de un «páramo cultural» es hoy, no en el franquismo.

En dos palabras: a las asechanzas separatistas se unen las que aspiran a diluir la nación española y terminar su historia, presentadas extrañamente como un progreso.

Pero Europa no es como Usa ni como China. Aunque el europeísmo quiera extinguir a plazo indefinido «las naciones y las religiones», estas poseen enorme densidad histórica, mucha más solidez cultural que la mezcla de humanitarismos gratuitos e ilusiones futuristas con que intenta sustituírselas. Como Mercado Común, el proyecto resultó bastante satisfactorio, pero los pasos posteriores se han vuelto más utópicos y dañinos. España no tiene por qué secundar esos planes y no debe temer desvincularse de ellos si fuera preciso. Contra toda evidencia, una propaganda abrumadora y acrítica presenta la eventual salida del país del euro o de la UE como un apocalipsis. Tendría sin duda costes económicos y políticos, producto del previo error cometido, pero asumibles a un plazo no largo. Para los políticos hispanófobos la soberanía es algo despreciable, pero ya la Biblia advierte del error de vender los derechos por un plato de lentejas. Máxime cuando esas lentejas tienen mucho de ilusorio. No: dentro de la UE, España, por su propio interés, debe presionar para una vuelta al Mercado Común, sin más experimentos perniciosos. Incluso saliendo de ella no dejaría de ser un país europeo. Si acaso con más independencia que en la actualidad.

ESPAÑA Y LA HISPANIDAD

A las particularidades de España en Europa (idioma, trayectoria histórica, frontera con el Islam, intereses diversos…), debe añadirse otra de máxima trascendencia: es uno de los pocos países que han creado un extenso ámbito cultural propio, principalmente en América. Este fue uno de los más importantes frutos de la historia española en su mejor momento: más de 400 millones de personas hablan el español común originado en Castilla la Vieja. Este simple dato tiene una repercusión invalorable, cultural en primer lugar, también política, económica y de todo tipo. Sin él, y sin el Siglo de Oro, España no tendría hoy una proyección internacional mayor que la de Polonia, Rumania u otros países importantes, pero medianos, y culturalmente estaría bastante por debajo de Italia.

Varias naciones europeas construyeron imperios considerables, aunque más tardíos. Rusia se ha extendido sobre el Asia septentrional y el Cáucaso, fundando un espacio propio y poco habitado, con 160 millones de hablantes nativos y otros cien que tienen el ruso como segunda lengua. Alemania e Italia dominaron extensas colonias en África entre finales del siglo XIX y principios del XX, pero fueron despojados de ellas al perder la primera y segunda guerras mundiales respectivamente, siendo su huella prácticamente borrada. Bélgica se impuso en el Congo en el siglo XIX, pero aparte de la lengua francesa, no ha dejado allí ningún lazo profundo. Holanda llegó a poseer un imperio muy considerable en Indonesia, Ceilán, Guayana y algunas islas del Caribe, penetración en Suráfrica y por breve tiempo en el noreste brasileño. Su interés primordial fue la explotación económica de los territorios, y si bien tuvo más tiempo que los anteriores para asentar en ellos una cultura propia, no lo consiguió, y hoy ni siquiera algún dialecto neerlandés es hablado fuera de los Países Bajos, excepto en Surinam.

Más éxito tuvieron Portugal, Inglaterra y Francia. A Portugal le queda un idioma bastante similar al español, extendido en África (Angola y Mozambique sobre todo), en América (Brasil) y en países menores, siendo el más hablado del mundo en el hemisferio sur, con unos 230 millones, y el tercero de los occidentales. Pero la ex metrópoli es demasiado pequeña y de fuerza material escasa para pesar de modo efectivo en el conjunto. Francia sigue siendo una gran potencia y construyó la mayor parte de su imperio en el siglo XIX, en África, Indochina y Oceanía. En América había llegado a ocupar desde Canadá al Golfo de Méjico, pero la belicosa competencia anglosajona lo redujo a Quebec, pequeñas islas Antillas, Haití y la Guayana; y tuvo alguna implantación en la India, eliminada por los ingleses. En Indochina, el francés es actualmente residual y cada vez más desplazado por el inglés como lengua aprendida, pese a los esfuerzos de la ex metrópoli. El ámbito más extenso del francés

se encuentra en el África negra y en el Magreb, en este como segundo idioma. En Oceanía le quedan algunas posesiones con una cultura francesa en la población blanca. Su lengua es hablada por 120 millones de personas, y por cerca de 200 como segunda lengua, siendo la más estudiada del mundo como idioma extranjero, después del inglés y en competencia con el español.

El espacio cultural originado en Inglaterra es sin duda el más exitoso. Su parte blanca ocupa enormes extensiones (Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Usa), a la que se añade la parte asiática (la India, Pakistán) y africana (más de un tercio del continente) e islas de Oceanía. Las dos primeras, si bien considerablemente diferenciadas, son prolongaciones de la cultura inglesa, y Usa, aunque anglófona, tiene mucho de nueva civilización, hegemónica en el mundo desde la II Guerra Mundial. En las regiones no blancas y bien pobladas, el estilo imperial se pareció al comercial holandés, mientras que en las blancas fue de colonización que exterminó a poblaciones aborígenes. Pero debido al prolongado poder anterior de Inglaterra y al más reciente de Usa, el inglés se ha afianzado en todas sus antiguas posesiones. Igual que Francia, Inglaterra permanece como una gran potencia por sí sola y ejerce una considerable influencia en su ex imperio mediante la Commonwealth, ampliada a Mozambique, antaño colonia lusa.

Incidentalmente, expongo aquí por qué empleo el término «Inglaterra» en lugar de Gran Bretaña o Reino Unido, usadas a menudo con aparente mayor propiedad. Reino Unido por sí solo no significa nada, y es difícil decir «rei-nounidense»; «británico» incluiría a la Irlanda independiente. Inglaterra tuvo la ambición, desde el principio, de unificar bajo su mando a las dos grandes islas, casi siempre por conquista bélica, y es, cultural y políticamente la nación eje y centro del conjunto, exceptuando Irlanda. Las profundas diferencias con España saltan a la vista.

El Imperio español tuvo rasgos distintos de los demás, visibles ya en el testamento de Isabel la Católica y luego en las Leyes de Indias. Las posesiones de América, el Pacífico y extrapeninsulares de Europa formaban parte de una Monarquía Hispánica, llamada también Católica para distinguirla del protestantismo, conjunto imperial dirigido desde España, con sede en Madrid desde Felipe II. La integraban territorios y administraciones varios, muy autónomos, algo también infrecuente en los imperios, lo que a primera vista lo hacía disfuncional. No obstante funcionó con bastante eficacia pese a su vastedad, las trabajosas comunicaciones y las asechanzas externas. Con la pérdida de las posesiones europeas y la llegada de los Borbones en el siglo XVIII, el concepto de Monarquía Hispánica fue olvidándose. El imperio varió en un sentido menos original, hacia una mayor centralización, que en parte lo hizo más eficiente y generó nuevos problemas.

La independencia de América tuvo lugar en momentos de profundo decaimiento de la metrópoli y en las condiciones de odios desatados vistas más arriba, terminando varios decenios después con el trauma del 98. Había en muchos independentistas un empeño en arrasar su herencia cultural y hasta idiomática, pero ante la necesidad de

construir nuevas naciones no tuvieron otro recurso que oficializar el español y mantener gran parte del ingente legado cultural acumulado a lo largo de casi trescientos años. Con el tiempo el sentimiento hacia «la madre patria» mejoró, de modo que durante el conflicto del 98 con Usa los hispanoamericanos apoyaron a su ex metrópoli, al menos moralmente. El franquismo recibió también ayuda sustancial de países de América para vencer al aislamiento, que en un primer momento estuvo cerca de provocar hambre masiva. No obstante, el deseo de diluir o enmascarar la raíz hispánica permanece en el término *Latinoamérica* y en ideologías indigenistas muy antihispánicas.

Ni los indigenismos ni los afrancesamientos o las imitaciones de Usa han dado frutos muy buenos en Hispanoamérica. Es ilustrativo el comentario de Tocqueville sobre Méjico, el cual importó el sistema federal angloamericano, pero «sus estados y la Unión chocaron permanentemente por sus respectivos poderes y privilegios, y Méjico viene oscilando entre la anarquía y el despotismo militar». La causa fue que no pudieron importar «el espíritu que animaba la constitución federal de sus vecinos», aunque imitaran «su letra» (en medida algo menor de lo que dice Tocqueville). Por casi todas partes se hizo realidad el augurio del propio Bolívar: «No hay fe en América, ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las Constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía; y la vida, un tormento».

En Usa, la independencia fue el fruto de una evolución previa de autogobierno con una población étnicamente homogénea, un espíritu optimista sin exaltación y un pensamiento muy elaborado (en parte sobre la Escuela de Salamanca). En los próceres de la independencia de Hispanoamérica no se aprecia apenas pensamiento realista bajo la frondosa retórica, con frecuencia huera o contradictoria (¡la pretensión de heredar a incas o aztecas!), bajo la cual florecían la arbitrariedad y exaltaciones personalistas, más el cultivo sistemático del rencor y el recurso a una violencia frenética. La independencia trajo consigo una sucesión de revueltas, golpes de gobierno y luchas anárquicas, en duro contraste, por una parte, con el pacífico período anterior, y por otra con la pujanza de Usa (aun con su furiosa guerra civil de 1861-65). Cierto que España no podía servir de modelo, pues en ella ocurría un fenómeno parecido: los nuevos tiempos habían llegado de forma turbulenta, por contagio exterior y sin apoyo en la propia experiencia.

Tampoco la evolución europea, en general, ofrecía grandes estímulos a América. Los terrores de la Revolución francesa desembocaron en las guerras napoleónicas, tras las cuales una reacción tradicionalista casi generalizada no alcanzó a evitar nuevos disturbios, revoluciones y corrientes totalitarias, aunque, en conjunto, el continente prosperase económicamente y marchase hacia un mayor liberalismo.

Dados los fracasos, la inquina hispanoamericana a la ex metrópoli fue desviándose hacia Usa, acusada de todos los males padecidos por las nuevas naciones. Ciertamente Usa era cada vez más fuerte y su ambición imperial venía

marcada por doctrinas como la de Monroe o la del Destino Manifiesto. Y por prácticas como la conquista del oeste y de la mitad menos habitada de Méjico (la renuncia a ocupar el resto del país se debió a la elevada e indeseada población mestiza e india). Ambición imperial espoleada por la exhibición de corrupción, incapacidad e irresponsabilidad de los gobiernos al sur del Río Grande, que daba a los useños una sensación no muy arbitraria de su propia superioridad. Usa, orgullosa de su originalidad y logros económicos, políticos y en la alta cultura, menospreciaba a los latinoamericanos, al parecer incapaces de una convivencia ordenada y productiva. Simplemente no les inspiraban respeto, y la expresión «república bananera» adjudicada a algunas centroamericanas podría extenderse a bastantes más.

La evolución de la Hispanoamérica independiente deja la impresión de una serie de altibajos, mejoras temporales finalmente frustradas y gran dificultad para mantener un progreso sostenido sobre principios firmes. Argentina, que había llegado a ser uno de los países más ricos del mundo en los años 20 del pasado siglo, derivó hacia populismos demagógicos; Chile o Uruguay, de historial parlamentario o democrático más templado, sufrieron, ya avanzado el siglo XX, los embates de los totalitarismos que rompieron su tradición, y en los demás países los golpes de estado y de régimen se han sucedido. La propaganda hispanofóbica, en Usa y en la propia Latinoamérica, achaca la inestabilidad latinoamericana a una triste herencia del período español. La evidencia más elemental lo desmiente. Los tres siglos de aquel imperio fueron extraordinariamente pacíficos, como hemos indicado, con gobiernos expuestos a las quejas de los habitantes y a controles que podían ser muy estrictos. Siempre se dice que las Leyes de Indias no se cumplían, pero ninguna ley se cumple del todo, y aquellas debieron de cumplirse lo bastante para mantener una paz tan duradera y poco alterada. Por tanto, el origen de los males podría encontrarse mejor en la renuncia a las propias raíces y el intento de transplantar sin mucho criterio soluciones externas.

Con orientación distinta, en 1917 (en plena guerra mundial y año también de la doble revolución rusa y de la intentona revolucionaria del PSOE) Argentina estableció el 12 de octubre, aniversario del descubrimiento de América, como fiesta «en homenaje a España, progenitora de naciones». La fiesta pasó a llamarse, de forma inapropiada, «Día de la Raza». La idea se fue extendiendo a España y países hispanoamericanos, como incentivo a la recuperación de la identidad y al estrechamiento de relaciones entre todos ellos. De ahí surgió el concepto de *Hispanidad*, creado por el sacerdote vasco Zacarías de Vizcarra, que propuso razonablemente cambiar por él el de «la Raza» (sería efectivamente cambiado en España en 1958, bajo el franquismo).

La Hispanidad definiría un pasado común manifiesto del modo más tangible en el idioma, con una proyección mucho más amplia: mayoría religiosa, tradiciones, costumbres, normas de derecho, arquitectura y arte en general, literatura… Pero ¿cómo hacer operativo de algún modo ese acervo? En buena medida el concepto de hispanidad quería encontrar unas raíces propias, a la vista del fracaso de las

imitaciones o remedos de soluciones francesas o useñas, y frente a la sensación de debilidad propia ante el avasallador dinamismo de la civilización «yanqui». Esa reacción llevó en algunos casos a oponer la herencia hispánica al liberalismo y la democracia, buscando unas esencias un tanto evenescentes a recobrar para fortalecerse en el espíritu propio.

Ramiro de Maeztu escribirá en 1934 su *Defensa de la Hispanidad*, en la que opone al racismo anglosajón un «antirracismo ecuménico y misionero», como lo calificó Fernández de la Mora. Por su parte el filósofo Manuel García Morente quiso definir la esencia de lo hispano en la figura del «caballero cristiano», paladín del bien, enemigo de la mezquindad, incapaz de resentimiento, arrojado, altivo, con más pálpito que cálculo; en el culto al honor, afirmación de la propia personalidad, predominio de la «ley privada» —las normas particulares que cada uno se da— sobre la «ley pública» que obliga a todos por igual; etc. Estos rasgos son una idealización parcial de las realizaciones del siglo XVI, pero no definen lo «hispánico», y son irreales porque en la misma época encontramos personajes bien distintos, siniestros o canallescos, fatuos y pomposos; y porque según se enfoquen retratan también la decadencia: irracionalidad, ostentación, ignorancia vanidosa, envidia, incapacidad para aceptar normas generales, con la consiguiente oscilación entre anarquía y despotismo… Y olvida la enorme dosis de cálculo y destrezas de todo tipo y elaboración legal implicada en la construcción del imperio. Por otra parte, una cosa es reconocer la fundamental impronta cristiana, católica, en la historia y cultura del país, y otra sugerir una identidad entre religión y política o hispanidad.

Existen espontáneamente estilos o espíritus diferenciadores de unos países a otros, variables a su vez con el tiempo. Por ejemplo, los imperios de las naciones europeas han tenido un espíritu y una práctica muy diferentes entre sí, y tampoco suena probable la equiparación entre el Imperio romano y el español, como a veces se hace. Y al lado de las diferencias siempre encontramos similitudes. No parece que las consideraciones de Maeztu, Morente y otros hayan servido de mucho para reorientar el rumbo de España y de Hispanoamérica, quizá porque sea imposible establecer con claridad una «esencia nacional» o un «temperamento». O porque ninguno de ambos distingue bien entre la España del apogeo y la de la decadencia. (¿Por qué existió la segunda? ¿Condujo a ella la «esencialidad» hispánica, o bien se esfumó esta, dejando de ser hispanos los españoles? ¿No encajaban en la nueva situación histórica aquellas cualidades ensalzadas?) O porque plantean los problemas políticos en un impracticable terreno teológico-metafísico. Como fuere, nunca el ideal de hispanidad inspiró un renacimiento hispanoamericano, y desde hace bastantes años el fracaso de las soluciones totalitarias y populistas abrió paso a una nueva inglesización del continente, que otra vez provoca una reacción indigenista y populista en muchos países. Hispanoamérica —como la misma España— no acaba encontrar un camino propio, al parecer.

El concepto de Hispanidad es difuso y flexible, responde a algo real en la cultura,

en general visible en la literatura y la música popular, entre otras facetas; pero no precisa definición teórica ni programación, solo requiere una intensificación de los lazos. A ese fin y para promover la alta cultura, el franquismo creó el Instituto de Cultura Hispánica, título acertado, que hizo una importante labor para ser luego diluido en un Instituto de Cooperación Iberoamericana y finalmente, por la hispanofobia de rigor, en una pomposa Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo. En general, en la relación hispanoamericana ha pesado más la poderosa inercia histórica que iniciativas programadas políticamente.

Se trata, insistamos, de la herencia cultural de numerosos países con cientos de millones de hispanohablantes (y también lusohablantes). Dictaminar sobre las esencias de la Hispanidad o sobre los rasgos que el «caballero cristiano» pudo tener algún día es un ejercicio de interés pero demasiado propenso a la divagación inefectiva. Junto al hecho estimulante de la amplitud de la Hispanidad se encuentra el lamentable de su baja productividad cultural en comparación con el useño, incluso con el europeo, que pasa por horas bajas desde 1945. La misma lengua sufre corrosión por el inglés, que la va desplazando insensiblemente al rango de lengua doméstica y de infra o subcultura. Uno de los mayores defectos hispanos yace en su posición marginal en el mundo de la ciencia y no muy notable en el del pensamiento. Carencias acaso remediables mediante una política conjunta de los países de origen hispano, reforma de las universidades y otras instituciones, renovación pendiente ya desde el siglo XVII y nunca cumplida con plenitud. Pero aun con esas deficiencias, el vastísimo ámbito existente constituye la mejor base para un nuevo despegue, para iniciativas de todo género, que pueden ser acertadas y arraigar o no, pues —ya se sabe— el espíritu sopla donde quiere. En todo caso, el bajo nivel en la enseñanza, en la ciencia y el pensamiento son retos más concretos y abordables que la definición de esencialidades.

* * *

En un sentido muy amplio, España pertenece a Europa. Pero en ella se encuentra, políticamente, reducida al nivel de aliado-lacayo. Y en cualquier caso solo desempeñaría en una federación europea un papel secundario y hasta autodisolvente, aun suponiendo que los rumbos ideológicos de la UE no conduzcan a un callejón sin salida. No está al alcance del país volver a convertirse en una gran potencia económica y política, y probablemente tampoco es deseable. Madrid podrá contrapesar el absorbente poder centroeuropeo mediante unas relaciones estrechas con Usa y el resto de América, pero a ellas tendría también que renunciar según fuera renunciando a su soberanía, como es la tendencia dominante en la actualidad. Solo podría jugar, no se sabe hasta qué punto, con una mayor alianza con Polonia y similares para mantener algo de presencia propia.

Ahora bien, en el plano cultural España puede desempeñar un papel mucho más

lucido: no hay límites a él, y solo puede hacerlo fortaleciendo los vínculos, no solo económicos, con el magno espacio que acertó a crear en el siglo XVI. Las corrientes hispanófobas y autodisolventes han insistido en estos años en desdeñar o dejar en segundo plano esos lazos en nombre de un europeísmo de muy poca sustancia intelectual y moral. Se ha hablado, reveladoramente, de hacer de España el «puente» entre Europa e Hispanoamérica, es decir, perder la autonomía al respecto para convertirse en elemento auxiliar de la relación entre el resto de Europa —la potencia centroeuropea en primer lugar— y *Latinoamérica*. Después de todo, los puentes se construyen para ser pisados. Pero en alguna medida España sigue siendo responsable de lo que creó en sus mejores tiempos y solo se desentendería de ello al precio de suicidarse nacionalmente. Hoy el país que acertó a ser grande en el pasado se encuentra en una encrucijada histórica, y conviene entender los procesos que han conducido a ella, para elegir el camino mejor.

LUIS PÍO MOA RODRÍGUEZ. (Vigo, 1948) es un articulista, historiador y escritor español, especializado en temas históricos relacionados con la Segunda República Española, la Guerra Civil Española, el franquismo y los movimientos políticos de ese período.

Participó en la oposición antifranquista dentro del Partido Comunista de España (reconstituido) o PCE(r) y de la banda terrorista GRAPO. En 1977 fue expulsado de este último partido e inició un proceso de reflexión y crítica de sus anteriores posiciones políticas ultraizquierdistas para pasar a sostener posiciones políticas conservadoras.

En 1999 publicó *Los orígenes de la guerra civil*, que junto con *Los personajes de la República vistos por ellos mismos* y *El derrumbe de la República y la guerra civil* conforman una trilogía sobre el primer tercio del siglo XX español. Continuó su labor con *Los mitos de la guerra civil*, *De un tiempo y de un país* (donde narra su etapa juvenil de miltante comunista, primero en el PCE y más tarde en los GRAPO), *Una historia chocante* (sobre los nacionalismos periféricos), *Años de hierro* (sobre la época de 1939 a 1945), *Viaje por la Vía de la Plata*, *Franco para antifranquistas*, *La quiebra de la historia progresista* y otros títulos. En la actualidad colabora en *Intereconomia*, *El Economista* y *Época*.

Moa considera que la actual democracia es heredera del régimen franquista, que experimentó una «evolución democratizante», y no de las izquierdas del Frente Popular, según él totalitarias y antidemocráticas y que dejaron un legado de

«devastación intelectual, moral y política». Su obra ha generado una gran controversia y suscitado la atención de un numeroso público, que ha situado a varios de sus libros en las listas de los más vendidos en España: su libro *Los mitos de la Guerra Civil* fue, con 150.000 ejemplares vendidos, número uno de ventas durante seis meses consecutivos.

La obra de Moa ha sido descalificada por numerosos autores e historiadores académicos, quienes lo han sometido al ostracismo porque su obra revisa ideas generalmente admitidas sobre ese período –ideas asentadas en una perspectiva política de izquierdas que mitifica la II República–, y sienta tesis innovadoras, que sin embargo, no han sido rebatidas documentalmente hasta la fecha

Pero Moa cuenta también con algunos defensores en el ámbito académico: Ricardo De la Cierva, José Manuel Cuenca Toribio, o Carlos Seco Serrano han elogiado la obra de Moa.

Fuera de España, historiadores e hispanistas como Henry Kamen, Stanley G. Payne o Hugh Thomas han comentado en términos favorables trabajos y conclusiones de Moa. Por ejemplo, Kamen se lamenta de que, según su opinión, la represión ejercida por la República no haya sido estudiada, con la única excepción de Pío Moa, el cual habría sido marginado por los historiadores del *establishment.*

Stanley G. Payne ha elogiado en repetidas ocasiones los trabajos de Pío Moa, sobre todo sus investigaciones sobre el periodo que va de 1933 a 1936: «Cada una de las tesis de Moa aparece defendida seriamente en términos de las pruebas disponibles y se basa en la investigación directa o, más habitualmente, en una cuidadosa relectura de las fuentes y la historiografía disponibles»; destaca la originalidad de su trabajo: «ha efectuado un análisis realmente original y ha llegado a conclusiones que no han sido todavía refutadas. Lo han denunciado, lo han vetado pero no han logrado rebatir con pruebas las tesis de Moa sobre la República», e incide en que las tesis de Moa no han sido refutadas: «lo más reseñable es que, aparentemente, no hay una sola de las numerosas denuncias de la obra de Moa que realice un esfuerzo intelectualmente serio por refutar cualquiera de sus interpretaciones. Los críticos adoptan una actitud hierática de custodios del fuego sagrado de los dogmas de una suerte de religión política que deben aceptarse puramente con la fe y que son inmunes a la más mínima pesquisa o crítica».

Hugh Thomas ha afirmado sobre la obra de Moa: «Lo que dijo Pío Moa sobre la revolución de 1934 es muy interesante y pienso que dijo la verdad. ¡Pero no fue tan original! Él me acusa en su libro, pero yo dije casi lo mismo: la revolución de 1934 inició la guerra civil, y fue culpa de la izquierda».

Notas

[1] He documentado las citas en *Una historia chocante. Los nacionalismos en la España contemporánea*, Madrid, 2004. Las citas de Prat de la Riba proceden de su opúsculo *La nacionalidad catalana*. Las de Arana son fácilmente encontrables en el resumen *Páginas de Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco*, Madrid, 1998, seleccionadas por Adolfo Careaga, que también selecciona otras de *De su alma y de su pluma*, por el ferviente nacionalista Manuel de Eguileor. La cita sobre la no catolicidad de España procede de las *Obras Completas* del prócer, tomo III. También he recogido las de Blas Infante y Vicente Risco en *Una historia chocante*. <<

[2] Las citas aquí expuestas están documentadas en mis libros *Los personajes de la República vistos por ellos mismos* (capítulos «La marca del 98» y «El problema de España») y en *Una historia chocante* (capítulos «Sabino Arana, el fundador, Prat de la Riba, el sistematizador» y «Los retos del siglo XX»). <<